



VIRUS

MEGAN CREWE

Primero, el virus se llevó a los amigos de Kaelyn. Después, a su familia.
Es hora de pelear por salvar lo que le queda...

Lectulandia

Un virus mortal ha destruido la pequeña isla de Kaelyn y ha conseguido traspasar los límites de la cuarentena. Ya nadie está a salvo.

Kaelyn fue una de las pocas que consiguió superar la enfermedad provocada por el virus desconocido que asola su isla. Su padre, un epidemiólogo, trabajó sin descanso para encontrar la vacuna, pero ahora tiene que haber alguien que sea capaz de reproducirla y para ello, ese alguien deberá llegar al continente. Sin embargo, Kaelyn ya se ha dado cuenta de que el virus no es el único peligro: la desesperación hace que haya gente que no se detiene ante nada para hacerse con la vacuna.

La segunda entrega de la trilogía *El mundo en ruinas* es una novela cargada de acción que explora los límites de la resistencia, de la amistad, del dolor que provoca el amor perdido y del poder de la esperanza.

Lectulandia

Megan Crewe

Virus

Saga: El mundo en ruinas - 2

ePub r1.0

macjaj 13.06.14

Título original: *The Lives we Lost*
Megan Crewe, 2013
Traducción: Carles Andreu Saburit

Editor digital: macjaj
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A las oportunidades perdidas
y a los riesgos que vale la pena correr

Así es como termina el mundo: el chico que en su día fue mi mejor amigo baja de un *ferry*, con el pelo largo y enredado y la cara chupada, y me mira como si no estuviera seguro de quién soy. Como si no estuviera seguro de nada.

Al ver a Leo cruzando el estrecho me he emocionado tanto que ni siquiera me he preguntado cómo había logrado eludir las patrulleras que se supone que imponen la cuarentena. O por qué iba solo. Simplemente he agarrado a Tessa y he echado a correr hacia el puerto.

Leo estaba ya bajando la pasarela junto al hombre que conducía el *ferry*. Tessa se le ha echado encima y lo ha abrazado. Él le ha dirigido una mirada vacilante y, de pronto, casi sin querer, he empezado a atar cabos. Me ha faltado poco para dar media vuelta y marcharme a toda prisa, para alejarme de allí. Como si pensara que podía correr más que la verdad.

Pero no me he movido de donde estaba. Varias personas del pueblo se habían reunido a nuestro alrededor.

—¿Has logrado llegar del continente! —ha dicho alguien—. ¿Van a mandarnos ayuda gubernamental? No tenemos electricidad, y el teléfono...

—¿Han encontrado una cura? —ha preguntado otra persona, con un tono de voz entre la esperanza y la desesperación.

Tessa se ha apartado de Leo y se ha vuelto hacia la otra orilla.

—Mis padres... —ha dicho—. ¿Los has visto?

Leo ha mirado de nuevo hacia mí, aunque yo no había dicho nada, y esta vez sí me ha reconocido. Sin embargo, y a juzgar por lo que he visto en sus ojos, no habría podido decir si estaba contento de verme, si aún me guardaba rencor tras nuestra última discusión o si simplemente le daba igual.

Antes incluso de que Leo empezara a hablar, se me había hecho ya un nudo en el estómago y se me había secado la boca.

—No llegará ninguna ayuda —ha dicho finalmente con voz áspera—. El virus ha arrasado el país, Estados Unidos, tal vez todo el mundo. Todo... Todo se ha ido a la mierda.

Los médicos no han logrado controlar la epidemia en el continente mejor que aquí. Al otro lado del estrecho, las cosas están igual de mal. Nadie va a venir a arreglar la electricidad ni el agua; nadie nos traerá las cosas que necesitamos. Todas las esperanzas a las que llevo tiempo aferrándome se han desvanecido de golpe.

Empecé a escribir estas páginas para Leo, para sacar de dentro lo que no le podía

decir a la cara. Y luego seguí escribiendo porque me pareció importante dejar constancia de las cosas horribles que vivíamos, registrarlo todo para que el resto del mundo lo pudiera leer. Pero el mundo para el que escribía... está perdido. Y el chico para el que empecé a escribir también parece estarlo. ¿Qué sentido tiene seguir escribiendo en estas condiciones? Este diario no me va a ayudar a encontrarlos...

Pero tengo que creer que algo lo hará.

UNO

Antes de descender a la planta baja decidí que no iba a mencionar qué día era. Solo de pensarlo me faltaban las palabras.

Tessa estaba en la sala, regando las judías de la repisa de la ventana. De la cocina llegaba un olor a copos de avena. Gav estaba inclinado sobre el cazo, con una cuchara de madera en la mano y el pelo revuelto. Tuve que resistirme a la tentación de acercarme a él y pasar los dedos por su leonina melena.

Hacía ya más de una semana que le había sugerido que se quedara a dormir en el colchón hinchable que habíamos encontrado allí, en la casa del tío Emmett. De todos modos, ya pasaba prácticamente todo el día con nosotras, y cuando por la noche tenía que marcharse a la casa vacía de su familia, me reconcomía la angustia. A pesar de todas las preocupaciones, aún me producía vértigo encontrar a mi novio en casa cada mañana.

—Eh —dije.

Él levantó la mirada y sonrió.

—¡Buenos días, Kaelyn! —exclamó Meredith, que entró en el comedor con una energía increíble para una niña que acababa de superar un virus mortal.

Incluso había empezado a preguntarme si su constante vivacidad no sería una forma de intentar compensar todo el tiempo que había pasado en la cama del hospital. Pero al ver el saludable rubor de sus mejillas no pude evitar sonreír. Meredith se encaramó a un taburete y echó un vistazo en el cazo de avena.

—¿Tenemos azúcar moreno?

—Meredith... —dije yo, bajando de pronto de la nube, pero Gav levantó la mano.

—Moreno no —respondió—, pero, si quieres, puedo añadir unos polvos blancos.

Meredith empezó a sacar el labio inferior, pero logró reprimir el puchero y levantó la barbilla.

—¡Genial! —exclamó—. ¡Gracias, Gav!

—Traje unas bolsas extra del almacén —me dijo Gav cuando la niña se marchó a la mesa—. Pensé que si alguien se merecía un gusto era ella.

—Gracias —le dije—. Y por el desayuno también.

—Sí, ya sé que me dejáis vivir aquí solo por mis dotes culinarias —respondió él.

—Que no se te olvide —le solté yo.

Entonces lo agarré por la cintura, me incliné y le di un beso. Desde el comedor, Meredith reprimió una carcajada burlona.

Lo solté y fui con ella, mientras Gav empezaba a llenar los cuencos de la

encimera con la avena. El suelo crujió a mis espaldas, y Leo apareció del diminuto baño de la planta baja donde se había estado aseando. Se nos quedó mirando con la misma expresión vacilante que ya le había visto al bajar del *ferry*, como si no estuviera seguro de qué pintaba aquí. Entonces Gav se giró y tocó el brazo de Leo con la cuchara de madera, sin querer. Este se encogió y se golpeó la cadera contra el mármol.

—Uy, mierda —dijo Gav—. Lo siento, tío.

Leo agachó la cabeza y se apoyó con una mano en la encimera.

—No pasa nada —respondió—. Estoy un poco flojo de reflejos —añadió, con una carcajada incómoda, y a mí me dio un vuelco el corazón. El Leo al que yo había conocido era un chico bromista y divertido; el que tenía ahora frente a mí, en cambio, parecía que le costara horrores reírse.

Se me quedó mirando mientras yo recogía mi cuenco y eso me calmó un poco. Si alguien tenía que acordarse de la importancia que tenía aquella fecha, iba a ser Leo.

—Un segundo, Kae —dijo, y salió corriendo hacia la sala de estar.

Se oyó un crujir de tela e imaginé que estaría revolviendo la mochila que había traído de la casa de sus padres. Su vieja casa, como la mía, no tenía generador, por lo que se había instalado en nuestro sofá.

Gav me miró, enarcando una ceja, y yo me encogí de hombros. Estaba al corriente de la historia de la amistad que había habido entre Leo y yo, o por lo menos de la versión abreviada que les había ofrecido a él y a Tessa después de traer a Leo a casa, hacía dos semanas. Les había dicho que no se lo había contado antes porque estaba demasiado preocupada por lo que pasaba en la isla. Y en parte era cierto.

En su momento no había hablado con nadie del hecho de que Leo y yo nos hubiéramos peleado y de que hubiéramos dejado de hablarnos después de que me mudara a Toronto, siguiendo a mi padre en uno de los trabajos que tuvo. Ni siquiera había hablado de ello con Leo. Desde que había llegado parecía tan hecho polvo que había decidido evitarle conversaciones dolorosas. Casi parecía como si se le hubiera olvidado nuestra discusión, y me dije que tendría que ver con la gran cantidad de amigos y familiares que habíamos perdido desde ese momento. Pero entonces, el cuarto día, me había soltado:

—Entonces somos amigos, ¿no?

Lo había dicho como si tuviera miedo a preguntarlo.

—Lo siento, la pelea fue culpa mía —respondí. Fue lo único que me salió.

—Asumo la mitad de las culpas y estamos en paz —dijo él, y me abrazó tan fuerte que me cortó el aliento. Y así, sin más, el asunto quedó resuelto.

Pero aunque las cosas entre los dos se hubieran arreglado, era evidente que a Leo le pasaba algo.

Gav llevó su cuenco y el de Meredith a la mesa del comedor, y Leo volvió a la

cocina con una mano detrás de la espalda.

—Cierra los ojos —dijo, con una sonrisa que casi parecía auténtica.

—Leo —le contesté—, no estoy de...

—Vamos —insistió—. Por los viejos tiempos.

Tenía la sensación de que si seguía protestando se le volvería a helar el gesto, de modo que cerré los ojos y me quedé inmóvil, con el cuenco entre las manos. Se oyó un chirrido y un tintineo, y noté como algo caía en mi cuenco.

—Ya —dijo él.

Abrí los ojos, bajé la mirada y me quedé sin aliento.

En medio del cuenco había una cucharadita de mermelada de arándano. Reconocí la letra angular de su madre en la etiqueta del tarro que Leo llevaba en las manos.

—Feliz cumpleaños.

Hacía por lo menos un mes que no probaba ni siquiera la mermelada industrial. El olor dulzón me hacía salivar y me empezaron a escocer los ojos.

Cuando éramos pequeños, la familia de Leo y la mía salíamos juntas a recoger frutos del bosque; yo solía buscar conejos entre los arbustos y Leo brincaba de roca en roca. Cada agosto, su madre les traía a mis padres unos tarros de conserva, que Drew y yo nos pulíamos antes de que terminara septiembre.

Así había sido nuestra vida antes de que el virus se los llevara a todos. Antes de que le devorara el cerebro a mamá e hiciera que Drew sintiera que tenía que volver al continente a buscar ayuda. Y antes de que papá muriera a manos de una panda de exaltados de la isla que querían incendiar el hospital con todos los pacientes infectados dentro.

—No me lo podía creer —estaba diciendo Leo—. Nuestra despensa estaba hecha un asco, pero encontré este tarro escondido detrás de una caja, en un rincón, como si me esperara.

—Deberías comértela tú —dije, ofreciéndole el cuenco—. La preparó tu madre.

Que no iba a poder prepararla nunca más; el virus también se había llevado a los padres de Leo, que negó con la cabeza y apartó el cuenco, aunque la sonrisa le vaciló.

—Creo que ella habría querido que la compartiera —dijo.

Cuando había regresado de su casa no había dicho nada, y yo tampoco lo había querido agobiar. De momento nos había ofrecido apenas un breve resumen de cómo había logrado regresar desde su escuela de danza en Nueva York haciendo autostop. Casi todas las noticias sobre el continente que sabía me las había contado Mark, el otro habitante de la isla que se había quedado atrapado al otro lado del estrecho y había logrado regresar con Leo. Pero ¿qué podía hacer aparte de darle tiempo?

Vacilé un instante. Gav asomó la cabeza.

—¿Es tu cumpleaños? —preguntó—. Ya lo podrías haber dicho.

—No es nada del otro mundo —respondí mientras llevaba mi cuenco a la mesa

—. Además, los diecisiete no son una edad importante, ¿no?

—Pues yo creo que están muy bien —dijo Gav—. Aunque a lo mejor no soy objetivo.

—¡Anda, se me había olvidado! —exclamó Meredith—. ¡Tengo que hacerte una tarjeta!

—No tienes que hacer nada —dije, pero ella se tragó la última cucharada de avena y se marchó corriendo a la sala de estar, donde la mesita estaba cubierta de cartulinas y lápices de colores.

—Tess, el desayuno está a punto —anunció Leo, que entró en el comedor detrás de mí.

Yo me senté al lado de Gav y entrelacé mi tobillo con el suyo.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo Gav.

—En serio —protesté—. No tienes por qué...

—Lo sé, lo sé. Pero lo voy a hacer igualmente —dijo, y entonces se volvió hacia Leo—. ¿Algún secreto más sobre Kae que deba saber?

Leo meditó un instante, como si se tomara la pregunta en serio, y finalmente sonrió.

—Creo que no voy a decir nada más, no vaya a ser que me suelte a sus hurones asesinos.

A mí la broma me pareció bastante mala, pero Meredith se giró de inmediato.

—¡*Mowat* y *Fossey* no atacan a la gente! —exclamó.

Los demás nos reímos, y eso rebajó la tensión. Pero en cuanto Tessa se sentó a la mesa y empezamos a comer, me entraron ganas de llorar.

«Por muy ocupados que estemos, nunca debemos olvidar que no hay nada más importante que la familia», decía siempre mi madre. El día de mi cumpleaños y el de Drew, mis padres siempre se las apañaban para entrar a trabajar más tarde y, si no caía en fin de semana, se encargaban de que nosotros no tuviéramos que ir a clase hasta después del recreo. Bajábamos del dormitorio y nos encontrábamos los regalos, que habían amontonado encima de la mesa, así como el desayuno que le habíamos pedido a mamá el día antes.

Ya no me acordaba de qué desayuno le había pedido hacía un año, cuando había cumplido dieciséis. En su momento no me había parecido importante.

Me metí una cucharada de avena en la boca y noté cómo la masa pegajosa de arándanos me bajaba por la garganta. Tenían un sabor dolorosamente familiar y, al mismo tiempo, del todo ajeno a las vidas que llevábamos ahora.

—Déjalo todo en el fregadero —dijo Tessa cuando terminé de comer—. Yo me encargo de los platos.

En otras circunstancias habría protestado, pero en ese momento necesitaba estar un momento a solas.

—Gracias —dije—. Estaré arriba.

El cuarto de Meredith parecía mucho más pequeño desde que mi prima había vuelto del hospital. Había colocado la cama plegable junto a la suya, y entre las dos ocupaban casi la mitad de la habitación. En un rincón había una caja de cartón con las últimas pertenencias de papá, que había recogido en el hospital. Me la había dado Nell, la única doctora que nos quedaba, durante una de mis visitas a Meredith.

Me senté en la cama plegable y abrí la caja. Cuando la había traído a casa, había revisado el contenido tan rápidamente como había podido. Ahora saqué el abrigo que había doblado encima de todo y froté la cara contra la lana.

Olía a papá, una mezcla de roble, café y loción de afeitado de limón. Era como si volviera a estar en su despacho, hablando con él sobre el comportamiento de algún animal, o acerca de algún fenómeno medioambiental curioso que había observado.

Hacía solo tres semanas había llevado aquella chaqueta. Me abracé a ella, conteniendo las lágrimas, y noté como algo duro se me clavaba en la parte interior del brazo.

Pasé la mano por el interior y encontré un bolsillo. Metí la mano dentro y mis dedos se toparon con algo metálico.

Saqué dos llaves unidas por una delgada anilla de la que colgaba una etiqueta de plástico con el logotipo del centro de investigación donde había trabajado papá, un semicírculo dividido por una línea ondulante.

Me las quedé mirando. Al recoger sus cosas, había esperado encontrar justamente esas llaves, pero pronto me había convencido de que no había tenido suerte. Probé todas las que encontré en un llavero grande que me había dado Nell, pero ninguna encajaba en la cerradura. Habían estado ahí todo el tiempo, separadas del resto y escondidas.

Y ahora eran mías.

Finalmente podría echarle un vistazo a lo que mi padre había estado investigando cuando no estaba trabajando en el hospital. Si había logrado desarrollar un tratamiento experimental, aunque solo fuera a medias, Nell podría probarlo. Si no, por lo menos podríamos llevar las herramientas del laboratorio al hospital; algo habría que nos resultara útil.

Me llegó la voz de Gav desde la planta baja. Si le contaba adónde pensaba ir, querría acompañarme; a lo mejor querrían venir todos. Solo de pensar en tener que compartir con alguien más la primera impresión del último lugar donde había vivido mi padre me puse tensa.

Doblé la chaqueta de lana, la volví a meter en la caja y me encaminé hacia la puerta principal. El laboratorio no quedaba lejos de allí. Y solo quería echar un vistazo rápido. Por la tarde iríamos todos juntos y lo exploraríamos más a fondo.

—Voy a estirar un poco las piernas —dije mientras me ponía las botas.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Gav desde la puerta de la sala de estar, pero yo negué con la cabeza.

—Será solo un momento.

Fuera, el aire era fresco pero no gélido. La temperatura estaba un par de grados por encima del punto de congelación. La nieve que había caído la semana anterior goteaba en los desagües.

Por lo demás, las calles estaban silenciosas. Hacía un año habría encontrado a varias personas apartando la nieve de la acera con palas o deshelando los caminitos de acceso a las casas, pero ahora no había nadie. Se distinguían los cristales rotos de las ventanas y las puertas reventadas y abiertas de par en par, el rastro de la banda que se dedicaba a saquear el pueblo. La veintena de voluntarios que echaban una mano en el hospital también dormían allí. Durante los últimos dos meses, los centenares de casas que inicialmente el grupo de Gav había abastecido de comida habían quedado reducidas a unas decenas, cuyos habitantes habían logrado eludir el virus y aún resistían.

Di la vuelta al hospital. Detrás había una estrecha franja pavimentada que terminaba en un prado con abetos y riscos rojizos que asomaban entre la nieve. Aquí y allá había huellas de animal que cruzaban el camino, básicamente de ardilla y de coyote. En otro momento me habría detenido a examinarlas, pero aquel día las llaves que notaba en el bolsillo me empujaban a seguir adelante.

Además, ¿acaso aún quedaba alguien a quien le importaran mis observaciones? Pasaría mucho tiempo antes de que el mundo necesitara a una bióloga que se ocupara de los animales.

El centro de investigación estaba rodeado por un semicírculo de pinos, en medio de un rectángulo de hormigón de color beis. Me detuve a unos pasos de la puerta. Había decenas de pisadas alrededor de la entrada, algunas de ellas correspondientes a botas de nieve. Un puñado de personas habían pasado por ahí desde la última nevada.

El metal que rodeaba el cerrojo estaba cubierto de arañazos, y el grueso cristal de una de las ventanas estaba astillado, como si alguien lo hubiera intentado romper. También habían desmontado el intercomunicador que había junto a la puerta, y del que asomaban varios cables pelados. Apreté los puños dentro de los bolsillos.

Así pues, la banda de saqueadores también se había interesado por aquel lugar, como si no hubieran robado ya bastantes cosas.

El rastro de las pisadas cruzaba el camino en diagonal y se perdía entre los árboles. No había marcas de ruedas: seguramente los intrusos habían ido allí a pasar el rato, y no en misión oficial. En aquel momento no parecía que hubiera nadie por las inmediaciones.

Saqué las llaves con manos temblorosas. La más grande encajó en la cerradura y giró sin problemas. Empujé la puerta y la abrí.

El generador de emergencia aún funcionaba y las luces del pasillo parpadearon en cuanto pulsé el interruptor. Me dije que tampoco era de extrañar: aquel era el edificio más nuevo de la isla, de modo que era normal que también tuviera la mejor maquinaria.

Dejé atrás un par de buzones vacíos y encontré una cocina, en la que había tan solo una caja de té pekoe naranja, y lo que parecía una sala de reuniones, con un televisor de pantalla plana que ocupaba casi por completo una de las paredes. Había una grieta en medio de la pantalla.

Seguí adelante con cierta incomodidad y llegué al hueco de la escalera.

En el piso de arriba, la segunda habitación donde me asomé tenía que ser el despacho de papá. En un extremo del escritorio había una foto enmarcada de mí y de Drew en la playa, y junto a esta, los guantes de piel que mamá le había regalado las últimas Navidades.

El ordenador me pidió una contraseña que no logré adivinar. Rebusqué por los cajones, pero solo encontré investigaciones sobre bacterias marinas y poblaciones de plancton. Finalmente me hundí en la silla.

¿Cuántas horas habría pasado papá allí sentado, intentando descifrar el virus, echando de menos a mamá, preocupándose por mí y por Drew?

Cerré los ojos con fuerza y me obligué a levantarme. Si tardaba demasiado, Gav empezaría a preocuparse.

La tercera puerta era la del laboratorio. Accioné el interruptor y los fluorescentes llenaron la habitación de una luz plana, sin color. Debajo de unos armarios atornillados a la pared había una mesa negra y reluciente, con microscopios y placas de Petri. En un rincón había una nevera de acero inoxidable con una pantallita digital que indicaba la temperatura interior. Era evidente que papá había pasado sus últimas horas allí. Junto a uno de los microscopios había un vaso de poliestireno medio lleno de té, ya frío, naturalmente, y varias libretas. Una de ellas estaba abierta y en la página distinguí la letra redondeada de papá.

La cogí y una palabra atrajo mi mirada.

«Vacuna».

Me incliné encima de la mesa y leí la página por encima. «Si sigo tres días más sin ningún efecto secundario de la vacuna, hablaré con Nell sobre el siguiente paso», había escrito. En la parte superior de la página ponía: «Proyecto WebVac, día 18».

Me senté en una de las sillas y hojeé la libreta. El corazón me iba a mil por hora.

Tras varios minutos leyendo, me acerqué a la nevera y la abrí. En el segundo estante, en una bandeja de plástico, había cinco frasquitos cerrados que contenían una solución amarillada. Cerré la puerta para evitar que entrara demasiado calor y me apoyé en la nevera. Me temblaban las manos.

Ahí estaban. Las muestras de la nueva vacuna de papá.

Había seguido trabajando para intentar encontrarla incluso después de que su equipo enviara su primer intento al continente, cuando ya era la última persona que quedaba en el centro. Había documentado todo el proceso en una libreta. A base de intentar desactivar el virus con diversos métodos y tras incorporar proteínas de la mutación previa, había dado con una fórmula que casi estaba seguro de que funcionaría y no resultaría dañina. Pero primero tenía que ponerla a prueba. Y como papá era así, había decidido asumir el riesgo él mismo.

Así pues, sin contárselo a nadie, y sin contármelo a mí, se había inyectado la muestra dieciocho días antes de morir. Y no había enfermado, aunque a diario había estado en contacto con personas infectadas en el hospital.

Teníamos una vacuna.

Teníamos una vacuna que podía funcionar.

DOS

El hospital estaba mucho menos abarrotado que hacía unas semanas, pero desde la recepción, vacía, se oían todas las fases del virus en evolución: la tos, los estornudos y los dedos arañando una picazón que no daba tregua en las salas contiguas al pasillo; el griterío procedente del fondo, voces que decían cosas de las que los pacientes se habrían avergonzado cuando aún estaban sanos: una mujer que deliraba sin parar sobre el marido de una vecina del que se había enamorado, un chico que alardeaba de haber roto los juguetes preferidos de su hermano... Y desde la primera planta llegaban los gritos y los berridos de quienes llevaban más tiempo contagiados. Nos habíamos quedado ya sin los sedantes que les habrían podido ahorrar las violentas alucinaciones que les asaltaban antes de la muerte.

Hacía un par de semanas, Nell me había contado que también se nos habían terminado las mascarillas.

—No se pueden reutilizar —dijo—, pero se las hacemos llevar a los pacientes. Es una forma de protegernos a nosotros mismos, y no le hace ningún daño a alguien que ya está infectado.

El resto nos cubríamos la boca como podíamos cuando salíamos de casa. Como yo ya había pasado la enfermedad y ahora era inmune, era la que llamaba a las puertas cuando salíamos con Gav a repartir comida, o cuando íbamos con Tessa a buscar existencias, por si nos topábamos con alguien que se hubiera infectado. A Gav no le hacía ninguna gracia, pero yo no pensaba correr riesgos innecesarios. Contraer el virus equivalía a una sentencia de muerte. Había sobrevivido porque había contraído una mutación inicial que me había proporcionado una resistencia parcial. Y Meredith se había salvado gracias a un tratamiento experimental para el que habían utilizado mi sangre.

No encontré a Nell en la planta baja, de modo que decidí buscarla en el primer piso. Por encima del resto de los gritos se oía un aullido agudo, que atravesaba las paredes. Contuve el aliento y subí los últimos escalones. Si hubiera tenido bastante sangre para donar, habría intentado salvar a todos los pacientes del hospital, pero morir en el intento no habría servido de nada. Solo ayudar a Meredith me había debilitado tanto que había tenido que volver a ingresar en el hospital durante un día. En cualquier caso, si la nueva vacuna de papá era lo que él había esperado, eso ya no importaría, porque no iba a enfermar nadie más.

Llegué a la primera planta y encontré a Nell en el pasillo, hablando con uno de los voluntarios. Los dos llevaban la parte inferior de la cara cubierta con un paño de tela.

La de Nell era muy blanca, y destacaba por contraste con su bata de laboratorio sucia y manchada. Di un paso hacia ella, pero entonces me vio y me hizo una señal para que la esperara en la planta baja.

Volví a bajar por las escaleras, con aquellos gritos que me resonaban en los oídos.

Nell me siguió un par de minutos más tarde. Se quitó los tapones de los oídos y el trapo que le cubría la boca.

—¿Pasa algo? —preguntó, cansada.

El agotamiento había hecho mella en su rostro y llevaba el moño desaliñado. Me pregunté con qué frecuencia iría a su casa, dormiría y comería, a pesar de que ahora el hospital albergaba un número menor respecto a los pacientes que había atendido hacía un par de meses. Las únicas supervivientes del personal eran ella y dos enfermeras.

—Sí —respondí—. Te tengo que contar una cosa...

Las luces del techo parpadearon. Levanté los ojos, sobresaltada, pero Nell esbozó una débil sonrisa.

—Tenemos algún problemilla con el generador —dijo—. Nadie había previsto que tuviéramos que utilizarlo durante tanto tiempo. Howard cree que dentro de un par de días volverá a funcionar como siempre. ¿Qué me querías contar?

Aparté los ojos del techo e intenté reprimir el revoloteo nervioso que notaba en el pecho.

—Esta mañana he encontrado las llaves del centro de investigación —dije—. He ido a echar un vistazo y... Papá creó una nueva vacuna, Nell.

Ella se me quedó mirando sin parpadear.

—Una vacuna —contestó. Así pues, no se lo había dicho.

—Para el virus —añadí, como si no fuera evidente—. Primero quería probarla él mismo y, en cuanto estuviera seguro de que funcionaba, producir suficiente cantidad para tratar a todos los habitantes de la isla.

Y entonces no habría más muertes. No tendría por qué preocuparme cada vez que Gav, Tessa o Leo salían de casa. Tenía ganas de echarme a bailar, pero Nell seguía mirándome, impasible. Finalmente meneó la cabeza y soltó una breve carcajada de sorpresa.

—Sabía que estaba trabajando en una nueva fórmula, pero nunca me dijo que... Nunca mencionó que estuviera tan cerca —reflexionó, y se rascó la cabeza—. ¿Cuánta cantidad hay?

—Diría que solo cinco dosis —contesté—. No había terminado de probarla, de modo que imagino que no quería perder el tiempo produciendo más hasta estar del todo seguro. Pero él se la había tomado hacía dieciocho días y estaba bien. Eso significa que la vacuna funciona, ¿no?

—Es probable que no suponga un peligro, sí —dijo—. Pero tu padre seguía

tomando las mismas precauciones que siempre: llevaba mascarilla, guantes y un traje esterilizado siempre que estaba con los pacientes. Para averiguar si realmente te protegía...

Para saber eso, alguien habría tenido que tomar la vacuna y a continuación exponerse al virus. ¿Se refería a eso papá cuando hablaba del «siguiente paso»?

—Pero puede que funcione —dije, e hice una pausa. Una pregunta persistente intentaba abrirse paso entre el resto de mis pensamientos—. ¿Por qué intentaba crear otra vacuna, Nell? Ahora sabemos, gracias a Leo y Mark, que la primera, la que había creado en colaboración con la gente de World Health y que envió al continente, no era efectiva. Pero papá no lo sabía.

—Sí lo sabía —respondió Nell en voz baja—. Su contacto en el Ministerio de Sanidad se lo comunicó unos días antes de que perdiéramos el contacto vía satélite.

Durante un segundo fui incapaz de hablar. ¿Lo sabía? Papá sabía que el virus seguía extendiéndose en el continente y, aun así, durante semanas y semanas, había dejado que me hiciera ilusiones de que tal vez el mundo más allá de la isla hubiera logrado resolver el problema.

Pero ahora eso no importaba.

—Pues ahora la tenemos —dije—. Dejó un montón de notas. ¿Las podrías utilizar para crear más vacunas? O, a lo mejor, ahora que los soldados que patrullaban en el estrecho se han marchado... —«porque como no se hayan marchado me muero», pensé—, ...a lo mejor ahora podemos llevar las muestras al continente y encontrar a alguien que pueda hacerlo. Por mal que esté la situación allí, es imposible que todo el mundo se haya rendido. Nosotros aquí seguimos luchando.

—Sí —dijo Nell—, tienes razón. Me encantaría poder hacerlo yo misma, Kaelyn, pero no tengo la preparación necesaria, y lo más probable es que, en lugar de reproducir la vacuna correctamente, cometiera algún tipo de error. Tendremos que organizar un grupo que se traslade al continente y encuentre a alguien que siga trabajando en el virus —añadió, y entonces hizo una pausa—. Me pregunto cuánto tendremos que esperar antes de poder salir.

—No, tienen que ir ahora mismo —dije—. Cuanto antes distribuyamos la vacuna...

—Kaelyn —me cortó Nell—, tenemos que pensar de forma práctica. He hablado con Mark. En el continente las máquinas quitanieves no funcionan, las carreteras están intransitables, las gasolineras están cerradas, y es posible que no haya ningún lugar donde refugiarse del frío. Aún quedan dos largos meses de invierno. Enviar a alguien en estas condiciones equivaldría a emprender una misión suicida. Y si le pasara algo al equipo también perderíamos la vacuna.

—Podríamos perderla aquí si no hacemos algo pronto —dije—. ¿Qué sucede si el generador del centro de investigación deja de funcionar?

—Podemos trasladar las muestras al hospital.

—Claro, porque el generador de aquí funciona muy bien, ¿no? —señalé, y las luces parpadearon como dándome la razón. Nell hizo una mueca, pero yo seguí hablando—. Además, los de la banda de saqueadores ya han intentado entrar en el centro. ¿Dónde podemos almacenar la vacuna para que esté segura? ¿Qué vamos a hacer si le pasa algo durante los próximos dos meses?

Nell me tocó el brazo.

—Resistiremos hasta la primavera —dijo—. Creo que hemos demostrado que tenemos mucho aguante. Es fantástico que hayas encontrado una vacuna, Kaelyn, y haremos todo lo necesario para protegerla, pero creo que no tenemos más opción que esperar.

Aunque esas fueron sus palabras, no detecté ningún rastro de alegría bajo el cansancio de su voz. Nell llevaba tanto tiempo trabajando en el hospital y había visto tantas cosas que seguramente no podía creer que de pronto le cayera una vacuna del cielo. A lo mejor se parecía demasiado a un cuento de hadas.

Y a lo mejor lo era. Seguramente tenía razón cuando decía que era arriesgado, pero ¿cuántas personas más iban a enfermar antes de la primavera? Eso suponiendo que lográramos sobrevivir hasta entonces.

—Estaremos bien —insistió Nell, y me dio unos golpecitos en el hombro.

Sin embargo, cuando se dio media vuelta, tuve la sensación de que intentaba convencerse a sí misma de que no se estaba engañando.

Cuando llegué a casa, el sol brillaba sobre la nieve, pero la temperatura se había desplomado y la brisa me acariciaba la cara con sus dedos gélidos. Cogí el pomo de la puerta y dudé un instante. Durante el camino de vuelta del hospital, había ido tomando conciencia de lo que debía hacer. Ahora aquella certeza me pesaba en el estómago como una losa.

No tenía ni idea de cómo se lo iba a decir a los demás. Seguramente Tessa se pondría de mi lado, pero no sabía qué esperar de Leo. Y en cuanto a Gav...

Apreté los dientes y abrí la puerta.

Tessa y Meredith estaban sentadas ante la mesita del café. Meredith murmuraba en voz baja mientras manejaba las agujas de punto y el hilo, y Tessa leía con el ceño fruncido las instrucciones descoloridas del kit de costura que habíamos encontrado. Me miró con una media sonrisa de bienvenida y entonces se volvió hacia Meredith.

—A lo mejor si las giras hacia el otro lado...

En la cocina, Gav estaba echado en el suelo, con medio cuerpo bajo el fregadero, y Leo estaba junto a él con la caja de herramientas.

—No lo alcanzo —le oí decir a Gav mientras me quitaba las botas.

Leo ladeó la cabeza y le ofreció una llave inglesa.

—Prueba con esto.

Se oyó un sonido metálico y Gav soltó el aliento.

—¡Perfecto! —dijo—. ¿Habías hecho esto antes?

Leo sonrió de medio lado.

—Mi padre siempre quería que me entretuviera con «cosas de hombre». Herramientas, barcas, pistolas... Creo que era su forma de intentar compensar mi obsesión con el baile. Y supongo que algo se me pegó.

—Pues nos viene que ni pintado —apuntó Gav, que dio un golpecito en la tubería y salió de ahí debajo—. Mi padre era fontanero, de modo que esto era prácticamente lo único que hacía en casa. Debería haber prestado más atención...

Verlos charlar de aquella forma me reconfortó un poco, y por unos segundos me olvidé de la difícil conversación que estaba a punto de abordar. Entonces Meredith suspiró y dejó las agujas encima de las mesa.

—¡Kaelyn! —exclamó. A continuación cogió una cartulina doblada que había encima del sofá y se me acercó, corriendo y agitándola—. ¡La han firmado todos! —dijo—. Y con estas agujas te haré unos guantes o un gorro. Para los demás también, pero primero para ti. En cuanto descubra cómo funcionan.

Había decorado la tarjeta de cumpleaños con pegatinas brillantes en forma de estrella y con un dibujo de mí, con el pelo enmarañado y los pies que apuntaban hacia fuera, rodeado con un círculo hecho con unas franjas que recordaban los rayos del sol. «¡Para la mejor prima de la historia!», había escrito dentro. La sensación de culpabilidad tensó aún más el nudo que notaba en el estómago.

No quería emocionarme más de la cuenta con lo de la vacuna, ni tampoco deseaba preocuparme demasiado con lo que planeaba, sobre todo cuando aún tenía que convencer a los demás y rebatir los argumentos con los que sabía que me intentarían disuadir. De hecho, ni siquiera estaba segura de cuál era mi plan. Pero hablaría con Meredith pronto, en cuanto hubiera resuelto todos los detalles y pudiera contarle exactamente lo que iba a suceder.

Me pregunté si papá habría pensado también así cuando había decidido no contarme nada sobre la vacuna. En cualquier caso, Meredith tenía siete años y en el momento en que papá lo había decidido yo tenía dieciséis. No era lo mismo.

—Muchas gracias, Mere —dije, y me agaché para abrazarla—. ¿Quieres sacar los hurones a pasear un rato? Yo tengo cosas que hacer, pero es importante que hagan un poco de ejercicio.

—¡Sí, claro! —exclamó ella, con una sonrisa radiante.

Yo ya sabía que diría que sí a casi cualquier cosa que le pidiera relacionada con los hurones. Subió rápidamente por las escaleras para recoger a *Mowat* y a *Fossey*, y yo me acerqué a la ventana del comedor, desde donde la vi salir corriendo al jardín.

—Has tardado bastante —dijo Gav nada más entrar en el comedor.

—He pasado por el hospital —respondí, pero el resto de lo que quería decir se me atragantó. Volví a mirar a Meredith. Sabía que solo disponía de un rato antes de que volviera—. En realidad tengo que hablar con vosotros. Venid, sentaos.

Gav, Tessa y Leo se colocaron alrededor de la mesa, y les conté rápidamente que había encontrado las llaves y había ido al centro de investigación. Cuando mencioné las muestras de la vacuna me miraron con unos ojos como platos.

Tessa fue la primera en hablar.

—Qué suerte que la hayas encontrado —dijo, exultante—. Si funciona...

—Podríamos asegurarnos de que todo el mundo estuviera protegido —añadió Gav, contagiado de su entusiasmo—. En cualquier caso vale la pena intentarlo. ¿Has ido al hospital a hablar con Nell? ¿Va a producir más cantidad?

Leo se me quedó mirando sin decir nada, con pose tensa, como si supiera que aún no había terminado de hablar.

—Nell no puede —dije—. No lo sabe hacer. Mi padre era el único que quedaba en la isla capaz de reproducir la vacuna. —Hice una pausa—. Pero tiene que haber alguien en el continente capaz de ello. Un científico... o un médico. En el continente aún hay gente que busca una cura, ¿no?

Leo asintió con la cabeza.

—Cuando me marché, en cualquier caso, sí —dijo.

—¿Y entonces? —preguntó Tessa—. ¿Nell va a mandar a alguien?

Habíamos llegado a la parte difícil.

—De momento no —dije—. Cree que es demasiado peligroso intentarlo durante el invierno. Quiere que esperemos un par de meses, hasta que deje de hacer tanto frío. Pero el generador del hospital está dando problemas y el del centro de investigación podría fallar en cualquier momento. Y si las muestras dejan de estar almacenadas a la temperatura correcta, se echarán a perder. No creo que sea sensato esperar.

Gav se encogió de hombros.

—Varios de los tipos que nos ayudan a repartir la comida están cada vez más inquietos, sobre todo desde que saben que el ejército se ha retirado del estrecho. Estoy seguro de que si hablara con ellos...

—No creo que te escucharan —dije. La mayor parte de voluntarios que quedaban eran adultos, y, si bien respetaban a Gav, yo sabía que no se les olvidaba que éramos adolescentes—. Y tampoco creo que guardaran el secreto. Los dos sabemos que antes o después hablarían con Nell, y seguramente esta no solo les diría que no lo hicieran, sino que incluso insistiría en guardar la vacuna bajo llave para que nadie pudiera intentar nada hasta que ella decidiera que ya no era peligroso.

—A lo mejor tiene razón —dijo Tess, apartándose un mechón pelirrojo de la cara—. Es peligroso. Y dos meses no son nada.

Leo soltó una débil carcajada.

—En dos meses las personas capaces de reproducir la vacuna pueden haber muerto —dije—. ¿Quién sabe qué nos habrá pasado a nosotros, en dos meses?

—¿Y entonces qué propones, Kae? —preguntó Gav, pero creo que ya sabía la respuesta.

Cogí aire.

—La llevaré yo. Sé que seré incapaz de pensar en otra cosa hasta que haya puesto la vacuna en manos de alguien que pueda crear más.

Gav me miró y supe que iba a protestar, pero no lo dejé hablar.

—Mi padre estuvo trabajando en esta vacuna hasta el día en que murió. Arriesgó la vida para ponerla a prueba. No puedo dejarla muerta de risa en la nevera mientras hay gente que sigue muriendo. Voy a tener cuidado, me aseguraré de que estoy preparada, pero esto es lo que tengo que hacer. Porque, si no lo hago yo, no lo hará nadie.

—No te puedes preparar para todo —dijo Leo.

Noté una opresión en el pecho.

—Puede ser —dije—. Pero lo voy a intentar.

Me clavó los ojos, y su mirada (sobresaltada pero también impresionada) me provocó una extraña sensación de calidez. Pero entonces Leo parpadeó y lo único que quedó en sus ojos fue miedo.

—Kae... —dijo. Se quedó con la boca abierta, pero no dijo nada más. Entonces echó atrás su silla y se levantó abruptamente—. Lo siento —murmuró, y salió del comedor.

Tessa estaba aún más pálida de lo habitual.

—Leo está... —empezó a decir, pero entonces salió tras él; era evidente que sabía tan poco como yo qué le ocurría.

Gav carraspeó, rompiendo el silencio.

—No puedes ir sola —dijo—. Sería una locura.

—Sí, pero... —intenté protestar.

Gav me cogió la mano.

—Iré contigo —dijo—. Iremos juntos —añadió y, a continuación, hizo una pausa—. Bueno, si tú quieres que te acompañe, claro.

Noté cómo la tensión que se acumulaba en mi interior empezaba a desvanecerse.

—Sí, claro —respondí—. Pero ¿estás seguro? Me refiero a que con la distribución de alimentos y todo lo que has organizado en la isla...

—El resto de los voluntarios pueden encargarse de buscar y repartir comida durante un tiempo —dijo—. De todos modos, tampoco les sería de ninguna utilidad si me pasara el día preocupándome por ti.

Le cogí la mano y entrelacé los dedos con los suyos.

—Gracias.

Entonces miré a Tessa, que asintió antes incluso de que se lo preguntara.

—Me encargaré de Meredith hasta que vuelvas. No te preocupes, no me importa. Se ha convertido casi en mi prima.

—Gracias —repetí.

Entonces noté una levedad que podía ser de emoción, o de terror, o de las dos cosas juntas. Iba a hacerlo. Iba a sacar la vacuna de la isla y a enfrentarme a lo que fuera que me esperara al otro lado del estrecho.

TRES

Gav encontró un coche a la mañana siguiente, un cuatro por cuatro que alguien había donado a los voluntarios del reparto de comida, un vehículo fiable con neumáticos de nieve. En lugar de arriesgarnos a vaciar la única gasolinera que aún funcionaba en toda la isla, cogimos una manguera y nos dedicamos a hacerles el sifón a los depósitos de los muchos coches que había abandonados por todo el pueblo. Tras varios intentos fallidos, y después de llenarme la boca de gasolina en una ocasión por no apartarme a tiempo después de succionar, logramos llenar nuestro depósito, además de cuarenta litros en recipientes que metimos en la parte de atrás.

—Veré si encuentro sacos de dormir gruesos —dijo Gav en cuanto cerramos el maletero—. Y necesitaremos comida de reserva, por si surgen problemas. ¿Vamos a ir muy lejos?

—Supongo que a Ottawa —dije—. Es la capital. Si el Gobierno aún tiene científicos trabajando en el virus en alguna parte, será allí, ¿no?

—Sí, claro —coincidió él.

—Aunque primero podríamos echar un vistazo en Halifax, que nos queda más cerca.

Gav se encogió de hombros.

—Lo que has dicho sobre Ottawa tiene sentido. Si no encontramos a nadie que nos pueda ayudar en la capital, seguramente no lo encontraremos en ninguna parte.

Lo dijo como si nada. Me lo quedé mirando.

—¿Tú no crees que vayamos a encontrar a nadie?

—Eso no lo sabemos, ¿no? —dijo—. Ya viste lo poco que tardaron en dejarnos aquí tirados.

Fruncí el ceño y él se me acercó y me cogió por los brazos.

—Entiendo por qué necesitas hacer esto, Kae —dijo—. Y quiero acompañarte. No creo que haya nada más importante.

Bajé la mirada.

—Siempre tuve la idea de marcharme de la isla algún día —añadió al ver que no hablaba—. Warren y yo íbamos a viajar por todo el país para ver lo que nos estábamos perdiendo. —Al mencionar a su amigo, al que había visto morir, se le quebró la voz, pero entonces me agarró por el cuello del abrigo con gesto despreocupado—. Pero, bueno, si al final tengo que ir con una chica guapa tampoco pasa nada.

Me dirigió una mirada tan ardiente que me ruboricé. Se inclinó hacia delante para

besarme y yo lo abracé con fuerza. En aquel momento nada me importaba más que el cosquilleo que me recorría la piel y el calor que sentía allí donde su cuerpo tocaba el mío.

Antes de cenar, mientras estaba llenando la comedera de los hurones, Leo llamó a la puerta del dormitorio de Meredith.

—Hola —dijo tras asomar la cabeza.

—Eh, ¿qué pasa? —respondí, intentando que mi voz no reflejara preocupación.

—Siento lo de ayer —dijo—. No te estaba juzgando, ni tampoco estaba juzgando tus planes. Es solo que cuando pienso en cómo eran las cosas en el continente, a veces...

—No pasa nada.

—No, sí que pasa —insistió, y respiró hondo—. Quería ver si os podía echar una mano..., con lo que estéis planeando.

Dudé un instante. Leo se irguió un poco, como si se hubiera dado cuenta de que estaba juzgando hasta qué punto lo veía equilibrado. Siempre había sido un chico delgado y en aquel momento estaba incluso demasiado flaco, pero tenía la mandíbula recia y la mirada clara.

—Eres la única persona con la que puedo hablar que haya estado fuera de la isla desde que empezó la epidemia —dije—. Si le menciono demasiadas cosas a Mark, seguramente se lo terminará comentando a Nell. Necesito consejo sobre las mejores rutas.

—Vale —repuso Leo—. Puedo echarte una mano en eso.

Así pues, al día siguiente encontré un plano de carreteras y me senté con Leo en la sala de estar. Este trazó con el dedo una línea que iba de la mancha gris de Estados Unidos hasta el mapa que mostraba todo Canadá.

—Yo vine por aquí —dijo—, a través de Maine y New Brunswick. Si tenéis idea de ir a Ottawa, yo me dirigiría al Quebec y desde allí bajaría siguiendo el río San Lorenzo.

—¿Y las carreteras? ¿Estaban muy mal?

—Aún no había nevado demasiado, pero estoy seguro de que ya no quedará nadie trabajando con las quitanieves y que tampoco habrá luz. Seguramente tendréis que sortear coches abandonados. Creo que mucha gente se limitó a conducir hasta agotar la gasolina.

Me mordí el labio y estudié el mapa. Mis abuelos paternos habían vivido en Ottawa. En su día, el trayecto nos había llevado un día y medio, pero eso era cuando las carreteras aún estaban en condiciones y había estaciones de servicio a lo largo del camino.

—Debiste de pasar por muchos pueblos —dije—. ¿Cómo estaban? ¿Viste a

mucha gente?

Leo abrió la boca y por un momento se le puso la mirada vidriosa. Al final terminó agachando la cabeza.

—No pasa nada si no quieres hablar del asunto —dije rápidamente—. Si es demasiado duro para ti... o eso...

Él soltó el aliento y me devolvió la mirada con una sonrisa tensa.

—Aún no te he dado las gracias —contestó—. Sé que desde que volví has intentado asegurarte por todos los medios de que estuviera bien. O sea, que... gracias.

A continuación me cogió la mano, que tenía sobre el sofá, entre nosotros, y me dio un apretón. Entonces se oyó un crujido en la escalera, y apartó súbitamente la mano. Cuando Tessa entró en la sala me ruboricé, aunque Leo y yo no habíamos hecho nada impropio de dos amigos, y aunque hacía meses que no pensaba en él de ninguna otra forma. Leo había reaccionado bruscamente porque aquel crujido lo había asustado, nada más.

Tessa se agachó para besarle y se acercó al semillero en el que había empezado a trabajar antes del desayuno, y yo me acordé de mi viejo diario y de todos los sentimientos que había vertido en él: sobre Leo y acerca de todas las cosas horribles que habían pasado a mi alrededor. Me dije una vez más que probablemente no habría logrado mantener la cordura durante los últimos cuatro meses sin ese diario. A lo mejor Leo necesitaba algo más que tiempo y espacio. A lo mejor necesitaba deshacerse de unos recuerdos que le atormentaban.

—Si quieres hablar de lo que viste en el continente, te escucharé —le dije—. No es que no quiera oírlo, solo digo que depende exclusivamente de ti. Haz lo que creas que tienes que hacer.

Leo se pasó la mano por el pelo oscuro, que llevaba corto y de punta desde que había cogido la maquinilla de afeitar del tío Emmett, nada más llegar a la isla. Tragó saliva y vi cómo la nuez de Adán le subía y bajaba.

—Lo que está mal no son las carreteras, Kae —dijo—. Es... Es la gente. No te puedes fiar de nadie, aunque finja que te quiere ayudar. No habléis con nadie si podéis evitarlo. Si os topáis con alguien, seguid conduciendo.

—Sé cuidar de mí misma —contesté—. He visto de todo aquí en la isla, con la banda de saqueadores y la paranoia general.

Pero Leo meneó la cabeza.

—No, aquí la gente aún se preocupa más o menos por los demás. Pero la situación cambiará en cuanto llegues al continente —insistió, y a continuación hizo una pausa—. ¿Te acuerdas de lo que me decías siempre cuando éramos niños? ¿Que la primera regla con los animales salvajes es mantener la distancia y asegurarte de que no tienen la sensación de que estás amenazando su hogar y su comida? Pues en el continente tienes que tratar a todo el mundo así. No les va a importar nada que tu

objetivo sea derrotar el virus: lo único que verán es un coche cargado de gasolina y con el maletero lleno de comida que les puede mantener un tiempo más con vida.

Tessa dejó la regadera encima de la mesa con un golpetazo y los dos nos volvimos hacia ella.

—¿Es realmente necesario que hables de ese modo? —le dijo a Leo—. Kaelyn ya sabe que será peligroso.

—Bueno, pero yo creo que debe saber lo mal que está la cosa —insistió Leo con tono apocado.

—Va a tener cuidado, siempre lo tiene —replicó Tessa—. ¿Qué te hace pensar que repetir esta cantinela una y otra vez le va a ser útil a alguien?

A Leo se le ensombreció el rostro.

—A lo mejor —añadió con voz imperturbable— es porque creo en que hay que decirle la verdad a la gente. Y dejar que decida por sí misma cómo debe actuar.

Tessa se puso muy tensa y, sin mediar palabra, dejó las plantas y se marchó al piso de arriba. La seguí con la mirada, desconcertada. Leo bajó la cabeza y se frotó la cara con las manos.

—No debería haber dicho eso —murmuró, pero la voz le salió ahogada entre las manos—. Sé perfectamente por qué le molesta que hable así. Aún no sabe nada de sus padres...

—Tengo la sensación de que me he perdido algo —dije.

—Hemos discutido unas cuantas veces —añadió Leo—. Sobre... Cuando yo aún estaba en la escuela, Tessa me escribía *e-mails* a menudo, ¿sabes? Antes de que la epidemia se extendiera tanto que los rumores llegaran hasta Nueva York. Y ella siempre fingía que todo iba bien. Nunca mencionó que la gente estuviera enfermando, ni la cuarentena, ni nada... La última vez que hablé con mi madre no tenía ni idea de que podía ser la última. Nos peleamos por si iba a preparar pavo o pollo para el día de Acción de Gracias. O sea, que ese es el último recuerdo que guardo de ella.

Esperé a que se me ocurrieran las palabras apropiadas, pero, al ver que no era así, me incliné hacia delante y le di un apretón en la mano, tal como él había hecho conmigo.

—Tessa no sabía lo grave que sería esto. Nadie lo sabía.

—Ya —dijo Leo—. Pero tú me lo habrías contado. Si las cosas entre tú y yo hubieran estado de otra forma, me lo habrías contado de inmediato.

Tuve la sensación de que al admitir que era cierto estaba, de algún modo, traicionando a Tessa, pero no tenía intención de mentir.

—Sí, te lo habría contado —contesté—. Lo siento.

Leo me sonrió un instante, una sonrisa menos forzada que la última.

—Pero todo eso es agua pasada —dijo—. Ahora tenemos que preocuparnos por

el futuro. Terminemos de preparar tu ruta de una vez.

Cuando subí al primer piso media hora más tarde, encontré a Tessa en el dormitorio principal.

—Hola —dije—. ¿Qué tal te va?

Ella se volvió y se apartó el flequillo de los ojos.

—Bien —me contestó—. Seguramente tendría que terminar de encargarme de esas semillas.

—Cuando esté en el continente buscaré a tus padres, lo sabes, ¿verdad? —le dije—. Preguntaré por ahí. A lo mejor los encuentro.

No me di cuenta de las ganas que tenía de verla sonreír y de oírle decir que estaba segura de que iba a volver hasta que, de pronto, le cambió la cara.

—No hace falta que lo hagas, Kaelyn —soltó—. Sé que están muertos.

—No, no lo sabes —protesté—. Tus padres son gente inteligente, fueron de los primeros en comprender la gravedad del virus, y estoy segura de que han sabido cómo protegerse. No puedes asumir que no es así. Mi hermano Drew aún está por ahí, en algún lado, y sí, soy consciente de que las probabilidades no son muy altas, pero eso no quiere decir que me haya rendido.

—Pero tu caso es distinto —respondió Tessa con voz tan calmada que de pronto me dio un escalofrío—. Tu hermano podría estar en cualquier parte. Mis padres estaban justo al otro lado del estrecho la última vez que hablé con ellos. Sé que no habrían ido a ninguna parte, que si aún estuvieran vivos, habrían regresado con el *ferry*. Pero no lo hicieron, así que no están vivos.

—Tessa... —dije.

—No pasa nada —insistió ella—. Lo sé desde que Leo volvió. Semanas antes me había hecho ya a la idea de que existía esa posibilidad. En el fondo no ha cambiado nada. Es mejor no pensar en ello.

Tessa era así: práctica e impasible. A lo mejor había hablado del asunto con Leo, había sacado con él todo el dolor que debía de haber sentido al ver que sus padres no bajaban del *ferry* aquel día.

O a lo mejor lo había enterrado tan profundamente que casi se había olvidado de que estaba ahí.

—Si quieres o necesitas que haga algo por ti mientras esté fuera... —dije.

—Ya lo sé —contestó Tessa, que al pasar junto a mí me tocó el codo, lo más próximo a un abrazo de lo que era capaz—. Gracias.

Fui al centro de investigación en el cuatro por cuatro, para acostumbrarme a conducirlo. Los limpiaparabrisas iban y venían, apartando la nieve que caía sin parar.

Una vez dentro, fui directamente a la segunda planta y examiné las oficinas en busca de libros que pudieran resultarme útiles. A menos que fuéramos capaces de mantener las muestras en condiciones aceptables, no tenía ningún sentido que emprendiéramos el viaje.

Uno de los manuales que encontré contenía un capítulo sobre el traslado de vacunas. Tras una lectura exhaustiva, rebusqué en el laboratorio hasta que encontré una neverita portátil industrial en un armario que había junto a la nevera. Cogí también una caja de plástico para evitar que los frasquitos tocaran las compresas heladas y se congelaran. Junto a la neverita coloqué también las libretas de notas de papá con fecha posterior a la aparición del virus, y añadí una caja de placas de Petri, un paquete de jeringuillas y otro de platinas de microscopio que encontré en un armario. ¿Quién sabía cómo andarían de suministros en el continente?

Lo dejé todo delante de la nevera, donde podría recogerlo en un periquete en cuanto el clima se despejara lo suficiente como para cruzar el estrecho en *ferry*. Leo había visto a Mark usarlo y creía que iba a ser capaz de hacerlo arrancar. Hasta que llegara el momento, la vacuna estaría más segura en el laboratorio que en ningún otro lugar del pueblo, dentro de aquella nevera especialmente calibrada y conectada a un moderno generador, protegida por unas ventanas blindadas y una puerta que ya había resistido los ataques de la banda de saqueadores.

Encima del mostrador, a la vista de todo el mundo, dejé las hojas donde había copiado todas las notas que papá había tomado mientras desarrollaba la vacuna. En cuanto me marchara le daría las llaves a Tessa. Si mi misión fracasaba, no quería que el trabajo de papá se perdiera por completo.

Había tantas cosas que no me había contado... Debería haberse preparado para lo peor, para la posibilidad de que no estuviera aquí para siempre.

Es probable que papá hubiera pensado que yo no sería capaz de encargarme de esto. Me habría dicho que me esperara, lo mismo que Nell. Y a lo mejor tenía razón. A lo mejor las carreteras estarían tan mal que Gav y yo no podríamos seguir adelante. A lo mejor nos quedaríamos sin gasolina, tirados en medio de la nada. O a lo mejor nos asaltarían, porque, como había dicho Leo, la gente vería solo a dos adolescentes con las provisiones que ellos necesitaban.

Pero a pesar de todos esos temores, desde que Nell me había dado la espalda, una inquietante sensación no había hecho más que crecer en mi interior: la de que si no hacía algo inmediatamente y la vacuna se echaba a perder, no me lo iba a perdonar jamás.

CUATRO

Lo último que metí en el cuatro por cuatro fueron dos sacos de sal de la que se echa en las aceras para derretir el hielo. Se me había ocurrido que podríamos necesitarlos cuando Meredith se había quejado de que las escaleras de la casa estaban resbaladizas.

Los sacos pesaban veinte kilos cada uno. A pesar del frío, para cuando las hube arrastrado hasta la puerta ya estaba sudando bajo el abrigo. Pero también había encontrado un bote de anticongelante para el limpiaparabrisas, de modo que me dije que el esfuerzo había valido la pena. Estaba estirando los brazos cuando Leo apareció en la puerta.

—Eh, hola —saludó—. Meredith me ha dicho que estabas aquí fuera. Buscando... ¿sal?

—Pues sí —contesté, y le pegué una patadita a uno de los sacos.

—¡Ah! —exclamó Leo—. ¡Ese tipo de sal!

A continuación se produjo un silencio incómodo. Lo miré y él me devolvió la mirada, con una expresión tan seria que me dio un vuelco el corazón. Leo bajó los ojos antes de que tuviera tiempo siquiera de preguntarme a qué venía esa cara.

—¿Te ayudo a llevar los sacos hasta el coche? Imagino que son para el viaje, ¿no?

—Sí, gracias —le dije—. Coge uno.

Me coloqué el otro encima del hombro y empecé a andar por el caminito nevado. Los copos de nieve se arremolinaban a nuestro alrededor.

—Entonces, ¿estáis preparados para marcharos? —preguntó Leo en cuanto hubimos metido la sal en la parte de atrás del cuatro por cuatro.

—Preparadísimos —respondí. Leo me acompañó mientras volvía a por el anticongelante—. Ahora solo necesitamos que el tiempo mejore un poco.

Nos metimos en el garaje.

—Kaelyn —dijo Leo. Cuando me giré abrió la boca y la cerró un par de veces, como si se le hubiera olvidado lo que me quería decir. Entonces me dirigió una sonrisa de medio lado—. No te podrías creer lo mucho que te eché de menos cuando te marchaste a Toronto, hace tantos años.

—Oh, vamos —dije—. Me apuesto que ni la mitad de lo que te añoré yo a ti. Tú por lo menos aún tenías un millón de amigos...

—Sí, pero no era lo mismo. Tú eras la única persona que sentía que quería tenerme cerca.

—Pero ¿qué dices? Si les caías bien a todos.

—Sí, les caía bien —dijo, y dudó un instante—. Pero nunca dejaban de ver esto —añadió, y se señaló la cara. Sabía perfectamente que se refería a sus ojos sesgados y a su piel amarillenta—. Jamás olvidaron que yo era adoptado, diferente, que no era un isleño de toda la vida. Era consciente de que no podían evitarlo, de modo que fingía no darme cuenta. Pero contigo no tenía que fingir. Tú nunca me juzgaste por haber nacido donde nací.

Siempre me había parecido un chico tan alegre que en ningún momento me planteé que pudiera haber crecido sintiendo esas cosas respecto al resto de los chicos. Pero seguramente tenía razón: yo también había tenido la sensación de que la gente me juzgaba. Para mí era fácil no tener en cuenta que Leo era distinto, pues mis padres tenían colores diferentes, y encima mi padre era del continente. Yo también era distinta.

—Leo —dije, pero él siguió hablando.

—Me sentí tan aliviado cuando bajé del *ferry* y te vi ahí, ¡cuando vi que seguías siendo tú! Cuando te mudaste a Toronto tuve la sensación de que te convertías en una persona crítica y cerrada, y empecé a pensar que habías cambiado, o que en realidad no te conocía tan bien como creía. Sobre todo cuando volví y sentí que me evitabas; no puedo creer que me marchara a Nueva York sin intentar hablar contigo. Y entonces el virus empezó a cargárselo todo —añadió, y tragó saliva—. Pero sigues siendo la misma persona a la que conocí. O incluso más. Es increíble cómo te has volcado para intentar ayudar a todo el mundo. Eres increíble, Kae. Pero eso ya lo sabes, ¿verdad?

Me ruboricé.

—Hay mucha gente que arrima el hombro —dije—. En realidad quien lo organizó todo fue Gav.

—Pero quien ha decidido llevar la vacuna al continente has sido tú —insistió él—. Te has dado cuenta de que alguien tiene que hacerlo y te has prestado voluntaria, a pesar del riesgo que entraña.

—No me pasará nada.

—No puedes estar segura de eso —respondió, y se me acercó más—. Oye, ya sé que nada va a cambiar. Sé que tú tienes a Gav y yo a Tessa, y está bien que así sea. Pero te vas a ir y esta vez es muy posible que no te vuelva a ver nunca más. Necesito que sepas lo que significas para mí, lo mucho que lamento no haber intentado arreglar las cosas entre nosotros y lo mucho, muchísimo, que deseo que vuelvas sana y salva.

Entonces levantó las manos, me cogió la cara y me besó.

Fue un beso delicado, pero tan decidido que de pronto me di cuenta de que se me abrían instintivamente los labios. Y entonces me puse tensa, se me paró el cerebro. Leo no tenía que estar besándome. ¿Qué estaba haciendo? ¿Y qué hacía yo?

Levanté los brazos para apartarlo, pero de pronto ya no estaba ahí. Dio un paso hacia atrás y bajó las manos. Le temblaban los hombros.

—Lo siento —dijo—. No volverá a ocurrir. Ten mucho cuidado ahí fuera, Kae. Entonces dio media vuelta y se alejó bajo la nieve.

A la mañana siguiente, el viento había amainado. Aún nevaba un poco, pero para cuando terminamos de desayunar el cielo estaba despejado.

—Esperaremos hasta mañana y, si el tiempo sigue así, nos marcharemos a primera hora —apuntó Gav—. Es importante que el primer día llegemos lo más lejos que podamos.

Yo me habría ido en ese momento, pero tenía razón. Además, así disponía de un tiempo más para estar con Meredith antes de despedirme de ella. Salimos todos al jardín a jugar con los hurones.

La casa daba al estrecho, y el jardín hacía un poco de pendiente y bajaba hasta la orilla. *Fossey* correteó hasta el agua y Meredith salió tras él. Yo solté un poco la correa de *Mowat*, que se unió a la fiesta. A mis espaldas, Leo y Tessa iban cogidos del brazo. Intentaba no prestarles atención, pero cada vez que Leo se movía notaba un hormigueo en la piel, como si hubiera desarrollado un sexto sentido específicamente para él.

Desde el episodio en el garaje, Leo actuaba como si no hubiera pasado nada, de modo que yo hacía lo mismo. Aun así, a una parte de mí le dolía que pudiera abrazar a Tessa y darle besitos en la mejilla como si tal cosa, como si no me hubiera besado a mí el día anterior, como si no la hubiera traicionado. Al mismo tiempo, cada vez que Gav me sonreía sentía un arrebatado de culpabilidad, como si hubiera sido yo quien había hecho algo malo. Tenía la cabeza llena de preguntas que me reconcomían por dentro. ¿Cuánto tiempo llevaba Leo reprimiéndose? ¿Habría estado colgado de mí mientras yo creía que nunca iba a corresponderme?

¿Qué habría pasado si le hubiera devuelto el beso?

Cerré los ojos y aparté todas esas ideas. Leo había tenido que pasar por muchas cosas, y seguramente estaba un poco desubicado. No podía enfadarme con él. Solo tenía que superarlo, como habría hecho cualquier otra chica a la que la hubiera besado su mejor amigo, un chico por el que no sentía nada y que a continuación le había dicho que no volvería a suceder.

—Es increíble que no tengan frío —dijo Meredith mientras los hurones se revolcaban por la nieve. Me sonrió y noté otro tipo de dolor en el pecho: la idea de abandonarla me resultaba casi tan dolorosa como el recuerdo de la noche en que la había llevado al hospital. Ni siquiera le podía prometer que fuera a volver pronto.

—Hay algo en el agua —dijo Tessa, señalando la otra orilla.

Un barquito acababa de zarpar del puerto. Primero roló un poco hacia el norte y

luego hacia el sur, como si el piloto no estuviera acostumbrado a llevar la embarcación, pero era evidente que se dirigía hacia la isla.

«Son los padres de Tessa —pensé—. O Drew. O alguien del Gobierno, por fin».

—¡Eh! —grité, aunque era imposible que me oyeran desde tan lejos, y agité una mano.

Meredith se dio media vuelta. En cuanto divisó el barco, empezó a saltar y a bracear, entusiasmada.

—¡Aquí! ¡Venid aquí!

—Irán al puerto, allí puedan atracar, Mere —le dije.

El bote se acercó y vi que era una lancha rápida sin cabina, solo con un parabrisas tras el que se recortaba una figura solitaria. Mi excitación inicial se fue enfriando. Podía ser cualquiera. Podía ser alguien que pensaba que podía venir a la isla a robarnos fácilmente lo que teníamos.

—A lo mejor es alguien a quien no queremos en la isla —apuntó Leo, como si me hubiera leído el pensamiento.

—Deberíamos ir a esperarlo al puerto y prepararnos por si intenta algo raro —dijo Gav—. Pero, bueno, creo que viene hacia aquí.

La lancha brincaba sobre las olas, pero era evidente que había cambiado de rumbo y ahora ya no se dirigía hacia el puerto, sino hacia nosotros. Me acerqué a Meredith y le puse una mano encima del hombro. Al cabo de un rato ya distinguía lo suficiente al hombre que había tras el timón como para estar segura de que no lo conocía. El tipo soltó el timón y nos saludó como había hecho Meredith, solo que él parecía más desesperado que contento.

Cuando la barca llegó a la orilla, Gav se acercó al agua.

—¿Hay algún problema?! —gritó.

El hombre se aproximó tanto como se lo permitían las aguas poco profundas. Estaba pálido y muy delgado, y su cabeza se perdía dentro de la ancha capucha del abrigo.

—¡Tenéis que largaros de aquí! —gritó, y apagó el motor fuera borda—. ¡Decídselo a todos! ¡Tenéis que salir de la isla!

—¿Cómo? —pregunté—. ¿Por qué?

Pero es posible que ni siquiera me oyera.

—Llegarán en cualquier momento —dijo—. ¡Quieren destruir todo el pueblo!

En aquel preciso instante, la brisa me trajo un sonido lejano: el retumbar de la hélice de un helicóptero. Hacía una eternidad que no recibíamos una entrega de comida y que no veíamos el helicóptero de un canal de televisión. Distinguí una figura oscura en el cielo, al norte; me volví hacia el hombre de la lancha y se me aceleró el corazón. También él tenía la vista fija en aquella figura y su expresión era como la de un ratón acechado por un halcón: de terror puro, innegable.

Hablara de lo que hablara, era evidente que creía que era real.

—Pero ¿quién llegará? ¿Qué van a hacer? —pregunté, pero el hombre había vuelto a arrancar el motor, que se tragó mis palabras.

—Estaré en el puerto para llevar a los que no dispongan de una barca —gritó el hombre, que volvió a agarrar el timón—. ¡Daos prisa!

—¡Un momento! —dijo Gav, pero la lancha viró hacia el puerto y aceleró.

—¿Creéis que le tenemos que hacer caso? —preguntó Tessa.

—Podría estar en la fase alucinógena del virus —dije, pero la verdad era que nunca había visto a nadie tan enfermo que fuera capaz de conducir una barca. El corazón me iba a mil por hora—. A lo mejor deberíamos hacerle caso e ir al puerto, por si acaso.

—Puedo pasar por el hospital a avisarlos de que sucede algo raro —propuso Gav.

—Vale, te acompaño —dije—. Tessa, Leo, ¿podéis llevar a Meredith al puerto?

Tessa asintió con la cabeza y cogió a la niña de la mano. Yo recogí los hurones, los hice entrar por la puerta trasera de la casa y la cerré antes de salir rápidamente detrás de Gav, que ya había montado en el cuatro por cuatro. Ahora el zumbido del helicóptero se oía con toda claridad.

—¿Tú qué crees que está pasando? —le pregunté mientras me encaramaba al asiento del acompañante.

Gav pisó el acelerador.

—No lo sé. Esperemos que no sea más que un lunático.

Me abracé a mí misma mientras Gav seguía las marcas de ruedas que Tessa había dejado en la gruesa capa de nieve que cubría el camino de acceso a la casa. Su coche se metió por una calle, unos metros más adelante, y desapareció. Nosotros doblamos una esquina, a medio camino del hospital, y de pronto la sombra del helicóptero nos pasó por encima.

Un segundo más tarde, el bloque de casas que había junto a nosotros salió volando por los aires.

Solté un grito y me agarré a la puerta, mientras el suelo temblaba bajo los neumáticos y la explosión me retumbaba en los oídos. El tejado de la casa se había hundido y salían llamas a través de las ventanas rotas. Un olor químico, desagradable, llenaba el ambiente. Gav continuó adelante, conduciendo más rápido, con la mandíbula apretada y los brazos temblorosos.

—Pues no era un lunático —dijo—. ¿Qué cojones están haciendo?

A mano derecha, se oyó el retumbar de otra explosión. Me encogí y Gav se inclinó hacia delante para mirar por el parabrisas.

—Creo que es un helicóptero militar —dijo—. Nos están bombardeando. ¡Los cabrones del Ejército nos están bombardeando! ¡Como si no nos hubieran jodido ya lo bastante!

Unas lágrimas que no había notado que se formaran empezaron a rodarme por las mejillas. Me enjuagué los ojos e intenté respirar normalmente. Entonces una idea aterradora me atravesó la cabeza como una descarga eléctrica.

—La vacuna —dije—. ¿Y si bombardean el centro de investigación?

—Esperemos que no —contestó Gav—. Tenemos que ir al puerto y largarnos de aquí, como ha dicho el tipo de la barca. Estoy bastante seguro de que ya no hace falta que avisemos a los del pueblo de que pasa algo. Volveremos en cuanto el helicóptero se haya largado.

—¡No! —grité—. No podemos irnos sin esas muestras. Si las perdemos...

Si las perdíamos, era posible que con ello se evaporara también la única posibilidad que teníamos de derrotar el virus, de recuperar el mundo tal como había sido antes.

—Kae... —empezó a decir Gav.

—Por favor —dije—. Tenemos que ir a buscarlas. ¡Si no me llevas tú, saltaré del coche e iré corriendo!

Lo decía en serio. Gav debió de darse cuenta, pues soltó un taco entre dientes y, al llegar al siguiente cruce, giró hacia el centro de investigación en lugar de hacia el puerto. Ya habíamos dejado atrás el hospital. El cuatro por cuatro tomó una cuesta abajo y, en aquel momento, el suelo tembló con una tercera explosión. Comprobé que llevaba las llaves en el bolsillo del abrigo.

El centro de investigación seguía de una pieza cuando llegamos. El coche derrapó y yo bajé de un salto. Gav dejó el motor en marcha y corrí hacia la puerta a través de la nieve.

Hurgué el cerrojo con la llave y, con delicadeza, abrí la puerta. Las botas me resbalaron sobre el suelo liso. La nevera portátil y el resto de las provisiones estaban donde las había dejado. Metí los frasquitos con las muestras y las compresas heladas del congelador en la nevera portátil, y coloqué el resto encima para asegurarme de que no me dejaba nada.

Cuando volví a salir, vi una columna de humo que se elevaba desde detrás de los árboles, tan densa que parecía como si toda la ciudad estuviera ardiendo. «El hospital no, por favor», pensé, y volví a meterme en el coche.

Pasé todo el trayecto hasta el puerto abrazada a la nevera, con los ojos cerrados. El acre olor a quemado me llenaba la nariz. El helicóptero volvió a pasar retumbando por encima de nosotros; me estremecí y me aferré a la nevera aún con más fuerza. Era incapaz de decir si el estruendo que oíamos correspondía a bombas, a edificios que se derrumbaban o a algo que no podía ni imaginarme. Gav respiraba pesadamente mientras conducía el coche de un lado a otro de la calle.

Cuando llegamos, el coche de Tessa estaba ya junto al puerto. Aparcamos junto a este y bajé trastabillando, con la neverita entre las manos. La lancha oscilaba con las

olas, al final de uno de los muelles. Meredith y los otros ya nos esperaban dentro. Gav y yo cruzamos el muelle corriendo; notaba su mano en la espalda. Tessa me cogió la nevera y nos ayudó a subir a bordo.

—Quería marcharse sin vosotros —dijo Meredith, sollozando, y le dirigió una mirada asesina al piloto—. Le hemos dicho que, si lo intentaba, lo tirábamos de la lancha.

El piloto (nuestro salvador) estaba demasiado ocupado rastreando el cielo como para sentirse culpable.

—Bueno, ahora sí que nos vamos —anunció, aferrándose al timón—. Antes de que nos vean.

—Pero seguro que otras personas del pueblo acudirán al puerto para intentar marcharse —protesté—. El resto de las barcas están destrozadas, tenemos que esperar por si...

—No —me cortó el hombre—. Bastante suerte hemos tenido de que no nos hayan matado ya.

Entonces hizo girar el timón y la barca se alejó del muelle. Mientras nos dirigíamos a toda velocidad hacia el continente, me volví hacia la isla. El pueblo donde había pasado la mayor parte de mi vida titilaba entre el humo y las llamas, cada vez más pequeño, mientras el espacio que nos separaba de la isla se iba ensanchando.

CINCO

Cuando llegamos al puerto del otro lado del estrecho, desembarcamos rápidamente en el extremo del muelle más largo y nos volvimos a comprobar que no nos siguiera nadie. Aún quedaban el *ferry* y los barcos de los muelles privados que los soldados no habían destrozado en su razia de hacia dos meses. Y, sin embargo, lo que veíamos costaba de creer, de modo que nos quedamos contemplando el espectáculo, estupefactos.

Ahí estaba nuestra isla, en llamas. Nuestra isla, incendiada, mientras el helicóptero iba soltando más y más bombas. Un frágil destello parpadeó entre las siluetas distantes de los edificios. Una bruma humeante había empezado a reemplazar las nubes. Meredith temblaba, abrazada a mí, y yo le pasé un brazo por los hombros.

Tras lo que pareció una eternidad, el helicóptero dio media vuelta y se marchó de nuevo hacia el norte. Al rato se convirtió en una mota diminuta y, finalmente, desapareció. Las olas batían contra los pilones del muelle. Gotitas de agua helada me salpicaban la cara, ya entumecida. Con todo, no logré distinguir a nadie en el puerto de la isla, ni a lo largo de la costa.

A lo mejor, a pesar del caos, los lugares más importantes habían salido indemnes. A lo mejor Nell y los demás estaban bien, y solo habíamos perdido un puñado de edificios vacíos.

Aunque también podía ser que fuéramos los únicos supervivientes del ataque.

Seguía sin entender nada. Entonces me di la vuelta y vi que el tipo que nos había llevado hasta allí se había marchado. A pesar de la neblina que me embotaba la cabeza, noté un acceso de rabia. Recogí la nevera del suelo y me dirigí hacia el puerto.

—¡Eh! —grité al llegar a la zona de carga, junto a los muelles—. ¡Eh, el de la lancha!

La puerta de la oficina del puerto se abrió y nuestro salvador salió de dentro. Se había quitado la capucha, bajo la que vi una cara estrecha y una cabeza rapada. Tenía los labios agrietados y los ojos azules, y parpadeaba con expresión nerviosa. No debía de tener mucho más de veinte años. Me pregunté si tendría mucha más autoridad que nosotros.

—¿Qué está pasando aquí? —le pregunté—. ¿Cómo sabías que venía el helicóptero y lo que iba a hacer?

—He intentado llegar antes —dijo—. De veras que lo he intentado. Pero la nieve... Las carreteras estaban imposibles. Y luego he tenido que encontrar las llaves

de una de las lanchas.

Los demás llegaron tras de mí.

—¿Quién eres? —le preguntó Leo.

—Me llamo Rowls —respondió el chico, con una mueca—. Tobias Rowls.

—Así pues, has llegado hasta aquí en coche —dije—. ¿Desde dónde? ¿Y cómo sabías que iba a venir el helicóptero?

Gav pasó junto a Tobias y se acercó a la oficina. De pronto se quedó helado.

—¿Has llegado hasta aquí con eso? —preguntó.

Tobias se volvió de golpe, pero Gav ya había empezado a caminar hacia un vehículo que estaba aparcado junto al edificio. Era una mezcla entre un cuatro por cuatro y una furgoneta de reparto, un vehículo cuadrado y anguloso. Y estaba cubierto de manchas de camuflaje. Se me cayó el alma a los pies.

—Eres un soldado —dijo Gav, que se había vuelto hacia Tobias—. Eres uno de ellos.

Tobias soltó una carcajada seca y amarga.

—Si supieras lo que pasa, no dirías eso.

—¿Y por qué no nos cuentas lo que ha pasado? —le solté.

Se hizo el silencio hasta que Tessa, con voz algo más dulce, dijo:

—Acabamos de ver cómo destruían nuestra casa. ¿Ni siquiera nos vas a contar por qué?

—No tenéis ni idea de lo que han sido estos últimos meses —dijo Tobias, que apartó la mirada y se mordió el labio—. Tenemos una base a un par de horas al norte.

—Yo creía que ya no quedaba ninguna base militar en la provincia —intervino Gav.

—No es oficial —contestó Tobias—. Se supone que ha estado inactiva desde hace décadas, pero el Gobierno reubicó un contingente tras los ataques del 11-S. Por lo menos eso fue lo que nos dijeron los altos mandos. Éramos dieciocho, pero algunos contrajeron el virus, el comandante enfermó y muchos huyeron. A mí y a un par de soldados más nos pareció que estaríamos más seguros si nos quedábamos allí escondidos hasta que el virus estuviera bajo control. Había raciones de sobra y mucha gasolina para el generador. No nos faltaría de nada.

—Me alegro por vosotros —dijo Gav.

Tobias dio un respingo, pero siguió hablando.

—Pensábamos que iba a ser solo por unas semanas, pero las noticias no hacían más que empeorar. Los otros dos se empezaron a poner nerviosos. No querían salir del recinto, pues temían enfermar, pero tampoco soportaban estar siempre encerrados. Empezaron a salir de vez en cuando y a hacer prácticas de tiro a través de la verja: pájaros, ciervos, árboles. Entonces, hace dos días, llegó un tipo gritando y pidiendo ayuda. No tengo ni idea de cómo llegó hasta allí, pero el tipo empezó a decirnos que

acababa de marcharse de una isla horrible donde había empezado todo, que había contraído el virus y que lo habían amenazado con pegarle un tiro si no se marchaba.

Tobias hizo una pausa y nos dirigió una mirada acusadora.

—En la isla no tiroteábamos a nadie —dije—. Debía de ser uno de los... Había un grupo que se dedicaba a matar a todo aquel que presentaba los síntomas. El tipo debía formar parte de ese grupo.

Qué tonto. Si hubiera ido al hospital, habrían hecho lo que hubieran podido por él. Pero el tío debió de pensar que si se enteraban que había formado parte de la banda lo rechazarían.

—Bueno, pues huir no le sirvió de nada —dijo Tobias—. Terminaron disparando igual sobre él. Tosía, estornudaba y gritaba sin parar, no lo podíamos dejar entrar de ninguna manera. Moore se lo cargó con su rifle, como si formara parte de la práctica de tiro. Y, entonces, él y Donetelli empezaron a hablar de vuestra isla: no podían creer que el lugar donde había empezado todo estuviera tan cerca, y al cabo de un rato estaban como motos. Decían que, si la gente se hubiera quedado en la isla, a los demás no nos habría pasado nada, y que se merecían una visita del helicóptero y unos cuantos misiles. Prácticas de tiro a lo bestia.

—En la isla había niños —dijo Gav—. Y personas mayores que no habrían podido salir de casa ni queriendo. Nosotros solo intentábamos seguir tirando, como todo el mundo.

—Ya lo sé —replicó Tobias, que parecía abatido—. Yo no estaba en el maldito helicóptero, ¿verdad? Después de oírles hablar, cogí uno de los camiones y vine tan rápido como pude. No pensaba que fueran a hacerlo de inmediato. Tenía la esperanza de que se calmaran un poco y se olvidaran del tema, pero debieron de darse cuenta de que había desaparecido y decidieron que iban a llegar antes que yo. Y casi lo consiguen.

—Sabías lo que tramaban y te marchaste —dijo Leo—. Ni siquiera intentaste quitárselo de la cabeza —añadió. Y no era una pregunta.

—Ni siquiera me habrían escuchado —aseguró Tobias—. Nunca lo hacían. Son... En serio, no sabéis lo que era eso.

—Lo que sí sabemos es que alguien acaba de bombardear nuestra isla —repliqué yo—. ¿No podrías haber protestado?

Tobias se encorvó.

—Escuchad —dijo—: lo he arriesgado todo viniendo hasta aquí. ¿Creéis que ahora me van a dejar volver a la base? He hecho lo que he podido...

Meredith se retorció junto a mí.

—Kae —dijo—, ¿qué haremos ahora? ¿Volveremos a la isla? ¿Y si vuelve el helicóptero?

—Naturalmente que vamos a volver —contestó Gav—. Si ha habido

supervivientes, necesitarán nuestra ayuda.

Miré al otro lado del estrecho y, a continuación, bajé los ojos hasta la neverita. Todos los músculos de mi cuerpo se rebelaron ante la idea de regresar a la isla con la vacuna. Habíamos sido incapaces de anticipar aquel ataque; ¿qué otras cosas que no hubiéramos previsto nos depararía el futuro? De repente, volver a la isla me parecía un riesgo mucho mayor que haberla abandonado.

—Tú ve —dije—, yo no puedo. Podríamos haber perdido la vacuna. Tengo que encontrar a alguien capaz de fabricarla mientras aún estemos a tiempo.

—¿Y qué propones? ¿Que los abandonemos? —preguntó Gav, haciendo un gesto hacia la isla.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Yo quiero que estén bien, por supuesto que sí. Pero no soy ningún superhéroe, Gav. ¿Qué puedo hacer yo que no sean capaces de solucionar por sí mismos? Cualquiera que esté bien sabrá dónde encontrar comida y dónde buscar cobijo. Y a los que no estén bien no los puedo ayudar de todos modos.

—Es verdad —dijo Tessa—. No somos médicos.

—Lo que sí puedo hacer, en cambio, es esto —añadí, y puse una mano encima de la neverita—. Lo tengo que hacer.

—Pero no podemos ir a ninguna parte sin reservas y sin un coche —protestó Gav.

—Lo sé —dije.

Era posible que el cuatro por cuatro hubiera volado por los aires, pero, aunque ese no fuera el caso, sentía que no podía volver a poner los pies en la isla, ni siquiera por unos minutos: sabía que en cuanto viera los destrozos lo más probable era que no pudiera volver a marcharme.

—A lo mejor podría coger la lancha. El río San Lorenzo me llevaría hasta allí...

—Te congelarías. ¿Y qué pasaría si hubiera una tormenta? Kae... —empezó a decir Gav, pero entonces se calló y se me quedó mirando—. No vas a escuchar nada de lo que diga, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—No. A menos que tenga algo que ver con llevar estas muestras a Ottawa.

Gav soltó un bufido y su mirada se posó en la furgoneta de Tobias. Entonces se volvió abruptamente.

—Dame las llaves.

—¿Qué? —preguntó Tobias.

—Las llaves de la furgoneta. Quiero ir a echar un vistazo.

Le tendió la mano. Tobias parpadeó y, finalmente, aunque se notaba que no las tenía todas consigo, le entregó un llavero. Los demás vimos cómo Gav se acercaba al vehículo y abría la parte trasera. Subió y el suelo metálico crujió bajo sus botas. Aquel sonido sacó a Tobias de su estupor.

—¡Eh! —exclamó, y empezó a andar hacia el coche—. ¡Eso es mío!

Gav sacó la cabeza por la puerta.

—Estás bastante bien equipado —dijo—. Una tienda, sacos de dormir, un montón de comida...

—Como he dicho, no me van a dejar volver a la base. De alguna forma tengo que salir adelante.

—He aquí otro motivo por el que no has llegado antes —le soltó Gav—. Estabas demasiado ocupado llenando la furgoneta antes de marcharte.

Tobias se ruborizó. Gav bajó del vehículo y cerró la puerta de golpe.

—Te propongo un trato —dijo con voz tensa—: si nos llevas a mí y a Kaelyn a Ottawa y nos traes de vuelta en cuanto hayamos terminado, estaremos en paz.

—¿En serio tenéis una vacuna? —me preguntó Tobias—. ¿Podemos librarnos del virus para siempre?

—Creo que sí —contesté yo, y empecé a concebir esperanzas—. Si nos echas una mano...

Tobias, al que observaban cinco pares de ojos, bajó la cabeza.

—Vale —repuso al cabo de un momento—. De acuerdo. La verdad es que tampoco tengo otros planes.

—¿Yo voy también? —preguntó Meredith, tirándome del brazo.

Se me revolvió el estómago. No quería llevarla a ningún lugar que no supiera que iba a ser seguro, pero es que la isla tampoco lo era. Los del helicóptero podían volver en cualquier momento para hacer una segunda pasada; bastante suerte habíamos tenido de poder librarnos una vez.

—Deberíamos acompañaros todos —dijo Tessa con voz firme—. Es evidente que quedarse en la isla es un peligro para cualquiera. Además, estoy segura de que encontraremos más comida por el camino. Lo mejor que podemos hacer en este momento es llevar la vacuna a la persona apropiada. Cuantos más seamos, antes lograremos encontrar a alguien que nos pueda ayudar en cuanto lleguemos a la ciudad, ¿no?

Al cabo de unos segundos, Leo asintió con la cabeza.

—¡Yo también quiero ayudar! —exclamó Meredith.

Tobias se encogió de hombros, como si a él le diera lo mismo. Yo me quedé sorprendida, no me esperaba aquella muestra unánime de apoyo. Tessa me dirigió una sonrisa.

Me invadió una oleada de gratitud. Sí, si seguíamos juntos, nos podríamos proteger mejor. Cuantos más fuéramos, menor sería el peligro. Antes nunca les habría pedido que corrieran ese riesgo, pero tal como estaban las cosas en la isla, aquello me parecía lo correcto.

Íbamos a salir adelante juntos, como habíamos hecho tantas veces antes.

SEIS

Gav era el único que fruncía el ceño.

—¿Y qué pasa con la gente de la isla? —preguntó—. No podemos marcharnos sin explicarles a los demás lo que ha pasado, para que se puedan preparar por si vuelve el helicóptero.

—Iré yo —dijo Leo, que se encogió de hombros y hundió la barbilla bajo el cuello del abrigo—. Soy el que tiene más experiencia pilotando una lancha, y el mar está bastante picado. Iré al hospital, les informaré de lo ocurrido y luego echaré un vistazo a vuestro coche. Si sigue en buen estado, lo intentaré traer con el *ferry*. Y, si no, por lo menos traeré las provisiones que pueda salvar.

A Gav se le tensó la mandíbula, como si fuera a protestar, pero entonces cerró los ojos e inclinó la cabeza.

—Si la casa está bien —dijo—, no estaría de más que trajeras parte de la comida. Pero no te lleves más de lo que pertenece a los habitantes de la isla.

Volvió la mirada hacia mí. Me di cuenta de que no quería abandonarme ni siquiera durante un par de horas. Por eso había accedido a acompañarme, a pesar de que no volver a la isla lo iba a matar.

—Gav, yo estaré bien —le dije. Pronunciar aquellas palabras me resultaba doloroso, pero tenía que hacerlo—. Si prefieres quedarte en la isla a echar una mano, deberías hacerlo. No tenemos por qué ir todos.

—No —contestó—. Eso ya lo decidí la primera vez que hablamos del tema. Podemos partir mañana por la mañana, como teníamos planeado.

Leo se marchó hacia el muelle y yo me llevé a Gav a un lado.

—¿En serio te parece bien? —le pregunté, bajando la voz—. A mí me puedes decir la verdad, ¿sabes?

Se pasó una mano por el pelo.

—Por supuesto que me preocupa dejar la isla justo cuando ha quedado prácticamente destruida, pero dejarte a ti sería aún peor. Desde el primer día que te pedí ayuda, cuando me echaste una mano con el combustible de los coches de la distribución de comida, has apoyado cada una de las ideas que he tenido. Ahora me toca a mí. Quiero hacerlo por ti. Si me necesitas, estaré a tu lado. Y quiero que lo sepas.

—Gav... —dije, pero no encontré palabras para expresar lo que sentía. Ver cómo él canalizaba hacia mí toda la pasión y la determinación que había puesto en mantener la isla funcionando me parecía increíble, imposible. Lo agarré por la

pechera del abrigo, tiré de él y le ofrecí mis labios; intenté entregarme a aquel beso con cada partícula de mi cuerpo. Él me rodeó con los brazos y me abrazó con fuerza —. Ya lo sé —añadí en voz baja después de soltarlo.

Él sonrió y me volvió a besar.

—Si vamos a ser seis, necesitaremos más provisiones —apuntó—. Echemos un vistazo a ver qué encontramos por aquí.

Así pues, mientras el cielo empezaba a oscurecer con la llegada de la noche, nos dedicamos a saquear las oficinas del puerto. En el mostrador que había cerca de la caseta que vendía los billetes para el *ferry* quedaban tan solo un par de envoltorios arrugados, pero Tobias logró abrir el candado que cerraba el almacén trasero con una herramienta que llevaba en la furgoneta. Al cabo de un rato habíamos añadido a sus reservas de comida varias garrafas de agua, cajas de chocolatinas y barritas de cacahuetes recubiertos de miel, acabadas de caducar. Tobias empezó a reordenar el contenido de la furgoneta para hacer sitio en el suelo.

—Será mejor que durmamos aquí —dijo—. El calor se conserva mejor en un espacio reducido.

Mientras tanto, Gav, Tessa, Meredith y yo nos dirigimos hacia la calle principal del pueblo para echar un vistazo a los escaparates de las tiendas.

Me dije que Drew debía de haber pasado por allí hacía semanas, cuando se había marchado. Eso contando con que hubiera conseguido cruzar el estrecho con vida. Por aquel entonces era posible que algunas de las tiendas estuvieran aún en funcionamiento. Ahora no quedaba nadie. Las puertas de la mayoría de los comercios estaban abiertas de par en par y oscilaban con el viento.

Gav señaló una tienda de géneros de punto. Tessa cogió un jersey de abrigo y un gorro de lana gruesa para cada uno de nosotros. Yo empecé a hacer acopio de mantas, y Gav cogió varias bolsas de plástico de detrás del mostrador para guardar el botín.

Más abajo había un colmado. El último periódico que había en la rejilla para la prensa tenía fecha del 5 de noviembre. Supuse que debía de haber sido el momento en que el propietario se había marchado. O había enfermado. «Los hospitales saturados por un brote de gripe cordial», decía el titular. El artículo explicaba que los centros médicos de todo el país se estaban quedando sin espacio. La fotografía granulada de una sala llena de pacientes en Halifax me trasladó al pasado; hacía solo unos meses nuestro hospital también había tenido aquel aspecto.

Todas aquellas personas que miraban a cámara con expresión de angustia estaban muertas.

Hice un esfuerzo consciente por dejar de leer. Los estantes de comida estaban vacíos. Cogí un puñado de mecheros de una caja que había encima del mostrador y varias revistas para prender fuego. Meredith soltó un chillido y me trajo una lata de alubias cocidas que se les había pasado por alto a los que habían saqueado la tienda

antes que nosotros.

Mientras seguíamos calle abajo, solo se oía el aleteo de una bandada de gorriones que se posaron en los inútiles cables del teléfono. No vi ni una sola pisada humana, aparte de las nuestras. No se veía humo en ninguna de las chimeneas de las casas que teníamos ante nosotros. Era como si hiciera años que allí no viviera nadie.

Tenía sentido. ¿Por qué motivo habría querido alguien quedarse tan cerca de nuestra isla en cuarentena y de su enfermedad mortal? A lo mejor algunos habitantes del pueblo habían muerto, pero lo más probable era que la mayoría se hubieran marchado a otra parte.

Hasta que el virus los había atrapado y habían muerto de todos modos.

—¿No creéis que tendríamos que echar un vistazo también en las casas? —preguntó Tessa al llegar a un punto donde la calle principal se bifurcaba en dos calles residenciales—. Es posible que encontremos algo de comida.

—El espacio en la furgoneta es limitado —dije. Además Leo iba a traer más cosas. Pero, por otro lado, y teniendo en cuenta que ya estábamos allí, seguramente no tenía mucho sentido dejar pasar la oportunidad.

Mientras dudaba, oímos un sonido débil pero inconfundible. Me puse muy tensa.

Alguien estaba tosiendo dentro de una de las casas.

Tessa y Gav se cubrieron la boca con las bufandas, pero estas servían para protegerse del frío, no de los microbios asesinos. El corazón me latía con fuerza.

—Volvamos al puerto —dije.

Gav se detuvo un momento, pero al fin asintió con la cabeza.

—Si Leo trae comida de la isla, creo que de momento nos apañaremos.

Los gorriones echaron a volar de repente y yo me estremecí, pero seguíamos sin ver a nadie. Sin embargo, nada más llegar a la furgoneta, dejé las bolsas en el suelo y fui a por la neverita, que había dejado en la oficina del puerto.

Estaba igual. Me puse en cuclillas y apoyé la cabeza en las manos.

A Meredith y a mí no nos pasaría nada, habíamos superado ya la enfermedad y estábamos inmunizadas. Pero ¿qué sería de Gav, Tessa y Leo? A lo mejor lograríamos llegar a Ottawa sin toparnos con nadie que estuviera enfermo si solo nos parábamos en pueblos pequeños para buscar gasolina, pero en cuanto llegáramos a la ciudad... Seguramente allí quedaba más gente de la que hubiera habido jamás en la isla, y no podíamos suponer que no fuéramos a toparnos con personas infectadas, o que los pudiéramos eludir con facilidad.

Naturalmente, la alternativa pasaba por quedarnos allí y exponernos a que nos bombardearan.

Apoyé las manos en la nevera. A lo mejor había otra opción. Teníamos cinco muestras de la vacuna. Un científico no iba a necesitarlas todas para replicarla, ¿verdad? ¿Tan egoísta sería darles una dosis a mis amigos, que estaban dispuestos a

ayudarme a llevarla adonde tenía que ir?

Oí un motor que se acercaba por el agua y correteos ante la puerta. Leo había vuelto.

Cuando salí ya estaban todos en el puerto, excepto Tobias, que aguardaba junto a la furgoneta con expresión vacilante. Se hacía de noche muy deprisa, en el cielo humeante había cada vez menos luz. En el puerto se habían encendido varias farolas alimentadas con energía solar.

Leo había vuelto con la fueraborda, de modo que asumí que nuestro cuatro por cuatro no había sobrevivido. Pero junto con varias bolsas de comida, también estaba descargando los depósitos de gasolina que Gav y yo habíamos rellenado.

—¿Está muy mal la cosa? —preguntó Gav mientras transportábamos el botín de Leo a la furgoneta.

—El hospital sigue en pie —dijo Leo, y yo pude dejar de contener el aliento—. Y vuestra casa también. Pero hay muchos edificios que no. Una de las bombas debió de caer cerca del puerto, porque el cuatro por cuatro estaba volcado y tenía el parabrisas agrietado. Por suerte lo que había dentro ha sobrevivido.

—¿Has hablado con Nell? —pregunté.

Leo asintió.

—Al parecer, el generador se ha averiado con los temblores. Aún no sabía si podrían arreglarlo o si iban a tener que trasladar a los pacientes.

—¿Y qué pasa con *Mowat* y *Fossey*? —preguntó Meredith—. ¿Los vamos a abandonar?

—En cuanto he entrado han salido corriendo a saludarme —dijo Leo—. Se les veía felices de tener toda la casa para ellos solos. He dejado las bolsas de comida en el suelo, así tendrán toda la que necesiten.

—Gracias —le dije, con otra oleada de alivio.

Leo me dirigió una sonrisa de medio lado. Entonces me acordé de nuestro beso, me ruboricé y aparté la mirada.

—Le he contado nuestros planes a Nell y no le han parecido mal —añadió él, que aparentemente no se había percatado de mi reacción—. Ha dicho que...

Dudó un instante y miró de reojo a Meredith, que estaba escarbando la tierra con la punta de la bota.

—Meredith —dijo Tessa—, ¿puedes ir a la lancha y comprobar que hayamos descargado todas las provisiones?

La niña frunció el ceño y pareció como si volviera en sí.

—¡Sí, claro! —exclamó al final, y echó a correr hacia el puerto.

Leo bajó el tono de voz:

—Ha dicho que seguramente lo mejor que podemos hacer es pasar un tiempo lejos de la isla. El pueblo está tan mal que es probable que tenga que terminar

trasladando a todo el mundo a este lado del estrecho. También ha dicho que espera que demos con la persona que necesitamos.

Aquello me deprimió. Aunque habíamos descubierto que ya nadie vigilaba el estrecho, a nadie le había parecido oportuno abandonar la isla, pues la alternativa era terminar en un lugar desconocido del continente. Nell debía de estar realmente desesperada para plantearse siquiera una evacuación.

—¡No queda nada en la lancha! —exclamó Meredith mientras volvía al trote.

—Gracias por comprobarlo —le dije yo, y la abracé—. Debemos cenar y acostarnos pronto. Tendríamos que salir a primera hora.

—Me parece que tengo un hornillo de camping gas en la furgoneta —apuntó Tobias—. Una cena caliente suena bastante bien ahora mismo.

—He visto que había espaguetis en las bolsas —dijo Meredith—. ¿Podemos cenar eso?

—Sí, claro —contesté—. Ve y trae unas latas.

—Hemos ido a echar un vistazo al pueblo y hemos oído a alguien que tosía —le contó Gav a Leo en cuanto Meredith se metió en la parte trasera de la furgoneta—. Aún queda gente aquí, tenemos que andarnos con ojo.

Leo se lo quedó mirando con expresión fatigada y yo no pude evitar una punzada de preocupación, aunque intentaba no prestarle mucha atención. Había regresado a la isla hacía apenas unas semanas y ahora lo obligábamos a marcharse otra vez. Si pensaba que no iba a ser capaz de soportarlo nos lo diría, ¿verdad?

—En ese caso será mejor que montemos guardia por la noche —dijo—. Toda precaución es poca.

Tenía razón. Y tal vez yo podía hacer desaparecer uno de los temores que debían de obsesionarlo, y que también me obsesionarían a mí mientras él, Gav y Tessa estuvieran desprotegidos.

—Creo que deberíamos vacunaros a los tres —propuse. Gav, que iba a decir algo, se quedó con la boca abierta, y Tessa me miró y parpadeó varias veces—. Disponemos de cinco muestras —añadí—. Si os vacunáramos, aún nos quedarían dos. Es evidente que nos toparemos con personas infectadas, hoy ya hemos estado a punto. No quiero que ninguno de vosotros pille el virus.

—Sí, nos vamos a topar con gente infectada, seguro —dijo Leo cautelosamente—. Me sorprendería mucho que no fuera así. Pero ¿estás segura que no prefieres disponer de las cinco, Kae?

—Ni siquiera sabemos si la vacuna funciona —añadió Gav.

—Si funciona, estará bien que os la hayamos administrado —dije—. Y si no, no importará que lo hayamos hecho. En cualquier caso, no perderemos nada por intentarlo. No tendremos ninguna otra forma de protegernos mientras estemos en la carretera. Y no creo que nadie vaya a necesitar más de una muestra para entender lo

que hizo papá, sobre todo teniendo en cuenta que disponemos también de todas sus notas.

—Las vacunas se elaboran con parte del virus, ¿no? —preguntó Tessa—. ¿Hay alguna posibilidad de enfermarse a causa de la vacuna?

Dudé un momento con la respuesta.

—Sí, supongo. Pero mi padre la probó, y al cabo de tres semanas aún estaba bien. No creo que se hubiera arriesgado si hubiera creído que era peligroso, ¿no?

—Si alguien podía dar con la vacuna, ese era tu padre —apuntó Leo.

—Vale —dijo Tessa—. Prefiero arriesgarme con la vacuna que exponerme al virus sin ella.

Leo dudó un momento más y finalmente contestó:

—Vale, hagámoslo.

—En ese caso nos quedarán tres muestras —dijo Gav—. Porque yo no quiero la vacuna.

—Gav... —empecé a protestar, pero él me hizo un gesto para que esperara un momento.

—¿Nos podéis dar un minuto? —les preguntó a los demás.

Me cogió de las manos, y Tessa y Leo fueron a ayudar a Tobias a preparar el hornillo.

—Kae, entiendo perfectamente por qué quieres hacer esto, pero no creo que sea lo apropiado. Si actué partiendo de una falsa sensación de seguridad a causa de una vacuna que al final resulta no ser efectiva, a lo mejor cometo un error que de otro modo me habría ahorrado. No quiero que se me meta en la cabeza la idea de que estoy a salvo.

—Pues vacúnate y actúa como si la vacuna no sirviera de nada —le contesté—. No tenemos ni idea de lo que nos encontraremos en la ciudad, Gav.

—Ya lo sé —respondió, y tragó saliva—. Pero, aun así... Mi madre fue una de las primeras personas que contrajo el virus, ¿sabes? Cuando empezamos a oír las noticias, lo único que dijo fue: «Alguien inventará un remedio dentro de unos días y todo se arreglará. Siempre es así». Estaba tan convencida de que los médicos y los científicos podían resolver todos nuestros problemas que ni siquiera tomó precauciones, le daba igual. Y ahora su cuerpo está enterrado en la cantera, con miles de personas a las que el virus ha matado.

—Pero tú nunca actuarás así —dije.

—No —respondió Gav—, pero vacunarme va a cambiar mi actitud. Nadie es capaz de controlar del todo su forma de pensar, ya lo sabes.

Sí, lo sabía. Y también sabía que lo heriría demasiado si le decía que no lo dejaría subir a la furgoneta a menos que se vacunara, que prefería que se quedara en la isla. No era justo obligar a alguien a hacer algo que no quería hacer solo para no tener que

preocuparme tanto, ¿verdad? La decisión dependía de él. Gav ya había hecho muchas cosas por mí.

—Pues tendrás que andarte con mucho... mucho... mucho cuidado —le dije—. Nada de hacerte el héroe.

—No me haré el héroe —repuso—. Los dos volveremos a la isla sanos y salvos, Kae. Te lo prometo.

La determinación que transmitía su mirada hizo que todo lo demás se desvaneciera: el frío, el largo camino que nos esperaba, el otro chico que nos podía estar mirando en aquel momento... Lo cogí por el cuello y lo besé. Gav me devolvió el beso y me puso la mano sobre la mejilla. Y, por lo menos durante aquel momento, creí en lo que acababa de decir.

SIETE

Durante el primer día en la carretera pasamos ante casas, almacenes y rampas que daban acceso a pueblos, pero solo nos detuvimos dos veces, junto a un par de campos desiertos, para meter toda la gasolina que nos quedaba en un solo tanque y para cambiar de conductor. De vez en cuando veíamos una chimenea humeante en la distancia, pero esas eran las únicas señales de vida que encontramos. Las ruedas de la furgoneta siseaban sin parar sobre la nieve que cubría la calzada.

Por primera vez empecé a hacerme realmente a la idea de la gravedad de lo que Leo nos había contado sobre el continente. No era que el resto del país hubiera estado ignorando cruelmente las penalidades que pasábamos en la isla, sino que estaban tan abrumados que ni siquiera se habían podido salvar a sí mismos.

A media mañana del segundo día, Tobias señaló el cuadro de mandos y dijo:

—Deberíamos parar en el próximo pueblo que tuviera una salida despejada. Nos estamos quedando sin gasolina.

Desde que se había puesto al volante, el día anterior, desprendía algo más de confianza. Me sentía culpable. Antes de partir, me había llevado a Tessa y Leo a la oficina del puerto y les había administrado una dosis de la vacuna, para evitar disputas. No tenía intención de ofrecerle algo tan valioso a una persona a la que casi no conocía, que solo nos estaba ayudando porque se sentía obligado a ello y que, si la cosa se ponía fea, podía largarse como lo había hecho de la base militar. Pero cada vez me costaba más pensar en esos términos con Tobias sentado a mi lado, tamborileando con los dedos sobre el volante al tiempo que tarareaba una canción.

Me senté a Meredith en el regazo y eché un vistazo al plano de carreteras. Unas horas antes de detenernos la noche anterior habíamos pasado junto a una señal que anunciaba que habíamos llegado a New Brunswick. Si el grosor de la nieve no empeoraba, todo parecía indicar que íbamos a llegar a Ottawa en tres días.

Pero para eso debíamos conseguir gasolina.

—Esa salida tiene buena pinta —dijo Gav desde el asiento de atrás, señalando un carril donde el viento se había llevado bastante nieve.

Tobias asintió.

—¿Crees que es posible que encontremos algún sitio que aún tenga electricidad, Leo? —pregunté.

Cuando se volvió hacia mí, su abrigo se frotó con el de Tessa.

—Lo último que oí fue que todavía quedaban algunas centrales eléctricas en funcionamiento —dijo—. Pero la mayoría de ellas estaban averiadas. Y eso fue hace

ya más de un mes.

—Si encontramos una gasolinera con electricidad, Kaelyn y yo podemos poner los surtidores en marcha —dijo Gav, que me dio un apretón en el hombro—. Tenemos bastante práctica.

Al llegar a las afueras de la ciudad pasamos junto a un anuncio nevado de McDonalds y noté una punzada en el estómago. En realidad, no es que las hamburguesas me gustaran mucho, pero en aquel momento habría matado por una, por poder paladear el sabor que tenía el mundo antes, cuando todo era normal.

—Allá vamos —dijo Tobias, y giró el volante.

Aparcó junto a una hilera de surtidores que, según el cartel, estaban en funcionamiento, aunque la caseta de la gasolinera permanecía a oscuras. Las mangueras estaban todas enroscadas junto a los surtidores. Hice bajar a Meredith de mi regazo y salí al frío de enero; pateé el suelo para recuperar la sensibilidad en las piernas, entumecidas tras tantas horas sentada.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Meredith, con los ojos como platos.

—Espérame aquí, ¿vale? —le dije.

Gav bajó de un brinco y salimos corriendo hacia la tienda de la gasolinera.

Ya la habían saqueado: los estantes estaban volcados y el suelo estaba cubierto de papeles y cajas aplastadas. Cogí un periódico y eché un vistazo a la fecha: 16 de noviembre. Eso eran dos semanas después de que en la isla perdiéramos el contacto con el continente.

El periódico era extrañamente delgado; al hojearlo me di cuenta de que le faltaban la mayor parte de las secciones habituales. No había noticias de deporte ni de entretenimiento. Me pregunté si el Gobierno habría cancelado dichas actividades para evitar que la gente se mezclara en lugares públicos, o si lo habían hecho los propios organizadores por miedo a lo que pudiera pasar. Después de leer los titulares de portada («El presidente estadounidense pide calma ante la pandemia global»; «Inminente colapso de los servicios públicos»), dejé el periódico encima del mostrador. Estaba al corriente de todas esas historias, las había vivido en primera persona en la isla. Y ahora las volvía a presenciar en la desolación de otro pueblo.

Gav accionó el interruptor, pero no obtuvo respuesta. Nos metimos detrás del mostrador y comprobamos los controles. Él suspiró.

—Esto tiene mala pinta.

—Supongo que habría sido demasiado fácil repostar de manera convencional —comenté—. Por lo menos tenemos el tubo de sifón.

Leo lo había rescatado con el resto de las provisiones que había encontrado en el cuatro por cuatro.

Al salir echamos un vistazo a la zona, pero no había ningún otro vehículo ni en el aparcamiento de la gasolinera, ni en el del supermercado, ni al otro lado de la calle.

—Mala cosa —señaló Gav—. Tendremos que entrar en el pueblo y encontrar coches que podamos vaciar con el sifón.

Cuando Tobias ya iba a arrancar, Leo puso una mano encima del respaldo.

—Un momento —dijo, y miró hacia el pueblo a través de la ventana—. Si queda gente en el pueblo y aparecemos con un vehículo militar..., se pueden asustar. O hacerse una idea equivocada.

—Pero ¿no crees que es más seguro ir así que a pie? —preguntó Tobias.

—Yo no contaría con ello —respondió Leo con voz tensa—. Hay mucha gente cabreada con los militares. En una ocasión vi cómo atacaban a un tipo que ni siquiera era un soldado, solo porque llevaba una chaqueta de camuflaje. Si tienes armas, nos las llevaremos, por si nos tenemos que defender, pero yo preferiría dejar la furgoneta aquí.

—A mí me parece bien —apuntó Gav—. Trataremos de pasar desapercibidos. Entraremos y nos largaremos; a lo mejor nadie se da cuenta de nuestra presencia.

Miró de reojo a Tobias, que bajó los ojos. Por lo menos, me dije, su abrigo era gris y no tenía ningún elemento claramente militar.

—Vale —dijo—. Pero seamos rápidos.

Cogí el cubo y los depósitos vacíos de la parte de atrás, y les di algunos a Tessa y a Meredith. Cuando volvimos a la parte delantera, Tobias le estaba enseñando a Leo una pistola roja que parecía de plástico.

—Un lanzabengalas no provoca demasiados daños, pero puede servir para asustar a alguien —le dijo—. Hace bastante ruido, eso sí, o sea, que no lo utilices a menos que sea imprescindible. Si alguien no se ha enterado aún de que estamos aquí, se enterará en cuanto dispare.

Tobias debía de llevar también un arma, probablemente una que disparara balas de verdad. Me acordé de la mujer a la que un miembro de la banda de saqueadores había tiroteado en plena calle; habían pasado varias semanas, pero aún no había logrado quitarme esa imagen de la cabeza.

—No vamos a disparar a nadie —dije—. A menos que nos amenace con dispararnos a nosotros.

—Yo no lo quiero utilizar —aseguró Leo, que se guardó el lanzabengalas bajo el abrigo. Parecía tenso.

Entonces llegó Gav. Llevaba un tronco que debía de haber encontrado por ahí, grueso como su brazo y casi igual de largo.

—Mejor estar preparados —dijo, y con la otra mano cogió los dos depósitos que quedaban.

Tobias dio la vuelta a la furgoneta y se aseguró de que todas las puertas quedaran cerradas.

—¿Está segura nuestra comida ahí dentro? —preguntó Tessa.

Tobias le dirigió una sonrisa débil.

—Es un vehículo militar —contestó, y dio un golpe en el costado de la furgoneta—. Si alguien lo quiere abrir, va a necesitar un lanzagranadas.

Echamos a andar. Pasamos junto a varios restaurantes de comida rápida y un motel de una sola planta. Nos dirigíamos hacia una zona donde los edificios estaban más juntos, y que imaginamos que debía de ser el centro del pueblo. La nieve estaba cubierta por una capa de hielo y nuestras botas crujían a cada paso. El sonido retumbaba de manera inquietante en el silencio.

Pasamos por delante de un par de restaurantes más elegantes, una tienda de bebidas alcohólicas y una joyería. Todos los escaparates estaban a oscuras. Meredith se había detenido a admirar unos abalorios expuestos en la joyería cuando de pronto, por la calle, aparecieron tres perros trotando, ante nosotros.

Nos quedamos helados. El más grande, que parecía una mezcla de pastor alemán, soltó un leve ladrido y siguió adelante. Los otros, un bull terrier y un chucho con manchas marrones, se marcharon tras él sin ni siquiera mirarnos. Los tres llevaban collares; oímos el tintineo de las placas hasta mucho después de que hubieran desaparecido.

—Debe de haber muchos perros sin amo en este mundo —murmuró Tobias—. A lo mejor sería preferible que también hubieran pillado el virus.

—Podría haber más —dijo Gav—. ¿Crees que una bengala los asustaría?

—No son animales salvajes —dije—. Y tampoco se los veía muy interesados en nosotros...

—Pero no sabemos qué más nos podemos encontrar... o cuánta hambre pueden tener.

—Bueno, o seguimos adelante, o volvemos a la furgoneta y dejamos que todo el pueblo se entere de que estamos aquí —dijo Leo en voz baja.

—Yo voto por la furgoneta —soltó Tobias.

—Eran solo tres perros —repuso Tessa—. Y ya hemos llegado hasta aquí.

—Exacto —apunté yo, que me separé del grupo y eché a andar calle abajo—. Cojamos un poco de gasolina y larguémonos de aquí.

Algo más adelante vi un par de montículos de nieve que recordaban vagamente dos coches. Me dirigí hacia ellos y oí cómo los demás me seguían. Estábamos ya a unos pocos escaparates de distancia cuando algo se movió unos metros por delante; se me helaron las piernas.

Dos figuras vestidas con chaquetas gruesas salieron de detrás de la esquina de la calle que había más allá del segundo coche. Esperamos mientras se acercaban. Por el rabillo del ojo, vi cómo Leo se metía una mano en el bolsillo donde llevaba el lanzabengalas. Se me aceleró el pulso.

—Hola —dijo una de las figuras cuando estuvo a unos tres metros de distancia.

Tenía los ojos grises y nos miraba fijamente—. ¿Qué hacéis aquí?

—No queremos problemas —respondió Gav, que sujetaba el tronco a un lado, claramente visible—. Solo necesitamos un poco de gasolina para el coche.

—Este pueblo es nuestro —dijo el tipo, pero no se acercó. Me pregunté si estarían solos; si la cosa se ponía fea, no tenían nada que hacer contra nosotros seis—. No nos gustan los desconocidos que vienen y pretenden llevarse lo que no les pertenece.

—¡Pero es que lo necesitamos! —dijo Meredith. Intenté agarrarla, pero se me escurrió entre los brazos—. Es realmente importante. Tenemos que llegar a Ottawa y darles la vacuna para que detengan el virus.

El hombre enarcó las cejas.

—¿Una vacuna? No existe ninguna vacuna para la gripe cordial.

Me pareció que no tenía ningún sentido mentir.

—Tenemos un prototipo nuevo —dije—. Mi padre era científico y desarrolló una vacuna. Estamos intentando llegar a la ciudad para encontrar a alguien capaz de crear más. Necesitamos un poco de ayuda para llegar hasta allí.

El hombre se nos quedó mirando un momento.

—Bueno —le dijo a su acompañante—, en ese caso de momento los dejaremos, ¿no crees?

Y sin decir ni una palabra más, dieron media vuelta y volvieron por donde habían venido. Un escalofrío me recorrió la nuca: me alegraba de que hubieran decidido dejarnos en paz, y sus palabras parecían indicar que podíamos coger lo que necesitáramos, pero había algo en su actitud que me resultaba amenazante.

—Han sido bastante razonables —dijo Tessa en cuanto se perdieron de vista.

Aparté la vista y me dirigí hacia el coche más próximo.

No logré abrir la tapa del combustible con los dedos. Gav intentó forzar la puerta, hizo una mueca y finalmente rompió la ventana del conductor con el tronco. Entonces se metió dentro y abrió la tapa. Saqué el tapón de rosca e introduje la manguera en el depósito. Me metí el otro extremo en la boca, me preparé para el sabor a gasolina que iba a notar, si no apartaba la manguera lo bastante rápido, y sorbí. Meredith estaba junto a mí con el cubo.

Lo único que subió fue aire. Moví la manguera para intentar llegar más al fondo, y volví a sorber. Nada.

—Está seco —anuncié.

—A ver —dijo Gav, que se arrodilló junto a mí, pero no tuvo más éxito.

—Seguramente alguien tuvo la misma idea —dijo Leo.

El segundo coche estaba igual de vacío que el primero. Caminamos un poco más y lo intentamos con una camioneta que parecía haberse averiado en medio de la calle, así como con una furgoneta aparcada a medio bloque, en una calle adyacente, pero no logramos sacarles ni una gota a ninguna.

—Alguien los ha vaciado ya todos —dije. ¿Habría sido el tipo que nos había querido echar?—. Volvamos a la furgoneta. Lo intentaremos al otro lado del pueblo, a lo mejor los únicos coches vacíos son los de la calle principal.

—No seré yo quien diga que no —comentó Tobias.

Gav asintió en silencio.

—Meredith —le dije a mi prima mientras volvíamos a la gasolinera—, a partir de ahora no quiero que hables sobre la vacuna con desconocidos. Ya sé que solo querías ayudarnos, pero la gente tiene miedo a ponerse enferma. Podría ser que a alguien no le importara que necesitemos las muestras para hacer más y decidiera quedárselas.

Meredith agachó la cabeza.

—Vale. Lo siento.

—No pasa nada —le dije—. Pero acuérdate la próxima vez —añadí, aunque esperaba que no hubiera una segunda vez.

Al llegar a la gasolinera no había nadie merodeando por allí. Si alguien se había acercado a la furgoneta y se había marchado, sus huellas se confundían con las que habíamos dejado nosotros al llegar. La furgoneta tenía las ventanas intactas y todas las puertas cerradas. Empecé a calmarme y Tobias abrió las puertas. Se sentó tras el volante mientras los demás guardábamos el cubo y las cisternas en la parte de atrás.

Un chirrido horrible cortó el aire, tan penetrante que me llevé las manos a los oídos instintivamente. El sonido cesó de forma tan abrupta como había empezado. Tobias volvió a girar la llave, pero el motor no respondió.

—Pero ¿qué coño...? —murmuró, y bajó del vehículo. Se acercó a la capota y la abrió justo en el momento en que yo llegaba a su lado. Durante un segundo los dos nos quedamos helados, inmóviles.

Se habían llevado todas las tapaderas, habían arrancado todos los tubos y habían cortado todos los cables. Gav se acercó corriendo, se detuvo de golpe y soltó un fuerte silbido.

—¿Lo podemos arreglar? —pregunté, aunque estaba bastante segura de cuál iba a ser la respuesta.

A Tobias se le hundieron los hombros.

—A menos que tengas una varita mágica, no —dijo—. Ya nos podemos ir despidiendo de esta furgoneta.

OCHO

Estábamos tan preocupados por mantener las provisiones a salvo que ni siquiera se nos había ocurrido que alguien se pudiera cargar la furgoneta misma.

—Han sido los del pueblo —dijo Gav—. ¿Creéis que lo han hecho para vengarse?

Me dio un escalofrío.

—O para quedarse con lo que tenemos —apunté—. No nos podían atacar a todos a la vez y tampoco tenían forma de entrar en la furgoneta, de modo que han optado, mientras deciden qué hacer, por impedir que nos marchemos.

Como si ellos fueran los depredadores y nosotros la presa. Nos habían inmovilizado, y ahora solo tenían que esperar la ocasión propicia para asestarnos el golpe de gracia.

Tobias empezó a andar de aquí para allá.

—No la tendríamos que haber dejado —dijo—. ¿Qué demonios voy a hacer ahora?

—Querrás decir «qué vamos a hacer», ¿no? —preguntó Tessa en voz baja.

—Caminar —respondió Leo, señalando la furgoneta—. Ahí dentro hay una tienda, tenemos un fogón de camping, comida y ropa caliente. Ya nos apañaremos. Pero tenemos que largarnos de aquí antes de que quienquiera que haya hecho esto vuelva con refuerzos.

—¿Vamos a ir andando hasta Ottawa? —preguntó Meredith, que hizo una mueca, como si acabara de morder algo agrio.

Estábamos apenas a medio camino. Tragué saliva.

—Sería prácticamente lo mismo que intentar volver a la isla —dije—. Y la vacuna no nos servirá de nada si damos media vuelta. Decidamos qué nos podemos llevar y larguémonos de una vez.

—Encontraremos otro vehículo en la autopista —señaló Gav sin pestañear—. Solo tenemos que caminar hasta allí.

Me habría gustado compartir su confianza, ahora que todos nos habíamos hecho a la idea del cambio de planes. Su convicción me reconfortó.

—Si tuviéramos mochilas podríamos cargar más —dije.

Tessa señaló el supermercado del otro lado de la calle.

—Creo que he visto unos trineos en el escaparate. Con eso podríamos llevar muchas más cosas.

—Eso contando con que logremos hacernos con ellos —dijo Leo, que echó un

vistazo a los edificios circundantes y salió corriendo hacia la tienda de la gasolinera. Con movimientos ágiles, subió al contenedor que había en el callejón, se colgó de un salto del saliente de la azotea y colocó una rodilla encima del tejado. Al cabo de un segundo estaba de pie.

Tobias se lo quedó mirando, boquiabierto.

—¿Y eso? ¿Eres escalador? —preguntó.

—No, bailarín —respondió Leo, que se volvió y echó un vistazo a todo el pueblo. La vista llegaba hasta la autopista—. No veo a nadie más. Agarrad los trineos, rápido. Si veo algo raro, pegaré un grito.

—¿Vas a echar una mano o piensas quedarte aquí lloriqueando mientras los demás hacemos el trabajo? —le preguntó Gav a Tobias, que apretó los dientes con fuerza.

Él y Gav empezaron a seleccionar las provisiones y yo me volví hacia Meredith.

—Vamos, Mere —dije con voz tan alegre como fui capaz.

Ella se puso muy tensa, pero apretó los labios y asintió en silencio. Fuimos corriendo al supermercado junto con Tessa.

El cerrojo de la puerta estaba roto. Seguramente había sido alguien que buscaba comida, pues no se habían llevado los trineos. Cogimos seis de los más grandes y, tirando de las cuerdas, los llevamos hasta donde estaba la furgoneta. La parte inferior, de plástico, crujía sobre la nieve. Desde el tejado de la gasolinera, Leo nos hizo un gesto de que todo iba bien.

—Vale, lo primero que nos tenemos que llevar es la tienda —le oí decir a Gav, que empezó a pasarnos cajas y bolsas—. Y los sacos de dormir, y todas las mantas. La comida. Y parte del agua. Más adelante ya rellenaremos las garrafas.

—Tengo comprimidos para depurarla —dijo Tobias—. Toma, también nos vendrá bien el botiquín, la cocina de camping y el queroseno extra. Y la radio, naturalmente.

—La verdad, no creo que queden muchas emisoras que sigan retransmitiendo —apuntó Gav.

—Es un transceptor —le contó Tobias—. Es muy bueno. A lo mejor podemos ponernos en contacto con los científicos de Ottawa y pedirles que se reúnan con nosotros a medio camino.

Gav le dirigió una mirada escéptica.

—¿Tenemos sitio? —me preguntó.

—Yo creo que sí —respondí. Cogí la bolsa de mantas y la metí en el trineo que estaba preparando con menos peso, para Meredith—. Queda algo de espacio en ese —dije, señalando el siguiente.

—Nos la llevamos sí o sí —insistió Tobias—. Si alguien tiene problemas, llevaré el trineo yo mismo.

—¿Crees que encontraremos bases militares por el camino? —le pregunté—.

¿Que nos puedan ayudar o que nos presten una furgoneta, por lo menos?

Tobias ladeó la cabeza.

—Hacía semanas que no venía nadie a echar un vistazo a nuestra base —respondió—. Tampoco había transmisiones en las emisoras habituales. Creo que sucedió lo mismo en todas partes. La gente enfermó, o se largó, o está escondida a la espera de que la situación mejore.

—Había soldados en la frontera —dijo Leo—. Pero la mayoría de ellos desertaron en cuanto los primeros contrajeron el virus.

No me extrañaba nada, especialmente después de haber visto cómo los soldados que debían velar por la cuarentena se largaban, pero aquellas palabras me desanimaron. Realmente estábamos solos.

—La vacuna —dijo Gav, que me pasó la neverita. La coloqué con cuidado en el centro de mi trineo y fui a la parte delantera de la furgoneta, a por el plano de carreteras.

—Hay un montón de pueblos en la autopista, uno cada pocos kilómetros —anuncié tras encontrar la zona donde nos habíamos detenido—. Tal vez no necesitemos acampar al aire libre.

—No me parecería nada mal —dijo Gav, que se me acercó y me agarró por la cintura—. ¿Estamos a punto? —preguntó en voz baja.

—Sí —contesté yo, aunque tenía el corazón acelerado.

Gav me abrazó con fuerza, consolándome en silencio, como diciendo: «Lo podemos conseguir. Lo vamos a conseguir». Apoyé la cabeza en su hombro y me quedé así unos segundos. Los sentimientos de culpabilidad que pudieran quedarme aún tras el beso de Leo se derritieron. Lo único que importaba era salir adelante, y me alegraba muchísimo de poder contar con Gav.

Leo bajó del tejado al contenedor y pronto llegó a nuestro lado.

—No sé qué pretenden hacer con nosotros, pero se lo están tomando con calma —dijo—. No les concedamos más tiempo.

Nos pusimos en marcha hacia la autopista. Era mucho más difícil tirar de los trineos ahora que estaban llenos. Para cuando llegamos a la autopista ya me dolía el brazo. En una parte de la calzada había montañas de nieve, pero en la otra el viento había dejado solo hielo. Decidimos ir por el hielo, donde los trineos se deslizaban sin dejar rastro alguno.

Unos minutos más tarde dejamos atrás los últimos edificios del pueblo, y pronto avanzamos rodeados de pinos y abetos. Leo enroscó la cuerda del trineo hasta hacer un lazo y se lo pasó por la cabeza, de modo que tiraba del peso desde la cintura. Al rato todos lo habíamos imitado. Tardé un rato en acostumbrarme, pero al final tiraba del trineo como si llevara toda la vida haciéndolo.

Meredith iba a mi lado. Su trineo, más ligero, se ladeaba ligeramente y chocaba

de vez en cuando con el mío. Andaba con la barbilla levantada y con una expresión de determinación absoluta en la mirada, como si hubiera decidido llegar hasta Ottawa sin detenerse. Las trenzas que le había hecho la noche anterior asomaban por debajo del gorro de borlas.

Más allá de la autopista no se veía ni un solo edificio. De no ser por la calzada y por los carteles ocasionales, podríamos haber sido exploradores perdidos en algún desierto. Notaba el viento helado en el cogote, bajo la bufanda. Me estremecí.

Antes de la epidemia habría sido un sueño abandonar el camino trillado, equipada apenas con un hornillo de camping y un montón de libretas, para observar la fauna lejos de los seres humanos. A lo mejor porque en aquella época sabía que, tras unos días caminando, llegaría a algún pueblo con agua corriente, electricidad y personas que se alegrarían de verme.

Si las ardillas y las mofetas eran capaces de sobrevivir a aquel clima cada año, me dije, nosotros también podíamos.

—Tú volviste a la isla y recorriste la mayor parte del camino a pie, ¿verdad? —le preguntó Gav a Leo cuando llevábamos aproximadamente una hora andando.

Este asintió con la cabeza.

—Desde la frontera, sí —respondió—. Por entonces casi no había nieve, pero, aun así, no fue nada agradable. Eso sí, no disponía ni de material de acampada ni de comida, como tenemos ahora.

Meredith le dirigió una mirada de curiosidad.

—¿Y cómo lo hiciste? —le preguntó.

—Mere... —la reñí.

—No pasa nada —dijo Leo, con una sonrisa incómoda—. Supongo que tuve suerte, aunque también jugó a mi favor que de pequeño mi padre me hubiera arrastrado con él cada vez que salía a cazar. Sé hacer fuego y cazar animales para comer. En el fondo se trata de no rendirse.

—Mirad —lo interrumpió Tessa—. Creo que ahí hay un coche.

Era cierto, unos metros más adelante, en el arcén, había una furgoneta gris; el sol se reflejaba en el retrovisor lateral. Gav fue el primero en llegar. La puerta del conductor se abrió sin problemas. Asomó la cabeza dentro. Volvió a salir con el ceño fruncido.

—Los propietarios debieron de llevarse las llaves —señaló—. Supongo que imaginaban que iban a volver a por ella.

—Los coches que nos encontremos aquí no nos servirán de nada —dijo Tobias—. Solo los habrían abandonado en la autopista si se hubieran quedado sin gasolina o se hubieran estropeado, ¿no? Tendríamos muchas más posibilidades de éxito en un pueblo. Si encontramos alguno aparcado en una calle, es probable que las llaves estén en la casa más próxima.

—Y a lo mejor los propietarios también —apunté. Vivos o muertos.

Tobias apartó la mirada.

—Yo creo que, de todos modos, vale la pena intentarlo. Seguro que hay gente que acaba de morir en casa, gente que se negó a ir al hospital. Esos ya no necesitan el coche. Mi padrastro, por ejemplo, habría mandado a hacer gárgaras a cualquiera que lo hubiera querido encerrar en un hospital atestado de personas infectadas.

—En ese caso, imagino que tuviste suerte de encontrarte en una base militar —observó Gav.

—Te aseguro que no tenía ningunas ganas de estar allí, créeme —murmuró Tobias.

Seguimos adelante y cruzamos un puente helado. La cuerda se me clavaba en la cintura mientras subíamos, pero, después de superar el punto más alto, la gravedad se puso de nuestro lado y los trineos empezaron a perseguirnos cuesta abajo. Echamos a correr, riendo, y llegamos abajo jadeando.

—Ojalá la carretera fuera cuesta abajo todo el rato —dijo Meredith, una frase que desencadenó otra oleada de carcajadas cansadas.

Unos minutos más tarde, Leo se detuvo de pronto y nos hizo un gesto a los demás para que lo imitáramos.

—¿Habéis oído eso? —nos preguntó.

Aguzamos el oído. Durante solo un segundo percibí la brisa que agitaba las copas de los árboles, pero finalmente me llegó el rugido distante de un motor.

—Se acerca un coche, sí —dijo Gav—. ¿Creéis que deberíamos pedirles que nos lleven, si cabemos?

—No creo que debamos asumir que serán amigables con nosotros —respondió Leo—. De hecho, creo que lo mejor es que no se enteren de que estamos aquí.

—Pero ¿cómo vamos a estar seguros si no les damos ni una oportunidad? —preguntó Tessa.

Pensé en cómo el tipo del pueblo había fingido hacer las paces y luego había ido por la espalda y se había cargado la furgoneta.

—Yo voto por no saberlo —dije.

—¡Pues vamos, en marcha! —exclamó Tobias—. ¡Tenemos que salir de la autopista! ¡Nos esconderemos detrás de aquellos árboles!

—¡Vamos, vamos! —añadió Leo—. Ya casi están aquí.

El motor sonaba tan cerca que lo oíamos incluso mientras hablábamos. Yo me notaba el pulso en los oídos. Gav me ayudó a pasar el trineo por encima de la cuneta. Todos echamos a correr hacia los árboles. Nos lanzamos por una corta pendiente y dejamos el trineo ahí abajo. Él volvió a por el suyo y yo fui a ayudar a Meredith, que tropezó mientras bajaba por la pendiente y cayó entre la nieve. El extremo de su trineo golpeó en el suelo con estrépito, pero no perdió nada.

—¿Estás bien? —le pregunté, susurrando.

Meredith asintió, pero volvió la cara.

Los demás se acuclillaron a nuestro lado y el ruido del motor pasó de rumor a rugido. Los neumáticos hicieron vibrar el puente. Me quedé helada y me asomé por encima del montículo de nieve para ver a través de los árboles.

Por la autopista se acercaba una furgoneta de color verde claro. Conducía una mujer con una melena rubia y una gorra roja. Tenía una mano en el volante y con la otra sujetaba un objeto delgado que asomaba a través de la ventanilla abierta. Era el cañón de un rifle.

Atisbé por lo menos otra figura dentro de la furgoneta, que ya se alejaba por la carretera. Esperamos en silencio mientras el sonido del motor se iba perdiendo. Ya iba a decir algo cuando, de repente, el motor se paró.

Ya no los veíamos, pero el aire nos trajo todos los sonidos: el chirrido de una puerta al abrirse y el golpe sordo con el que se cerró. Unas botas que pateaban el asfalto helado. Un ruido de estática. A continuación una voz resonó a través de los árboles, claramente enfadada.

—¿No dijiste que iban a Ottawa? —preguntó la mujer.

Noté cómo empezaba a sudar. No solo eran peligrosos, sino que nos buscaban específicamente a nosotros. Debían de haber hablado con el tipo del pueblo. Aquella gente eran los refuerzos que había estado esperando.

Volvió a oírse un ruido de estática y una voz demasiado distorsionada como para entender lo que decía.

—Tienen *walkie-talkies* —murmuró Tobias—. Qué listos.

No sé qué diría la otra voz, pero a la mujer no le hizo ninguna gracia.

—Bueno, pues yo te digo que desde donde estoy veo quince kilómetros de autopista y aquí no están —dijo—. Deben de haber cogido otra ruta, a menos que creas que les han salido alas y se han largado volando.

Más estática.

—El que no los ha logrado retener has sido tú. Si Michael se cabrea con alguien, será contigo.

Estática.

—Que te den a ti, tío —respondió la mujer.

La puerta de la furgoneta volvió a abrirse y el motor se puso en marcha. Los neumáticos derraparon sobre el hielo. Al cabo de medio minuto, la furgoneta volvió a pasar ante nosotros, ahora en dirección contraria, de vuelta al pueblo.

Me hundí en la nieve, solté un soplido y me froté la cara con los guantes helados. Cuando volví a abrir los ojos, vi a Meredith acurrucada junto al tronco de un árbol. Tenía las mejillas cubiertas de lágrimas.

—Tranquila, Mere —le dije—. No ha pasado nada, ya se han ido.

La niña respondió con un gemido y me enseñó la mano. Se me heló el corazón.
Tenía la palma del mitón empapada de sangre.

NUEVE

—He intentado no hacer ruido —dijo Meredith con voz temblorosa—. Sabía que no queríamos que esa gente nos encontrara.

Le quité el mitón tan delicadamente como pude, mientras hacía un esfuerzo por mantener la voz tranquila.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo te lo has hecho?

Ella hizo una mueca. Tenía un tajo que le cruzaba la palma de la mano y del que seguía saliendo sangre.

—Creo que ha sido cuando me he caído, mientras salíamos de la carretera —respondió—. Había algo cortante bajo la nieve, me ha dolido un montón. Pero me he dado cuenta de que si me apretaba la mano me dolía menos. He sido fuerte, Kaelyn, como tú —añadió con una sonrisa afligida.

Fuerte como yo. En aquel momento no me sentía nada fuerte.

—Toma —dijo Tobias, que me tendió un trozo de gasa. Di un respingo, no lo había oído acercarse—. Creo que también tenemos algunas toallitas antisépticas —añadió mientras rebuscaba en el primer botiquín que había abierto.

Abrí el sobre que me había dado y empecé a limpiar el corte.

—Has sido muy valiente, Meredith —la elogió Leo—. Has hecho lo que tenías que hacer para que no nos pasara nada.

La niña esbozó una sonrisa y se mordió el labio cuando le empecé a frotar la palma con la gasa. Yo, en cambio, no había hecho lo que tenía que hacer para que no le pasara nada a ella. Ni siquiera me había dado cuenta de que se había hecho daño. Tobias había dicho que teníamos «algunas» toallitas antisépticas. ¿Íbamos a ser capaces de mantener la herida limpia hasta que se curara? ¿Y si se le infectaba?

Ni siquiera tenía un mitón nuevo que darle, y el viejo estaba demasiado empapado como para que la mantuviera caliente. ¿Por qué no nos habíamos llevado guantes de recambio cuando habíamos cogido las mantas y los gorros?

—Supongo que ahora ya sabemos qué esperaban los del pueblo —dijo Tobias—. Realmente querían lo que tenemos.

—Por lo menos han descartado esta ruta —intervino Tessa.

—De momento —añadió Leo—. No hay muchas más opciones. Si realmente nos quieren encontrar, volverán.

Gav pateó la nieve.

—A lo mejor deberíamos volver y resolver este asunto de una vez por todas. Convencerlos de que no les conviene buscarnos las cosquillas.

Me acordé del cañón de la escopeta que asomaba por la ventanilla de la furgoneta. —¡No vamos ni siquiera a acercarnos a esa gente! —dije, en un tono más brusco de lo que quería. Me quité uno de los guantes, se lo puse a Meredith, le di un beso en la frente y me levanté—. Voy a echar un vistazo al mapa.

Cogí el plano de carreteras de la parte de delante de mi trineo y eché a andar entre los árboles. Unos seis metros más allá, me detuve y me apoyé en el tronco de un abedul. Tenía las piernas como dos flanes y, por un momento, lo único que me mantuvo en pie fue la sólida superficie del árbol.

«Meredith está bien», me dije. Se había hecho un corte feo, pero no dejaba de ser un corte. Teníamos provisiones, la vacuna y un mapa. Nada había cambiado.

Excepto tal vez que ahora nos perseguía una gente con escopetas, que no sabíamos cuánto tiempo ni hasta dónde nos seguirían y que cualquiera de nosotros podía terminar herido o algo peor en cualquier momento: a causa de nuestros perseguidores, por un accidente como el de Meredith o por el frío. Aún no habíamos pasado ni una sola noche sin calefacción. ¿Cuántas de esas noches nos esperaban antes de llegar a Ottawa? Nos quedaban cientos de kilómetros antes de alcanzar la ciudad.

¿Era lo bastante fuerte como para empujar a todo el mundo hasta el final?

Aunque, por otro lado, ¿me quedaba otra opción? Si sugería que regresáramos a la isla, seguramente los demás accederían a ello, pero el trayecto sería igual de peligroso. Y además significaría volver a pasar por el pueblo donde habíamos dejado la furgoneta de Tobias.

Me llené los pulmones del frío aire invernal, con la esperanza de que eso me ayudara a aclarar los pensamientos, pero estos seguían girando sin parar. Abrí el plano de carreteras. Si queríamos seguir yendo hacia Ottawa, debíamos alejarnos de la autopista. Tal como había dicho la mujer de la furgoneta, había tramos en los que nos verían desde varios kilómetros de distancia.

El camino entre los árboles era más irregular que la carretera y estaba cubierto de nieve en lugar de hielo, pero yo no creía que fuéramos a ir mucho más despacio. De hecho, era posible que los trineos resbalaran más fácilmente. Podíamos seguir la autopista por el bosque hasta dar con otro coche y poner distancia real entre nosotros y los de la furgoneta.

Oía las voces de los demás, a lo lejos. Me incorporé y oí pasos sobre la nieve. Me giré, esperando encontrar a Gav, pero quien se acercaba hacia mí era Leo.

—¿Estás bien, Kae? —preguntó.

La preocupación que desprendía su mirada y su forma de pronunciar mi nombre hizo que me diera un vuelco el corazón, como hacía unos días en el garaje. Noté una oleada de frustración que me tensó los hombros y se me hizo un nudo en la garganta. Aquello era lo último que precisaba en aquel momento. O en cualquier otro.

—Solo necesitaba un minuto para pensar —dije.

—Lo que le ha pasado a Meredith no ha sido culpa tuya —señaló, aunque sabía tan bien como yo que sí lo era.

—Es culpa mía que estemos aquí —le respondí—. Tú me avisaste de lo peligroso que sería, ya sabías que la gente se había vuelto loca, pero yo decidí seguir adelante de todos modos.

Leo no contestó, se limitó a encogerse de hombros y bajó la mirada. Me di cuenta de que volvía a refugiarse en aquel lugar dentro de su cabeza, y de pronto me cabré el doble. Yo quería al Leo de verdad; al Leo que se tomaba con una sonrisa todos los comentarios sarcásticos que nuestro profesor de quinto soltaba sobre los «extranjeros»; al Leo que practicaba un giro cien veces y que, cuando volvía a caerse, se reía y decía que lo tenía que seguir intentando; al Leo que, el día en que me caí de un árbol y me abrí la cabeza, se quitó su camiseta preferida para utilizarla como venda y luego se sentó conmigo, me cogió de la mano y me estuvo contando chistes hasta que llegamos al hospital.

El chico que tenía ante mí, derrotado y hundido (el chico que me había besado cuando su novia estaba a menos de una manzana y luego había fingido que no había pasado nada), no era mi mejor amigo. Y no tenía ni idea de qué podía hacer para recuperarlo.

—Estás haciendo lo que tienes que hacer —dijo él finalmente—. Por la vacuna. Y todos lo sabemos.

No estaba muy convencida de que fuera cierto, pero tampoco tenía ganas de seguir discutiendo.

—Vale —me limité a responder, y eché a andar, pero en cuanto pasé junto a él me cogió del brazo.

—¿Y entre nosotros? ¿Está todo bien? —preguntó.

Había cuatro capas de ropa entre su piel y la mía y, aun así, percibí un leve calor donde me tocaba. Aparté el brazo.

—Sí, claro —respondí, pero mis palabras sonaron tan ásperas que no me lo habría creído ni yo.

—Lo siento —dijo Leo en voz baja—. Siento lo que pasó en el garaje... Fue una estupidez por mi parte. Pero me reafirmo en lo que dije. No intentaré... No volverá a pasar.

—Es que no debería haber pasado ya la primera vez.

La cara de Leo registró demasiadas emociones a la vez como para contarlas todas, aunque una resultaba inequívoca: estaba dolido.

—Lo siento —repitió—. No me di cuenta de que fuera algo tan horrible.

Cerré los puños dentro de los guantes.

—No digas eso. La cosa es mucho más complicada, Leo. Tessa es mi amiga. Y se

supone que tú también. No puedo...

Pero no podía seguir hablando de aquello, y menos aún al ver que Gav se volvía hacia nosotros desde donde estaba con los demás, junto a la autopista.

—¿Kae? —me llamó a través de los árboles.

Leo me observaba casi con curiosidad. Noté un vacío en la boca del estómago.

—Da igual —dije—. Tenemos que ponernos en marcha. De todos modos, ya no importa.

Pasé junto a él y me marché hacia lo que sí importaba.

Caminamos diez kilómetros más antes de detenernos a pasar la noche en un pueblecito formado por apenas un puñado de casas, una iglesia y un colmado, amontonados alrededor de una carreterita que salía de la autopista. Alguien se había cargado el escaparate del colmado con una camioneta. El cristal estaba hecho añicos y, hasta donde podíamos ver, el vehículo tenía el morro chafado. Me pregunté si el conductor habría estado enfermo o habría sufrido alucinaciones en el momento del accidente.

Aunque no vimos ni pisadas ni marcas de ruedas en las calles, entramos en el pueblo con cautela, deteniéndonos de vez en cuando para escuchar. No se oía nada más que el viento. Me dolían los ojos a causa del frío, y las piernas de tanto andar. Empezaba a tener entumecidos los pies a pesar de que llevaba dos pares de calcetines y botas gruesas. A Meredith le colgaba la cabeza encima del pecho, pero aún teníamos que caminar un poco más.

Por suerte encontramos una casa abierta al segundo intento. Entramos, pero antes nos limpiamos las botas en la alfombra, por pura costumbre: nadie iba a preocuparse ya por si el suelo estaba más o menos limpio. Las paredes de la sala de estar estaban llenas de clavos sin cuadros, y se habían dejado las camas desnudas. Las personas que vivían en aquella casa debían de haber intentado huir del virus. La desolación del pueblo parecía resonar entre las paredes de la casa.

Gav echó un vistazo a la chimenea.

—Creo que aún la podremos utilizar —dijo—. Quedan incluso un par de troncos apenas quemados.

—Si los de la furgoneta nos están buscando, ¿el humo no nos va a delatar? —preguntó Tessa.

—En cuanto oscurezca estaremos a salvo —dijo Tobias—. Iré a echar un vistazo por el bosque, a ver qué encuentro. Las ramas de abeto o de saúco hacen menos humo.

—¿En serio? —preguntó Gav—. La madera es madera, ¿no?

Tobias se encogió de hombros y bajó la cabeza.

—Tuvimos una sección de entrenamiento sobre cómo evitar que el enemigo nos

descubriera si acampábamos al aire libre. Lo vi con mis propios ojos.

Al cabo de una hora había fuego en el hogar, y un leve aroma a abeto se extendía por toda la habitación. Nos acurrucamos delante de las llamas y nos turnamos para calentar latas de sopa en el hogar. Lentamente fui recuperando la sensibilidad en los pies.

—Deberíamos tener cuidado con cuánto comemos —dijo Leo—. Teniendo en cuenta que vamos a pasar más tiempo en la carretera de lo que habíamos previsto inicialmente, digo.

—Pero tampoco podemos reducir demasiado las raciones si vamos a pasarnos los días andando —señalé yo.

—Las raciones del ejército llenan bastante —apuntó Tobias—. Están hechas con esa idea. Yo creo que nos durarán unos diez días más —aseguró, e hizo una pausa—. Me preocupa mucho más el agua. Podríamos derretir un poco de nieve y llenar las botellas vacías antes de marcharnos.

Después de comer, Tessa, Leo y él salieron con tres cazos que habían encontrado en la cocina y los trajeron llenos de nieve.

—Con cuidado —dijo Tobias mientras dejaba el suyo junto a la chimenea—. Tenemos que añadir un poco de agua primero, porque, si no, aunque cueste de creer, el hielo puede quemar el fondo del cazo.

—¿Y vamos a dormir aquí? —preguntó Meredith—. ¿En el suelo?

—Podríamos bajar los colchones de los dormitorios de arriba —sugirió Tessa—. Así estaríamos más cómodos.

—Y más calientes también —añadió Tobias.

Tessa y Meredith se quedaron a controlar la nieve mientras se derretía; los demás fuimos arriba. Gav y Leo cogieron el colchón doble del dormitorio principal y lo bajaron al piso inferior. Tobias y yo cogimos el que había en un cuarto más pequeño y empezamos a arrastrarlo por el pasillo. Intenté no fijarme en los chismes que había en los estantes y en los libros de las estanterías.

Para cuando llegamos con el colchón a lo alto de las escaleras, tenía la frente perlada de sudor.

—Si estás acalorada, es mejor que te quites el abrigo —dijo Tobias—. Si la ropa coge humedad, conserva mucho menos el calor.

Asentí con la cabeza y colgué el abrigo de la barandilla para poderlo recoger desde abajo.

—Conoces muchos trucos de supervivencia en el frío.

—He recibido instrucción aquí, en Canadá —contestó—. No habría durado mucho si no hubiera aprendido cuatro cosas.

Entonces lo miré, me fijé en él, de verdad, por primera vez desde que nos había avisado de lo que sucedía en el puerto, cuando solo había sido capaz de ver en él a

otro soldado que debería habernos protegido, pero que nos había fallado. Tendría apenas unos años más que yo. Sus padres estarían en alguna parte, seguramente tenía hermanos, hermanas, amigos, gente que no sabía si estaba viva o muerta. Había tenido que abandonar el refugio seguro donde vivía. Por mucha instrucción que hubiera recibido, seguro que una parte de él estaba asustada; pero, aun así, seguía allí, con nosotros.

—Gracias —le dije—. Por ayudarnos con todo. No quiero ni imaginarme lo jodidos que estaríamos sin ti.

Volvió la cara, azorado, pero pronto se relajó y me dirigió una sonrisita vergonzosa.

—Yo me limito a hacer lo que sé hacer —respondió.

Mientras los demás nos metíamos debajo de las mantas, Tobias encendió la radio que había insistido en llevarse y salió con ella al porche. Diez minutos más tarde volvió a entrar, cubierto de nieve y meneando la cabeza.

—Esta noche no detecto ninguna señal.

Dormimos como lo habíamos hecho en la furgoneta, envueltos con una manta cada uno y acurrucados juntos bajo los sacos de dormir extendidos. Mi cuerpo se resistió a aquella postura tan incómoda tan solo unos minutos, hasta que el agotamiento terminó imponiéndose. Me dormí con el aliento de Gav en la oreja. Cuando el sol de primera hora de la mañana que se colaba por las ventanas me despertó, tuve la sensación de que no había pasado ni un momento.

El fuego había quedado reducido a ascuas, pero la sala de estar conservaba aún cierto calorcito. Los músculos de la cintura me palparon cuando me incorporé, desde luego a causa de haber estado todo el día anterior tirando del trineo. Salí como pude de entre Gav y Meredith, que también habían empezado a desperezarse, y fui a echar un vistazo a la vacuna.

La temperatura de la nevera parecía correcta, pero las compresas heladas ya habían empezado a derretirse. Saqué tres de las cuatro y las coloqué encima del trineo, con la esperanza de que volvieran a congelarse mientras andábamos durante el día, y rellené la nevera con un puñado de carámbanos que cogí de las ventanas de la casa.

Los demás se habían levantado ya cuando terminé. Nos comimos un par de latas de melocotón en almíbar entre todos y masticamos unas barritas de cereales mientras cargábamos los trineos. Mientras los sacábamos al exterior, Meredith soltó un chillido de excitación:

—¡Mirad, un coche! —exclamó, señalando una montaña de nieve que había varias casas abajo—. ¿Creéis que las llaves estarán en la casa?

—No perdemos nada echándole un vistazo —dijo Gav, y nos dirigimos todos hacia allí.

Mientras él y Tobias empezaban a desenterrar el coche, Tessa y yo subimos las escaleras de la casa. La puerta se abrió sin problemas.

—Si tú fueras una llave de coche, ¿dónde te meterías? —pregunté.

Tessa comprobó el vestíbulo.

—No hay ningún colgador de llaves, ni ninguna mesita de recibidor. ¿En un cajón de la cocina, tal vez?

En un cesto junto al estante de los zapatos encontramos unos mitones de lana. Los cogí para Meredith, que se había quedado sin los suyos. Nos adentramos más en la casa y el corazón se me aceleró. Aún tenía muy presente lo que le había dicho en su momento a Tobias: si el coche seguía en la casa, seguramente los dueños también estarían ahí. Y que no hubieran protestado por nuestra intrusión significaba que estaban muertos. Sin embargo, afortunadamente, tan solo encontramos una mesa cubierta de polvo, una cafetera aún medio llena pero con el café congelado y, en el tercer cajón que Tessa comprobó, la llave del coche.

—¡Ajá! —exclamó, en tono tan triunfal que no pude reprimir una sonrisa cuando volvimos a salir a la calle.

El coche, un viejo sedán marrón, ya estaba casi desenterrado del todo. Tessa abrió la puerta y subió. A mi lado, Gav se revolvió, inquieto. El motor carraspeó y chisporroteó, pero finalmente se puso en marcha con un rumor constante. Meredith soltó un gritito de alegría.

Tessa puso marcha atrás y retrocedió medio metro, un metro, hasta que de pronto las ruedas resbalaron sobre la nieve amontonada. Se me cayó el alma a los pies. Tessa maniobró varias veces hacia delante y hacia atrás, pero apenas logró ganar unos centímetros. Finalmente apagó el motor y salió a examinar la situación.

—Hay demasiada nieve —dijo Leo, expresando con palabras lo que los demás ya nos temíamos—. Tendríamos que despejar el camino a paladas hasta la autopista.

Pero, incluso así, solo podríamos avanzar mientras en la calzada hubiera solo hielo o nieve muy fina, y eso era algo con lo que no podíamos contar.

—Vamos a necesitar algo más grande —dijo Tessa—. Como la furgoneta.

—O sea, ¿que no nos sirve? —preguntó Meredith, con voz temblorosa.

—Parece que no —dije yo, frotándole la espalda—. No te preocupes, Mere. Solo tenemos que esperar a encontrar otro vehículo que esté mejor preparado para la nieve.

Como si no hubiéramos tenido una suerte increíble encontrando aquel coche y las llaves. Miré al oeste, hacia donde íbamos, y tuve la sensación de que Ottawa se perdía en la distancia.

—Pues habrá que seguir caminando —dijo Gav, preparando ya su trineo—. Será mejor que nos pongamos en marcha.

DIEZ

Pasamos dos días caminando, durante los que paramos brevemente en los pocos pueblos que atravesamos. No encontramos ningún coche que nos sirviera. El estómago, las caderas y las piernas me dolían cada vez más. La conversación fue amainando hasta apagarse casi por completo.

La tarde del segundo día logramos una pequeña victoria: en un garaje encontramos un estante con varias latas de comida y también un rollo de alambre. Cuando nos volvimos a poner en marcha, Leo lo utilizó para enseñarnos a preparar trampas de lazo, algo que había aprendido de su padre.

—Detestaba salir a cazar con él más que nada en el mundo —dijo, enroscando el alambre—, pero durante el camino de vuelta a la isla me salvaron literalmente la vida. Si tenemos suerte, a lo mejor cazamos un par de conejos.

Decidimos pasar la noche en una granja abandonada, cerca de la autopista, y, antes de acostarnos, Leo, Gav y yo colocamos seis trampas en un prado cercano. A la mañana siguiente me desperté cuando Gav se movió para intentar salir sigilosamente de debajo del saco de dormir. La sala estaba apenas iluminada por los rayos del amanecer.

—¿Ya te levantas? —murmuré.

—Quiero comprobar las trampas antes de que se despierten todos —dijo—. Así no nos obligarán a retrasar la partida.

Aún me pesaban los párpados, pero sospechaba que ya no iba a volver a conciliar el sueño. Me levanté procurando no despertar a Meredith y salí tras él.

El sol había empezado a asomar tras los árboles, pero ya se notaba el cambio de temperatura. Las botas se hundían en la nieve medio derretida mientras rodeábamos la casa. A mano izquierda se oía un leve murmullo de agua.

Pero aquello no duraría, el deshielo en enero era siempre un espejismo. En cuanto anocheciera, las temperaturas volverían a bajar, la nieve medio fundida se volvería a helar y el suelo se convertiría en una superficie resbaladiza y traicionera. Al día siguiente íbamos a tener que caminar todavía con más cautela. Drew se había roto la muñeca en un día como aquel; habían pasado ocho años, pero aún recordaba cómo le había crujido el hueso al resbalar en el caminito que conducía a la casa.

Naturalmente, Drew supo sacarle partido a la situación. Como el yeso le impedía escribir bien, convenció a papá para que le «prestara» el viejo portátil del trabajo que tenía medio muerto de risa en el despacho. Cuando más tarde le quitaron el yeso, Drew se negó a devolver el portátil, con el descaro que poseía ya a los diez años.

«¿No es un descanso que Kaelyn y yo no nos pasemos el día peleándonos por el ordenador de la sala?», dijo, y papá acabó por rendirse.

Al recordar aquello noté una opresión en el pecho. Drew era tan listo, tan perseverante... No era del todo descabellado pensar que aún podía seguir vivo, ¿no?

—Aquí no hay nada —anunció Gav, que había rescatado el alambre que habíamos colocado junto a la verja de madera del prado—. Bueno, supongo que vale la pena conservarlos.

Se quedó mirando la trampa durante un momento y finalmente se la colgó del brazo.

—¿Estás bien? —le pregunté mientras nos dirigíamos hacia la segunda.

—Sí —dijo—. Es solo que... estoy un poco impaciente, supongo. Echo de menos la furgoneta —añadió, y soltó una carcajada forzada.

—Yo también. Pero por lo menos no nos hemos vuelto a topar con la mujer de la furgoneta verde.

—Ya te digo. —Recogió la segunda trampa vacía y se la colgó del brazo junto con la primera—. Tiene gracia —dijo—. No puedo dejar de pensar en las ganas que tenía antes de marcharme de la isla. Hacer un viaje con Warren, ver todo el país, todas las cosas que me estaba perdiendo. Descubrir dónde podía encajar. Y de pronto llega el virus este y... ahora ya todo da igual. Se ha ido todo a la mierda.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Gav —dije en voz baja.

—Al final ha resultado que el único lugar donde podía hacer algo de provecho era justamente en la isla —siguió diciendo—. Qué cosas, ¿no?

—Has estado increíble, Gav —le dije. ¿Era posible que no fuera consciente de ello?—. Además, la situación no será así para siempre. Si la vacuna funciona, si la gente deja de ponerse enferma, aún lo podremos arreglar todo.

—Vale —respondió.

Entonces me cogió de la mano y continuamos la ronda por el prado. Las siguientes tres trampas también estaban vacías.

—Jolín, yo creía que íbamos a cazar algo —apuntó Gav.

—Cuando Leo volvió a la isla aún era otoño —señalé—. Ahora la mayoría de los animales están hibernando.

—Claro —dijo Gav, que se detuvo justo antes de comprobar la última trampa—. Tú y él... Nunca fuisteis nada más que amigos, ¿verdad?

—¿Cómo? —pregunté, y noté que me ponía colorada. Por suerte la bufanda me cubría las mejillas. ¿Habría visto u oído algo? Aunque ¿qué podía haber visto? ¿Qué podía haber oído? En cualquier caso, podía responder honestamente a aquella pregunta—. No, nunca hemos sido más que amigos.

Gav me abrazó.

—Lo siento —dijo, con la cabeza muy cerca de la mía—. No sé por qué pienso en estas cosas.

—No pasa nada. —Y, como para demostrárselo, aparté las bufandas y lo besé.

Tenía los labios reseco pero calientes. Gav me sujetó con fuerza durante un momento y yo pensé que ojalá estuviéramos en cualquier otra parte y no en un prado vacío, a cientos de kilómetros de todo lo que conocíamos. ¿Por qué no podíamos estar en algún lugar donde pudiéramos ser nosotros mismos, aunque solo fuera durante un momento?

Cuando Gav se apartó, en el anhelo de su mirada me pareció adivinar que él pensaba lo mismo. Un hormigueo me recorrió la piel, pero Gav se limitó a ladear la cabeza y me dirigió una sonrisa un poco menos forzada que la de antes.

—Será mejor que volvamos antes de que los demás manden un pelotón de búsqueda.

Al acercarnos a la última trampa, atisbamos algo peludo debajo del arbusto donde la habíamos preparado.

—¡Ostras! —exclamó Gav, que avivó el paso.

Yo lo seguí, pero entonces vi una cola larga y estrecha y me deshinché un poco.

—Eso no es un conejo —dije, y me obligué a dar los últimos pasos junto a Gav.

Era un gato marrón, atigrado y escuálido. Estaba rígido y tenía la cabeza vuelta hacia atrás, como si hubiera estado forcejeando hasta el último momento por liberarse de la trampa. Cerré los ojos. A juzgar por el aspecto que tenía, no habría tardado demasiado en morir de todos modos, ya fuera de hambre o de frío; incluso era posible que le hubiéramos hecho un favor. Lo que me revolvía el estómago era pensar qué íbamos a hacer con él ahora que lo habíamos cazado.

—No parece que tenga demasiada chicha —señaló Gav, indeciso.

Noté que estudiaba mi reacción; de pronto, me entraron ganas de golpear algo. Todo aquello era por culpa del virus: el virus nos había dejado ahí tirados, sin nada con que calentarnos ni comer, y sin nadie que pudiera ayudarnos. El virus nos había colocado en una posición en que nos veíamos obligados a decidir si nos comíamos lo que en su día había sido el animal de compañía de alguien. Era detestable, horrible.

Pero no pensaba dejarme vencer por aquello. Íbamos a salir adelante costara lo que costara. Me encogí de hombros y solté un suspiro.

—Un poco de carne podría marcar la diferencia entre seguir adelante un día más o..., en fin, no seguir adelante. ¿No crees?

—Sí —dijo Gav, que se arrodilló junto al arbusto—. Creo que está congelado. Lo podemos almacenar con nieve para que se conserve, y no utilizarlo a menos que sea estrictamente necesario.

Asentí con la cabeza.

—Busquemos una bolsa, no quiero que Meredith lo vea.

Regresamos a la casa sin decir nada más, pero, al llegar delante de la puerta, Gav se volvió y me acarició la mejilla. Se me llenaron los ojos de lágrimas; parpadeé con fuerza: no quería llorar.

—Estoy bien. Solo quiero largarme de aquí.

—Pues ya somos dos —dijo Gav con una sonrisa de medio lado.

Volvió a por el gato con una bolsa y lo guardó en el trineo. No volvimos a sacar el tema.

El sol ya había cruzado el cielo y empezaba a ocultarse tras los árboles cuando llegamos al siguiente pueblo. Tobias fue el primero en verlo, y señaló un grupo de tejados cubiertos de nieve en la distancia. Más allá habían empezado a acumularse nubes en el horizonte.

Sin decir nada, aceleramos el paso y cruzamos los últimos campos nevados. El calor del día nos había permitido desabrocharnos los abrigos y aflojarnos las bufandas, pero la nieve medio derretida dificultaba en gran medida el avance de los trineos. Me dolían todos los músculos entre los pies y la cintura.

Aquel lugar tenía más o menos el mismo tamaño que el pueblo donde habíamos perdido la furgoneta. Cogí de la mano a Meredith y enfilamos la primera calle; nuestros trineos chocaban entre sí. La desolación que reinaba resultaba casi reconfortante; prefería mil veces que no hubiera nadie más.

No nos detuvimos, pero sí aflojamos el paso para echar un vistazo a las calles y los callejones que íbamos cruzando. De entrada solo encontramos un par de coches, pero eran demasiado pequeños. Entonces vi una camioneta negra aparcada delante de una casa; tenía la parte trasera descubierta y llena de nieve medio derretida.

—¿Creéis que podría servir? —pregunté.

—No perdemos nada comprobándolo —dijo Gav; de pronto se le había iluminado la mirada—. Echémosle un vistazo.

Recorrimos juntos el caminito que llevaba a la casa. Tobias accionó el tirador de la puerta del conductor, que se abrió. Sin embargo, nada más asomarse dentro, Tobias volvió a salir, sacudiendo la cabeza.

—Parece que alguien que no tenía ni idea ha intentado hacerle un puente —dijo. Debajo del volante colgaban un puñado de cables pelados—. ¿Alguno de vosotros es capaz de arreglar este desbarajuste? Porque yo no...

Gav meneó la cabeza y le pegó una patada a una de las ruedas.

—Pues seguiremos buscando —dijo Tessa con voz tranquila—. Tarde o temprano...

La interrumpió una voz grave procedente del otro extremo del camino.

—¡Eh! ¡Hacía mucho que no veíamos a nadie por aquí!

Nos volvimos todos a la vez y oímos unos pasos pesados sobre la nieve. Vimos a

un chico alto y ancho de espaldas que se nos acercaba corriendo, sorbiendo por la nariz y rascándose la cadera. Sus ojos se movían alternativamente de nosotros a la puerta abierta de la camioneta.

—¿Qué hacéis con el coche del señor Mitchard? ¡No hagáis bromas con eso!

Se acercaba a toda velocidad, con la cara colorada. Me aparté instintivamente y agarré a Meredith por el hombro. Tobias se quedó helado y palideció. Leo se colocó junto a Tessa.

El único que dio un paso al frente fue Gav.

Pasó por entre los trineos unos segundos antes de que el chico llegara a donde estábamos y extendió los brazos.

—¡Alto! —dijo.

Pareció que el chico quiso detenerse, pero patinó sobre el suelo resbaladizo y chocó con Gav.

Rodaron los dos por el suelo y a Gav se le escapó un gemido cuando el chaval le cayó encima del pecho. Aparté a Meredith y fui a echarle una mano, aunque no sabía muy bien qué iba a hacer. El chico rodó hacia un costado, resollando y tosiendo. Gav se levantó a trompicones, retrocedió un paso y se quedó entre él y nosotros.

—Está enfermo —le dije entre dientes—. ¡La bufanda!

Gav levantó la mano y se cubrió la boca con la bufanda. Leo y Tessa se acercaron a nosotros. Tobias, en cambio, seguía paralizado junto a la camioneta, con los ojos fijos en nuestro agresor.

Caí en la cuenta de que, en realidad, lo que le daba miedo no era el chico. Naturalmente que no. Lo que temía era al virus, el único enemigo para el que la instrucción militar que había recibido no lo había podido preparar.

—Joder —dijo el chico, que se puso de rodillas. Tenía los tejanos empapados por la nieve derretida, pero no parecía haberse percatado de ello—. Uf, vaya mareo. ¿Por qué has hecho eso? Solo quería ver cómo estabais.

—¿Matt? —lo llamó una voz.

Una segunda figura apareció al final del camino: una mujer joven y delgada, de aspecto frágil bajo un abrigo hinchado. Al vernos palideció y se acercó apresuradamente; estornudó y se cubrió la boca con la mano.

—Se nos ha acercado corriendo —dijo Gav, mientras ayudaba al chico a levantarse—. Solo pasábamos por aquí. No queremos hacerle daño a nadie, pero tampoco queremos que nos hagan daño a nosotros.

—¡Yo no os iba a hacer daño! —protestó el chico—. Aunque no deberíais fisgonear en los coches de los demás. No está bien.

—Solo queríamos ver si... lo podíamos arreglar —dije, y me encogí ante aquella mentira tan mala.

La mujer nos miró con los labios apretados.

—Lo siento —se disculpó—. Ya lo entiendo. Matt, me has dado un susto de muerte. ¡No te puedes marchar así! Ni siquiera llevas abrigo. Vamos, volvamos casa.

—¡Pero hay gente! —exclamó Matt—. ¡Llevo siglos sin hablar con nadie! Quiero hablar con ellos; es un poco rollo estar siempre contigo, ¿sabes?

Me di cuenta de que, incluso mientras hablaba, el frío se apoderaba de él, a pesar de la fiebre; al chico le dio un escalofrío.

—A lo mejor podríais venir a casa y pasar un rato con nosotros. Tenemos suerte, el generador funciona y en casa se está calentito. Y luego está también la botella de whisky que Jill aún no me ha dejado estrenar.

La mujer, que suponía que era Jill, lo tiró de la manga.

—De momento volveremos a casa y te pondremos ropa seca, y más tarde esta gente tan simpática pasará a visitarnos un ratito, ¿verdad? —dijo con una sonrisa, pero sus ojos tristes decían todo lo contrario.

—¡Sí, claro! —contesté con entusiasmo exagerado.

—Nos encantaría —coincidió Gav—. Cuidaos mucho —añadió luego en voz más baja.

La mujer asintió con gesto de agradecimiento. Matt suspiró y se volvió hacia la casa.

—¡Que no se os olvide! —exclamó cuando llegó a la puerta—. Tenemos muchas cosas de las que hablar. ¡Ni siquiera sé cómo os llamáis!

Oímos cómo se cerraba la puerta y solté un suspiro. Tobias dio un paso hacia adelante y agarró la cuerda de su trineo.

—Larguémonos de aquí antes de que al tío ese le parezca que estamos tardando demasiado y vuelva a buscarnos.

No perdimos ni un segundo en comprobar si encontrábamos más coches. Cruzamos el pueblo y nos metimos en el pinar que empezaba donde se terminaban las casas. Encima de nuestras cabezas, las nubes cubrían ya la mitad del cielo y ocultaban el sol poniente, que desprendía una luz débil. Había empezado a soplar la brisa. Me subí el cuello del abrigo y me encasqueté el gorro hasta las orejas. El corazón aún me iba a mil por hora.

Miré a Gav por el rabillo del ojo. Caminaba a mi lado como si nada, como si no acabara de creerse lo que podría haber terminado en un combate de lucha libre contra un tío que le sacaba un palmo y que pesaba veinte kilos más que él. Y que encima estaba enfermo.

Fijé la vista en el rastro que el trineo de Tessa dejaba en la nieve y noté el paso de los minutos. No podía hablar. Me sentía tan confusa que no habría sabido decir si estaba enfadada, asustada o simplemente disgustada. A lo mejor debíamos evitar los pueblos y punto. Pero nunca conseguiríamos llegar a Ottawa a pie, ¿verdad?

El viento soplaba entre las ramas de los árboles. Empezó a nevar; me cayó un

copo de nieve en la punta de la nariz, donde se derritió.

—No deberías haberlo hecho —dije finalmente—. Te le has echado encima como si...

—No sabíamos que quería hacer —me cortó Gav con tono crispado—. Nos podría haber roto los trineos o haber robado la comida. ¡Podría haber estropeado las muestras de vacuna! ¿No es lo más importante?

Quise decirle que no, que no era más importante que su vida. Pero ¿no era cierto que solo por el hecho de permitir que me acompañara ya había dejado que arriesgara la vida por la vacuna?

—No digo que haya sido una reacción muy inteligente —prosiguió—. No he tenido mucho tiempo para pensar, la verdad. De repente lo he visto ahí y... he reaccionado.

—Ya lo sé. Es solo que habría preferido que tu reacción natural fuera menos arriesgada.

Gav soltó una carcajada seca.

—Bueno, por lo menos he hecho algo útil —dijo—. Es algo que no pasaba desde que salimos de la isla.

—Eso no es verdad —repliqué, aunque tal vez sí lo fuera.

En la isla, Gav repartía comida entre la gente del pueblo, organizaba a los voluntarios y desde que los saqueadores habían intentado quemar un edificio, colaboraba con la brigada de bomberos voluntarios. Ahora todo se reducía a un solo objetivo: llegar hasta Ottawa. Y, de momento, él no había podido hacer nada para que el viaje resultara más rápido o menos desagradable.

En realidad, ni siquiera quería estar allí, habría preferido quedarse en la isla y echar una mano en la reconstrucción tras el ataque del helicóptero.

—Gracias —dije—. De todos modos, prefiero que la próxima vez no lo repitas, pero me alegro de que todas nuestras cosas estén a salvo, y nosotros también.

Lo cogí de la mano y él esbozó una ligerísima sonrisa de medio lado. A nuestro alrededor, los árboles eran cada vez más escasos y el cielo resultaba cada vez más visible. Las nubes se amontonaban, grises y amenazantes. Parpadeé varias veces: los copos de nieve caían ahora con fuerza.

—Creo que tendríamos que refugiarnos pronto —dijo Leo—. Tengo la sensación de que se prepara una ventisca de las buenas. ¿Cuánto falta para el próximo pueblo?

A aquellas alturas había memorizado ya todo el mapa.

—Unos kilómetros aún —respondí, mirando a mi alrededor—. Pero deberíamos encontrar varias granjas por el camino.

—Creo que ahí hay un edificio —apuntó Tessa, señalando algo.

Seguí su mirada, entorné los ojos y me pareció entrever los ángulos de una estructura a lo lejos, al otro lado de un prado. Parecía extrañamente translúcido, como

si no fuera del todo real.

—No sé si debemos apartarnos tanto de la carretera —dije—. ¿Y si luego no encontramos el camino de vuelta?

Pero a Tessa se le había iluminado la mirada.

—Es un invernadero —soltó—. Dentro estaremos más calientes. No creo que esté tan lejos.

—No me importaría nada un poco de calor —apuntó Tobias, que iba encorvado dentro de su abrigo. Entonces miró a Gav, que se encogió de hombros, con expresión resignada.

—Pues démonos prisa —dije. La nevada era cada vez más intensa.

Cuando volví a levantar los ojos, fui incapaz de localizar el invernadero. Hacía mucho frío y notaba un hormigueo alrededor de los ojos. Con cada paso mis botas provocaban grietas en el hielo o resbalaban. Mi trineo se ladeaba y se sacudía violentamente. Meredith avanzaba a mi lado, deslizándose como si llevara patines. Gav lideraba la marcha.

La nieve se arremolinaba a nuestro alrededor, me azotaba la cara y me cubría las pestañas. Me ceñí aún más la bufanda.

Cuando volví a levantar la vista, Tobias y Gav habían desaparecido ante mí. Había copos de nieve por todas partes, era como si nadáramos por una página vacía, alrededor todo era blanco. Me costaba respirar a través de la bufanda; durante un instante me pareció que me asfixiaba.

Detrás de mí, Tessa soltó un chillido. Me giré. Leo se había detenido junto a ella y Tessa palpaba el suelo.

—He tropezado y he perdido la cuerda —anunció con voz frenética—. ¿Dónde está el trineo?

Eché un vistazo por el suelo, pero solo había nieve.

—Da igual —dijo Leo unos segundos más tarde—. Ya volveremos a por él más tarde. Si nos paramos a buscarlo ahora, nos perderemos.

Meredith había seguido andando y ya había empezado a perderla de vista.

—¡Mere! —grité.

Leo y Tessa se pusieron en marcha junto a mí. El aire gélido penetraba a través de la bufanda y me provocaba pinchazos en la garganta. La cuerda del trineo se me clavaba tanto en la cintura que habría querido deshacerme también de él y echar a correr.

Al cabo de un momento aparecieron tres figuras ante nosotros: los otros se habían detenido a esperarnos.

Cuando ya casi los habíamos alcanzado, una cuarta figura surgió de entre la ventisca. Tenía un brazo levantado y apuntaba con una pistola al pecho de Gav.

—Hola —dijo con voz nasal—. ¿Vais a alguna parte?

ONCE

Seguramente lo podríamos haber reducido (éramos seis contra uno, las probabilidades estaban de nuestro lado, a pesar de la pistola), pero las siguientes palabras del desconocido fueron:

—Vamos, larguémonos de aquí.

La idea de que pudiera llevarnos a alguna parte se impuso al resto de los impulsos. Sin él seguiríamos perdidos en la ventisca.

Dimos cuatro pasos y, de repente, se abrió una puerta ante nosotros. La luz se filtró a través de la nieve que caía.

—Adelante —nos indicó, señalando con la mano con la que sujetaba la pistola—. Dejad los trineos aquí, dentro no hay sitio. No somos el tipo de gente que robará lo que es vuestro.

Antes de seguir a los demás, me giré y cogí la neverita; no tenía intención de perderla de vista ni un momento.

Cruzamos la puerta arrastrando los pies y, de pronto, nos encontramos en un pasillo estrecho, con las paredes forradas de madera. A duras penas, cabíamos los siete. En un lado había una estructura con un colchón doble, y un cajón de plástico en un rincón, pero por lo demás la habitación estaba vacía. En el techo vi una lámpara que proyectaba una luz débil; fueran quienes fueran, aquella gente tenía electricidad.

El desconocido cerró la puerta de golpe.

—Sentaos —dijo—. Todo parece indicar que pasaremos un buen rato aquí dentro.

La nieve derretida ya había empezado a formar un charco alrededor de mis botas, y el hielo de las pestañas se fundía y me resbalaba por las mejillas como si fueran lágrimas. En aquel cuarto había calefacción.

Meredith se sentó pesadamente en el colchón. Yo la imité y coloqué la nevera entre mis pies. Tessa se hundió a mi lado. Los chicos se quedaron de pie y Gav se cruzó de brazos. Constaté con alivio que mantenía una distancia prudente entre él y el revólver.

—¿De qué va esto? —preguntó—. ¿Quién eres?

—Eso os lo tendría que preguntar yo a vosotros —replicó el desconocido—. Al fin y al cabo, sois vosotros los que habéis entrado a saco en nuestro terreno.

El desconocido se sentó encima de la caja y se quitó la capucha. Entonces le vi la cara y me llevé una buena sorpresa.

Era un chaval, debía de tener incluso un par de años menos que yo. Tenía un rostro infantil y la frente cubierta de granos. Llevaba una gorra naranja con el escudo

de un equipo de hockey hielo; debajo, el pelo negro recogido en una coleta que se enroscaba al llegar a la base del cuello. En cuanto se hizo el silencio, se dio un golpecito en la pierna con la pistola y entrecerró los ojos.

—Os he visto en cuanto habéis salido del bosque —dijo—. Os podría haber disparado.

—¿Estás seguro de que sabes cómo se dispara eso? —le espetó Tobias.

—Soy un buen tirador —respondió el chaval—. Será mejor que me creáis. He estado practicando en el campo de tiro con mi padre cada mes desde que cumplí los trece. Si os hubierais parecido a los capullos esos que se dedican a saquear, ya estaríais muertos. Tenéis suerte de que no sea así. ¿De dónde venís?

—Del sur de Halifax —contesté, y el chaval enarcó las cejas.

—¿Habéis venido caminando desde la costa?

—Teníamos una furgoneta —dijo Gav—. Pero se averió. Llevamos unos días andando.

—¿Y dónde creéis que vais con todas esas cosas? —preguntó el chaval señalando hacia la puerta.

—¿Y a ti qué te importa? —respondió Leo en voz baja—. ¿Piensas dejar que nos marchemos en cuanto amaine la tormenta?

—Vinimos buscando refugio —añadió Tessa—. No queríamos molestar a nadie.

—Yo no sé qué va a pasar —dijo el chico—. No puedo tomar esa decisión a solas. Yo simplemente estoy de guardia.

—¿Y quién lo va a decidir? —le pregunté—. Has dicho que no sois «el tipo de gente» que roba... ¿Dónde está la gente?

Me miró como si acabara de hacerle la pregunta estúpida del año.

—En las otras cabañas —dijo—. Pero no creo que los veáis aunque paséis un tiempo por aquí. Esta es la cabaña de cuarentena. La gente nueva no sale de aquí hasta que estamos seguros de que están bien; todos tuvimos que pasar por lo mismo. —Entonces se detuvo en seco y palideció—. ¡Mierda, se me había olvidado!

El chico rebuscó en el bolsillo del abrigo con la mano libre y sacó una mascarilla arrugada que se pasó por la cabeza.

—No tienes por qué preocuparte —dije—. No estamos enfermos.

—Prefiero no arriesgarme —respondió, y entonces vio la nevera que tenía entre los pies—. ¿Por qué no has dejado eso con el resto de vuestras cosas? ¿Qué llevas ahí dentro?

Cubrí la nevera con las piernas instintivamente.

—Tampoco tienes por qué preocuparte por eso —dijo Gav con tono amenazante.

El chico se levantó.

—Mirad, ya os he dicho que aquí no robamos a nadie, pero tengo que echar un vistazo. Podríais llevar pistolas o algo así.

Aunque allí dentro seguía haciendo un poco de frío, era evidente que la temperatura estaba por encima del punto de congelación. No quería que abriera la caja y dejara salir el aire frío. ¿Quién sabía cuándo volvería a tener ocasión de renovar el hielo? Pero en cuanto el chico dio un paso hacia mí, Gav se le puso delante. Era evidente que ninguno de los dos tenía intención de echarse atrás, de modo que hice lo único que se me ocurrió para impedir que la situación empeorara, siempre y cuando el chico estuviera siendo honesto y no tuviera intención de robarnos nada.

—Son muestras de vacunas —solté rápidamente—. Pero tienen que conservarse en frío. Cada vez que abrimos la nevera, nos exponemos a que se echen a perder.

El chico ladeó la cabeza, pero no se acercó más.

—Había oído que la vacuna era inútil —dijo.

—Esta es nueva —dije—. Estamos intentando encontrar a alguien capaz de replicarla y producir suficiente para todo el mundo. Por eso estamos cruzando el país a pie, y por eso nos marcharemos en cuanto cese la ventisca. O en cuanto nos dejéis... —Hice una pausa—. A menos que aquí haya médicos capaces de hacerlo.

Por lo que había visto, la zona no parecía particularmente desarrollada, pero tampoco me esperaba que tuvieran electricidad ni calefacción. El chico no dio ninguna pista, ni en un sentido ni en otro.

—Podrías estar mintiendo —dijo.

—Tú también —replicó Leo.

—Tendríamos que ser un poco burros para transportar las pistolas dentro de una caja sellada en lugar de llevarlas en algún lugar donde pudiéramos cogerlas rápidamente, ¿no crees? —preguntó Tobias.

El chico puso los ojos en blanco.

—Vale, vale —dijo—. Bueno, calmaos un poco, ¿vale? Eso sí, no me haría muchas ilusiones de que podáis ir a ninguna parte pronto. Como ya he dicho, ese tipo de decisiones no las tomo yo —añadió, y se hundió en el cajón de plástico—. Será mejor que os pongáis cómodos. Con la que está cayendo ahí fuera, no creo que salgáis de aquí hasta mañana.

Me despertaron los rayos del sol que entraban a través de la puerta abierta de la cabaña. Al levantar la cabeza noté un pinchazo en el cuello. En algún momento de la noche nos habíamos echado en el colchón en ángulos raros: Meredith acurrucada contra mi hombro, Gav al otro lado, cubriéndose la cabeza con el brazo, y Tessa encajada en el rincón. Leo se había acercado a ella y se había dormido apoyado en la estructura de la cama; incluso durmiendo tenía la expresión tensa. Tobias seguía sentado con la espalda pegada a la pared, las piernas encogidas y los ojos fijos en alguien que había aparecido en la puerta.

Se trataba de una mujer, que entró y nos observó a través de unas gafas de montura gruesa que llevaba encima de la máscara. El pelo castaño le caía apenas hasta los hombros. Tras ella estaba el chico del revólver.

Me di cuenta de que se parecían: el pelo, los hombros, la pose... Supuse que serían madre e hijo.

Me incorporé y mis pies toparon con la neverita que había dejado junto a la cama. La mujer la miró un instante, pero pronto volvió a levantar los ojos y me escrutó. Gav se estiró y soltó un bostezo.

—Justin me acaba de contar que tenéis una vacuna —dijo la mujer con tono enérgico.

Gav se volvió bruscamente al oír aquella voz desconocida.

—Así es —respondí.

—¿Una vacuna que funciona?

—Aún no está clínicamente probada —dije—, pero mi padre confiaba lo suficiente como para probarla en sí mismo. Nunca enfermó.

La mujer nos escudriñó.

—¿La puedo ver? —preguntó.

No me hacía ninguna gracia, pero tampoco podíamos esperar que se conformaran siempre con lo que les decíamos. Además, parecía que aquella mujer era la que tomaba las decisiones.

—Vale, pero rápido —le concedí—. Tenemos que mantener las muestras frías.

La mujer asintió y se me acercó. A mi lado, Meredith se movió y parpadeó. Abrí la tapa y dejé los frasquitos a la vista.

—Muy bien —dijo la mujer tan solo un segundo después—. Supongo que, si eso es de verdad una vacuna, sabrás decirme cómo funciona, ¿verdad?

Supuse que se trataba de un examen, pero me sentía sobradamente preparada para pasarlo: durante las últimas semanas había leído más cosas sobre vacunas de las que me habría gustado.

—Las vacunas contienen una forma inactiva del virus —dije—. La persona a la que se le administra no se contagia, pero, aun así, su sistema inmunológico genera anticuerpos para combatirlo. Así, si más tarde esa persona se ve expuesta al virus, su organismo lo reconoce de inmediato y está en situación de crear anticuerpos lo bastante rápido como para derrotarlo antes de que este se pueda hacer fuerte.

—¿Y si alguien de aquí estuviera infectado y os ofreciéramos provisiones a cambio de una de esas muestras? —preguntó—. Porque dudo que vayáis a necesitar las tres...

Me vinieron nuestras reservas menguantes a la mente, pero no importaba: no iba a mentir.

—No les serviría de nada —dije—. Como ya le he dicho, la vacuna prepara al

sistema inmunológico por si el virus lo ataca más tarde. Cuando una persona está infectada, ya es demasiado tarde. La vacuna no servirá de nada, lo siento.

Antes de que terminara de hablar, su rostro esbozó una sonrisa inesperada debajo de la mascarilla; entonces me di cuenta de que la pregunta también formaba parte del examen. Si hubiéramos estado mintiendo, se la habría cambiado sin dudarlo por lo que fuera que necesitáramos para sobrevivir. Seguramente allí no había nadie enfermo.

—Magnífico —dijo la mujer—. Estaba segura de que a estas alturas... —añadió, pero se detuvo de repente, como si volviera en sí—. Me gustaría poderos ofrecer algo más mientras estéis aquí, pero la mayoría de nuestras instalaciones, el comedor, las duchas y demás, son compartidas, y nuestra política es que los recién llegados pasen dos semanas en la cabaña de la cuarentena antes de incorporarse al grupo. Pero os podemos traer un desayuno caliente. Tengo entendido que queréis quedaros mucho tiempo, ¿verdad?

—No —contesté. Al oír la palabra «ducha» tomé conciencia de todo el aceite y el sudor seco que debían cubrir cada centímetro de mi piel y mi pelo. También pensé en lo genial que sería poder limpiarle la mano a Meredith—. Estamos seguros —dije. Entonces me levanté y señalé a Leo y a Tessa—. O, por lo menos, tan seguros como se puede estar. Tessa y Leo han recibido la vacuna, y Meredith y yo somos inmunes. Las dos tuvimos el virus hace semanas y nos recuperamos.

Al oír sus nombres, Tessa se incorporó con una mueca, y Leo abrió los ojos.

—¿Las dos? —preguntó la mujer, enarcando las cejas.

—Kaelyn tuvo suerte —respondió Meredith—. Y los médicos utilizaron su sangre para ayudarme.

—Os estaríamos eternamente agradecidos si nos dejarais lavarnos antes de marcharnos —dije—. Mi prima se ha cortado la mano y aún no se la he podido tratar como es debido.

La mujer nos dirigió una mirada cariñosa.

—¿Y vosotros dos? —preguntó, mirando primero a Gav y luego a Tobias.

—No hemos tomado la vacuna, pero tampoco hemos estado enfermos —respondió Gav por los dos—. Estamos bien. ¿Acaso nos ve toser o estornudar?

—Bueno, me temo que no puedo saltarme las normas hasta ese punto —dijo la mujer—. Pero si queréis os podemos traer unos cubos de agua caliente y jabón, aparte de comida. Para los otros cuatro supongo que podemos anular la cuarentena, es un caso especial.

—¿Y si llevan mascarillas? —pregunté—. No podemos marcharnos y dejarlos aquí...

A la mujer se le tensó la mandíbula, pero antes de que pudiera responder Gav me cogió el brazo.

—No pasa nada, Kaelyn —dijo con voz serena—. Lo entiendo. Además, tampoco vamos a quedarnos aquí mucho tiempo —añadió, y se volvió hacia la mujer—. Nos apañaremos con un poco de comida y agua, muchas gracias.

Tobias, en su rincón, se encogió de hombros.

Meredith ya se había levantado de un salto.

—¿Podemos darnos una ducha de verdad? —preguntó—. ¿Dónde?

—Yo os lo enseño —respondió la mujer en tono risueño, y se volvió hacia la puerta.

Gav me hizo un gesto para que la siguiera.

—No tardéis mucho —me pidió, y le dio un golpecito a la nevera con el tacón—. Yo te la vigilo.

Meredith ya estaba junto a la puerta.

—Vale —contesté—. Volveremos enseguida.

—Andaos con ojo —dijo la mujer al salir de la cabaña—. Está todo helado. Regamos el jardín regularmente para evitar que se vean nuestras pisadas. Es una de nuestras medidas de precaución. Solo hemos recibido la visita de un puñado de intrusos hostiles, pero toda prevención es poca.

Logré encontrar el equilibrio sobre el suelo resbaladizo. Estábamos en un claro rodeado de bosque por tres lados. Había un semicírculo de cabañas como la que acabábamos de dejar, distribuidas en arco alrededor de un edificio de madera más grande. Más allá estaba el invernadero que Tessa había visto el día anterior, iluminado por el sol de la mañana.

La mujer señaló el bosque que había a mano izquierda.

—Trasladamos vuestros trineos debajo de los árboles para evitar que se mojaran mientras regábamos, pero los encontraréis tal como los dejasteis.

—Sin ánimo de ofender —dijo Leo, que se cubrió los ojos para protegerse del sol—, pero ¿quiénes sois? ¿Y qué es este lugar?

—¡Oh! —exclamó la mujer, que parecía sorprendida de verdad—. Disculpa. Yo me llamo Hilary Cloutier, y a Justin ya lo conocéis. —Le dio una palmadita en el hombro a su hijo, que frunció el ceño—. En su día esto era una colonia de artistas —añadió mientras nos dirigíamos hacia el edificio más grande—. Era un lugar apartado donde pintores, escritores y compositores podían pasar uno o dos meses concentrados en su oficio. Tenemos un generador bastante grande debajo de la casa comunitaria. Lo hacemos casi todo con la luz natural, pero también tenemos calefacción y energía suficiente para utilizar el horno.

—Eso está muy bien —dije.

—No terminamos aquí por casualidad —siguió contando Hilary—. Yo soy escultora y cada año venía a pasar un mes a este lugar. Cuando los servicios empezaron a fallar en la ciudad y a la gente le entró el pánico, este fue el primer sitio

que se me ocurrió que podía ser seguro. Todo el mundo acudió aquí por el mismo motivo.

¿Escultora?

—Pero, entonces —dije—, ¿cómo has sabido que no me inventaba lo de la vacuna?

La mujer se echó a reír.

—Ah, bueno, mi hermana era enfermera. Y soy curiosa por naturaleza. Cuando empezamos a oír cosas sobre el misterioso virus, la bombardeé a preguntas, antes de... En fin...

Su risa había sido algo forzada y tampoco se me había pasado por alto el «era».

—Lo siento —dije.

—¿Cultiváis muchas cosas en el invernadero? —preguntó Tessa.

Hilary asintió.

—Ya lo creo. Aunque también ahí tenemos que tomar precauciones, por supuesto: si llegara alguien y viera que la colonia funciona, seguramente intentaría echarnos. Por eso mantenemos los cultivos separados entre sí y dejamos que crezcan las malas hierbas, para que parezca que está abandonado. Pero hemos logrado producir zanahorias, alubias, guisantes y tomates, y el peral ha empezado a dar frutos —añadió—. ¿Adónde queréis llevar la vacuna? —preguntó en cuanto llegamos ante la puerta del edificio comunitario.

Yo dudé por instinto, pero me di cuenta de que Meredith ya había decidido que aquella gente era de fiar.

—¡A Ottawa! —exclamó—. Vamos a encontrar a unos científicos que van a hacer más vacunas para todo el mundo.

—Ottawa... —dijo la mujer, con la mirada perdida—. Aquí tenemos a una pareja de Ottawa. A lo mejor tendríais que hablar con ellos —añadió al tiempo que abría la puerta—. Esta es nuestra zona de baño. El agua no llega a salir demasiado caliente, tenemos la caldera al mínimo para no forzar el generador, pero hay de sobra. Dentro encontraréis jabón y toallas, en los estantes. En cuanto hayáis terminado venid a la parte de delante; ya están todos desayunando.

Al otro lado de la puerta encontramos una percha con toallas aireándose y estantes con toallas dobladas y botes de jabón líquido. Del pequeño vestíbulo salían dos pasillos, uno para los hombres y otro para las mujeres.

—Increíble el tinglado que tienen aquí montado, ¿no? —dije.

—Seguramente con el invernadero les basta para ser autosuficientes —replicó Tessa—. Si tienen fruta, vegetales y cereales para hacer pan... En función de la gente que sean, las restricciones de espacio podrían llegar a ser un problema, pero con las proteínas de las lentejas y el hierro de las espinacas, ni siquiera necesitan carne. Me encantaría echar un vistazo.

—Estoy segura de que si se lo pides te ofrecerá una visita guiada —dije cuando nos separamos de Leo.

Al final del pasillo había un cambiador y varias duchas abiertas. En otra situación seguramente me habría sentido incómoda duchándome en compañía, pero, al ver que Tessa se desnudaba como si nada, me dije que si a ella no le importaba, a mí tampoco.

Con el primer chorro de agua tibia que salió de la ducha se me escapó una risita. Sin dejar de sonreír, me froté de pies a cabeza con el jabón con aroma de pomelo. Llevaba sin ducharme desde que se había estropeado el filtro del agua de la isla, hacía semanas, y ya se me había olvidado lo increíble que era aquella sensación: el repiqueteo del agua sobre la piel, el tacto resbaladizo del jabón bajo los dedos, la levedad del pelo cuando está limpio.

En cuanto terminé, ayudé a Meredith a aclararse la espuma de la cabeza, pues tenía el pelo más tupido que el mío. Luego le eché un vistazo a la palma de la mano. El corte aún estaba cubierto de costra, pero los extremos habían empezado a pelarse. Debajo, la piel tenía un aspecto sano, sin rastro de infección.

—La has cuidado muy bien —le dije.

Meredith sonrió y colocó la cara bajo el chorro de agua.

—¿En serio no podemos quedarnos ni un poquito? —preguntó mientras nos secábamos—. A lo mejor Tobias puede hablar con alguien por la radio y decirle que venga a por la vacuna aquí.

Noté una opresión en el pecho. No podía culparla por hacerse ilusiones, ¿no?

—Me encantaría pensar que sí, Mere, créeme —contesté—. Pero creo que no queda mucha gente que esté pendiente de la radio. Nuestra mejor opción es seguir adelante.

Al vestirme de nuevo con la ropa de viaje, fruncí involuntariamente la nariz. Siguiendo el consejo de Tobias, cada noche, después de la caminata diaria, nos lavábamos y limpiábamos la ropa interior con nieve fundida, para que no apestara, pero eso no significaba que la ropa estuviera limpia.

—Vale —dijo Meredith, que antes de salir dirigió una mirada anhelante a las duchas.

Ella no tenía por qué venir con nosotros, se me ocurrió de repente. Podíamos pedirle a Hilary que la aceptara y... ¿Y qué? ¿Dejarla con unos desconocidos? Aunque aquella mujer pareciera buena persona, solo la conocía desde hacía media hora. Leo nos esperaba en la sala de las toallas.

—¿A punto? —preguntó, con los hombros encorvados debajo del abrigo. Me pregunté si creería que podíamos fiarnos de aquella gente.

—Yo creo que tendríamos que llevarnos el desayuno a la cabaña de la cuarentena y comer con Gav y Tobias —dije en cuanto salimos fuera—, para que sepan que no

nos hemos olvidado de ellos.

Cruzamos el patio hasta el otro lado del edificio medio andando, medio patinando, y estuvimos a punto de chocar con Justin al doblar la esquina. Me agarré a la pared para no perder el equilibrio.

—Eh —dijo Justin en voz baja—. ¿En serio os marcharéis hoy para seguir buscando a alguien que os ayude con la vacuna?

—Esa es la idea, sí —le contesté.

El chico abrió la boca como para añadir algo, pero justo en aquel momento Hilary se asomó por la puerta, a sus espaldas.

—Ah, estáis aquí —dijo—. Pasad, debéis de estar muertos de hambre. Justin ya les ha llevado una bandeja de comida a vuestros amigos.

—Es que estaba hablando con ellos... —protestó Justin.

—Podéis seguir hablando dentro, ¿no? Lo digo porque hace menos frío.

El chico soltó un suspiro, pero nos siguió sin decir nada más.

Entramos en una sala inmensa cuyas paredes estaban cubiertas con paneles de madera, a juego con las de las cabañas. Había varias filas de mesas de picnic sobre el suelo de baldosas. En una de las mesas había dos parejas mayores, hablando entre murmullos. Se oía un tintineo de platos procedente de una puerta situada al otro extremo de la sala, donde supuse que estaría la cocina. En el ambiente flotaba un delicioso olor a pastas. Se me hizo la boca agua al instante.

Me di cuenta de que Leo se había quedado helado. Seguí su mirada y vi una cajita negra encima de un estante, cerca de la puerta de la cocina. Era un altavoz y, de pronto, me llegó una suave melodía por debajo del rumor de voces y el tintineo de los platos. Encima del altavoz había un pequeño reproductor de MP3. La canción me sonaba vagamente, había sido un éxito *dance-pop* hacía años.

—Uno de nuestros miembros más jóvenes trajo el reproductor —contó Hilary—. El altavoz ya estaba aquí. La música no me va mucho, la verdad, pero es lo único que tenemos. Decidimos que la inyección de moral que proporciona la música justifica el gasto eléctrico. ¿Queréis sentaros más cerca?

—No —respondió Leo, que dio un respingo y salió del aturdimiento—. No hace falta.

Sin embargo, por el rabillo del ojo vi que mientras cruzábamos la sala iba siguiendo el ritmo. En su día, Leo había vivido de la música. Debía de llevar semanas, tal vez meses, sin oír una sola canción. Me entraron ganas de cogerlo de la mano y darle un apretón.

Y eso fue justamente lo que hizo Tessa. Se me hizo un nudo en la garganta y aparté la vista.

Hilary se detuvo ante una mesa donde había una mujer de unos treinta y tantos.

—Me ha parecido que querríais hablar con Lauren —dijo, señalándome con la

cabeza primero a mí y luego a la mujer—. Ella y su marido, Kenneth, son la pareja de Ottawa de la que os hablé. Justin y yo os prepararemos la avena mientras habláis. Estuvisteis ahí hasta diciembre, ¿verdad, Lauren?

La mujer asintió con la cabeza y se colocó el pelo detrás de las orejas. La cara demacrada y los ojos hundidos le daban un aspecto casi esquelético.

—Pues sí, aguantamos hasta que pudimos —contestó.

Noté una chispa de excitación que pudo más que mi incomodidad. Si alguien que había vivido allí nos proporcionaba detalles sobre la ciudad, seguramente eso compensaría en parte el tiempo que habíamos perdido.

—Supongo que Hilary te habrá contado ya que nos dirigimos hacia allí —dije al tiempo que nos sentábamos—. ¿Desde dónde operaba el Gobierno cuando os marchasteis? ¿O simplemente vamos a los edificios del Parlamento y buscamos a alguien que esté al cargo?

Lauren soltó una carcajada.

—¿El Gobierno? ¿El Parlamento?

—Bueno, es la capital —respondí—. Digo yo que alguien quedará, ¿no?

—Hubo disturbios en Parliament Hill unas semanas antes de que Ken y yo nos marcháramos, cuando la epidemia había empezado ya a ser un problema grave —dijo—. Disturbios violentos. Los hospitales habían empezado a rechazar a los enfermos. Había gente en tiendas de campaña en aparcamientos y aceras, gente que moría en las calles... —añadió, y se estremeció—. Los amotinados invadieron los edificios oficiales y dispararon contra diputados y senadores. Los edificios sufrieron graves daños. Después de eso, todos los funcionarios del Gobierno se largaron. No sé adónde irían. ¿A Toronto, tal vez? A lo mejor tenían también sus escondrijos, como nosotros. Incluso los soldados que protegían la ciudad desaparecieron.

Se me cayó el alma a los pies.

—Pero...

Lauren nos miró a los cuatro y se le ensombreció la mirada.

—Veo que os habíais hecho ilusiones y lamento mucho desanimaros así. Pero Ken trabajaba cerca de Parliament Hill y vio que hacían las maletas y se marchaban. Os puedo decir con total seguridad que en Ottawa ya no queda nadie que se preocupe por el resto del país.

Al oír las palabras de Lauren, mis pensamientos entraron en barrena. ¿No quedaba nadie con autoridad en Ottawa? ¿Incluso los altos mandos del Gobierno habían huido?

En ese caso habíamos llegado hasta allí para nada.

Tenía tanta hambre que mi estómago había empezado casi a digerirse a sí mismo, pero, aun así, tuve que hacer un esfuerzo para comerme la papilla que me había traído Hilary. En cuanto terminé fui directamente a la cabaña a contarles a Gav y a Tobias lo que acababa de descubrir. Mientras repetía las palabras de Lauren, Gav asintió, como si no le sorprendiera. A lo mejor ya se lo esperaba: una de las primeras cosas que me había dicho era que no podíamos confiar en que la gente que tenía el poder cuidara de nosotros, que primero iban a velar siempre por sí mismos.

—Ven —dijo cuando terminé de hablar, y me cogió de la mano.

Tobias se volvió hacia el otro lado, incómodo. Me senté en el regazo de Gav y dejé que me abrazara. Se me llenaron los ojos de lágrimas, y parpadeé con todas mis fuerzas. Los había arrastrado a todos hasta allí, ahora no me podía derrumbar.

—Lo siento mucho, Kae —dijo él, abrazándome aún con más fuerza—. Pero, por lo menos, lo sabemos antes de seguir adelante.

—Sí —murmuré.

Además, habíamos encontrado un lugar con calefacción y comida, y con espacio suficiente para quedarnos tanto tiempo como necesitáramos, tal como había sugerido Hilary durante el desayuno. Sin embargo, nada de aquello aliviaba el dolor que notaba en el pecho.

En cuanto me hube recuperado, volví a salir y encontré a Tessa y a Meredith en el invernadero, con Hilary. Realmente, era difícil adivinar que allí estuvieran cultivando plantas a propósito, pues el suelo estaba lleno de planchas de madera y malas hierbas que crecían entre los cultivos.

—Las cosechas no son tan abundantes como podrían serlo —dijo Hilary—, pero es más seguro que parezca que está abandonado.

Caminamos sobre las planchas de madera para no dejar pisadas. Meredith se balanceó con los brazos extendidos, como si hiciera equilibrios sobre la barra fija, mientras Tessa paseaba por entre los diferentes cultivos e iba haciendo todo tipo de preguntas, como: «¿Habéis intentado plantar cebollas entre las zanahorias?», o: «¿Qué fertilizante utilizáis?». Hilary dio un salto de alegría cuando Tessa le dijo que si querían que las semillas de lechuga brotaran solo tenían que trasladarlas a un lugar

con más sombra.

Cuando volvimos a la sala comunitaria para comer, Leo seguía allí, escuchando la música con los ojos cerrados, dejando que la melodía le invadiera todo el cuerpo. No lo había visto tan relajado desde que nos habíamos marchado de la isla.

La decisión debería haber sido sencilla. No tenía ningún sentido ir a Ottawa; teníamos que quedarnos en la colonia, por lo menos hasta que dejara de hacer tanto frío y pudiéramos regresar a la isla, sanos y salvos. Pero cuando me eché con Meredith en la cabaña vacía que Hilary nos había ofrecido para que pasáramos la noche, el dolor me oprimió aún más el pecho.

El invernadero era increíble, pero en realidad no alcanzaba para alimentar a la veintena de personas que vivían en la colonia. La avena, las galletitas que habíamos comido con la sopa y la pasta de la cena habían salido de otra parte. ¿Qué iban a hacer cuando ya hubieran saqueado todas las casas de las inmediaciones? ¿Y cuándo se les terminara la gasolina del generador?

Hilary actuaba como si todo fuera a seguir eternamente así, como si pudieran vivir para siempre en aquella burbuja, aislados del resto del mundo. Pero la vida no funciona de esta forma. Todos los grupos de seres vivos forman parte de un ecosistema y deben enfrentarse a sus depredadores y competidores, y a las exigencias del entorno. A lo mejor la colonia aguantaría unos meses más, o incluso otro año, pero antes o después, por muchas precauciones que tomaran, el mundo los iba a alcanzar, tal vez en forma de un helicóptero que lanzara bombas como sobre los confiados habitantes de una isla.

¿De veras podían vivir de aquella forma, como si hiciera tan solo unos meses no hubieran tenido casas, trabajos y vidas?

Papá, Nell y los voluntarios del hospital habían seguido trabajando incluso cuando los pasillos de la clínica estuvieron atiborrados y hubieron dejado de recibir ayuda del continente. Seguro que no eran los únicos que no se habían rendido, ¿no? ¿Y si salvar el mundo o dejar que siguiera así dependía tan solo de que yo continuara adelante con la vacuna hasta encontrar a quienes buscábamos?

Sin embargo, cuando ya había cerrado los ojos y estaba a punto de dormirme, me asaltó otra pregunta.

¿Y si seguía adelante pero no lo lográbamos, y todos los que me acompañaban morían a causa de mi decisión?

A la mañana siguiente nos reunimos todos en la cabaña de la cuarentena. Leo se sentó en el colchón, junto a Tessa. Tobias estaba de pie junto a la pequeña ventana, y Gav, apoyado en la pared, con el codo encima de la neverita. Yo me senté a su lado y Meredith se subió a la cama.

—Creo que está bastante claro que no tiene ningún sentido ir a Ottawa —dije—.

Si la situación estaba tan mal como dice Lauren, desde hace más de un mes, en este tiempo no habrá hecho más que empeorar. Así pues, tenemos que decidir qué vamos a hacer.

Tessa asintió.

—Creo que Hilary y los demás preferirían saber qué planes tenemos, y si queremos quedarnos o no.

—Bueno —dije. Me miré las manos y estudié a los demás, intentando juzgar sus reacciones—. Esa es una opción: quedarnos por lo menos hasta que el tiempo mejore. Tienen espacio y podríamos intentar contactar con alguien por radio.

Tobias se apartó de la ventana.

—O sea, ¿que vamos a arrojar la toalla? —preguntó.

—Pues... —dije. La vehemencia de su voz me había pillado desprevenida.

Pero Tobias no me dejó continuar.

—Las probabilidades de que localicemos a la persona apropiada en la radio desde este rincón perdido en medio de la nada son casi nulas —siguió diciendo—. La gente necesita la vacuna ahora, ¿no? Por eso decidisteis abandonar la isla. Que una ciudad no sea un destino recomendable no significa que no lo sea ninguna.

—¿Y a ti qué te importa? —le espetó Gav—. Hace una semana ni sabías que existía la vacuna. Lo único que querías era esconderte en tu base militar y esperar a que el resto del mundo se arreglara solo.

Tobias se sonrojó.

—Vale, es verdad —dijo—. Y desde luego no entraba en mis planes unirme a un grupo de adolescentes. Pero por una vez en la vida sé que estoy haciendo algo importante, y lo quiero seguir haciendo. ¿Vosotros no?

Sonaba tan convencido que me avergoncé por haberme planteado abandonar. Pero él estaba solo, y yo, por el contrario, tenía que pensar en mis amigos y en Meredith.

Naturalmente, si Tobias quería seguir adelante a lo mejor no había necesidad de arrastrarlos a todos. Tal vez pudiera hacer lo que necesitaba sin arriesgar las vidas de todos en el proceso.

—No me habéis dejado terminar —dije, incorporándome—. Solo he dicho que esa era una opción. La otra es seguir adelante. He estado pensando... Lauren ha dicho que es posible que el Gobierno se haya trasladado a Toronto. Es la ciudad más grande del país. Eso significa que es la que dispone de más hospitales, más médicos y más policías encargados de velar por la paz. Y si encontramos un coche, solo son cinco horas más que hasta Ottawa.

Hubo una pausa.

—Vale la pena intentarlo —apuntó Leo finalmente.

—Toronto —dijo Gav. En su voz cansada se insinuaban los cientos de kilómetros que teníamos por delante. Pero antes de que pudiera seguir hablando, Tessa se me

adelantó.

—Yo no voy.

Leo se volvió repentinamente hacia ella.

—¿Cómo?

—Que me quedo aquí —insistió con voz firme—. Si sigo con vosotros, no seré más que otra boca que alimentar. Aquí, en cambio, puedo ser útil; si quieren sobrevivir, los de la colonia necesitan a alguien que entienda de cultivos.

—¿Y por qué no lo habías dicho antes? —preguntó Leo.

—Lo he decidido justo antes de llegar aquí —confesó ella—. En el fondo no cambia nada para vosotros, ¿no?

Leo le dirigió una mirada dolida.

—¿Podemos hablar un momento? —dijo, levantándose—. ¿Tú y yo solos?

—Ya sé que la vacuna te importa más que la suerte de esta colonia —señaló Tessa—, y lo entiendo.

—¿Te importa? —preguntó, señalando la puerta.

Tessa dudó un momento, pero finalmente se levantó y lo siguió. Meredith frunció el ceño.

—Nosotros no nos podemos pelear —dijo—. Somos los buenos.

Hacía un segundo había estado planteándome la posibilidad de dejar atrás a mis amigos, pero ahora que era una opción real se me revolvió el estómago. Debería haber anticipado la decisión de Tessa, lo tendría que haber sabido desde que, de lejos, había visto el invernadero.

Gav se encogió de hombros.

—Es perfectamente libre de decidir si quiere venir o no, ¿no?

Lo fulminé con la mirada.

—Tú tampoco quieres venir.

Abrió la boca y la volvió a cerrar.

—Yo no me quiero quedar aquí —respondió, y le dio un golpecito a la nevera—. Y sé lo importantes que son las vacunas. Pero entiendo cómo se siente Tessa. Durante todo el viaje no he sido más que un lastre. No tengo ni idea de dónde encontrar un coche, no sabría llegar a Toronto ni a ninguna otra parte... Pero todo eso no importa. Sea cual sea el plan, estaré ahí. No lo vas a hacer sola.

—Gav —dije—. No me opondría a...

Pero antes de que pudiera terminar me tocó la mejilla.

—Te lo dije una vez y te lo repito: no te pienso dejar —susurró, y me besó. Sus dedos me acariciaron la piel y noté sus labios calientes sobre los míos.

Tobias carraspeó y Meredith soltó una risita. Yo me aparté, sonrojada.

—Será mejor que vayas a ver si esos dos han decidido ya quién se queda y quién se va —sugirió Gav con una sonrisa—. Y luego vuelve y dinos cuándo quieres que

nos marchemos.

—Lo lograremos —dije al tiempo que me levantaba—. Vamos a encontrar la forma de llegar hasta allí.

—Desde luego que sí —afirmó Gav.

Meredith me siguió afuera de la cabaña. Leo estaba de pie cerca de los árboles, con la cara hundida bajo la bufanda y los brazos tensos a ambos lados. Solo.

—Mere —dije—, ¿puedes ir a la cabaña a ver si nos hemos dejado algo, gorras, mitones o lo que sea?

—Pero yo quiero saber qué ha pasado con Tessa —dijo.

La miré y enarqué las cejas.

—Mere, hablaremos de esto más tarde.

Ella resopló y su aliento formó una nube en el aire gélido. Entonces se alejó resbalando sobre el hielo. Me acerqué a Leo y me detuve a unos pasos de donde se encontraba. No levantó los ojos, pero era evidente que se había percatado de mi presencia. Al cabo de un momento estiró el cuello lo justo para sacar la boca de debajo de la bufanda.

—Al parecer le da igual —dijo—. Creo que se ha quedado más que sorprendida de que me haya ofendido. Dice que no cree que tenga sentido seguir juntos si necesitamos cosas distintas. Y que, de todos modos, no hay casi ninguna pareja que empiece a salir a los dieciséis que termine junta. ¿Acaso esperábamos que lo nuestro fuera para siempre? —preguntó, y soltó una carcajada titubeante—. Yo no esperaba que fuera para siempre. Lo único que quería era que antes de tomar una decisión así hablara conmigo.

—Creo que a Tessa eso de dar opción de replicar a los demás cuando ya ha tomado una decisión en firme no se le da muy bien —sugerí.

—Ya —dijo Leo haciendo una mueca—. Sé que a lo mejor no te lo crees, pero Tessa me importa. Mucho. Pero, bueno, si a ella yo no le importo tanto... En fin, tiene que hacer lo que crea que es mejor para ella.

—Pero eso no quiere decir que no duela —repliqué, y en aquel momento me di cuenta de que yo también estaba herida. Había visto a Tessa como una amiga. Habíamos pasado por un montón de cosas juntas durante los últimos meses, pero tampoco me había dicho nada a mí, a pesar de que seguramente había estado pensando en quedarse desde el momento en que le había preguntado a Hilary por el invernadero.

No sabía si habría intentado hacerla cambiar de opinión. Me dije que seguramente no. Y por eso Tessa ni siquiera había sacado el tema. Era como si para ella todo en la vida fuera siempre blanco o negro. Debía de ser una sensación bastante agradable.

—Bueno —dije—, si quieres te puedes quedar con ella. La vacuna... es cosa mía. No quiero que vengas si prefieres quedarte aquí.

Leo me miró fijamente. Tenía los ojos de un marrón tan oscuro que casi parecían negros.

—¿No quieres que venga si prefiero quedarme aquí? —preguntó—. ¿O no quieres que venga y punto?

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Leo... —empecé a decir, pero no supe cómo seguir.

—Yo no quiero que nuestras vidas sigan así para siempre —soltó—. No sé si la vacuna va a cambiar las cosas, pero existe la posibilidad. Es la mejor opción que tenemos y quiero luchar por ella. Pero si he enredado tanto las cosas que no me quieres tener cerca, me quedaré para no molestar. Solo me lo tienes que decir.

No me había dado cuenta, pero necesitaba escuchar ese aplomo en su voz. No sonaba ni derrotado ni asustado. Sonaba como él mismo. Bastó con eso para que se hiciera un poco de luz en mi interior, un rayo de esperanza.

—Ahora mismo, entre nosotros todo es raro —dije—, y no quiero que sea así. A lo mejor lo que diré ahora sonará estúpido, pero yo solo quiero recuperar a mi mejor amigo.

Leo esbozó una sonrisa.

—Vale —respondió—. Pues mira.

Entonces me pasó los dedos por la frente, tan rápido que casi ni me dio tiempo a notarlos, y repitió el gesto en su frente. A continuación hizo un gesto con la mano, como si arrojara lo que tenía a los árboles, tan lejos como podía.

—Ya está —dijo—. Esa sensación extraña ha desaparecido. Volvemos a ser solo viejos amigos, como siempre.

Había sido solo un gesto, pero en ese momento me sentí liberada, como si hubiera cogido toda la extrañeza que se había ido acumulando entre los dos y la hubiera desterrado. Esbocé una sonrisa.

—Utiliza esa magia para encontrar un coche, y a lo mejor llegaremos a alguna parte —le dije.

Le iba a preguntar si necesitaba más tiempo, para, tal vez, volver a hablar con Tessa, cuando Justin se acercó corriendo a través del claro del bosque. Se detuvo ante nosotros, jadeando.

—¡Escondeos! —gritó—. Una furgoneta se ha parado en la autopista, a medio kilómetro de distancia. Han salido tres personas y vienen hacia aquí. No parecen pacíficas, una de ellas lleva un rifle.

Me puse tensa.

—¿De qué color es? ¡La furgoneta, digo!

Justin se me quedó mirando como si le acabara de preguntar si la escopeta era chula.

—Verde. ¡En marcha, vamos! Escondeos debajo de las camas de las cabañas.

Podéis sacar el plafón lateral y meteros debajo. Voy a decirles que apaguen el generador.

Una furgoneta verde. Justin se largó corriendo hacia el edificio comunitario y a mí me recorrió un escalofrío.

—Meredith —dije mientras cruzaba el hielo tan rápido como podía.

TRECE

Entré precipitadamente en la cabaña y el viento de la puerta hizo volar la sábana de la cama. Meredith no estaba.

—¡Mere...! —empecé a llamarla, pero me callé en seco. ¿Y si los de la furgoneta estaban lo bastante cerca para oírme?

Algo arañaba el hielo, fuera. Salí corriendo y di la vuelta a la cabaña derrapando en las esquinas. Encontré a Meredith en la parte trasera, oscilando hacia delante y hacia atrás sobre el hielo. Al verme se me acercó resbalando, con un gritito, y yo la abracé. El alivio que me invadió era casi tan frío como el pánico que sentía.

—No nos hemos dejado nada —dijo—. ¿Cómo está Leo?

—Bien —dije—. Ven, rápido.

Me la llevé dentro de la cabaña. Me agaché y empecé a palpar el plafón de la cama hasta que encontré una muesca a la que me podía agarrar. El plafón de madera cedió. Debajo de la cama quedaba un espacio de poco más de medio metro de altura, pero por suerte cabíamos las dos con el abrigo puesto.

—Métete ahí dentro —le dije a Meredith—. Nos tenemos que esconder, viene alguien.

Fue muy triste ver cómo en un abrir y cerrar de ojos su actitud pasaba de juguetona a obediente: se metió bajo la cama sin rechistar ni preguntar quién venía. Recogí la manta y las sábanas de encima del colchón: si la idea era conseguir que aquel lugar pareciera deshabitado, era mejor que escondiera también eso. A continuación me metí debajo de la cama con Meredith. El panel volvió a encajar en su sitio con un ruido sordo.

No había pasado ni un minuto cuando se oyeron unos pasos en el exterior. La puerta se abrió de golpe y se me agarrotó todo el cuerpo. Era imposible que los de la furgoneta hubieran recorrido ya un kilómetro, ¿no? Poco a poco, el frío exterior empezó a filtrarse por entre las grietas del armazón de la cama y entendí lo que sucedía: alguien estaba dejando salir el aire de las cabañas para que nadie notara que había habido calefacción. Tenía que parecer que la colonia estaba abandonada.

Me di cuenta de que la chulería de Justin el otro día, cuando había dicho que nos hubieran disparado si hubiéramos parecido peligrosos, había sido un farol. Naturalmente que no se podían cargar a los intrusos así como así, aunque solo fuera porque, con los disparos, la gente de los alrededores habría sabido que allí vivía alguien.

Meredith se me abrazó. Su respiración entrecortada resonaba en aquel espacio tan

reducido. La rodeé con mis brazos, con fuerza. No sabía si Tessa, Leo y los demás habrían logrado esconderse a tiempo. ¿Se le habría ocurrido a alguien avisar a Gav y a Tobias en la cabaña de la cuarentena? Y Gav se habría acordado de esconder la nevera, ¿verdad? ¿Bastaría con eso?

Hilary había insinuado que hasta entonces habían logrado que los invasores pasaran de largo de la colonia, pero aquella gente buscaba algo más que comida. Aún nos perseguían, la mujer del gorro rojo y quienquiera que la acompañara. A lo mejor alguien nos había visto en el pueblo donde nos habíamos topado con aquella pareja enferma y había hecho correr la voz. Tal vez tuvieran intención de comprobar todos los edificios entre aquel pueblo y Ottawa.

En cualquier caso, era evidente que no iban a parar hasta encontrarnos.

Empecé a sudar bajo la ropa, pero no me atrevía a moverme. Meredith metió las manos debajo de mi chaqueta. Fuera solo había silencio.

Entonces una voz resonó en el patio.

—¿De dónde coño sale todo este hielo?

—A saber —respondió una mujer—. Comprueba los edificios, busca señales de que alguien haya acampado aquí. Si encuentras a alguien, lo sacas aquí a rastras. Les podemos hacer daño, pero todavía no los podemos matar.

«Todavía». Aquella palabra resonó en mi mente. Me mordí los labios y la puerta de la cabaña se abrió con un chirrido. Se oyeron unos pasos que entraban. Meredith se aferró a mí y yo la abracé con más fuerza.

Los rayos de luz que se filtraban por los bordes del plafón de madera fueron oscilando a medida que el intruso iba de un extremo de la cabaña al otro. El cajón del escritorio se abrió y se cerró de golpe. La silla cayó al suelo con estrépito y Meredith dio un respingo. Los pasos se acercaron a la cama y me encogí al oír un golpe encima de nuestras cabezas. Solo estaba mirando debajo del colchón, me dije, y apreté los párpados con fuerza.

El intruso arrastró los pies y le pegó una patada al lateral de la cama. Abrí los ojos justo a tiempo para ver cómo el plafón se movía muy ligeramente y dejaba entrar un haz de luz mayor. Se me paró el corazón. «Que no se dé cuenta —supliqué—. Por favor, que no se dé cuenta».

Hubo un momento de silencio y, finalmente, el intruso salió de la cabaña. Solté el aliento con un soprido, me ardieron los pulmones y abracé a Meredith con todas mis fuerzas. Ella gimió, con la cara hundida en mi abrigo.

Se oyeron chirriar más puertas. De pronto se oyó un zumbido, un golpe y un gemido; imaginé que alguien acababa de caerse en el hielo y no pude evitar una sonrisa.

—Esto está muerto —dijo alguien.

—Pues larguémonos antes de perder más tiempo —respondió la voz de la mujer.

Los pasos se alejaron. Conté hasta cien y luego hasta doscientos; no se oía nada.

—¿Se han ido? —me susurró Meredith al oído.

Asentí con la cabeza, aunque me sentía mareada.

De momento se habían ido, pero no para siempre. Y no quería descubrir qué harían con nosotros cuando nos encontraran.

Después de que Hilary asomara la cabeza para decir que había pasado el peligro y de que saliéramos a rastras de debajo de la cama, le dije a Meredith que se sentara en el colchón. La niña me miró, aún asustada, con los ojos muy abiertos. De todas las decisiones que había tenido que tomar desde el inicio de la epidemia, aquella era una de las más sencillas, pero no por eso era más fácil de comunicar. Tragué saliva y dije:

—¿Qué te parecería si te dijera que te puedes quedar aquí?

—¿Y la vacuna? —preguntó ella—. Si nos quedamos aquí, no la podrá utilizar nadie.

—No nos quedaremos todos —dije—. Solo tú. Y Tessa. Aún tengo que hablar con ella, pero creo que no le parecerá mal cuidar de ti un tiempo mientras yo no esté. La colonia es un lugar bastante seguro, ¿no? Tendrás un montón de comida y un sitio caliente donde dormir. Y en cuanto encuentre a alguien que pueda encargarse de la vacuna, volveré enseguida a por ti, ¿vale?

A Meredith le tembló la barbilla.

—¿No quieres que vaya contigo?

—Mere —le dije, y me arrodillé ante ella—. No me hace ninguna gracia dejarte aquí, pero esta gente que acaba de venir nos buscaba a nosotros. ¿Te acuerdas de lo malos que eran los de la pandilla de la isla? Pues Leo dice que esta gente puede ser aún peor.

—¿Y qué pasa si te hacen daño?

—Tendremos mucho cuidado. Tobias es soldado, ¿recuerdas? Sabe cómo proteger a la gente. Pero si somos menos será más fácil.

—¡Yo puedo cuidar de mí misma! —replicó Meredith—. Soy mucho más valiente que antes —añadió, y se echó a llorar.

—Mere —dije, y la abracé. Durante un segundo dudé de mi decisión—. Todo saldrá bien, ¿vale?

—Yo quiero ser valiente y fuerte —respondió entre sollozos—, para poder ayudar, pero tengo miedo, Kaelyn. Tengo miedo de que te pueda pasar algo.

Se me hizo un nudo en la garganta y me entraron ganas de llorar.

—Eres fuerte y valiente, Mere. Pero la gente fuerte y valiente también tiene miedo. Me será más fácil protegerme sabiendo que tú estás a salvo. Esperarme y hacer lo posible por no preocuparte también es una forma de ser valiente, ¿sabes? ¿Crees que lo podrás hacer?

Ella ahogó un sollozo y asintió con la cabeza.

—La colonia me gusta —dijo—. Pero me tienes que prometer que volverás pronto, ¿vale?

—Sí, en cuanto pueda.

Tessa no dudó ni un instante cuando le pregunté lo de Meredith

—Desde luego —dijo—. Me encargaré de darle trabajo y de tenerla ocupada.

Me dirigió una mirada radiante y se acuclilló junto a uno de los arriates del invernadero. Tenía las rodillas y las manos llenas de tierra, estaba en su salsa. No podía enfadarme con ella porque quisiera quedarse, pero sentí que le quería decir algo.

—Será raro —dije—. Marcharme sin ti, quiero decir. Llevamos tanto tiempo juntas...

—No me estás dejando aquí —señaló Tessa—. Me quedo porque lo he elegido yo, del mismo modo que me habría quedado en la isla si no la hubieran bombardeado.

Casi me había olvidado de cuál era nuestro plan original, hasta el punto de que viajar todos juntos me parecía de lo más normal. Pero en realidad aquello no era lo mismo; era consciente de que Tessa se quedaba allí porque la necesitaban. Y cuando yo volviera, me quedaría en la colonia el tiempo justo para recoger a Meredith. Esta vez nos estábamos separando para siempre.

De pronto noté el peso de todas las cosas que Tessa no sabía: los celos que había sentido de ella cuando aún estaba colada por Leo, el beso en el garaje, la tensión entre Leo y yo que apenas acabábamos de resolver...

—Quiero que sepas que nunca ha pensado que fueras una boca más que alimentar, ¿vale? —le dije—. Me ha gustado mucho que estuvieras ahí.

—Yo también me alegro de haber estado ahí. Si he decidido quedarme aquí es... solo por mí, Kaelyn. Desde que perdimos el invernadero de la isla, y desde que mis padres no regresaron con Leo, me he sentido... perdida, supongo. A veces no tenía ganas ni de moverme. Cuando llegamos aquí recuperé por primera vez el deseo de hacer algo, de ponerme manos a la obra, después de tanto tiempo. Y no lo puedo dejar pasar. Sé que lo entiendes; para mí esto es como para ti la vacuna.

Fue rarísimo, de repente me quedé muda, y al mismo tiempo me dieron ganas de reírme. Y eso fue lo que hice.

—Sí —dije—. Lo entiendo.

No nos abrazamos, no era nuestro estilo, pero le tendí la mano y ella me la agarró durante un breve instante.

Era posible que los de la furgoneta merodearan aún por ahí, por lo que no nos pareció

seguro partir de inmediato. Así pues, cuando Hilary nos invitó a quedarnos hasta la mañana siguiente se lo agradecí, aunque apenas logré pegar ojo en toda la noche.

Le había prometido a Meredith que volvería pronto, pero lo cierto es que no sabía si podría cumplir mi promesa. Aquella podía ser la última noche que durmiera con ella si la mujer de la gorra roja daba con nosotros, si nos sorprendía una ventisca y no encontrábamos un refugio a tiempo, o si nos quedábamos sin comida antes de dar con un coche que funcionara.

Había muchos «síses» y todos eran horribles.

Pero aunque era cierto que iba a seguir adelante por la gente que necesitaba la vacuna, también lo haría por Meredith. Si no encontrábamos la forma de luchar contra el virus, el mundo seguiría siendo de aquella manera para siempre; era probable que incluso empeorara. ¿Cómo íbamos a reconstruirlo si cada vez que un grupo de personas se reunían tenían que preocuparse por si se infectaban? Me marchaba para protegerla no solo ahora, sino durante el resto de su vida. A pesar del miedo que sentía, quería ser la persona fuerte y valiente a la que Meredith veía cuando me miraba; estaba decidida a serlo mientras tuviera que serlo.

Aquel pensamiento se apoderó de mí y me proporcionó cierta calma, hasta que finalmente me dormí.

Leo, Tessa, Meredith y yo desayunamos pronto (Cheerios rancios y leche en polvo), a solas en el comedor. Abracé a Meredith y le di un beso en la mejilla. Después de las despedidas, Hilary nos acompañó a Leo y a mí a la cabaña de la cuarentena con una bandeja de cereales para Gav y Tobias. No salió nadie más a despedirnos, ni siquiera Justin. Me pregunté si estaría otra vez montando guardia.

Encontré a Gav sentado en la cama, abrigado y con la capucha puesta, como si estuviera listo para marcharse de inmediato, pero se quitó los guantes y aceptó el cuenco. Lo conocía lo bastante bien como para percibir la tensión que le agarrotaba los hombros y la frialdad de su expresión, que delataba la aprensión que sentía. Me reconcomía la culpa: había empezado a sentirse atrapado, inútil, y todo era por mi culpa. Había llegado hasta allí solo por mí, y yo no sabía qué hacer para que el viaje le resultara más sencillo. Lo único que sabía era que teníamos que seguir adelante.

Tobias estaba en el suelo, manipulando la radio. El día anterior me había pedido que la recogiera del trineo y se la llevara para que pudiera intentar contactar con alguien.

—¿Qué tal? —le pregunté, pero él meneó la cabeza.

—Solo se oye estática.

Hilary esperó mientras se comían los cereales y cuando terminaron les recogió los cuencos. Se detuvo en la puerta.

—Me gustaría poder ofreceros algo de comida para el camino —dijo—, pero me temo que no estamos en situación de regalar nada. Pero volved siempre que queráis.

Eso sí, no mencionéis a nadie que estamos aquí. ¡Y cuidaos mucho!

Gav se levantó, se desperezó y cerró la puerta a sus espaldas.

—Tengo la sensación de que se alegra de librarse de nosotros —dijo.

Leo se encogió de hombros.

—No tenían ninguna obligación de ayudarnos.

Cambié las compresas heladas de la nevera por las que había dejado fuera durante la noche. Tobias metió la radio en su envoltorio de plástico y fuimos a buscar los trineos al bosque, donde los habíamos dejado escondidos.

—Solo hay cinco —dijo Tobias.

—Tessa perdió el suyo en plena ventisca —les conté—, entre este punto y la autopista. ¿Qué llevaba?

Tobias comprobó las provisiones.

—La segunda caja de raciones, la que estaba llena —dijo—. Pero creo que nada más de importancia.

—Podemos buscar el trineo por el camino —propuso Gav—, pero no creo que nos convenga perder demasiado tiempo.

Recolocamos las provisiones para que las mantas y los depósitos de gasolina vacíos del trineo de Meredith cupieran en los otros cuatro y nos pusimos en marcha hacia la autopista. Mientras cruzábamos el prado donde nos había sorprendido la ventisca, examiné los montones de nieve en busca del trineo de Tessa. Había nevado muchísimo por la noche. El suelo estaba blando y los pies se me hundían en el grueso de la nieve, que podría haber enterrado cualquier cosa.

Al llegar a la estrecha franja de árboles que bordeaban la autopista dudé un instante. Se veían las marcas profundas que habían dejado las ruedas de la furgoneta encima de la nieve. Podíamos pasarnos el día entero buscando en el prado y no encontrar nada, o podíamos invertir las horas poniendo más distancia entre nosotros y los del rifle.

—No estoy segura de dónde estamos —admití, al tiempo que echaba un vistazo al mapa—, pero, si seguimos la autopista, lo descubriré en cuanto lleguemos al próximo pueblo.

—Pues en marcha —dijo Gav.

Caminamos en silencio. El cielo se fue aclarando a medida que el sol iba asomando tras las montañas que teníamos a mano derecha. Los trineos susurraban sobre la nieve blanda. De vez en cuando uno de nosotros levantaba una mano y el resto nos quedábamos quietos y aguzábamos el oído, pero no oímos ningún motor. Una bandada de carboneros nos llamaron desde las ramas de un enebro. De vez en cuando el viento soplaba con fuerza y hacía traquetear las ramas desnudas, pero, por lo demás, solo se oía el ruido de nuestras pisadas.

Gav y Leo empezaron a discutir sobre la posibilidad de utilizar las trampas para

conejos donde nos detuviéramos a pasar la noche. Tobias me hizo varias preguntas sobre el trabajo de mi padre. Me di cuenta de que recordarlo ya no me dolía tanto como antes. Nos paramos en lo alto de una cuesta, desde donde veíamos los tejados de un pueblecito cercano, y dejamos que los trineos se deslizaran hasta abajo antes de proseguir.

Yo fui la primera en retomar la marcha. A media pendiente resbalé con el hielo y perdí pie. Caí de culo y me deslicé hasta el final de la cuesta, como si fuera un tobogán.

—¿Estás bien? —preguntó Gav, que al cabo de un momento soltó un grito y pasó volando a mi lado.

Cuando me levanté, con una mueca y sacudiéndome la nieve de los pantalones, Leo pasó junto a mí como si fuera encima de una tabla invisible de snowboard.

—Reflejos de bailarín —dije, señalándolo—. ¡Eso es hacer trampa!

Un destello malicioso le brilló en los ojos, relucientes como hacía semanas que no se los veía.

—No —respondió—, hacer trampas sería esto.

Entonces cogió un puñado de nieve, la amasó con las dos manos y me la lanzó. Me dio de pleno en el pecho.

—Muy bien —dijo Gav, que se levantó con dificultad—. Es la guerra.

—¡Vamos, Tobias! —exclamé. Él seguía en lo alto del montículo, observando el camino por donde habíamos venido—. ¡Necesitamos un soldado en nuestro bando!

—¿Tres contra uno? —protestó Leo, y Gav y yo lo acribillamos a bolas de nieve.

—¡Pues no haber empezado! —exclamé.

Tobias no se movía y tenía el ceño fruncido. Leo se preparó para lanzarnos otro puñado de nieve, pero yo dudé un instante.

—¿Tobias?

Entonces se volvió y, con voz serena, dijo:

—Nos están siguiendo.

CATORCE

Al oír las palabras de Tobias, los demás, de repente, nos callamos.

—¿La furgoneta? —pregunté, pero Tobias negó con la cabeza.

—No, una persona. A pie.

Se desabrochó dos botones del abrigo y se metió la mano dentro, mientras observaba atentamente. Yo apoyé un pie en un montículo de nieve sólida y estiré el cuello para intentar ver por encima de la pendiente. Entonces noté que Tobias se relajaba.

—Es el chico —dijo.

Volvimos a subir, trepando a trancas y barrancas. Una figura envuelta con un abrigo negro se acercaba por el sendero que habían dejado nuestras pisadas, mirándonos y arrastrando tras de sí el trineo que había pertenecido a Meredith. Su gorra naranja era una mota de color que destacaba en medio del paisaje nevado.

—Justin —dije—. Pero ¿qué está haciendo?

Cuando vio que lo mirábamos, el chico nos saludó con la mano y se apresuró. Los últimos metros antes de llegar a la pendiente los hizo corriendo y resollando.

—Camináis más rápido de lo que creía —dijo.

—¿Pasa algo? —pregunté—. ¿Con Meredith o con Tessa...?

—No, no pasa nada —contestó él—. Solo que iré con vosotros. Adonde sea que vayáis.

Nos miramos los unos a los otros.

—Creías que tu madre no iba a dejarte venir —dijo Leo rompiendo el silencio—, de modo que en lugar de hablar del asunto con nosotros has decidido escaparte, ¿no?

Justin se ruborizó.

—Mi madre no lo entiende —dijo—. Estoy cansado de... esconderme cada vez que unos capullos como los de la furgoneta vienen y quieren llevarse nuestras cosas o meterse con nosotros. Es una estupidez. No quiero estar todo el tiempo recolectando alubias, cocinando avena y fingiendo que todo va bien. Porque no va bien. Es una mierda. Y quiero hacer algo, como vosotros.

—Pero tu madre debe de estar preocupadísima —dije.

—Ya sabe dónde estoy —respondió Justin en tono obstinado—. Le he dejado una nota.

Un gesto que podría haber servido de algo si nosotros hubiéramos sabido dónde íbamos a estar mientras nos dirigíamos a Toronto, o si, por lo menos, hubiéramos tenido algún tipo de certeza de que íbamos a llegar a la ciudad.

—Pero ¿qué edad tienes tú? —preguntó Tobias.

—Quince —respondió Justin—. Bueno, los cumpla el mes que viene —añadió tras una pausa.

Puse mala cara, pero Gav lo estaba estudiando.

—De hecho, no es mucho más joven que nosotros —dijo.

—Hay bastante diferencia entre dieciséis o diecisiete y catorce —señaló Leo—. Pero es que no se trata de eso; se trata de que no ha hablado de esto con nadie, simplemente se ha largado —añadió, observando a Justin—. Si hubieras hablado con nosotros, a lo mejor nos habría parecido bien, pero así no. ¿Tienes alguna idea de lo mucho que va a sufrir tu madre, de lo mucho que se va a preocupar?

—Pero ¿no crees que merece un voto de confianza por la determinación que ha demostrado? —preguntó Gav—. Además, ahora está aquí. No creo que podamos obligarlo a volver a su casa, a menos que lo quieras llevar a rastras. Yo opino que le podemos dar una oportunidad.

—¿Te vas a responsabilizar tú de él? —intervino Tobias.

—Yo puedo cuidar de mí mismo —protestó Justin—. ¿Quién está al cargo aquí? Decíme qué tengo que hacer para demostrarlo y lo haré.

Leo y Tobias se volvieron hacia mí, como si aquello fuera cosa mía. ¿Por qué tenía que decidir yo? ¿No éramos cuatro?

—Creo que tenemos que ponernos todos de acuerdo —dije—. Al fin y al cabo esto nos afecta a todos.

—Pero ¿tú qué piensas, Kae? —preguntó Gav.

Dudé un instante. Hilary había confiado en nosotros, nos había abierto las puertas, nos había dado comida y cobijo. Había aceptado a Tessa y a Meredith en la colonia. La idea de devolverle el favor ayudando a su hijo a huir no me hacía ninguna gracia. Catorce años... Catorce años eran muy poco. Tres años atrás no me habría imaginado marchándome de viaje sin mis padres, y menos aún cruzando el país a pie en pleno invierno.

Pero, en realidad, hacía seis meses tampoco me lo habría imaginado. El virus nos había cambiado la vida a todos; a lo mejor con catorce años ya no se era tan joven.

—¿En serio eres consciente de lo que le vas a hacer pasar a tu madre? —le pregunté—. No sabemos cuándo volveremos, ni si volveremos.

Durante un momento, Justin pareció un niño asustado, no aparentaba ni siquiera los catorce años que aseguraba tener, pero finalmente apretó la mandíbula.

—Sí —dijo—. Lo entiendo. Si me pasa algo, será responsabilidad mía. Es mi vida.

Desde luego, no lo era: lo que hiciera mientras estuviera con nosotros nos podía afectar a todos. Pero Gav tenía razón, no teníamos forma de impedir que nos siguiera, a menos que renunciáramos a un día de viaje para llevarlo de vuelta a la colonia. Y

aun en ese caso, ¿quién nos aseguraba que no iba a venir corriendo otra vez?

—Bueno —dije.

Tobias se encogió de hombros.

—Mientras cargue con sus cosas, por mí de acuerdo.

Leo tenía el ceño fruncido. De pronto, me di cuenta de que, en mi fuero interno, deseaba que se le ocurriera un argumento perfecto que convenciera a Justin de que aquello no era una buena idea. Sin embargo, al final Leo soltó un suspiro y dijo:

—Vale. No me hace demasiada gracia, la verdad, pero si a vosotros os parece bien, adelante.

Trasladamos algunas de las provisiones al quinto trineo y echamos otra vez a andar. Justin se apresuró para colocarse junto a Gav, que abría la marcha, y a mí me invadió una sensación incómoda.

Ya había otra vida en juego a causa de papá y de mi vacuna de eficacia no probada.

Mi inquietud por la llegada de Justin se disipó un poco cuando sacó cinco peras de una bolsa que llevaba.

—Acabadas de coger del árbol —dijo, y nos las tendió mientras caminábamos.

Me acerqué la pera a la nariz y la olí. Se me llenó la boca de saliva al momento. ¿Cuándo había sido la última vez que había comido una fruta que no saliera de una lata o un bote? Ya ni me acordaba. Le pegué un buen mordisco y se me escapó un gemido de placer al notar cómo los jugos ácidos me bajaban por la garganta. Me comí el resto de la pera a mordisquitos, para que durara lo más posible.

Aún notaba el sabor en la boca mucho después de terminármela, mientras cruzábamos otro pueblo en el que tampoco encontramos vehículo alguno que funcionara. Por la tarde, Tobias vio un camión de transporte en la autopista, de modo que nos desviamos para echar un vistazo, pero no encontramos las llaves. Empezó a oscurecer mientras atravesábamos un bosque particularmente solitario. Yo ya me temía que íbamos a tener que acampar al aire libre cuando, de pronto, nos topamos con una caravana abandonada en un claro.

La puerta de aluminio estaba abierta de par en par y chirriaba ligeramente con la brisa, pero los dueños habían montado un avancé que había impedido que la nieve entrara en la cabina. Apretujados en los banquitos de la zona de comedor, calentamos un estofado de lata con guisantes en el hornillo de camping. Con la puerta cerrada, el calor que desprendía el queroseno al quemar hacía que el aire gélido resultara un poco más soportable. En cuanto terminamos de engullir la comida, Tobias sacó la radio.

—¿Has contactado alguna vez con alguien? —le preguntó Justin.

Él negó con la cabeza.

—No, pero no perdemos nada por intentarlo —respondió—. Tampoco es que tenga muchas más cosas que hacer. Me la llevaré fuera, no creo que le gusten mucho las paredes de aluminio.

Salió y oí como colocaba el transmisor-receptor encima de la mesa del avancé. Al cabo de un momento oímos su voz a través de la puerta de la caravana; dio el nombre de la autopista por la que circulábamos como identificador.

—Ruta 2 New Brunswick al aparato, ¿alguien me recibe? Cambio.

No hubo respuesta. Tobias esperó un momento y entonces repitió el mensaje. Gav metió un poco de agua en un cuenco lleno de nieve, y Leo lo colocó encima del hornillo. Yo crucé el estrecho pasillo y eché un vistazo al dormitorio: tenía una cama doble con una litera doble encima. Ya nos apañaríamos, por lo menos teníamos paredes alrededor.

Iba a salir a por los sacos de dormir cuando de pronto en la radio se oyó una aguda voz de mujer.

—Te recibimos, Ruta 2 New Brunswick. Cambio.

Me pegué tal susto que me di un codazo con el armario. Gav se levantó de un brinco y los cuatro salimos corriendo al avancé.

Tobias estaba petrificado, con la vista fija en la radio. Justin fue el primero en llegar junto a él.

—¡Di algo! —le susurró y agarró el micrófono, pero Tobias se lo quitó de las manos.

—Aquí Ruta 2 —dijo. Le temblaban las manos—. ¿Con quién hablo? Cambio.

—Con un grupo de personas preocupadas que intentan ayudar a quien lo necesita —respondió la voz. Sonaba metálica y estaba envuelta por un leve zumbido de estática, pero era lo bastante clara como para que pudiéramos distinguir cada palabra—. ¿Desde dónde llamáis? ¿Necesitáis ayuda? Cambio.

—Pregúntales qué tipo de personas tienen en su grupo —dije, al tiempo que me sentaba en la silla que había junto a Tobias. Este se llevó el micrófono a la boca y repitió mi pregunta.

—Pues tenemos a gente de todo tipo —respondieron—. No hacemos distinciones. Si necesitáis ayuda médica, tenemos a un par de médicos. Cambio.

Si eran buenos médicos a lo mejor sabrían como formular la vacuna y replicarla.

—¿Crees que están cerca? —le pregunté a Tobias; el corazón me latía con fuerza.

—No lo sé —contestó él—. Es la mejor radio que teníamos en la base. En un día claro captábamos señales del extranjero. También depende de lo bueno que sea su transmisor.

Gav me puso las manos en los hombros.

—¿Qué más da que estén más cerca o más lejos? ¡Están ahí!

—¿Y nos podemos fiar de ellos? —preguntó Leo—. No sabemos quiénes son.

Los de la furgoneta... tenían radios, ¿no?

—Eran *walkie-talkies* —dijo Tobias—. Ese tipo de aparatos transmiten solo a un par de kilómetros. Las probabilidades de que estuvieran tan cerca y escuchando mientras yo transmitía son realmente bajas.

—Esta mujer no es la de la furgoneta —añadí. La frase «todavía no los podemos matar» aún resonaba en mi cabeza: la había pronunciado una voz grave, muy distinta a la voz nasal y estridente de la mujer de la radio—. Pero aún no sabemos si nos pueden ayudar.

Sin embargo, y suponiendo que no tuvieran a nadie que supiera replicar la vacuna, sí sabrían dónde encontrar a alguien capaz de hacerlo, ¿no? O por lo menos podrían prestarnos un vehículo para que lo buscáramos nosotros mismos.

Se oyó un ruido de estática y oímos una voz de hombre.

—¿Seguís ahí, Ruta 2? Cambio.

—Seguimos aquí. Cambio —respondió Tobias.

—¿Qué es lo que buscáis? —preguntó la voz en tono calmado—. Si necesitáis algo, a lo mejor os podemos ayudar. Cambio.

Sonaba tan tranquilizador que empecé a relajarme. A lo mejor podríamos dejar de caminar y de preocuparnos por el frío, por la comida y por la gente de la furgoneta. A lo mejor podría volver con Meredith al día siguiente.

—Dile que estamos buscando un científico o un médico que esté trabajando en... encontrar un remedio contra el virus —dije—. No quiero revelar exactamente lo que tenemos hasta que podamos hablar con ellos cara a cara.

Tobias transmitió el mensaje.

—No puedo decir que hayamos logrado dominar la gripe cordial —respondió la voz—, pero tenemos a gente intentándolo. ¿Dónde estáis? Os podemos dar direcciones, o a lo mejor incluso podemos mandar a alguien a buscaros. Cambio.

Miré a los demás.

—¿Qué creéis?

—No veo por qué iban a mentir —dijo Gav—. Esto es justo lo que estábamos buscando, ¿no? ¿Por qué no vamos a echar un vistazo?

—Pero aún no sabemos quiénes son —dijo Leo—. E incluso en el caso de que no sean los que nos perseguían...

—A mí me suena bien —señaló Justin, rascándose la cabeza.

—Ni siquiera saben que tenemos algo útil —dije—. Seguramente creen que buscamos a un médico porque tenemos a alguien enfermo, y aun así nos abren las puertas si queremos ir con ellos. ¿Por qué iban a tomarse la molestia si no nos quisieran ayudar?

—No lo sé —respondió Leo—. ¿Por qué estaban buscando las frecuencias de radio?

—Pero ¿qué sentido tiene patearse todo el país si luego no confiamos en la gente con la que logramos contactar? —dijo Gav, levantando las manos—. ¡Joder, si no íbamos a fiarnos de nadie no entiendo por qué no nos quedamos en la isla e intentamos reproducir la vacuna nosotros mismos!

Hubo un momento de silencio. Finalmente, Leo bajó la cabeza.

—Tienes razón —dijo—. Estoy siendo paranoico, pero, aun así, creo que debemos tener cuidado.

—Y lo tendremos —aseguré yo, volviéndome hacia Tobias—. Dales el nombre del pueblo que hemos cruzado hace... ¿cuánto? ¿Unos seis kilómetros? Si pueden venir ellos aquí, será lo más fácil.

—Creo que lo encontraremos —dijo la voz después de que Tobias le diera las instrucciones—. Dadnos una hora o así. Y no os mováis de donde estáis. Corto.

Tobias dejó el micrófono y ya iba a apagar la radio cuando lo detuve.

—Déjala un rato encendida —le dije—. ¿Y si necesitan más información?

Eché un vistazo a los trineos que habíamos escondido detrás de la caravana. No íbamos a podernos llevar todas las provisiones, dudaba mucho que fueran a caber en el vehículo que nos enviaran. A lo mejor podíamos volver a por ellas más tarde.

Noté un escalofrío de emoción.

—Lo hemos logrado —dije en voz alta, como si necesitara oírlo para creérmelo—. Hemos encontrado a alguien.

—Lo has logrado tú —apuntó Gav, que me abrazó y me dio un beso detrás de la oreja.

—Bueno, en realidad, ha sido Tobias quien ha contactado con ellos —respondí.

—No habría tenido ningún motivo para intentar dar con nadie si no hubiera sido por eso —dijo Tobias señalando las vacunas con la cabeza.

Me apoyé con las manos encima de la nevera.

—A lo mejor tendríamos que esconderla hasta que estemos totalmente seguros de que esta gente es trigo limpio —dije—. Hablaremos con sus médicos, les haré unas cuantas preguntas y decidiremos qué hacemos.

Al fin y al cabo, no había nada seguro. Aunque aquella gente fuera de fiar, podíamos terminar en otro callejón sin salida. En cualquier caso parecían dispuestos a ayudar. A lo mejor podía delegar de una vez la responsabilidad en alguien que supiera realmente lo que hacía.

—Si tú crees que eso es lo que tenemos que hacer... —dijo Gav.

—Sí —contesté, y cogí la nevera del suelo. No podía dejar de sonreír.

—Supongo que después de esto volveréis todos a vuestras casas —dijo Justin, que parecía abatido.

Leo le pegó un empujoncito en el hombro.

—Si hubieras pasado por todo lo que hemos pasado nosotros, te alegrarías.

—Hasta donde sabemos, aún podría ser que... —empecé a decir, pero de pronto se oyó una voz en la radio.

—¿Hola?

Me di la vuelta. Tobias cogió el micrófono.

—Aquí Ruta 2, seguimos en posición. Cambio.

—Bien, bien —susurró una voz—. Tengo que haceros una pregunta que a lo mejor sonará un poco rara, pero... ¿tenéis una vacuna?

No era ninguna de las personas con las que habíamos hablado anteriormente, ni la mujer ni el hombre. Por la voz parecía una persona joven. Sus palabras me sentaron como una bofetada, pero di un paso al frente; tenía la sensación de estar perdiéndome algo.

—¿Qué vacuna? —preguntó Tobias, que me miró y enarcó las cejas—. Cambio.

—Escuchad —respondió la voz—, tanto si la tenéis como si no, ellos creen que sois los de la vacuna. Las personas que han salido a buscaros la quieren, y no estoy muy seguro de que os vayan a creer aunque les digáis que no la tenéis. Querrán que se la entreguéis, y si os tienen que hacer daño para conseguirla, os lo harán.

El corazón me empezó a latir con tanta fuerza que me dolía.

—¿Con quién hablo? —preguntó Tobias.

—Eso es lo de menos —contestó la voz—. Sois vosotros, ¿verdad? Hacedme caso: no queréis que la vacuna termine en manos de esta gente. El mejor consejo que os puedo dar es que os dirijáis hacia el este. Hay una isla en el extremo sur de Nueva Escocia donde aún queda gente que trabaja para derrotar al virus... Mi padre...

Al oír aquellas palabras, todo encajó. Sin ni siquiera darme cuenta de lo que hacía, le quité el micrófono de las manos a Tobias.

—¿Drew? —dije.

Hubo una pausa.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Me reí y noté cómo los ojos se me llenaban de lágrimas.

—Drew, soy Kaelyn. La vacuna es obra de papá. Pero él... No quedaba nadie que pudiera crear más, por eso la he traído hasta aquí. ¿Dónde estás?

—¿Kaelyn? Pero... ¿tú no estabas enferma? Creía que habrías... Mierda, ya vuelven. Kae, lárgate de allí. No sé dónde les habéis dicho que os vayan a buscar, pero os tenéis que marchar de inmediato. Por favor. Intentaré... Intentaré volver a conectarme otro día, más o menos a esta hora. Pero, por favor... Mierda.

Se oyó un silbido de estática y a continuación un leve zumbido sin palabras.

QUINCE

Nos quedamos helados durante unos segundos, pero la voz de Drew no volvió.

—¿Lo conoces? —me preguntó Tobias.

—Es mi hermano —respondí—. Se marchó de la isla hace meses. Ni siquiera sabía que seguía vivo.

Y él creía que yo estaba muerta. Pero los dos estábamos vivos, y lo había encontrado. Podía estar cerca, muy cerca. Si hubiera podido hablar con él un ratito más... La voz de Leo, grave y apremiante, me sacó de mi estado de *shock*.

—Ha dicho que nos tenemos que ir. Quienquiera que esté viniendo estará ya a medio camino. ¿Adónde vamos a ir?

—No lo entiendo —dije—. ¿Qué sabe Drew sobre la vacuna? ¿Quiénes son esta gente?

Gav se acercó al lateral del avancé. Donde terminaba el claro, a unos trescientos metros, empezaba un pinar.

—Me fío mucho más de alguien de la isla que de un puñado de gente con quien no hemos hablado nunca antes —sentenció—. El bosque parece bastante denso, podemos adentrarnos en él.

Eché un vistazo por encima de la barandilla y se me revolvió el estómago.

—La nieve —dije—. Fijaos en el desastre que hemos montado alrededor de la caravana. Si echamos a correr hacia el bosque, o hacia donde sea, nuestras pisadas señalarán el camino como luces de neón.

—¡Pero estamos rodeados de nieve! —exclamó Justin.

Tobias rodeó la caravana e inspeccionó el paisaje.

—Allí hay una verja —dijo—. Parece vieja, pero yo creo que soportará el peso de una persona. Podemos adentrarnos en el bosque caminando por encima, así no dejaríamos pisadas...

—¿Y qué pasa con las provisiones? —dije—. No nos podemos llevar los trineos por encima de la verja.

—Las podemos esconder debajo de la caravana —propuso Leo, que había salido detrás de Tobias—. Hay un hueco entre los bloques de hormigón. Las dejaremos aquí y volveremos más tarde a por ellas. Probablemente sea lo mejor que podemos hacer. Aunque... será mejor que nos llevemos las vacunas. Si las encuentran, se las llevarán, seguro. Pero si creen que el lugar está abandonado, tal vez crean que se han equivocado de sitio.

No sonaba muy convencido, pero tenía razón. Era nuestra mejor opción. Entré

corriendo a la caravana y cogí la nevera y la bolsa con las notas de papá. Tobias metió la radio en uno de los armarios de la cocina. Entonces rodeamos la caravana y echamos un vistazo a la verja.

Era de madera maltrecha e iba desde, más o menos, la autopista hasta el otro lado del claro. No parecía muy resistente. Volví la cabeza y agucé el oído. Todavía no había oído ningún motor y, de hecho, el hombre de la radio había dicho que tardarían una hora. Aunque quizás hubiera mentido.

—Crucemos de uno en uno —dije—. Así no tendrá que soportar tanto peso.

—Tú deberías ir la primera, con la vacuna —dijo Leo.

—¿Estás segura de que no quieres que la lleve yo, Kae? —preguntó Gav, tendiéndome la mano.

Se me hizo un nudo en la garganta ante la simple idea de soltar la nevera.

—No, ya me apañó. ¿Puedes sujetar la bolsa?

Me la cogió de las manos y me volví hacia la verja. No podía ser tan difícil. ¿A cuántos árboles me había encaramado de niña para buscar nidos de pájaro y de ardilla?

Dejé la nevera encima de la verja y me agarré a la madera con la otra mano. Puse un pie encima del tablón inferior y pasé la otra pierna por encima. Me tambaleé durante un segundo, pero finalmente me apuntalé contra el poste que tenía detrás. De momento aquello estaba chupado.

Tras probar varias posturas, me di cuenta de que podía soltar las dos manos y mantener el equilibrio si me aferraba con las piernas a ambos lados de la verja. Levanté la nevera, la dejé treinta centímetros más adelante y me deslicé. Poco a poco.

Pasar el primer poste fue difícil. En cuanto me incliné para superarlo, la nevera se empezó a ladear y solté un soplido. Me eché hacia delante para agarrarla, al tiempo que me aferraba con las piernas a la verja, con todas mis fuerzas. Durante un instante creí que se me caía.

Rodeé el poste con la pierna, me golpeé la rodilla contra la madera y me quedé ahí trabada. La nevera se quedó colgando de mis dedos, a pocos centímetros de la nieve. La sacudida me provocó un tirón en el hombro. Entonces apreté los dientes, volví a dejar la caja encima de la verja y la empujé treinta centímetros más.

—¿Kae? —preguntó Gav.

—Tranqui —dije—. Ya le estoy pillando el truco.

Seguí avanzando. Me dolía el hombro, pero ahora tenía más cuidado al pasar los postes, y la nevera se mantenía en su sitio. Superé la primera hilera de árboles, me dejé caer encima de la nieve y respiré hondo. Tenía la garganta irritada por el frío. Vi que Gav ya había empezado a trepar a la verja, junto a la caravana.

Los chicos cruzaron más rápido, pues llevaban menos peso y ya habían visto cómo lo había hecho yo. Cuando Gav estaba a medio camino de los árboles, Justin

empezó a seguirlo. Los tablones chirriaban, pero aguantaban. En cuanto Gav bajó a mi lado, pegó un grito y Leo se subió a la verja y empezó a avanzar a toda velocidad, sin apenas tocar la parte superior con las manos.

Gav me devolvió la bolsa y se escondió entre la maleza, desde donde aún veíamos la caravana al otro lado del claro. Se había hecho de noche y la nieve iba adquiriendo un tono grisáceo a medida que las estrellas aparecían en el firmamento. Justin empezó a andar de aquí para allá, detrás de nosotros.

—Estate quieto —le dije al cabo de un rato—. Cuando llegue esta gente, no puedes estar moviéndote así, o te van a oír.

Soltó un bufido de irritación, pero al cabo de un momento se acuclilló junto a nosotros. Leo no tardó nada en llegar.

—Me siento como si estuviera en una peli de James Bond —dijo—. Y no es tan divertido como parece en la pantalla.

La tensión de su voz hizo que el chiste perdiera toda la gracia. Cuando finalmente Tobias llegó al bosque, Justin se puso la capucha.

—¿Y ahora qué?

—¿A ti qué te parece? —le pregunté a Tobias, que era el único del grupo al que habían entrenado para evitar al enemigo—. ¿Crees que tendríamos que adentrarnos más?

Tobias echó un vistazo a los árboles.

—Yo creo que ya es lo bastante oscuro. Si nos quedamos quietos, no nos verán, a menos que se acerquen mucho al bosque. Y no tendrían motivos para hacerlo, pues no hemos dejado pisadas. Prefiero quedarme aquí para poderlos vigilar.

Nos acurrucamos todos juntos, en silencio, mientras el añil del cielo iba adquiriendo un tono negro. Nos cayó encima algo de nieve de las ramas de los árboles. Gav me cogió de la mano y se la apreté. A lo lejos se oyó el leve rugido de un motor. Al cabo de un momento lo volví a oír, esta vez más fuerte.

Tobias se metió la mano dentro del abrigo y sacó una pistola negra.

Justin sopló entre los dientes, flojito, y Gav le dio un codazo. Tobias dejó la pistola encima de las rodillas, con el cañón apuntando hacia otro lado. Me di cuenta de que no podía apartar mis ojos del arma.

—Solo la utilizaré si no me queda más remedio —murmuró—. Pero si lo tengo que hacer... —añadió, y se volvió hacia Leo—. ¿Aún tienes el lanzabengalas?

Leo asintió y apretó los dientes.

Esperamos un rato más. El motor se oía cada vez más cerca. Aparecieron unas luces en la autopista. El rumor menguó y finalmente cesó. Oímos el sonido de unas puertas al cerrarse.

—¿Hola? —preguntó una voz de mujer—. Somos los de la radio. Os hemos venido a recoger, como os hemos prometido.

Se oyó el chirrido de la puerta de la caravana al abrirse.

—Aquí no hay nadie —dijo un hombre un momento más tarde—. A lo mejor nos hemos equivocado de sitio.

—Es una caravana a poco más de seis kilómetros del pueblo, tal como han dicho —respondió la mujer—. Y fíjate en las pisadas, aquí ha habido alguien hasta hace poco.

Rodearon la caravana y el brillo de las linternas rebotó sobre la nieve y los iluminó. Se me cortó la respiración. La mujer se ajustó la gorra roja sobre el pelo rubio, se colocó el rifle debajo del brazo y le pegó un puntapié a uno de los bloques de hormigón. La acompañaban dos hombres.

Era la mujer de la furgoneta.

Naturalmente que lo era. Drew había dicho que solo querían la vacuna. ¿De qué otro modo habrían sabido los de la radio que teníamos una vacuna si no lo hubieran oído antes? Aquella gente y los de la radio debían de estar conectados, y más organizados de lo que habíamos creído. ¿Cuántos serían?

¿Y qué hacía Drew con ellos?

—Están por aquí —dijo la mujer—. Se deben de haber asustado. ¿Hola? —preguntó, levantando la voz—. ¿Ruta 2? Hemos venido en respuesta a vuestra llamada de radio.

Barrieron el claro con las linternas. La mujer movió el rifle y uno de los hombres se sacó una pistola.

—¿Estarán armados? —preguntó el otro en voz tan baja que apenas la oí.

—Paterson ha dicho que no lo creía —contestó ella—. Aunque vete a saber. ¿Recuerdas cómo tenemos que proceder?

«Les podemos hacer daño, pero todavía no los podemos matar».

—Pero ¿y en cuanto la tengamos? —murmuró el primer hombre.

—Entonces ya sí —dijo la mujer.

Me imaginé que el «todavía» hacía referencia a eso. Me aferré a la neverita.

—¿Hola? —repitió la mujer.

Echaron a andar hacia el claro. La mujer iba en el centro, el hombre de la pistola seguía la verja y el otro iba por la parte más alejada del prado. Se dirigían directamente hacia nosotros. Me quedé tan quieta como pude y hundí la barbilla en el cuello del abrigo, con el corazón desbocado. Ni siquiera se habían parado a pensar si había pisadas. Simplemente sabían que teníamos que andar por ahí cerca, y no había demasiados sitios donde nos hubiéramos podido esconder.

Si aún me quedaban dudas de que la decisión de dejar a Meredith en la colonia había sido la apropiada, estas se desvanecieron al instante. La mujer ya había cruzado la mitad del claro, no faltaba casi nada para que el haz de la linterna iluminara los árboles.

Entonces se detuvo. Escrutó el bosque con la mirada, se volvió hacia sus acompañantes y examinó toda la zona. Me dije que iba a dar media vuelta. Iban a volver hacia atrás, echarían otro vistazo a la caravana y examinarían la carretera. Me daba igual lo que hicieran con tal de que se largaran. «Que se marchen, por favor», pensé.

—Si no habláis con nosotros, no os podemos ayudar —dijo.

Seguían con la pantomima y entonces comprendí que no sabían que los habíamos visto antes y que sabíamos que eran el enemigo. La mujer dio un paso despreocupado hacia los árboles, ya ni siquiera miraba hacia el bosque, pero, de repente, Justin abandonó el escondrijo.

—Dame la pistola —le dijo a Tobias, con un tono tan agresivo que este levantó instintivamente la mano. Entonces parpadeó y se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Intentó detenerse, pero ya era demasiado tarde, y Justin le arrebató la pistola.

—¡Justin! —le dije con un susurro. Alargué el brazo e intenté agarrarlo, pero se zafó.

—Son solo tres —dijo—. Tres. Podemos con ellos. Yo, por lo menos, puedo.

La mujer echó a andar más rápido hacia nosotros y les hizo un gesto a sus colegas. Nos había oído.

—Si estáis ahí, salid —dijo, levantando el rifle—. Hablemos con tranquilidad.

Tobias se abalanzó sobre Justin, pero este echó a correr. Los demás nos levantamos precipitadamente y echamos a correr hacia la linde del bosque. La linterna iluminó a Justin, la mujer dio un paso hacia delante y esbozó una sonrisa fingida.

—Eh, chaval —dijo justo en el momento en que Justin se detenía al borde del claro.

Al ver la pistola, a la mujer le cambió la cara. Empezó a levantar el rifle, pero Justin se cuadró, apuntó con las dos manos y disparó.

El sonido del disparo me retumbó en los tímpanos y me heló la sangre. La mujer cayó al suelo, con la cara ensangrentada. La tenía a menos de tres metros. Le había dado entre los ojos.

Justin respiró entrecortadamente. Los dos hombres habían echado a correr hacia nosotros, pero él se había quedado petrificado, mirándolos.

—¡Justin! —le gritó Gav.

Justo en el momento en que los cuatro llegamos al claro, Justin levantó el brazo y apuntó con una sola mano al tipo del revólver. Antes de que Tobias lograra agarrarlo por el hombro disparó una, dos, tres veces.

Los dos primeros disparos se perdieron, pero el tercero impactó en el muslo del hombre, que cayó al suelo y lanzó un alarido. Sin embargo, no había soltado el

revólver. Iba a levantarlo cuando Tobías recuperó la pistola de entre las manos temblorosas de Justin y le disparó a la cabeza al tipo, que se desplomó.

—¡El otro! ¡El otro! —empezó a balbucir Justin, señalando la tercera figura, que había dado media vuelta y había echado a correr hacia la carretera, donde los esperaba la furgoneta—. ¡Nos ha visto! No podemos dejar que se escape, ¿no? Volverá con refuerzos y...

—Cállate —le espetó Tobias.

Entonces avanzó dos pasos, se detuvo y disparó contra el segundo hombre. No vi dónde le dio la bala, pero el tipo se estremeció y cayó al suelo rodando. Me cubrí los oídos con las manos.

Gav me pasó un brazo por los hombros. Tobias soltó un suspiro y bajó la mano con la que sujetaba el arma. Nos cayó encima todo el peso del silencio reinante. Estábamos solos en el claro. Tres cadáveres manchaban la nieve.

DIECISÉIS

Por nuestra culpa, habían muerto tres personas. Las habíamos matado.

En cuanto tomé plena conciencia de aquello, noté que me fallaban las rodillas. Me dejé caer al suelo, encogí las piernas y me abracé, hecha un ovillo. Gav se sentó junto a mí, pero el cálido contacto de su brazo alrededor de mis hombros me resultaba terriblemente distante. Noté un sabor ácido en la garganta y tuve que hacer un gran esfuerzo para no devolver la cena.

—Vaya —le dijo Justin a Tobias—. ¡A eso se le llama disparar!

Tobias se revolvió impetuosamente.

—¿Se puede saber qué coño has hecho? —le espetó—. Menudo desastre. ¡Todo esto ha sido por tu culpa! Podría haber fallado el último disparo. ¡Podría haber llegado tarde y el otro tipo te habría matado!

—Nos habrían encontrado —protestó Justin—. Ahora, en cambio, estamos a salvo. Gracias a mí. Ninguno de vosotros ha tenido cojones de hacer nada.

—Es que no teníamos que hacer nada —dijo Leo en voz baja—. Estaban a punto de dar media vuelta. Y, en cualquier caso, si teníamos que hacer algo, se me ocurren planes bastante mejores que salir del escondrijo para luego quedarse paralizado.

Justin se sonrojó.

—Me he cargado a la mujer —dijo, señalando el cadáver—. Esa me ha salido perfecta. No sabía si... Era la primera vez que disparaba contra una persona y me he puesto un poco nervioso. La próxima vez no me pasará.

—¿La próxima vez? —pregunté, levantando la cabeza—. Pero ¿a cuánta gente tienes pensado dispararle? Hemos venido hasta aquí para evitar que muera más gente. ¡No deberíamos matar a nadie!

Gav respiró profundamente y se enderezó.

—En fin —dijo—, a lo hecho pecho. Ha sido una chapuza, pero ya no hay vuelta atrás. Además, tampoco creo que ellos se lo hubieran pensado mucho antes de matarnos a nosotros en cuanto se hubieran apropiado de la vacuna.

—A lo mejor se habrían rendido —aventuré, pero sabía que era más un deseo que una posibilidad.

—Dudo mucho que renunciaran tan rápido —dijo Tobias—, sabían que estábamos aquí. Pero eso no significa que no hubiéramos podido gestionar mejor la situación.

—Mira, lo siento, ¿vale? —le espetó Justin—. La próxima vez dejaré que os peguen un tiro a todos si es eso lo que os ha de hacer felices.

Me froté los ojos con las palmas de las manos. Tenía los pensamientos demasiado dispersos y no lograba concentrarme. El espacio a mi alrededor parecía extrañamente vacío.

La neverita. Me había olvidado de las muestras de la vacuna en el bosque.

Me levanté y, con paso tembloroso, deshice el camino por entre los árboles hasta donde había dejado la nevera y la bolsa. Cuando volví, los demás seguían sentados en el mismo semicírculo.

—Si hay alguien a varios kilómetros a la redonda, lo más probable es que haya oído los disparos —apuntó Leo—. No me extrañaría que apareciera alguien a ver qué ha pasado. Además, tarde o temprano los que han mandado a esta gente se darán cuenta de que no regresan, y no tardará en aparecer otro grupo a echar un vistazo. No nos podemos quedar aquí.

Tenía razón. Me abracé a la bolsa.

—¿Y qué vamos a hacer?

Gav miró hacia la autopista.

—La furgoneta —dijo, con expresión hosca—. Alguno de los tres llevará las llaves encima. Debemos aprovechar lo que tenemos.

Tobias asintió con la cabeza.

—Sabemos que puede circular por la nieve —dijo.

Cada fibra de mi cuerpo se rebeló contra aquella propuesta. La simple idea de meterme en la misma furgoneta donde se había sentado aquella mujer con su rifle, la misma mujer que yacía muerta a nuestros pies, me provocaba náuseas.

—¿Y no creéis que llamaremos demasiado la atención? —pregunté—. Cualquiera que nos vea puede reconocer la furgoneta. ¿Cómo vamos a pasar desapercibidos si viajamos en un vehículo que conocen?

—Podríamos conducir solo cuando fuéramos menos reconocibles —propuso Leo—. Viajar de noche y descansar durante el día.

—No pienso meterme en una casa y dejar delante de la puerta una furgoneta que es como una señal luminosa —dije—. Sería una locura, es precisamente lo que van a andar buscando.

—Pues nos la llevamos solo por esta noche —replicó Gav—. Podríamos llegar bastante lejos antes de que saliera el sol.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —preguntó Justin.

Me mordí el labio. La respuesta era: «nada».

—Vale —dije—. Iremos tan lejos como podamos y nos desharemos de ella antes de que amanezca. ¿De acuerdo?

Todos asintieron. Tobias se volvió hacia Justin.

—Toda esta gente ha muerto por tu culpa —le recriminó—. Te toca a ti buscar las llaves. Así verás de cerca lo que significa matar a alguien.

Justin puso mala cara, pero apretó los labios y se acercó arrastrando los pies hasta donde yacía el cuerpo de la mujer. Yo no lo quería ver, de modo que me dirigí hacia la caravana. Se oyó un ruido sordo cuando hizo girar el cuerpo sobre la nieve, y di un respingo. El cuerpo del segundo hombre era una mancha oscura sobre la nieve. Pasé junto a él sin apartar la mirada del lugar donde habíamos escondido los trineos, con los puños apretados dentro de los bolsillos.

Los demás se reunieron conmigo en la caravana. Sacamos los trineos de debajo, uno a uno. Metí la neverita en el mío y lo arrastré hasta la autopista. La furgoneta verde estaba ahí, aparcada en la cuneta de gravilla. Dudé un instante y finalmente abrí la puerta.

Ni siquiera habían cerrado, aunque tampoco se la podríamos haber robado sin las llaves. Había un *walkie-talkie* encima del salpicadero. En cuanto le di la vuelta a la furgoneta para abrir las puertas traseras, la radio crepitó.

—Tercera División Brunswick, ¿alguna novedad? —preguntó una voz de mujer. Era la misma con la que habíamos hablado por la radio y que se había ofrecido a ayudarnos.

Dejé el trineo en la parte de atrás de la furgoneta, me senté en el asiento del acompañante y cogí el *walkie-talkie*. Cuando volvió a crepitar lo apagué.

El asiento era más cómodo que el de la furgoneta de Tobias. Me dije que seguramente la «división» de la mujer de la gorra roja había tenido más vehículos entre los que elegir.

«Tercera División Brunswick». Eso sugería que había, por lo menos, dos grupos más patrullando la zona, ¿no?

En un abrir y cerrar de ojos habíamos pasado de estar acurrucados a oscuras con tres depredadores acechándonos a encontrarnos en la mejor situación desde que habíamos salido de la isla. Aunque Justin no la hubiera manejado de la mejor manera posible, tenía que admitir que su reacción nos había resultado útil. Pero, entonces, ¿por qué seguía deseando que nada de todo aquello hubiera pasado? ¿Qué me sucedía? A lo mejor era demasiado débil para todo el rollo ese de la supervivencia; estaba demasiado anclada a la moralidad de la vida que habíamos dejado atrás como para hacer lo que tenía que hacer para que todo volviera a ser como antes.

No quería ser una blanda, pero tampoco quería ser como los que nos perseguían.

—Será mejor que dejemos el *walkie-talkie* aquí —dijo Tobias, que se acercó con dos de los otros trineos—. No me extrañaría nada que hubieran encontrado un método para seguirle la pista.

Me di cuenta de que aún llevaba el aparato en la mano. Bajé de la furgoneta y lo tiré por encima de la verja. El *walkie-talkie* se hundió en la nieve. Tobias lo siguió con la mirada y vi que apretaba los dientes debajo de la sombra que proyectaba su capucha.

—¿Es la primera vez que...? —empecé a preguntar, pero no me atreví a seguir.

—¿Que mato a alguien? —dijo Tobias—. Sí, logré que no me enviaran nunca a ningún conflicto, y no hay demasiados soldados enemigos por aquí —añadió mientras metía los bidones vacíos en la parte de atrás.

—Justin tenía razón, eres muy bueno con la pistola —dije—. Siento que la hayas tenido que usar.

—Para eso nos entrenan —contestó él—. Intenté aprender todo lo que pude para que los sargentos no tuvieran muchos motivos para meterse conmigo. Si me alisté en las Fuerzas Armadas fue porque era la única forma que tenía de poner algo de tierra de por medio entre mi padrastro y yo, pero al final resultó que el Ejército era casi igual de detestable que él. —Tobias dio un paso hacia atrás y me miró a los ojos—. En cambio, no me arrepiento nada de estar aquí —añadió—. Solo hacemos lo que tenemos que hacer para salir adelante.

—Sí —dije, con la garganta seca.

Del otro extremo del claro nos llegó la voz de Justin, agotada pero triunfal.

—¡Tengo las llaves!

Me desperté a oscuras, con la mejilla fría, pegada a la ventanilla. Parpadeé varias veces mientras intentaba ubicarme.

Estábamos en la furgoneta. Gav iba al volante y Leo llevaba el plano de carreteras en la mano... El plano que le había dado la noche anterior, después de cambiarle el asiento. Justin estaba echado encima de Tobias. Tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos, y roncaba ligeramente. Tobias había improvisado una almohada con la bufanda, para intentar dormir, pero se removía inquieto.

Fuera, el brillo de los faros iluminaba la carretera. El cielo estaba oscuro y cubierto, y la luna apenas se divisaba al otro lado de las nubes. La imagen de los árboles que bordeaban la carretera era exactamente la misma que había visto justo antes de dormirme. Durante un segundo temí que estuviéramos avanzando en círculos, viajando sin llegar a ninguna parte.

Gav debió de darse cuenta de que había levantado la cabeza.

—Si este reloj funciona, son casi las cinco —anunció—. Acabamos de coger una carretera local y ahora buscaremos un lugar donde abandonar la furgoneta. De todos modos, el depósito está casi vacío.

—¿Hemos avanzado mucho? —pregunté.

—Hemos cruzado Quebec a eso de las dos —contestó Leo—. ¡Ya solo nos queda una provincia!

Solo una provincia. Estábamos cerca, mucho más cerca que hacía tan solo un día. Por un momento consideré la posibilidad de conservar la furgoneta: llegaríamos a Toronto en cuestión de días...

Pero la gente del otro lado de la radio se pondrían a buscarla pronto, si es que no habían empezado ya. Además, la falta de tráfico no nos ayudaba precisamente a pasar desapercibidos. Dejar la furgoneta y salir en busca de gasolina sería como pedir a gritos que nos encontraran.

—Ahí hay un buzón de correos —dijo Leo, señalando una silueta oscura.

Gav pisó el freno y la furgoneta aminoró la marcha. Pasamos junto al buzón y entramos lentamente en un camino de acceso. El vehículo dio un bandazo y Justin se despertó farfullando algo.

Los faros iluminaron un porche. La puerta estaba abierta de par en par, pero al otro lado solo había oscuridad. No había nadie en casa.

—La aparcaré en la parte de atrás para que no se vea desde la carretera —dijo Gav.

En cuanto aparcamos, bajamos todos. Tobias llevaba el rifle que le había quitado a la mujer. Una brisa gélida me acarició las mejillas y me subí la bufanda. El calor del interior de la furgoneta había empezado a abandonar mis huesos.

Gav y Leo encendieron las linternas, y yo intenté no pensar en las últimas personas que las habían usado. Pero Gav debió de iluminarme la cara, pues mientras los demás empezaban a descargar las provisiones se me acercó, bajó la linterna y con la otra mano me dio un apretón en el brazo.

—Eh —dijo en voz baja—, ¿cómo estás?

A él parecía haberle sentado bien el trayecto. Se le veía más relajado de lo que lo había visto durante los últimos días.

—Estoy bien —contesté—. Solo un poco nerviosa —añadí, y se me escapó un bostezo—. Y cansada.

—Podríamos descansar aquí unas horas —propuso Gav, pero yo negué con la cabeza.

—No podré descansar hasta que nos hayamos librado de la furgoneta. Pongamos al menos unos cuantos kilómetros de por medio.

—Vale, eso haremos —dijo Gav, que se inclinó hacia delante, me besó y me abrazó.

Me aferré a él y cerré los ojos con fuerza para contener las lágrimas. No me había dado cuenta de hasta qué punto necesitaba que alguien cargara por un momento con el peso que llevaba encima.

—¿Creéis que quedará algo de gasolina en el depósito? —preguntó Tobias en cuanto nos separamos. Llevaba los bidones vacíos en la mano.

—Es posible que logremos llenar uno o dos —dijo Gav—. Nos vendrá bien tener algo de combustible.

Mientras desenroscábamos el tapón del depósito me volví y contemplé la imponente silueta de la casa. Tal vez no estuviera totalmente vacía.

—Encargaos vosotros de esto. Yo entraré a ver si encuentro algo de comida — dije.

—Buena idea —respondió Gav.

—Te acompaño, Kae —se ofreció Leo—. Tal como están las cosas, no creo que sea prudente ir solos a los sitios.

Gav no dijo nada, pero se quedó mirando un momento a Leo antes de girarse de nuevo hacia la furgoneta. Seguí el haz de luz de la linterna de Leo hasta el porche. La luz barrió el pasillo y vi unas huellas sucias de pisadas sobre el suelo de madera.

—Parece que ya ha pasado alguien por aquí —dije.

Examinamos rápidamente la cocina, pero lo único que encontramos en los armarios fueron unos cuantos platos. Cuando subimos al piso de arriba, las escaleras chirriaron.

Al parecer, alguien se había llevado las mantas, pero la cama doble del dormitorio principal y las dos individuales del segundo dormitorio aún tenían las sábanas. El tejido blanco relucía bajo el haz de la linterna de Leo. Me quedé pensando un momento, y de pronto vi la imagen de nuestros abrigos oscuros recortándose sobre la nieve.

—Tendríamos que llevarnos las sábanas —le dije, palpándolas entre los dedos—. Nos podemos envolver con ellas para camuflarnos. Así será más difícil que nos vean desde lejos.

—Como los zorros polares —comentó Leo, que al ver que enarcaba las cejas me tendió una mano—. ¡Oye, fuiste tú quien me estuvo dando la vara con lo fantásticos que eran, cuando estabas obsesionada con tener uno como mascota! Yo me acuerdo de las cosas, nada más.

Solté una carcajada y Leo sonrió. En aquel momento parecía él mismo. Noté que un reconfortante calor me invadía el pecho: me sentí atraída hacia él y volvió el recuerdo de sus labios sobre los míos.

No me había olvidado del beso ni de cómo me había hecho sentir. Seguramente no me olvidaría nunca. Y, sin embargo, desde la conversación en la colonia tenía la sensación de que la situación entre nosotros estaba algo más tranquila, como si ahora supiéramos dónde estábamos. Por eso me resultó más fácil respirar profundamente y apartar aquella sensación.

—Estaba convencida de que habría funcionado —dije, sacando las sábanas—. ¿Qué edad teníamos, siete años? Pero Drew oyó nuestra conversación e hizo añicos mi sueño. «¿Sabías que a los que cazan especies en peligro de extinción los arrestan?», me dijo.

—Y por eso te rendiste.

—Sí.

Se me nubló el ánimo al pensar en Drew y en dónde estaba ahora, con quien

estaba. Debería haberme sentido feliz por saber que estaba vivo. Y estaba feliz, pero mi felicidad se veía ensombrecida por la preocupación y el miedo.

—¿Qué crees que hace con esa gente, Leo? —le pregunté.

Él se puso serio.

—Ni siquiera sabemos quiénes son —dijo.

—Sabemos que prefieren disponer de la vacuna para sí mismos que encontrar a alguien que pueda hacerla para todo el mundo. Y también que están dispuestos a mentir a la gente y a hacerle daño para conseguir lo que quieren.

Leo se encogió de hombros y miró por la ventana. El brillo reflejado de la linterna le daba a su rostro cierta palidez.

—Seguramente acabas de describir a todo el mundo que aún sigue con vida, Kae. A lo mejor tuvo que unirse a esa gente para sobrevivir.

—¡Pero estamos hablando de Drew! —dije—. Tú lo conoces. Era como un vengador justiciero, Internet se le quedaba pequeño cuando tenía que denunciar una injusticia. A veces resultaba incluso un fastidio, pero él es así. ¿Cómo puede ayudar a una gente que se dedica a robar y a matar?

—La gente cambia —respondió Leo—. Cuando el mundo se va al traste, como acaba de pasar, a veces haces cosas de las que nunca te habrías creído capaz o porque no ves otra salida.

—¿Cómo Justin, quieres decir? —pregunté, y me crucé de brazos—. Porque el niño quería matar a esa gente; no tenía nada que ver con la supervivencia.

—Es posible —dijo Leo con voz tensa—. Pero no soy quién para juzgarlo. He hecho cosas peores.

Aquellas palabras se cernieron un momento sobre nosotros, hasta que finalmente solté una carcajada burlona.

—No te creo. Tú nunca...

—Tú no sabes nada, Kae —me cortó él—. No tienes ni idea... —Se sentó en la cama y agachó la cabeza—. Sé que piensas que si no he querido hablar acerca de lo que sucedió mientras regresaba a la isla es por lo que vi. Pero no se trata de eso; es por lo que hice.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿Y qué hiciste? —pregunté.

Durante unos segundos creí que iba a cerrarse en banda de nuevo, pero respiró entrecortadamente y empezó a hablar con una voz vacía que me resultó casi tan dolorosa como las mismas palabras.

—Tenía que volver a casa, a la isla —dijo—. Pero estaba en el instituto y casi no tenía dinero. Robé todo el dinero de la cartera de mi compañero de habitación y me compré un billete de autobús que me llevara casi hasta la frontera. Creía que iba a tener que hacer el resto del trayecto a pie, pero una mujer que se dirigía también hacia

allí se ofreció a llevarme. Estaba enferma. Llevaba una de esas mascarillas pero tosía sin parar. Yo tenía mucho miedo, estaba convencido de que iba a contagiarme el virus. De modo que me largué solo. En un área de servicio le robé el coche y la dejé ahí tirada. Me dije que iba a morirse de todos modos, o sea, que no importaba.

Hizo una pausa, tragó saliva y siguió hablando.

—Y luego está lo del campo de cuarentena de la frontera. Se suponía que iban a tenernos allí una semana, pero los soldados cambiaban de parecer cada dos por tres: pronto fueron un par de semanas, y luego tres, hasta que empezamos a convencernos de que no iban a dejarnos cruzar el estrecho. El campamento estaba cada vez más lleno, las existencias escaseaban y comenzaron a echar a toda la gente que presentaba los síntomas del virus... Así que un día cogí el abrigo de un tipo, que no tenía otro, un montón de comida que se suponía que era para todos, y me largué.

—Leo... —dije, pero él sacudió la cabeza.

—Yo siempre había creído que era una buena persona, lo mismo que decías tú antes sobre Drew. Yo también era así. Nunca habría creído que pudiera ser tan egoísta, pero, a la hora de la verdad, lo fui. Yo solo quería llegar a casa con vida, no podía pensar en otra cosa. Ni siquiera estoy seguro de querer una segunda oportunidad, pues dudo mucho que fuera a actuar de forma distinta —dijo, y se sonrió—. Me daba miedo volver a ver a mis padres, estaba convencido de que sabrían lo que había hecho nada más verme, y no sabía si iba a poder soportar sus miradas. Por eso, cuando supe que habían muerto, una parte de mí se sintió aliviada, pues así me ahorraría su reacción. ¿No te parece espantoso?

Mantenia la vista clavada en el suelo, como si le diera miedo ver mi expresión. Imaginar a Leo robando y abandonando a alguien que lo había ayudado me revolvió el estómago. Y, sin embargo, prefería eso a que se hubiera muerto antes de volver a casa. Tal como había dicho Tobias la noche anterior: «solo hacemos lo que tenemos que hacer para salir adelante».

—Tú querías volver para ayudar a tus padres, a Tessa... y a todos los demás —dije—. Esa parte no es horrible.

—No lo sé —contestó—. A veces tengo la sensación de que desde que volví aún he jodido más las cosas. Yo quiero ser la persona que se supone que soy: el novio de Tessa, tu mejor amigo... De vez en cuando me siento casi normal, pero entonces pienso en lo que ha pasado, y la sensación de que todo es espantoso me asfixia.

Me acordé de cómo me había enfadado con él porque hubiera dejado de ser él mismo y entonces me entraron ganas de llorar. Había estado cargando con todo aquello, cada minuto de cada día.

—Cada uno se siente como se siente —le dije—. Y tú has vivido cosas muy duras. Me molesté contigo, sí, pero no fui justa. Debería haberme esforzado un poco más para hablar contigo.

—No te lo quería contar —añadió Leo—. Pero, bueno, a lo que iba es que, tal vez, no sea la persona que fui. A lo mejor ahora soy eso: un ladrón, un mentiroso, poco menos que un asesino y una mala persona.

—No, no lo eres... —empecé a decir, pero Leo no me dejó seguir hablando.

—A lo mejor, cuando la vida se complica, todos nos volvemos malas personas. Antes creía que la gente quiere hacer el bien siempre que puede, pero ahora...

Me senté a su lado.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si la gente necesita un tiempo para dejar de tener miedo y volver a pensar con claridad? ¿Recuerdas que me dijiste que debía pensar en la gente como si fueran animales?

—Es la verdad, actúan como si lo fueran, ¿no? —dijo Leo.

—Sí, pero nunca dirías que un animal es malo porque luche con otro para conseguir comida o por el lugar donde quiere vivir. Se trata solo de supervivencia. A la gente le entra el pánico y se deja llevar por los instintos. —Hice una pausa—. Como con Justin, supongo. Pero si no tuviera motivos para tener miedo, la gente podría volver a actuar con normalidad. Por eso hemos cruzado medio país con la vacuna a cuestas, ¿no? Para que la vida pueda volver a ser normal.

Al cabo de un rato, Leo me miró.

—Pero ¿tú crees realmente en lo que dices? ¿Que todo puede volver a ser como antes?

—Sí. Lo creo.

—Pues espero que tengas razón, porque a veces siento que no podré volver a ser la persona que fui, que no podré volver a ser bueno. Nunca más.

DIECISIETE

Justin estudió las sábanas con escepticismo mientras yo les contaba cómo utilizarlas, pero no protestó cuando le pasé una. Cortamos las de matrimonio con la navaja de Tobias, cubrimos los trineos y nos atamos la tela sobrante al cuello del abrigo. Las sábanas ondeaban al viento.

El fulgor del alba teñía de marrón las nubes que colgaban sobre el horizonte, mientras volvíamos caminando hacia la autopista.

—Dejaremos algo de distancia entre nosotros y la carretera, como antes —dije—. Y no hablemos si no es imprescindible. Tenemos que estar atentos por si alguien nos sigue.

Cruzamos los campos. Los copos de nieve caían, silenciosos, y me pellizcaban la cara con dedos fríos. Las chimeneas de las casas de campo que veíamos en la distancia no sacaban humo, y el único rastro visible sobre la nieve era el que dejábamos nosotros.

Habíamos cruzado la frontera de otra provincia, pero todo seguía igual de muerto.

La gente que no había enfermado habría terminado acudiendo también a los hospitales de pueblos y ciudades, me dije. Debían de haber llevado a miembros enfermos de su familia y se habrían quedado allí con la esperanza de podérselos llevar a casa otra vez. O a lo mejor se les había terminado la gasolina y se habían quedado tirados. No todo el mundo que había vivido allí había muerto. De pronto me acordé de lo que le había dicho a Leo hacía tan solo unos minutos, que estaba segura de que el mundo volvería a ser como antes, y mi certeza flaqueó.

¿Qué sabía yo del mundo? No había previsto que nos topáramos con un grupo como el de la colonia, ni con la red de merodeadores, ni tampoco había imaginado que el Gobierno pudiera haber abandonado Ottawa. Lo cierto era que no sabía qué iba a encontrar en Toronto. No tenía ni idea de si alguien iba a ser capaz de reconstruir el rompecabezas del mundo a partir de las pocas piezas que quedaban.

Dejamos atrás el último campo y nos adentramos en un bosque de abetos. En cuanto volvimos a salir por el otro extremo, el viento nos azotó con fuerza y nos echó un puñado de copos de nieve en la cara. No nevaba mucho, pero los copos se arremolinaban con fuerza y se mezclaban con la nieve que el viento levantaba del suelo. Me sequé la cara y me puse bien la bufanda.

—Esto pinta cada vez peor —dije, aunque la idea de volver a parar tan pronto no me hacía ninguna gracia. Me acordé de cómo se nos había echado encima la primera ventisca. Si la cosa volvía a ponerse igual de fea, nuestros perseguidores también iban

a tener que detenerse—. Tal vez deberíamos buscar un lugar donde refugiarnos hasta que el viento amainara un poco.

Justin apuró el paso y tomó la delantera.

—Esto no es nada —dijo—. ¿Cómo habéis logrado llegar hasta aquí desde la costa si no aguantáis ni un poquito de viento?

«Si no va a más, aguantaré —pensé—. Pero si empeora...».

—Las nubes tampoco son tan oscuras —afirmó Gav sin detenerse—. Creo que podemos seguir un rato más.

Sí, las nubes eran algo más claras que la otra vez, pero, aun así, inspeccioné el paisaje mientras caminábamos: a menos de un kilómetro divisé un grupo de casas arracimadas alrededor de un camino que se bifurcaba de la carretera principal. Más allá había una granja solitaria con su granero. Estaba más cerca de la autopista y más lejos de nosotros que el resto de las casas, pero algo hizo que le echara otro vistazo. En un costado de la casa había una pila de algo marrón apoyada en la pared amarilla.

Era leña.

Me fijé en la chimenea, pero no vi ni rastro de humo. Imaginé que estaría abandonada, como las demás, pero aquella casa debía de tener un buen hogar.

El viento me arrojó una oleada de nieve, pero me la sacudí de encima. Parecía que ahora los copos eran más densos. Cuando volví a fijarme en la casa, no logré distinguir el montón de leña.

Justin seguía abriendo la marcha. Si la tormenta nos concedía un rato más de tregua, todo iría bien.

Pero no había dado ni diez pasos cuando el viento volvió a cambiar, me pasó silbando en los oídos y me cubrió de nieve por los cuatro costados. Noté que me empezaban a llover los ojos y que las lágrimas se me congelaban sobre la piel. La casa había desaparecido. Incluso Justin flaqueó un instante y se volvió hacia el resto del grupo. El frío gélido me provocaba pinchazos en la garganta y los pulmones. Bajé la cabeza.

Podíamos quedarnos allí y esperar que la tormenta pasara tan rápido como había llegado, pero cada vez teníamos más frío y estábamos más cansados. Y, sin embargo, la imagen de la casa amarilla seguía fresca en mi memoria. No estaba lejos, si es que lográbamos encontrarla a tientas.

Cerré los ojos y la imaginé. Los pájaros migraban cientos de kilómetros y siempre volvían al mismo lugar. Perros y gatos eran capaces de cruzar vastas distancias de territorio desconocido y volver a sus casas. No sabía qué les daba aquel sentido innato de la orientación, pero a lo mejor yo también lo tenía, oculto en algún recoveco del cerebro.

A la siguiente oleada de nieve sentí un escalofrío, pero meforcé a seguir adelante. Paso a paso, continué avanzando a través de la nieve. Les hice un gesto a los demás y

me coloqué la sábana blanca en la parte de delante, para que mi abrigo fuera más fácil de ver. Se me habían empezado a dormir las piernas donde me rozaban los vaqueros, pero no hice ni caso. «Tú sigue andando hacia la casa. No pienses, solo anda».

Tenía la sensación de que llevábamos horas caminando, entonces, de repente, la punta de mi bota tropezó con algo y di un traspié. Por suerte, alguien me cogió del brazo e impidió que me cayera. Temía tanto desorientarme que ni siquiera me volví para ver quién había sido. Iba con los dientes apretados para evitar que me castañetearan. Pero la casa estaba ahí, lo sabía: una casa con leña, una chimenea y paredes que te protegían del frío.

Caminaba tan rápido como me lo permitían las piernas. Tenía que llegar antes de perderme.

El viento giró bruscamente, me empujó por detrás y me echó hacia delante. Mis manos se toparon con una superficie sólida. Bajé la mirada y estudié la superficie lisa que había debajo. Me llevó un momento comprender lo que estaba viendo: una pared cubierta con tablones de madera amarillos.

Cuando en el colegio habíamos hablado sobre quemar libros, la simple idea me había hecho estremecer. Y, sin embargo, mientras iba cogiendo volúmenes de las estanterías de la sala de estar de la casa amarilla, no sentí ningún tipo de remordimiento. Teníamos frío. Había un hogar de hierro colado y un par de troncos en el soporte para leña, pero nada pequeño para iniciar el fuego.

Arranqué varias páginas de un ejemplar manoseado de *Lo que el viento se llevó* y las metí en el horno. Gav le prendió fuego a la que le quedaba más a mano y cerró la puerta. Las llamas lamieron el cristal empañado.

—¿Crees que los troncos van a prender? —le pregunté.

—Si no prenden, podemos echarles un poco de queroseno del hornillo de camping —dijo a mis espaldas Tobias, que tembló y se acercó un poco más.

Al otro lado de la ventana caía una nevada imponente.

—Por lo menos nadie va a ver el humo —dije.

Sin embargo, no creía que fuera prudente mandar a alguien a por la pila de leña. Había oído historias de gente que se había perdido en una ventisca a pocos metros de la puerta de su casa.

La nevada que nos había sorprendido en la colonia solo había durado una noche; a lo mejor con la leña que teníamos nos alcanzaría.

En cuanto las llamas empezaron a extinguirse les eché más páginas. Después de repetir el proceso varias veces, el fuego empezó a consumir la madera. Los troncos crujieron y su calor se fue expandiendo por toda la sala.

—No veo ni rejillas de ventilación ni radiadores —apuntó Leo—. Creo que calentaban toda la casa solo con el horno.

—Apuesto a que lo podríamos usar también para cocinar —respondió Gav, que golpeó el suelo con el atizador.

Nos quedamos cerca de las llamas, disfrutando del calor, mientras un agradable cosquilleo me iba subiendo por las piernas y la cara, señal de que mi piel volvía lentamente a la vida. Al cabo de un momento me quité el abrigo y lo dejé encima del sofá, que tenía un estampado de margaritas.

—Parece que vamos a estar aquí hasta mañana, por lo menos —dije—. Echemos un vistazo a la casa.

—Alguien debería quedarse aquí cuidando de que no se apague el fuego —replicó Tobias, y Gav le tendió el atizador.

—Gracias por ofrecerte voluntario —le contestó con una sonrisa burlona.

—Voy a llenar los cazos con nieve para derretirla —dijo Justin—. Mi cantimplora está vacía.

—Vale, pero no te alejes del porche —le advirtió Leo.

Justin hizo una mueca.

—No soy idiota.

No encontramos zapatos o chaquetas ni en la puerta delantera ni en la trasera, pero cuando Gav y yo echamos un vistazo en los dormitorios de la primera planta encontramos varios armarios llenos de ropa. Las camas estaban hechas. Había una foto de familia colgada en el pasillo: la madre y el padre, el hijo mayor y dos hijas menores, todos con el pelo castaño oscuro y la cara cubierta de pecas. Gav me pilló estudiándola atentamente.

—¿Crees que se marcharon corriendo? —preguntó.

—Se habrían llevado más cosas —respondí—. Seguramente uno o dos enfermaron y se fueron al hospital.

—Para no volver.

—Sí.

Se habrían quedado aislados, o a lo mejor el virus había ido pasando de uno a otro hasta matarlos a todos.

Leo estaba en la cocina.

—He encontrado un saco de patatas y un puñado de nabos en el sótano —anunció, y los colocó encima del mármol—. La mayoría de las patatas están blandas, pero seguro que encontraremos algunas que podamos usar.

—Patatas y nabos para cenar —dijo Gav, flexionando las muñecas—. Puedo preparar un plato de narices con eso. Tenemos pavo enlatado, ¿verdad? ¿Nos han dejado especias?

—Que yo haya visto, en el armario solo hay un salero y un pimentero —contestó Leo.

Gav hizo una mueca.

—Bueno, ya nos apañaremos.

El calor del horno había empezado a filtrarse también en la cocina.

—Tendría que añadir más nieve a la neverita —dije—. A lo mejor la pongo en el porche, así seguro que se mantiene fría.

Habíamos dejado los trineos entre el pasillo de entrada y un extremo de la sala de estar. El mío estaba justo delante de la puerta de la cocina. Levanté la sábana y me quedé petrificada y sin aliento.

—¿Pasa algo? —preguntó Leo.

—La nevera —dije—. Ha desaparecido.

—¿Qué? —preguntó Gav, que se giró de golpe.

Me levanté, medio mareada. Era imposible que la hubiera perdido en la tormenta, ¿verdad? Habría notado que pesaba menos..., o tal vez, con la que nos estaba cayendo encima, no habría notado nada. Pero no, recordaba que la había encajado perfectamente, y el resto de las cosas estaban ahí.

—¿Ninguno de vosotros dos la ha tocado?

Gav y Leo negaron con la cabeza y fui a la sala de estar, donde Tobias estaba ajustando los troncos con el atizador. Vi los cazos que Justin había llenado de nieve alrededor del horno. La nieve había empezado a derretirse.

—¿Has visto la nevera? —le dije.

Tobias frunció el ceño.

—Está en tu trineo, ¿no?

—Ya no —contesté, y me di cuenta de que tenía la boca seca.

A lo mejor la había cambiado de sitio sin pensar. Habíamos entrado en la casa de forma tan precipitada... Me acerqué corriendo a la puerta principal, me preparé para el bofetón que me iba a dar el viento y eché un vistazo al porche. Allí solo había nieve. Regresé a la cocina. Con la ayuda de Gav y Leo, empecé a abrir y cerrar los armarios.

Nada.

Tenía que estar en alguna parte. Me dirigí al solárium que había junto a la cocina y me quedé helada junto a la puerta.

Justin estaba sentado en una silla al lado del ventanal de cristal, con la nevera entre los pies y la tapadera encima de la mesa. También había abierto el contenedor de dentro y sujetaba uno de los frascos delante de los ojos, a la débil claridad del sol que lograba filtrarse a través de la tormenta, que seguía arreciando en el exterior.

Al verme se asustó. El frasco resbaló de entre sus dedos y durante un segundo aterrador creí que se le iba a caer y que se estrellaría contra el suelo de baldosas. Pero lo agarró justo a tiempo y se lo puso encima de la falda.

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunté, con el corazón a mil—. No puedes desaparecer de esta manera.

Justin frunció los labios con expresión malhumorada.

—Solo estaba echando un vistazo. No parece gran cosa, ¿no? Desde luego, no dirías nunca que es algo que puede salvar vidas. De hecho parece una muestra de orina...

Agitó el frasco y el líquido ambarino se arremolinó contra el cristal.

—Vuelve a dejarlo donde estaba —dije, y di un paso al frente. Estaba tan enfadada y al mismo tiempo tan asustada que me temblaba la voz—. Estás dejando salir todo el aire frío, se van a echar a perder. No, ¿sabes qué?, dámelo a mí —le ordené, y le tendí una mano.

Justin soltó un suspiro y me pasó el frasco.

Las otras dos muestras estaban en la bandeja, donde siempre. Coloqué la tercera en su sitio y cerré el contenedor de plástico.

—No les habrá pasado nada, Kaelyn —dijo Gav, a mi lado—. Este cuarto ni siquiera ha empezado a calentarse aún.

Le puse la tapadera a la nevera y erguí la espalda. Tenía razón, el frío exterior se filtraba por la ventana, lo notaba incluso a través del jersey. Cuando solté el aliento, este formó una nube de vapor.

—Pero eso no significa que lo que ha hecho esté bien —insistí—. Si llega a dejar la nevera abierta durante demasiado tiempo, las muestras se podrían haber echado a perder.

—Pero no la he dejado abierta durante demasiado tiempo —dijo Justin—. He tenido cuidado.

—¿Cómo vas a tener cuidado si no sabes nada sobre vacunas? —pregunté—. ¡Solo coger la nevera ha sido ya una temeridad!

La agarré por el asa y le lancé a Justin una mirada furiosa. Entonces me volví hacia Gav y Leo, que estaban en la puerta.

—A partir de ahora esto no lo toca nadie, aparte de mí, ¿estamos?

—Kae... —empezó a decir Gav.

—¿Estamos? —insistí.

Gav se encogió de hombros.

—Sí, claro.

—De todos modos, no lo habría hecho —dijo Leo.

Volví a mirar a Justin.

—Vale —murmuró.

Me bastaba. Me llevé la nevera al exterior y la escondí detrás de la barandilla del porche. Entonces volví a subir las escaleras, abrí la puerta y me metí donde estaba segura de que nadie me iba a seguir. Sentada encima de la tapa del váter, apoyé la cabeza en las manos y me empezaron a brotar las lágrimas entre los dedos.

En aquel silencio, los disparos del día anterior todavía resonaban en mis oídos,

igual que el ruido sordo que había hecho el cuerpo de la mujer de la gorra roja al caer al suelo. El bramido del viento en el exterior me retumbaba en los huesos.

Todo aquello era demasiado.

Solté el aliento entrecortadamente y me enjugué los ojos. Poco a poco, aquel torbellino de emociones fue amainando, y en su lugar quedó una extraña calma. Me levanté, me apoyé con las manos en el lavabo y me examiné los ojos enrojecidos en el espejo. Entre eso y que llevaba el pelo chafado y revuelto por culpa del gorro, tenía un aspecto horrible, pero también el de alguien decidido.

Tenía derecho a enfadarme con Justin, ¿no? Había muchas cosas que yo no sabía, no tenía ningún problema en admitirlo, pero nadie era capaz de manejar la vacuna como yo. Si había algún aspecto en el que podía imponer mi opinión, era en ese. Y eso era justamente lo que había hecho. No podía haber tenido las muestras fuera de la nevera más de un minuto, lo había pescado antes de que pasara nada. Y no creía que lo volviera a hacer. La vacuna estaba segura.

—Y eso es lo que importa —le dije a mi reflejo.

Nos quedaba aún un buen trecho de camino, pero no iba a permitir que le pasara nada a la vacuna. Iba a hacer lo necesario para asegurarme de que la única razón por la que habíamos llegado hasta allí no se fuera a la mierda.

Porque si la perdíamos no me quedaría ningún motivo para la esperanza.

DIECIOCHO

Me desperté a la mañana siguiente con la nieve golpeando la ventana.

Una débil claridad se filtraba entre la nevada, que seguía cayendo con fuerza. Sin embargo, el ambiente en el dormitorio era cálido. Por una vez, gracias a la estufa, no habíamos tenido que pasar la noche todos acurrucados.

Me giré con cuidado. Gav tenía los ojos cerrados, el pelo greñudo y rizado le cubría la frente, y alargaba una mano hacia mí. La noche anterior nos habíamos apropiado del dormitorio principal sin ni siquiera planteárnoslo; yo estaba tan agotada que me había dormido nada más echarme en el colchón. Sin embargo, aunque los dos estábamos vestidos y él dormía, de pronto me dio un vuelco el corazón. Estaba en la cama con mi novio. Por primera vez desde hacía varias semanas, teníamos una habitación para nosotros solos.

En la isla solo nos habíamos enrollado. La preocupación constante por el virus no era lo mejor para crear un ambiente romántico. Además, hacía tan solo un par de meses que salíamos, si es que a eso se lo podía llamar salir. Yo aún no estaba segura de querer nada más, y Gav parecía feliz de seguirme la corriente, pero mentiría si no dijera que había pensado en dar un paso. Sin ir más lejos, lo pensaba en aquel preciso momento: qué pasaría si Gav se despertara y me acercara más a él.

Sin embargo, al cabo de unos minutos, Gav aún no daba muestras de querer despertarse y tampoco parecía que yo fuera a conciliar de nuevo el sueño. Empezó a entrarme la angustia. ¿Se habría apagado el fuego por la noche? ¿Cómo íbamos a llegar hasta el montón de leña?

Salí de la cama sin hacer ruido, me puse el jersey y bajé a la planta baja. Para mi tranquilidad, la chimenea seguía ardiendo alegremente. Había tres troncos nuevos en el soporte metálico. Leo estaba sentado en el suelo de la sala, con una pierna doblada hacia atrás, la otra extendida hacia delante y la cabeza a pocos centímetros de la rodilla. Se levantó para cambiar de pierna y me vio.

—Eh, hola —dijo.

—Has traído más leña.

—He encontrado una cuerda en el sótano —dijo señalando con un dedo una bobina que había junto a los troncos—. Me he atado un extremo a la cintura y el otro al pomo de la puerta. Hace un viento que flipas. De la nieve que cae, no sé cuánta es nueva y cuánta simplemente se arremolina del suelo.

Se inclinó sobre la otra pierna. Pasé a su lado, me hundí en el sofá y encogí las piernas. Verlo estirarse me resultaba de lo más normal y, al mismo tiempo,

completamente extraño, pero me animó un poco.

—Hacía tiempo que no te veía calentar —le dije. Desde que había vuelto a la isla era la primera vez. A lo mejor nuestra charla del día anterior había cambiado las cosas y, por algún motivo, había hecho que volviera a preocuparse por lo que le importaba.

—En Nueva York seguía una rutina matutina bastante estricta —respondió Leo, que se giró y me dirigió una sonrisita—. Me he dado cuenta de que la echaba de menos. Supongo que soy un poco masoquista.

—Siempre lo fuiste.

Leo había sido siempre muy estricto consigo mismo, incluso desde antes de que alguien mencionara siquiera la posibilidad de acudir a una escuela de danza en Nueva York. Sin embargo, entonces aún podía soñar en teatros y grandes producciones. ¿Para quién iba a bailar ahora?

—Tessa me contó que te había gustado mucho la escuela —dije.

—Me encantó desde que llegué para la audición. Era como un universo donde todo el mundo dormía, comía y respiraba para poder bailar. Podía mencionar técnicas y coreógrafos, y todo el mundo sabía de qué hablaba. —Se pasó una mano por detrás de la cabeza y se apoyó en el codo con la otra mano—. No es por criticar las clases de la señorita Wilce, que de hecho estaba bastante puesta para alguien que llevaba más de una década fuera del mundillo, pero había tantas cosas que no tenía ni idea que no sabía...

El virus le había arrebatado aquel mundo perfecto al cabo de apenas unos meses, y ahora ya nunca iba a aprender todo aquello que no sabía. Noté un dolor en la nuca.

—¿Qué bailaste para la audición? —le pregunté.

—Una pieza contemporánea —contestó, agarrándose el otro brazo—. Coreografiada por mí mismo, con algunas sugerencias de la señorita Wilce. Utilicé una canción de Perfect Mischief, *Orbits*. ¿Te suena?

¿Que si me sonaba? Me la sabía de memoria. Durante el último verano que habíamos pasado juntos en la isla, Leo había estado obsesionado con esa canción. Cuando teníamos catorce años, antes de pelearnos. La ponía en su iPod y compartíamos los auriculares, y aunque aquello había pasado días antes de que mis sentimientos se transformaran de amistad a algo más, al volver a Toronto había escuchado la canción una y otra vez, mientras recordaba lo unidos que habíamos estado. La había seguido escuchando también después de la pelea, aunque a partir de entonces a veces me hacía llorar.

«Estamos en órbitas distintas —decía el estribillo—, pero al final siempre nos volvemos a encontrar. Siempre nos volvemos a encontrar».

Y al final había sido cierto: ahí estábamos, juntos, aunque fuera en circunstancias difíciles. A pesar de mi incomodidad, de los sentimientos de los que habíamos

hablado y de los que no, y de lo mucho que ambos habíamos cambiado, me alegraba de ello. Al ver a Leo me invadió una oleada de alegría por la que no tenía que sentirme culpable. Seguía siendo mi mejor amigo; no lo iba a perder otra vez.

—Es una buena canción —dije—. Ojalá hubiera podido estar ahí para verlo.

Leo se quedó quieto un momento y echó un vistazo a la sala.

—Si quieres, puedo volver a bailarla solo para ti —soltó—. Si arrastro el sillón hasta la pared, habrá suficiente sitio.

—Pero te falta la música...

—Sí, ya lo sé —dijo—. Es lo que más echo de menos. Pero, bueno, por lo menos la tengo aquí dentro —dijo, tocándose la cabeza—. Mi cerebro es una radio cojonuda.

No pude evitar reírme.

—¡Sí, vale! ¡Lo quiero ver!

Leo arrastró el sillón hasta la pared, se quitó los calcetines y el jersey, y se colocó en el centro de la sala, descalzo, con solo la camiseta de manga corta y anchos vaqueros. Entonces se agachó, flexionó los brazos e inclinó la cabeza hacia delante.

—Está sonando la intro —dijo, y tarareó las primeras notas de la canción.

Mentalmente oí cómo la guitarra se unía al piano. Leo empezó a moverse.

Desplegó todo el cuerpo, dio un salto y empezó a girar, del mismo modo en que la voz se movía en espiral al ritmo de la batería. De repente pareció que perdía el equilibrio y que se iba a caer, pero en el último momento hizo una pirueta y volvió a levantarse. Aunque no hubiera sabido la canción, la habría oído solo con verle. El ritmo de los bajos se oía en el tamborileo de su piel contra el suelo y en su respiración espasmódica, y la melodía se adivinaba en el fluir de sus extremidades. En el momento en que empezaba el coro, giró sobre sí mismo seis, siete veces, antes de desplomarse en el suelo. Entonces levantó la mano, como si intentara agarrar algo que tenía encima de la cabeza, pero finalmente la dejó caer, y supe sin que me lo dijera que así era como terminaba el baile.

Leo se levantó, jadeando pero sonriendo. Tenía la cara reluciente y un fulgor en la mirada que no veía desde hacía años, seguramente desde la última vez que lo había visto bailar. Deseé que pudiera quedarse así para siempre.

Por eso teníamos que arreglar las cosas: porque en un mundo donde todos estábamos tan asustados por si enfermábamos que no nos atrevíamos ni a hablar unos con otros, un mundo sin música, ni públicos, ni escenarios, el virus mataba a Leo y a todos los que eran como él incluso sin infectarlos.

Había estado tan concentrada mirándolo que no me había dado cuenta de que alguien bajaba por las escaleras.

—¡La leche! —dijo Justin, aplaudiendo—. Pero ¿cómo lo has hecho? Cuando has empezado a dar vueltas en el aire ha sido increíble. Parecías..., no sé, un ninja o algo así.

Leo se rio, y en aquel momento le perdoné a Justin casi todo lo que había hecho.

Miré por la ventana, convencida de que en aquel momento ni siquiera el clima podía deprimirme. Pero al otro lado del cristal la ventisca de nieve arreciaba como nunca.

Esa tarde, Tobias encontró una baraja de cartas en un cajón, y él, Leo y Justin se sentaron en el comedor a jugar al póquer con trocitos de papel. Yo ya iba a unirme a la partida cuando Gav me cogió de la mano.

—Ven aquí —me dijo, y me miró como si no hubiera nadie más en el mundo. Noté un cálido cosquilleo que me recorría la piel.

Lo seguí hasta el dormitorio que compartíamos. Nada más entrar, Gav cerró la puerta con el pie y yo noté una sensación extraña en el estómago, un cosquilleo mezclado con nervios e incertidumbre.

Cuando me besó se me pasaron los nervios de golpe. Di un paso hacia atrás y me apoyé en la pared, entonces tiré de él y le hundí los dedos en el pelo. Gav volvió a besarme, en los labios, y luego en la mejilla y el cuello.

—¿Sabes qué? —me dijo al oído—. Lo único que me hacía ilusión de cruzar todo el país a pie era que íbamos a estar tú y yo solos. Estoy muy decepcionado por el resultado final...

—¿Y qué pensabas hacer cuando estuviéramos solos? —pregunté enarcando las cejas.

En lugar de responder, Gav se inclinó hacia delante y frotó sus caderas contra las mías; seguramente aquello era la respuesta. Nuestros besos eran cada vez más apasionados. Gav bajó la manos hasta mi cintura y empezó a acariciarme la piel donde se me terminaba el jersey. Noté cómo me invadía una oleada de calor, que nacía en los puntos donde nuestros cuerpos se tocaban y se extendía desde la cabeza hasta las plantas de los pies. La nieve, el viento y la poca comida que nos quedaba se empezaron a desvanecer. Una parte de mí, una parte bastante importante, quería fundirse con él, caer sobre la cama y dejar que se me llevara lejos, muy lejos de allí.

Pero cuando ya todo había desaparecido, dentro de mi cabeza seguía viendo la larga carretera que nos separaba del lugar donde debía estar la vacuna. Era como una correa que tiraba de mí incluso cuando no me podía mover, como un rígido nudo en el pecho.

Rodeé a Gav con los brazos y lo besé con más fuerza. Sus brazos me acariciaban la espalda y yo no quería que se detuvieran, pero el nudo no se soltaba. Aunque intentara ignorarlo, cada vez se tensaba más.

Bajé la cabeza, la apoyé en la suya y hundí la cara en su clavícula. Su corazón latía aún más deprisa que el mío.

—¿Kae? —dijo Gav—. No pretendía... —añadió entonces—. No quería forzar la

situación.

—Ya lo sé —contesté al momento—. Es solo que... Tengo demasiadas cosas en la cabeza, demasiadas preocupaciones que no logro ignorar. ¿Puedo pedir un aplazamiento? ¿Hasta que hayamos terminado, hayamos entregado la vacuna y todo esto se haya solucionado?

Gav se rio y me abrazó.

—¿Es una promesa? —me preguntó al oído.

Yo sonreí, con la cara aún pegada a su piel. Entonces me aparté lo justo para besarlo a modo de respuesta.

Al otro lado de la ventana la nieve caía sin parar.

Tres días más tarde la ventisca seguía soplando sin cesar. De vez en cuando la nieve aflojaba un poco y veíamos los árboles que oscilaban junto a la carretera, pero pronto volvían a desaparecer. El viento no dejaba de rugir ni por un momento.

—No sabía que las tormentas pudieran durar tanto tiempo —dije mientras cenábamos sentados a la mesa del comedor. Aunque tal vez hablar de cena era exagerado: la mía consistía en una lata de atún. No era mucho, pero, si nos hubiéramos servido raciones normales, nos habríamos quedado sin comida desde hacía mucho tiempo.

—De niño viví un par de años al norte del país —dijo Tobias—. Este tipo de tormentas no son excepcionales.

Se me atragantó el atún, pero me obligué a tragármelo mientras intentaba no pensar en el montoncito de latas y conservas que nos quedaban en la cocina. Las trampas de Leo no nos servían de nada con aquel clima. Me descubrí a mí misma estudiando el envoltorio de papel de la lata y preguntándome si eso tendría alguna caloría. ¿Y la hierba del campo? ¿Cuántas calorías tendría?

Los estómagos podían adaptarse. Los koalas se alimentaban exclusivamente de hojas venenosas. Aunque, por otro lado, los koalas habían tenido cientos de años para evolucionar, mientras que nosotros disponíamos de menos de una semana.

—Si sigue así durante mucho más tiempo, podemos intentar ir a buscar comida a alguna de las casas vecinas —dijo Gav, aunque no habíamos visto ningún otro edificio desde que había empezado la tormenta. La cuerda que utilizábamos para los leños no iba a llegar tan lejos.

—Ya veremos —dije yo, e intenté no pensar demasiado en ello.

Traté de no concentrarme en lo que iba a hacer durante el resto del día. Seguramente mataríamos el tiempo con las cartas y los juegos de mesa que Justin había encontrado: el Risk, el Hundir la flota y el Cluedo. Gav jugaría un rato y luego se iría al piso de arriba y pasaría varias horas mirando al exterior por todas las ventanas de la casa, como si pensara que, en cualquier momento, iba a atisbar un

supermercado entre la nieve. Después de cenar, Tobias saldría al porche con la radio. Solo oiría estática y silbidos, y más tarde nos diría que la nieve bloqueaba cualquier tipo de señal. Pero no por eso dejábamos de intentarlo ni perdíamos la esperanza de oír la crepitante voz de Drew saliendo por los altavoces.

Me levanté para tirar la lata a la basura. Fuera, el viento batía contra las paredes y la nieve golpeaba contra las ventanas, incansable.

DIECINUEVE

Ya había perdido la cuenta de los días que llevábamos en la casa cuando una mañana, al despertar, divisé el cielo azul al otro lado de la ventana del dormitorio, como si fuera una mañana de Navidad y nos hubieran traído los regalos.

Salí de la cama y me acerqué al cristal, temerosa de que fuera un espejismo, pero no lo era: los campos se extendían hasta el horizonte, blancos y luminosos, y reflejaban la luz del sol. No había ni una sola nube que empañara el cielo.

Era el mejor regalo que me habían hecho en la vida.

Me tambaleé levemente y de pronto me sentí mareada de hambre. El día anterior solo había comido una lata de maíz y una pequeña porción del estofado que Gav había cocinado en la hoguera, después de freír un poco de carne sobre la que preferí no hacer preguntas. Mientras me la tragaba no podía dejar de pensar en el gato que habíamos encontrado atrapado en la trampa.

Pero ahora nada de aquello importaba. Salté sobre la cama y me abalancé sobre Gav, como si realmente fuera la mañana de Navidad y yo tuviera diez años menos. Lo agarré por los hombros y lo sacudí.

—¡Despierta, despierta! —exclamé, y él hizo una mueca—. ¡La tormenta ha terminado! ¡Nos podemos ir!

Abrió los ojos de golpe y se incorporó.

—Pues larguémonos de una vez de aquí —dijo, al tiempo que salía de debajo de las mantas.

Me puse las botas y crucé el pasillo, corriendo y llamando a las puertas de los dormitorios.

—¡La tormenta ha pasado! —grité—. ¡Nos vamos!

Cuando Gav y yo terminamos de llevar las mantas del dormitorio a los trineos, los demás ya se habían levantado. Nos reunimos en la cocina. En cuanto vi la comida que nos quedaba encima del mármol se me encogió el estómago: cinco barritas de cereales, dos latas de melocotón en almíbar y tres latas de guisantes. Nada más. Pero por fin nos podíamos volver a poner en marcha, me dije, e íbamos a encontrar más comida. No nos quedaba más remedio.

—Guarda las barritas —dijo Tobias—. Nos las podemos repartir más tarde si hace falta. Eso sí, antes de empezar a caminar será mejor que comamos todos un poco, o no llegaremos demasiado lejos.

—Deberíamos ir a echar un vistazo al granero —apuntó Leo mientras yo abría la tapa de una de las latas de melocotón—. A lo mejor encontramos algo útil.

Me había emocionado tanto con la partida que se me había olvidado que aún no habíamos explorado aquella parte de la casa.

—Buena idea —respondí, y me bebí de golpe un trago de almíbar.

Noté un pinchazo en el estómago. Nunca me había dado cuenta de que, cuando tienes tanta hambre, a veces comer duele más que no hacerlo. Cuando no comía, el hambre se convertía en un mareo sordo. Cuando comía, en cambio, era como si al hambre le salieran garras.

—Démonos prisa —dijo Gav—. Estamos perdiendo horas de sol.

Tuvimos que abrirnos paso entre la nieve acumulada en el porche con la ayuda de una pala. Arrastrando los pies por la nieve, que nos llegaba hasta las rodillas, atravesamos el patio y llegamos al granero.

A un lado, la pared que daba a la casa tenía una puerta ancha, como de garaje. Justin se acercó a un botón que había en el marco de la puerta y lo pulsó con fuerza. La puerta empezó a subir con un chirrido de engranajes y casi me quedo sin aliento.

Al otro lado, dentro del granero, vi un camión con una pala quitanieves incorporada a la parte delantera. Tobias soltó un silbido y Gav se rio. Me lo quedé mirando con ojos como platos. Aquello sí que era un regalo de Navidad.

—¿Tendrá la llave puesta? —preguntó Justin mientras entraba en el granero.

Los demás lo siguieron y empezaron a mirar a través de las ventanas del camión y a examinar los neumáticos. Nada más cruzar la puerta, vi un segundo coche aparcado dentro del granero, un pequeño utilitario de dos puertas con manchas de óxido en el parachoques.

La emoción inicial pronto dio paso a una sensación de incomodidad. Ahí dentro solo había sitio para dos vehículos, y por lo que había visto en la casa no creía que la familia fuera lo bastante rica como para tener un tercero. ¿Por qué se habrían marchado a pie?

Tal vez un amigo los hubiera acompañado al hospital. O a lo mejor habían logrado volver, habían salido a buscar comida a alguna de las casas vecinas y se habían perdido en una tormenta como la que nos había empujado hasta allí.

—¡Aquí están! —exclamó Gav desde un rincón. Descolgó unas llaves de un gancho y se las colgó del dedo anular—. Comprobemos que funcione.

Montó en el camión y accionó el contacto. El motor roncó.

—Aún le queda un tercio de depósito —dijo, asomándose por la ventanilla—. Entre eso y el combustible que sacamos de la furgoneta podemos llegar bastante lejos.

Gav sacó el camión del granero; tras de sí quedó un fuerte olor a gases de escape. Jugueteeó un momento con los mandos e hizo subir y bajar la pala quitanieves.

—¡Es genial! —dijo Justin, que montó en el asiento del acompañante y echó un vistazo a los asientos traseros—. Y hay sitio para todos.

Naturalmente que había sitio para todos. La familia se habría comprado un camión en el que cupieran todos: la mamá, el papá y todos los hijos. Recordé la fotografía que había visto en el pasillo de la casa. Me alejé de la luz del sol.

El garaje ocupaba solo una parte del granero. Ahora que mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad interior, logré distinguir una puerta en la pared lateral. Me quedé un momento delante, mientras los chicos probaban la pala quitanieves. Era la única parte de la propiedad que aún nos quedaba por inspeccionar.

Dudé un segundo, sin saber muy bien por qué. Alguien tenía que echar un vistazo ahí dentro, y no veía por qué no iba a hacerlo yo. Me acerqué a la puerta haciendo un esfuerzo por mover las piernas y la abrí.

Al otro lado había una hilera de casillas de ganado vacías que conducían a una sala ancha, con el techo alto. Había varias balas de paja amontonadas junto a la pared del fondo, donde la luz de los ventanales les confería un brillo dorado. Di un paso hacia adelante y me relajé un poco. Entonces mis ojos se toparon con una mancha oscura en el suelo de cemento, al otro lado de las casillas de ganado.

Una mancha oscura y, entre las sombras, la silueta de una mano vuelta hacia el techo.

Dejé atrás las primeras casillas y me detuve en seco. Debí de hacer algún ruido, pero no lo oí, solo me di cuenta de que me cubría la boca con la mano, como si pudiera volver a tragarme el grito. Como si con aquello pudiera lograr que lo que estaba viendo fuera menos real.

La mano del suelo pertenecía a una figura pequeña, con la cabeza vuelta hacia el otro lado y una larga cabellera enmarañada alrededor de un rostro azulado. Más cerca de la pared había otros tres cuerpos, tendidos entre manojos de paja esparcidos y manchados de rojo. Dos llevaban sudadera con la capucha puesta, de modo que no se les veía la cara, pero el tercero, el hombre, yacía con la mano extendida, como si me pidiera ayuda, con el pelo y parte de la cara cubiertos de sangre ya reseca, y con la forma angulosa de un revólver a pocos centímetros de la mano.

Se oyeron unos pasos a mis espaldas, procedentes del garaje. Retrocedí tambaleante y me agarré a la estructura de una de las casillas.

—¿Qué sucede, Kae?

La voz de Gav sonó como si llegara de muy lejos, mucho más lejana que el latido que me llenaba la cabeza. Me di la vuelta rápidamente.

—Eh —dijo, y al ver mi expresión se le pusieron unos ojos como platos. Abrí la boca para contarle lo que había visto, pero lo único que salió fue un sollozo. Gav me abrazó con fuerza—. No sé qué has visto, pero no pasa nada.

«Eso se lo cuentas a ellos», pensé, temblando. Nos habíamos comido su comida, habíamos quemado su leña y habíamos dormido en sus camas, mientras ellos yacían allí, rodeados de frío y sangre.

Alguien pasó junto a mí; los pasos se detuvieron de golpe, con un suspiro ahogado.

—¿Qué pasa? —preguntó Gav.

—Hay cuatro... —respondió la voz de Leo, que tuvo que tragar saliva—. Cuatro cuerpos. Parece... la familia al completo.

—Eran cinco —dije, hundiendo las manos bajo el abrigo de Gav—. En la foto eran cinco.

Gav me abrazó más fuerte.

—¿Por el virus? —le preguntó a Leo.

—No, a tiros —dijo Leo—. Creo que el padre disparó contra todos y al final se disparó a sí mismo.

—¿Cómo? —preguntó Justin, que pasó junto a nosotros—. ¿De qué habláis?

Vi que apartaba a Leo y que, al ver los cuerpos, daba un respingo y retrocedía, trastabillando.

—¿Cómo pudo hacer algo así? —pregunté.

La escena se me había quedado grabada, demasiado nítida como para atribuirle a algún tipo de alucinación demente. Los había llevado hasta allí a propósito, para matarlos. Para asesinar a sus propios hijos. Y a su mujer.

—No sabemos qué sucedió, Kae —dijo Gav en voz baja—. A lo mejor estaban todos enfermos y pensó que era mejor esto que dejar que la situación empeorara.

—Pero tenía la quitanieves —repliqué—, podría haber intentado ir a por ayuda.

Pero no, en lugar de eso había decidido por todos que no valía la pena ni intentarlo.

Tal vez debería haberlo entendido. También yo había pasado por un momento en que ya no quería seguir intentándolo. Me había convencido de que estaba sola y de que nada valía la pena, pero estaba equivocada; no estaba sola, tenía a Gav, a Tessa y a Meredith. Si no lo hubiera seguido intentando, seguramente Meredith habría fallecido y las muestras de la vacuna se habrían quedado muertas de risa en el laboratorio del centro de investigación hasta que ya no quedara nadie que pudiera encontrarlas.

Pero es que, incluso en el peor momento, yo había tomado la decisión por mí sola. Nunca habría osado arrastrar a nadie más hasta aquel precipicio.

—Larguémonos de una vez —dijo Leo—. No podemos hacer nada por ellos.

Eso era verdad.

—Sí —respondí, y aparté la cabeza.

Cuando llegamos al camión, Justin ya había recuperado su entusiasmo habitual.

—¡Me pido ser el primer conductor! —exclamó, levantando la llave que debía de haber sacado del contacto, donde la había dejado Gav.

—Tienes catorce años —replicó Tobias—. Es imposible que tengas permiso de

conducir.

—Estuve practicando —dijo Justin—. Salía con mi padre los domingos por la mañana y conducíamos por carreteras secundarias. Además, ni que nos fuera a parar la policía para multarnos...

—Me apuesto lo que sea a que no practicaste en autopistas llenas de nieve —le replicó Leo.

—Da igual —intervino Gav—. La llave la he encontrado yo, o sea, que conduciré yo primero. Andando.

Extendió la mano, pero Justin dio un paso atrás y cerró el puño.

—Dadme una oportunidad —dijo—. ¿No dijisteis que queríais que cargara con mi propio peso?

Tobias suspiró.

—Bueno, dijiste que tu padre te había enseñado a disparar y supongo que era verdad...

—No creo que este sea el mejor momento para descubrir si eso también es aplicable a la conducción —dijo Leo.

—¡Vamos, tíos! —insistió Gav—. Estamos perdiendo tiempo.

Fue a agarrarle la mano a Justin, pero este la apartó. Sin embargo, Gav ya se había visto envuelto en unas cuantas refriegas, así que, antes incluso de que yo pudiera protestar, le había sujetado el otro brazo a Justin y se lo había doblado a la espalda. El chaval empezó a agitar el brazo que le quedaba libre y la llave salió volando entre los dedos. Un destello plateado describió un arco a través del cielo y murió entre la nieve, al otro lado del caminito, donde desapareció. Se me paró el corazón.

Gav soltó a Justin, que se liberó y se giró de golpe.

—¡Mira qué has hecho! —exclamó—. ¿Se puede saber a qué ha venido eso? ¡Me has hecho perder la llave!

—Si no hubieras actuado como un niño de cinco años... —le espetó Gav mientras examinaba la nieve—. Te tendría que haber...

—¡Ya basta! —grité.

Mi voz retumbó en el silencio. Me pasé las manos por el pelo. Si seguíamos peleándonos de aquella manera no íbamos a llegar nunca a la ciudad. Y si no encontrábamos la llave, el camión no nos serviría de nada.

Me acordé del hombre del granero y de cómo había tomado la decisión por toda su familia, pero aparté aquella imagen de mi mente: ponerme dura en aquel momento no hacía que me pareciera a él en lo más mínimo. Mi intención era mantener al grupo con vida.

—Tenemos que llegar a Toronto —dije—. Lo demás no importa. Los que tengan permiso de conducir conducirán; los que no, no. Y no hay más que hablar. No vamos

a hacer nada que no sea acercarnos más a la ciudad o que no evite que nos muramos de hambre. Y si a alguien no le gusta, puede quedarse aquí o hacer lo que le plazca.

Debí de sonar mucho más enfadada de lo que estaba en realidad.

—Ningún problema —dijo Leo con actitud sumisa.

—Lo siento, me he dejado llevar —se disculpó Gav.

Tobias asintió y bajó la mirada. Al cabo de un momento, Justin se hundió de hombros y murmuró:

—Sí, vale.

Nos reunimos alrededor de donde habían caído las llaves y empezamos a palpar la nieve. Levanté los ojos hacia el cielo y supliqué: «Por favor, esto no puede terminar aquí».

En ese momento, Leo soltó un grito victorioso y desenterró las llaves. Retrocedí unos pasos, con un suspiro de alivio. Gav se levantó y cogió la llave que le ofrecía Leo. Entonces me dio un achuchón en el hombro y dijo:

—¡Toronto, allá vamos!

VEINTE

Las últimas horas antes de llegar a Toronto estuvieron marcadas por el número decreciente que acompañaba el nombre de la ciudad en los carteles de autopista que íbamos dejando atrás: 156, 117, 78, 33.

A medida que nos acercábamos, los edificios fueron reemplazando los campos y los bosques que habían ocupado ambos lados de la carretera durante la mayor parte del trayecto. El sol se puso y la oscuridad se cernió sobre el paisaje, pero nadie dijo nada de parar. Apenas habíamos descansado desde que habíamos subido al camión, la mañana del día anterior. Solo nos habíamos detenido una vez por la tarde, en un pueblo, para sacar gasolina de los coches abandonados y buscar comida en las casas. Por lo demás, nos habíamos ido relevando como pilotos y copilotos, mientras los que quedaban en la parte trasera hacían lo posible por dormir.

Ahora conducía Tobias, que se iba abriendo camino bajo la luz de la luna, iluminado por los faros del camión. Miré por la ventana desde el asiento central de la parte trasera, medio grogui, pero demasiado nerviosa como para conciliar el sueño del todo. Aquí y allá se veían lucecitas en la distancia: farolas, o tal vez hogueras. Mis esperanzas iban en aumento.

Donde había luz, había personas. Habíamos pasado todo el viaje intentando evitar el contacto con la gente; sin embargo, de pronto, el éxito de nuestra misión dependía de todo lo contrario: de encontrar a las personas adecuadas allí.

El cartel que nos daba la bienvenida a la ciudad estaba tan cubierto de nieve que me costó distinguir las palabras.

—¡Hemos llegado! —dije—. ¡Lo hemos logrado!

Justin pegó un golpe en el salpicadero, Tobias levantó un puño cerrado y Leo soltó un grito débil:

—¡Yujú!

Gav, que dormía apoyado en mi hombro, dio un respingo.

—¿Me toca ya conducir? —murmuró.

—Vuélvete a dormir —contesté, apoyando la mejilla sobre su cabeza—. Ya casi hemos llegado.

Pero Gav se incorporó y pestañeó varias veces.

—¿Qué salida crees que deberíamos coger? —preguntó Tobias.

—Ni idea —dije. Era la única que había vivido en Toronto, pero el tamaño y el bullicio de la metrópoli me había intimidado tanto que apenas había salido de nuestro barrio, en el oeste de la ciudad. Miré por la ventana, con la mente abotargada—. No

tiene ningún sentido intentar encontrar a nadie de noche. Creo que deberíamos buscar un lugar donde dormir y ponernos manos a la obra por la mañana.

Justin respondió con un bostezo exagerado.

—Dormir me parece una buena idea —dijo.

—Sí, pero debemos intentar que el camión no llame la atención —intervino Leo—. Es una presa bastante atractiva.

—Pues cojamos la próxima salida —propuse—. Nos será más difícil encontrar un lugar seguro en el centro.

—Allá vamos —dijo Tobias.

Guardamos silencio mientras el camión enfilaba la rampa de salida de la autopista.

Pasamos bajo unas farolas apagadas y tomamos una calle ancha, con centros comerciales a ambos lados. Todos los escaparates estaban rotos y había numerosas marcas de pisadas sobre la nieve que cubría el aparcamiento vacío. Tobias apagó las luces largas y se guio solo con las de posición y con el brillo de la luna.

Oímos un sonido estridente e intermitente en la distancia. Durante un segundo creí que era una sirena, que aún quedaba policía en la ciudad, pero a medida que nos fuimos acercando nos dimos cuenta de que se trataba de una alarma de coche. Me pregunté cuánto tiempo llevaría sonando y cuánto más duraría hasta que se le terminara la batería.

—¡Eh! —exclamó Justin.

Atisbé un movimiento por el rabillo del ojo. En cuanto volví la cabeza, vi que dos figuras salían de una de las tiendas. Desaparecieron entre las sombras, tan deprisa que, si Justin no los hubiera visto también, habría creído que me lo había imaginado.

—No parecían demasiado cordiales —dijo Tobias.

—Pongamos un poco de distancia antes de parar —propuso Gav con voz seria.

Los edificios pasaban junto a las ventanas como fantasmas. Me abracé a mí misma. En su día, la ciudad me había parecido grande y bulliciosa, pero también resplandeciente y cargada de energía, viva, como si toda esa actividad fuera el pulso de algún ser vivo. Ya me había hecho a la idea de que en esta ocasión no me iba a encontrar lo mismo, pero no había imaginado hallarla tan vacía. Tan muerta.

Cuando saliera el sol, todo mejoraría, me dije. La oscuridad podía hacer que un lugar pareciera encantado. Unos bloques más adelante, un grito desgarró el aire a nuestras espaldas.

—¡No, no, no, no, no! —dijo la voz—. ¡No lo hagan, no lo hagan!

Me encogí. Supuse que se trataba de alguien atrapado en las alucinaciones violentas que caracterizaban las últimas fases del virus.

—Joder —murmuró Justin.

El grito cesó de golpe, como si alguien le hubiera puesto fin de forma abrupta.

Noté que a Leo se le tensaban los hombros, su boca convertida en una raya. Me pregunté hasta qué punto la ciudad le hacía pensar en Nueva York y en lo que había pasado allí. Le busqué la mano y la encontré sobre su rodilla. Entrecrucé mis dedos con los suyos. Leo soltó un suspiro y me devolvió el apretón con fuerza.

Los centros comerciales dieron paso a tiendas y edificios de oficinas, tras los que se adivinaban los tejados de un barrio residencial.

—¿Qué os parece aquí? —pregunté.

Tobias asintió y giró en la siguiente calle. Pasamos varias casas y bungalós de dos pisos, doblamos unas cuantas esquinas y dejamos atrás la calle principal. Finalmente elegimos un chalé con un ancho caminito de acceso. Tobias aparcó en el jardín trasero, para que el camión quedara oculto tras la casa.

—No podemos hacer gran cosa para disimular el rastro de la pala quitanieves —dijo—. Deberíamos montar guardia por turnos, como de costumbre.

Alguien había hundido el pomo de la puerta trasera; sin embargo, cuando examinamos la casa, del sótano al ático, no encontramos ninguna señal de que allí estuviera viviendo alguien. Tras preparar apresuradamente la cena en el hornillo, Leo se cubrió con una manta y se sentó encima del radiador del comedor, desde donde podía vigilar el camión, a través de la ventana del comedor, así como la calle, a través de la ventana de la sala.

—Despiértame dentro de un par de horas y te relevo —dijo Tobias.

Leo se limitó a asentir.

Sin una hoguera con la que calentarnos, plantamos la tienda para mantener el calor corporal y nos acurrucamos todos juntos, envueltos con las mantas y los sacos de dormir. Me puse la capucha y me arrimé mucho a Gav. Los ojos se me cerraban, pero al mismo tiempo el corazón me latía a mil por hora.

Ahí estábamos. Lo habíamos logrado.

Y, sin embargo, a pesar de la excitación, no lograba quitarme de encima una sensación cada vez más acuciante: la de que éramos un puñado de peces que se estaban metiendo en la boca de un cocodrilo, y que no podíamos hacer nada más que rezar para que aquel temible animal no cerrara las fauces de golpe.

Cuando me levanté, aterida y agarrotada, y asomé la cabeza a través de la puerta de la tienda, en la sala de estar había mucha luz. Aparté las mantas, salí de la tienda y me acerqué a la ventana. Al otro lado, la escena era la de un día de invierno normal, blanco y sereno. La luz del sol me inundó y templó los fríos miedos que habían brotado en mi interior la noche anterior.

Gav estaba sentado ante la puerta. Debía de estar montando guardia desde primera hora de la mañana. Me sonrió con mirada cansada. Me pregunté cuánto debía de haber dormido.

—Me tendrías que haber despertado para una guardia —protesté.

—Necesitabas descansar —contestó, como si para él no fuera necesario.

Se oyó un crujir de mantas dentro de la tienda y, al cabo de unos minutos, ya estábamos todos levantados, pasándonos una bolsa de galletitas rancias mientras nos preparábamos para reanudar la marcha.

—¿Cuál es el plan?

—Quiero ver si los hospitales siguen en funcionamiento —contesté—. Nos será más fácil decidir qué queremos hacer si conocemos exactamente la situación.

—El camión llamará aún más la atención a la luz del día —dijo Leo.

Eché un vistazo al mapa.

—No hay demasiados hospitales por aquí cerca. Creo que tendremos que conducir un poco. Veamos qué encontramos. Si nos tenemos que quedar otra noche, buscaremos un lugar más céntrico para poder desplazarnos a pie.

Volvimos a montar en el camión, con Gav al volante.

—Parece que hay un hospital bastante grande a un par de kilómetros al oeste, siguiendo por la carretera principal —dije—. Te avisaré cuándo tengas que salir.

Las pisadas enfrente de las tiendas eran aún más visibles de día, pero las personas que las habían dejado permanecían escondidas. Salía humo de un par de chimeneas de la calle principal.

En cuanto giramos por la calle del hospital, adelantamos a un par de figuras envueltas con abrigo y bufandas que caminaban lentamente por la acera, en la misma dirección que nosotros. Se quedaron mirando el camión y la pala quitanieves, pero llevaban la cara totalmente cubierta y apenas logré atisbar el destello de unas gafas. Una de las figuras se dobló, se llevó la mano a la bufanda, donde debía de tener la boca, y empezó a toser.

En la entrada del hospital había marcas de ruedas de coche, pero parecían viejas y estaban ya medio cubiertas de nieve que había caído más tarde. El aparcamiento estaba lleno de coches sepultados bajo la nieve. Aparcamos delante de la entrada principal.

Gav ya iba a abrir su puerta, pero yo le agarré el brazo.

—No —dije—. Es evidente que en este lugar va a haber personas enfermas. Yo soy inmune y Leo tiene la vacuna. El resto sois vulnerables. Quedaos aquí vigilando el camión, entraremos nosotros. Bueno —añadí, volviéndome hacia Leo—, si a ti te parece bien, claro.

—Si, tiene sentido —aceptó él—. No me voy a quedar aquí cruzado de brazos mientras tú entras ahí.

—A mí me parece perfecto mantenerme alejado de los infectados —soltó Justin, que se arrellanó en su asiento.

Tobias no dijo nada, pero a juzgar por cómo había reaccionado hacía unos días,

cuando nos habíamos topado con aquella pareja infectada, estaba segura de que también le parecía bien.

—No sabéis qué os vais a encontrar ahí dentro —dijo Gav—. ¿Y si dos no sois suficientes?

—Si la cosa pinta mal, tengo una de las pistolas —respondió Leo en voz baja.

Gav tenía los hombros tensos y aún no había apartado la mano de la manija de la puerta.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Pero estaré pendiente del reloj, y si tardáis más de media hora...

—Vale, vale —lo interrumpí, levantando las manos—. Pero ten cuidado. Y si ves a alguien con pinta de..., no sé, con pinta oficial, lo agarras y le cuentas a qué hemos venido, ¿vale?

Dejé la neverita con nuestra valiosa carga encerrada en la parte trasera del camión. Las puertas del hospital, altas y acristaladas, estaban entreabiertas, apuntaladas con unos topes de hormigón. Mientras Leo y yo nos acercábamos, un hombre salió furtivamente del interior; llevaba algo en brazos, algo que no alcancé a ver. Desapareció detrás de la esquina y soltó un estornudo.

Durante un segundo se me bloquearon las piernas. Incluso después de recuperarme, nunca había entrado en el hospital sin protección, por si acaso el virus había mutado. Leo estaba en una situación aún más delicada que la mía, protegido tan solo por una vacuna que no sabíamos si funcionaba.

Me embocé con la bufanda, igual que Leo.

—Vamos a salvar el mundo —dijo.

Cruzamos la puerta principal y llegamos a la recepción. Había una niña que no debía de tener más de doce años rebuscando en los cajones del mostrador de admisiones. Se detuvo un instante y se rascó la nuca. Había papeles esparcidos por todo el mostrador y por el suelo.

Los pasillos estaban en penumbra, apenas iluminados por los rayos de sol procedentes de las ventanas de las habitaciones que tenían la puerta abierta. Se oían toses y estornudos en el interior del hospital. Elegimos una dirección y echamos a andar.

Notaba mi propio aliento, cálido y denso, debajo de la bufanda. En uno de los pasillos, alguien a quien no veíamos se sorbió la nariz y empezó a dar golpes con lo que, a juzgar por el ruido que hacían, parecían dos objetos metálicos. Más adelante, un hombre con la nariz roja y las mejillas coloradas fue de una habitación a la siguiente. Se oyó un estruendo de cajas y frascos. En cuanto me asomé, el hombre se giró hacia mí y me espetó:

—¡Atrás! ¡Yo he llegado primero!

Seguimos adelante sin perder un segundo.

Al cabo de un momento se oyó un grito que retumbó entre las paredes, y dos mujeres doblaron la esquina y aparecieron ante nosotros.

—¡La he visto yo primero! —exclamó una—. ¡Es mía!

Leo me cogió del brazo y nos pegamos a la pared justo en el momento en que las mujeres pasaban corriendo a nuestro lado. La primera resbaló y la segunda la placó. Entonces se retorció y agarró una botella de color ambarino que había en el suelo.

—¡Es mía! —repitió, y echó a correr hacia la puerta de salida.

La primera mujer se levantó con dificultades, respirando entre sollozos, y regresó con paso tambaleante hacia el lugar del que había salido. Yo me quedé pegada a la pared, con el corazón a mil por hora. Leo ni se movía.

—Estoy empezando a pensar que no vamos a encontrar... —comenzó a decir, pero de repente se calló.

Apartó ligeramente la mirada y fijó los ojos en algo que había a mis espaldas. Me giré y vi a otra mujer, que se acercaba. El pelo canoso y enmarañado le cubría la cara, y tenía una sonrisita triste en los labios.

—Parece que hemos llegado demasiado tarde —dijo.

Se me hundieron los hombros de alivio. Así pues, no éramos las únicas personas cuerdas de la ciudad.

—¿Dónde están los médicos y las enfermeras? —pregunté—. ¿Qué ha pasado aquí?

La mujer se encogió de hombros.

—Lo mismo que en todos los hospitales, supongo. Me lo habían contado, pero no sabía que la cosa estuviera tan mal. En cuanto empezaron a escasear los medicamentos, todo el mundo intentó arramblar con lo que pudo antes de que fuera demasiado tarde... El hospital no era un lugar seguro para nadie; además, tampoco es que antes los médicos fueran de gran ayuda... Aunque supongo que, en el fondo, no los podemos culpar.

—Entonces, ¿se han ido todos? —preguntó Leo.

La mujer ladeó la cabeza.

—Si queríais encontrar a un médico aquí, tendríais que haber venido hace dos meses.

—¿Y adónde han ido? —pregunté.

—Ni idea. A lo mejor están protegiendo a sus familias, como el resto de nosotros —respondió con un suspiro—. Yo no sé ni por qué he venido. Wallace y yo hemos aguantado sanos durante mucho tiempo, pero ayer le empezaron los picores, y luego la tos, y me dije que no me podía quedar de brazos cruzados; tenía que venir a ver si encontraba algo, pero de momento solo he encontrado problemas y poco más. —Sus ojos escrutaron el pasillo y a continuación nos volvió a estudiar—. No parece que ninguno de vosotros dos esté enfermo.

—Hemos venido por un amigo —respondí yo rápidamente—. Esperábamos que alguien pudiera ayudarlo, pero creo que no hemos tenido suerte.

Como para dar énfasis a mis palabras, en el extremo opuesto del pasillo aparecieron tres hombres que arrastraban un aparato eléctrico del tamaño de un congelador de bar. ¿De qué creían que les iba a servir sin electricidad? Me di cuenta de que la gente se dedicaba a llevarse de forma indiscriminada cualquier cosa que nadie hubiera robado aún.

—Larguémonos de aquí —le dije a Leo, y me volví hacia la mujer—. Gracias. Buena suerte.

—Habrán otros hospitales —apuntó Leo mientras salíamos por la puerta.

—Ya lo sé —le contesté, y de pronto me tropecé con algo duro que había enterrado bajo la nieve.

Por el impacto quedó al descubierto una forma marrón y estrecha que sobresalía de la nieve amontonada junto al camino de acceso al hospital. Me lo quedé mirando unos segundos antes de comprender de qué se trataba.

Era una bota. La punta de una bota. Bajo la nieve, casi podía distinguir la forma de una pierna, un torso... Aparté la mirada. Había nieve por todas partes. ¿Cuántos cuerpos habría enterrados? Se me removió el estómago.

—Habrán otros hospitales —me repetí en voz baja.

Llegué al camión sin mirar hacia atrás. En cuanto subí, Gav me clavó la mirada.

—¿Nada?

Negué con la cabeza y cogí el mapa. Las líneas y los nombres de las calles parecían estar borrosas. Parpadeé e intenté concentrarme.

—Es posible que aún haya algún hospital en funcionamiento —dije—. Y quedarán también laboratorios gubernamentales y privados, ¿no? Esos son menos vulnerables, la gente no se habrá visto obligada a marcharse...

Por supuesto, no tenía ni idea de dónde podían estar esos laboratorios, precisamente por eso imaginaba que serían menos vulnerables.

Drew lo sabía, él había explorado la ciudad mucho más a fondo que yo. Si aún estaba bien. Si lográbamos dar con él. Se me hizo un nudo en la garganta y tragué con fuerza.

—Podríamos ir a echar un vistazo al edificio del ayuntamiento —dije, señalando un edificio de planta semicircular que había a orillas del río—. No creo que tengan laboratorios, pero seguramente encontraremos a alguien del Gobierno que nos pueda orientar.

—Eso si no se han marchado también —apuntó Gav.

—¿Se te ocurre alguna idea mejor? —le pregunté, y él esbozó una mueca de disculpa.

—No, tienes razón. Es lógico ir a echar un vistazo allí.

Arrancó el camión y nos pusimos en marcha hacia el ayuntamiento, eligiendo las calles en las que nos parecía que había menos coches y menos nieve. Algunas estaban llenas de vehículos sepultados, petrificados en un atasco perpetuo, como un desfile de esculturas de hielo.

—Yo flipo —dijo Justin, mientras salíamos dando marcha atrás de una calle bloqueada en la que nos habíamos metido por error—. Toda esa gente, ¿dónde creía que iba?

Les daría lo mismo, me dije. En cuanto empezó a cundir el pánico, los lugares seguros dejaron de existir. Estábamos a pocas calles del ayuntamiento cuando, de repente, Leo se puso muy tenso.

—Apaga el motor —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Gav.

—¡Apágalo!

Gav puso punto muerto y giró la llave del contacto. En cuanto nuestro motor dejó de hacer ruido, oí el rugido de otro motor a lo lejos.

—Menudo oído tienes, tío —dijo Tobias.

Leo no contestó. El motor sonaba cada vez más fuerte, pero finalmente empezó a alejarse sin cruzarse en nuestro camino.

—¿Y si eran los tipos del Gobierno con los que nos estamos intentando poner en contacto? —preguntó Justin.

—Alguien que aún disponga de un coche que funcione en esta ciudad... tiene que haber luchado por ello —dijo Leo—. Y tiene que haber ganado.

—Sí, mejor no toparnos con ellos —coincidí.

La calle que pasaba junto a la plaza del ayuntamiento estaba desierta. Montañas de nieve cubrían la explanada donde otros años habían montado una pista de patinaje gigante. El colegio nos había llevado allí un par de veces.

Tobias se quedó en el camión, sentado detrás del volante, con el rifle encima del regazo, mientras el resto nos dirigíamos hacia el edificio del ayuntamiento por encima de los montículos de nieve más pequeños. Intenté no pensar en lo que habría debajo de la nieve.

No lograba ver nada más allá de las ventanas y las puertas de madera. Cuando nos acercamos me di cuenta de que estaban tapiadas. Había armarios y separadores de cubículos arrimados contra los cristales, cubiertos con tablonos de madera clavados en los marcos, donde se habían empezado a agrietar.

Allí había habido alguien, alguien que no quería que entrara nadie más. Y parecía que lo habían logrado.

Eso significaba que a lo mejor seguían ahí.

Justin se acercó a las puertas más próximas y forcejeó con los pomos. Al constatar que las puertas estaban atrancadas, pegó un puñetazo en la madera.

—¡Eh! —gritó—. ¡Abridnos!

Me acerqué a la siguiente puerta y empecé también a aporrearla.

—¡Por favor! —dije—. Tenemos una cosa que podría ayudar a la ciudad.
¡Tenemos que hablar con alguien!

Solo nos respondió el silencio. Esperé un rato y volví a llamar a la puerta.

—Mira cómo se han parapetado ahí dentro —soltó Gav—. Es evidente que les importa un cuerno la ciudad.

—¡Pues entramos a la fuerza y los obligamos a que nos ayuden! —dijo Justin.

—No —repliqué, y me volví—. Les daremos tiempo. Entonces, si no sale nadie
a...

De pronto me atraganté y me quedé sin voz.

Gav se había quitado un guante y se había levantado la manga del otro brazo, mientras estudiaba el edificio con el ceño fruncido. Tuve la sensación de que ni siquiera se daba cuenta de lo que hacía.

Se estaba rascando el antebrazo, con tanta saña que su piel pálida tenía ya un tono rosado.

VEINTIUNO

—No pasa nada —dijo Gav—. Estoy bien, Kae.

Al ver mi cara había dejado de rascarse y me había dirigido una de aquellas miradas suyas, llenas de confianza, pero incluso mientras hablaba se le tensó la mandíbula y se le crisparon los dedos. Y lo supe: el picor no se le había pasado.

—¡Pero qué coño...! —exclamó Justin, que dio un paso hacia atrás.

—No pasa nada —insistió Gav, que volvió a ponerse el guante y se metió las manos en los bolsillos—. Pero no tiene ningún sentido quedarse aquí. Si seguimos gritando, vamos a llamar la atención.

Seguramente ya lo habíamos hecho con el camión. Limité todos mis pensamientos a aquella preocupación e hice un esfuerzo por desterrar el miedo.

—Tenemos que encontrar un lugar seguro donde instalarnos —dijo—. Todo parece indicar que vamos a tardar unos días en dar con alguien.

Leo me miró suspicaz, pero no protestó.

—Estaría bien dar con un apartamento o un bloque de pisos —dijo—. Cuantas más puertas tengamos entre nosotros y la calle, mejor.

—Necesitamos una chimenea.

—Hay pisos con chimeneas —dijo—. Chimeneas de verdad, no de gas. Cuando vivíamos aquí, fuimos un par de veces a casa de unos amigos de mis padres que tenían una.

Volvimos al camión, pero cuando llegamos Justin se detuvo en la acera.

—No pienso subir con él —dijo, y le dirigió una mirada cortante a Gav.

—Pues ya puedes empezar a andar —le contesté.

—¿Qué le pasa al chaval? —preguntó Tobias cuando subimos al camión.

Me senté detrás, con Gav, y Leo ocupó mi sitio en el asiento del acompañante. Esperé un segundo antes de cerrar la puerta, pero Justin ni se inmutó. Tobias aún me estaba mirando y yo no sabía qué contestar. Pero al final no lo tuve que hacer, pues Gav se inclinó hacia delante y empezó a estornudar incontinentemente.

Tobias palideció y Leo dio un respingo. Gav abrió mucho los ojos, con expresión tan asustada que por un momento pareció mucho más un niño que necesitaba a sus padres que un joven que había organizado a todo un pueblo para salvarlo.

—Mierda —dijo—. Lo siento, lo siento.

Torpemente, se puso bien la bufanda, que llevaba remetida bajo la barbilla. Cuando lo fui a ayudar, levantó las manos para reprimir un acceso de tos y me di cuenta de que le temblaban. Cuando se le pasó la tos, abrió la puerta, bajó del camión

y se cubrió la boca y la nariz con la bufanda.

—Creo que será mejor que yo también me vaya caminando —dijo con voz fría.

—Gav... —intenté protestar, pero él negó con la cabeza.

Me bajé con él; no pensaba dejar que se fuera caminando solo.

Seguía tosiendo de vez en cuando, mientras Tobias conducía lentamente el camión. Leo debía de haberle explicado lo que buscábamos. Caminábamos poco a poco junto al vehículo, Gav y yo a un lado, y Justin al otro, y cuando se nos adelantaba demasiado acelerábamos el paso. Las calles contiguas al ayuntamiento estaban llenas de bloques de pisos. Tobias se paró delante de cada uno de ellos, mientras Justin entraba corriendo a echar un vistazo. No dio el visto bueno hasta el duodécimo.

La puerta del garaje subterráneo del edificio estaba abierta y no se podía cerrar. Tobias aparcó el camión en la parte de atrás y cogimos todas las provisiones que podíamos llevar encima. No fue hasta llegar a la cuarta planta, mientras intentábamos poner distancia entre nosotros y los potenciales saqueadores, cuando Justin hizo referencia a nuestro nuevo problema.

—¿Vamos a vivir en el mismo apartamento que él aunque esté así? —preguntó, señalando a Gav, que iba unos pasos por detrás del resto del grupo.

—Me encerraré en un dormitorio —soltó Gav—. Nadie tendrá que acercarse a mí.

Justin frunció el ceño, pero no dijo nada más. Dejamos las bolsas en la sala de estar del apartamento que habíamos elegido, y Justin volvió al camión con Leo y Tobias a por el resto de las provisiones. Yo entré en el dormitorio detrás de Gav.

El mobiliario del apartamento era de madera oscura, a juego con el parqué, y contrastaba vivamente con las paredes y el edredón de color blanco hueso. Hacía un frío glacial. Tenía la sensación de haber ido a parar a un palacio de hielo *yuppie*. Gav se dejó caer al suelo, junto al tocador, y se rascó la boca a través de la bufanda.

—Ya sé lo que estás pensando —dijo—. Déjalo ya.

Pero no lo podía saber porque no estaba pensando en nada. Había caminado junto al camión y luego había cargado con todas las provisiones que había podido, mientras me concentraba en no dejar entrar ningún pensamiento en mi cabeza.

Cada vez me costaba más.

Abrí la boca, pero me di cuenta de que tenía un nudo en la garganta y que no me dejaba hablar. No era el único nudo que notaba en mi interior, sentía como si todos mis órganos se hubieran convertido en canicas. Tragué saliva y me senté ante Gav, que volvió a toser.

Entonces me miró con la cabeza ladeada, un gesto desenfadado que no se correspondía con la posición de sus hombros, hundidos. Me di cuenta de que tensaba y destensaba la mandíbula, en un intento casi palpable por mantener la calma.

Me cogió la muñeca con dos dedos y tiró débilmente de ella, como si pensara que no podía pedirme que lo consolara. Me acerqué y él tendió los brazos y me abrazó, al tiempo que soltaba un leve suspiro. Hundió la cara en mi pelo y yo me senté en su regazo. Lo abracé y parpadeé con fuerza.

—Estás conmigo —dijo—, o sea, que todo irá bien.

Cerré los ojos con fuerza, pero las lágrimas se me escaparon y me resbalaron por las mejillas. Quería decirle que sí, que todo iría bien, que no le iba a pasar nada, que lograría derrotar el virus. Pero no estaba segura de si me lo creía lo suficiente como para decirlo, y decirlo sin creérmelo me parecía aún peor que no decir nada.

La verdad era que no conocía a nadie que hubiera sobrevivido al virus sin tener cierta inmunidad previa. Podía sacarme sangre y dársela a Gav. A lo mejor se curaba, como Meredith. Pero lo que Nell había hecho había sido más complicado que eso, había empleado procedimientos que yo desconocía.

—Tiene que quedar algún médico en esta ciudad —dije—. Lo voy a encontrar y te haré una transfusión, como Nell me ayudó a hacer con Meredith. Mi sangre es del tipo O negativo, o sea, que es compatible con todo el mundo. Y con Meredith funcionó.

Eso si encontraba a un médico capaz de hacerlo en el tiempo del que disponíamos; si había un hospital en alguna parte que aún conservara el instrumental que necesitábamos; si quedaba algún lugar en la ciudad con la electricidad necesaria para hacer funcionar ese instrumental...

Si, si, si.

Si Gav no hubiera sido tan testarudo; si yo lo hubiera sido un poco más. Debería haber insistido en que, o me dejaba ponerle la vacuna, o se quedaba en la isla. Tal vez así los demás «síes» no habrían importado, porque no se habría puesto enfermo.

Eché un vistazo a la nevera que había dejado junto a la cama. Dentro vi el material de valor incalculable que nos había arrastrado hasta allí, pero la vacuna ya no podía hacer nada por Gav. En aquel momento la detesté.

Gav carraspeó como si intentara evitar otro acceso de tos.

—Hemos venido hasta aquí por un motivo —dijo—. No quiero ser el que lo eche todo a perder.

Me aparté para verle mejor la cara, aunque estaba todavía lo bastante cerca como para contar las motas verdes de sus ojos avellana, y le acaricié la frente. Tenía la piel más caliente de lo normal, mucho más caliente de lo que se podía esperar en aquella habitación helada.

—Nuestra misión ya consiste en buscar médicos —dije—. No vas a echar a perder nada de nada, solo me has dado otro motivo para seguir adelante.

Le aparté la bufanda y le di un beso. Él dudó un instante, pero finalmente me lo devolvió. A continuación apoyó la cabeza en mi hombro y, al cabo de un momento,

se echó a toser.

Y esta vez ya no pudo parar. Se volvió de lado, jadeando, y yo saqué la botella de agua que llevaba bajo el abrigo.

—Toma —le dije—. Tienes que beber algo. Intentaré encender la chimenea, hace un frío que pela.

En la sala de estar, los demás estaban reunidos alrededor de la chimenea.

—Podríamos ir a buscar un poco de leña —sugirió Tobias—. Hay muchos árboles en los parques.

—El piso está lleno de muebles de madera —señaló Leo, haciendo un gesto con la cabeza.

—También tendríamos que derretir más nieve —dije yo, y todos se volvieron hacia mí—. Nos estamos quedando sin agua. Y tendríamos que examinar el resto de los apartamentos en busca de comida. Con un poco de suerte, nadie habrá subido hasta el ático.

En el dormitorio, Gav volvió a estornudar. La mirada de Justin vagó hasta la puerta cerrada.

—Eso si dentro de una semana no estamos todos como él —dijo, con una mueca, y se quedó un momento callado—. Oye, tenemos tres frascos de vacuna. Eso son tres dosis, ¿no? Podrías darme una a mí, otra a Tobias, y aún nos quedaría una.

Una sola muestra, y la posibilidad de perderla sencillamente porque se rompiera el cristal. Y todo para vacunar a dos personas que, si iban a contagiarse del virus a causa de Gav, ya se habían expuesto a él.

—Lo siento —dije negando con la cabeza—, pero no sabemos si con una será suficiente. ¿Y si resulta que la que nos quedamos se echó a perder cuando abriste la nevera? No nos podemos arriesgar. Gav se quedará en el dormitorio y yo seré la única que entre. —Hice una pausa y me acordé de cómo Gav me había abrazado y me había echado el aliento en el pelo—. Encontraré otro abrigo y utilizaré un gorro y guantes distintos cada vez que esté con él. Así tampoco yo os transmitiré el virus.

—Necesitamos la vacuna —insistió Justin, y señaló a Leo—. Si se la diste a él, nos la tienes que dar a todos.

—Cuando tomé esa decisión aún no sabía que la situación se iba a complicar tanto —dije—. De haberlo sabido...

¿Le habría pedido que se vacunara? ¿Y a Tessa?

—Yo habría dicho que no —intervino Leo—. Como hizo Gav. A lo mejor debería haber hecho lo mismo desde buen principio.

Tobias se dejó caer en el sofá de piel.

—Yo estoy con Kaelyn —dijo—. La vacuna es más importante que cualquiera de nosotros.

—¿En serio? —protestó Justin, y Tobias le dirigió una mirada fulminante. El

chico levantó los brazos—. ¡Joder, estáis como cabras!

—Puedes seguir quejándote o hacer algo útil —le replicó Leo, que empezó a recoger nuestros cazos.

—Supongo que es mejor que estar aquí encerrado, con él —murmuró Justin.

Me resultaba mucho más sencillo ignorar el dolor que notaba en el pecho si me mantenía ocupada con algo. Dejamos a Tobias vigilando el apartamento, y los tres bajamos por las escaleras, salimos a la calle y andamos hasta que encontramos un parquecito con un par de bancos y un columpio. Mientras yo llenaba los cazos de nieve, Leo y Justin se dedicaban a recoger ramitas de alrededor de los árboles.

—No vamos a hacer demasiado fuego con esta basura —dijo Justin al cabo de unos minutos. Entonces echó un vistazo a los árboles, cogió una rama y tiró con fuerza. La rama se partió por la mitad con un crujido seco. Al cabo de un par de tirones logró arrancarla.

—No está nada mal —dijo Leo—. ¿Y qué me dices de esta?

Agarró otra rama con las dos manos, pero en ese preciso instante se oyeron unos pasos en la nieve, a nuestras espaldas. Me giré.

Había un hombre de mediana edad, vestido con un anorak acolchado, que se acercaba caminando por el centro de la calle. Por debajo de la bufanda asomaba una mascarilla. El hombre se detuvo en la acera, cerca de nosotros.

—¿Qué hacéis? —preguntó.

No nos saludó ni fingió cordialidad. Lo había dicho en tono relajado, pero su porte desprendía una firmeza que exigía una respuesta. Me puse tensa y empecé a imaginarme lo que nos podía hacer si le negábamos lo que quería. Me pregunté qué habría hecho para conseguir aquella mascarilla.

—Nada, coger un poco de leña —dijo Leo en tono informal pero cauteloso—. Hay que mantenerse caliente, ¿no?

Justin dio un paso al frente, arrastrando la rama que acababa de partir.

—¿Algún problema?

El hombre entrecerró los ojos

—Justin —dije yo—. Tranquilo.

—Sí, relájate un poco —contestó el hombre—. Y ten cuidado con cómo le hablas a la gente. Si quisiera daros problemas, lo haría.

—A lo mejor quien debe tener cuidado eres tú —le soltó Justin, levantando la rama—. Lo que nosotros hagamos ni te va ni te viene, de modo que pírate.

Me coloqué entre los dos y fulminé a Justin con la mirada: lo último que necesitábamos en aquel momento era crearnos más problemas.

—Lo siento —le dije al hombre—. Solo es un niño.

—Yo no soy... —empezó a protestar Justin, pero le pegué un pisotón en los dedos de los pies para impedir que dijera algo que empeorara aún más la situación.

Justin se calló en seco y soltó un taco. Al hombre se le arrugó la cara, como si sonriera debajo de la bufanda.

—Sí, intenta que mantenga el buzón cerrado —dijo—. Solo venía a echar un vistazo.

Y a partir de aquel momento, me dije, aún estaría más pendiente de nosotros. Me lo quedé mirando mientras se alejaba. Incluso después de que doblara la esquina, fui incapaz de despegar los brazos del cuerpo.

—Me has hecho daño —protestó Justin—. Yo solo quería...

Me giré de golpe.

—¡Dar por saco, eso es lo que querías! —le espeté—. ¿Tú crees que haciéndole creer que somos una amenaza vamos a lograr que nos deje tranquilos? Ahora nos va a vigilar por mucho que intentemos pasar desapercibidos.

—Kaelyn tiene razón —coincidió Leo.

Justin nos miró alternativamente.

—Mirad —dijo—, si estáis tan acojonados que no os atrevéis a plantar cara, no es problema mío.

—No se trata de estar o no acojonados —repliqué—. Se trata de actuar de forma inteligente. En esta ciudad no somos nadie, y actuando como si lo fuéramos solo lograremos que nos hagan daño, o, peor aún, que nos maten. ¿Sabes qué tienes que hacer cuando eres un pececillo y estás rodeado de tiburones? Intentar no llamar la atención y rezar porque no te vean, porque sabes que irán a por la presa más fácil. El único motivo por el que han venido a por nosotros es porque hemos llamado la atención. Además, tú no eres nadie para decidir cuándo plantamos cara y cuándo no. Esta misión es mía, esas son las muestras de mi padre, y tú tienes que empezar a actuar en consecuencia. Porque, si no, te vas a tener que buscar a otros que te aguanten.

En cuanto terminé de hablar tenía la garganta irritada por el aire invernal. Habría querido dar media vuelta y dejar que la tensión se disipara, pero no podía, aún no. Justin tenía que saber que no podía seguir desafiando y amenazando a la gente. Había demasiado en juego como para arriesgarnos a cometer otro error.

Justin se había quedado blanco. Parpadeó un par de veces, con la boca abierta, y finalmente fue él quien dio media vuelta. Yo respiré hondo y abrí los puños; me di cuenta de que me temblaban las manos.

—Recojamos un par de ramas más —dijo Leo, mirándome.

Asentí con la cabeza para indicarle que me parecía bien, y mientras él y Justin volvían a concentrarse en los árboles, yo dejé los cazos que había llenado y fui a buscar un cubo de basura de reciclaje que había visto en un porche. Estaba vacío y parecía bastante limpio, más aún teniendo en cuenta que íbamos a hervir el agua dentro. Me lo llevé al parque y lo llené de nieve.

—No creo que nos podamos llevar mucha más —apuntó Leo, con un fardo de ramas bajo el brazo—. ¿Tú qué tal vas? —le preguntó a Justin.

—Bien —contestó el chico en voz baja.

No dijo nada más hasta que volvimos al bloque de pisos. Al llegar a la puerta del apartamento que habíamos elegido dudó un momento. Leo entró, pero yo me detuve y me giré para ver qué le pasaba.

—Lo siento —dijo Justin, con los ojos clavados en el suelo—. Tienes razón, ha sido una estupidez. Pero es que no lo entiendes.

—¿Qué es lo que no entiendo? —pregunté.

Justin tragó saliva.

—Mi padre... fue a ver si quedaba comida en el colmado y un tío le disparó. Yo no estaba allí para ayudarlo porque me había obligado a que me quedara en casa con mamá, como si fuera un niño. No quiero ser más un niño asustado, que se esconde. Pero supongo que debería haber pensado un poco más; además, meterse con la gente tampoco es una actitud demasiado madura. Pero es que a veces me puede, y entonces tengo que hacer algo, ¿me entiendes?

Me apoyé en el marco de la puerta.

—Siento mucho lo de tu padre —le dije sinceramente—. No lo sabía.

Era cierto que no lo había mencionado hasta entonces y que tampoco lo habíamos visto por la colonia, pero no se me había ocurrido preguntarle por él.

—Sí, bueno, supongo que aunque hubiera estado allí tampoco podría haber hecho mucho por él.

Me acordé de la cara llorosa de Meredith cuando me pidió que no la dejara atrás. La imaginé allí, entre los cadáveres y los saqueadores. Le preocupaba que no me la llevara conmigo porque pensara que no era lo bastante valiente, pero la verdad era que sabía que no habría soportado la culpa si la hubiera dejado venir y luego no hubiera podido protegerla.

—Si hubieras estado ahí, lo más probable es que te hubieran matado también a ti —le dije—. Seguramente tu padre quiso que te quedaras en casa porque se preocupaba por ti y no quería que te pasara nada. No puedes estar enfadado con él por eso, ¿no?

—Pues... nunca me lo había planteado de esa forma —dijo Justin, que levantó la cabeza—. ¿Todavía estás cabreada conmigo?

—¿Me vas a hacer caso la próxima vez que te diga que te mantengas al margen?

En sus labios se dibujó una sonrisa.

—Sí —contestó—, voy a hacer lo posible.

—Pues entonces no estoy cabreada. Pero tengo frío y estoy cansada de cargar con toda esta nieve. Entremos ahí e intentemos convertir este sitio en un lugar habitable.

Dentro, la tos de Gav retumbaba al otro lado de la puerta del dormitorio.

VEINTIDÓS

A lo largo de los siguientes días desarrollamos algo así como una rutina. Por las mañanas, Leo y yo íbamos a pie a un par de hospitales o clínicas, mientras Tobias y Justin buscaban comida en las plantas del bloque de pisos que todavía no habíamos explorado. Nos reuníamos todos en el apartamento para comer, y a continuación íbamos los cuatro al ayuntamiento, con la esperanza de encontrar una forma de entrar. Luego probábamos en otro hospital. Por las noches, después de cenar, Tobias se ocupaba de la radio y yo rezaba porque apareciera la voz de Drew.

Pero de momento no nos había servido de nada. En la docena de edificios médicos que habíamos visitado, Leo y yo no habíamos encontrado ni un solo empleado, ni tampoco medicamentos. El cuarto día nos topamos con dos cadáveres en el suelo del vestíbulo de un hospital, con agujeros de bala en la parte posterior de la chaqueta y con los ojos vidriosos.

Seguimos adelante.

—¿Ha habido suerte? —me preguntó Gav cuando entré en el dormitorio para cenar con él, con una ronquera que ya nunca se quitaba de encima.

—Seguimos buscando —respondí, haciendo un esfuerzo por mostrarme optimista, y empecé a contarle que Tobias y Justin habían encontrado una bolsa de comida. No mencioné los muchos botiquines donde habían mirado, todos vacíos, motivo por el que no disponíamos ni de analgésicos ni de anticongestivos para combatir los síntomas de Gav.

Cuando aquella tarde salimos hacia el ayuntamiento, eché un vistazo a las calles desiertas y las ventanas oscuras, e intenté encontrar en mi interior algún rastro de la esperanza que me había llevado hasta allí. A medida que explorábamos las calles de aquella ciudad devastada me costaba más y más.

—¿Todo bien? —preguntó Leo.

La pregunta me hizo reír.

—Sí —contesté, aunque era mentira.

Nada iba bien. Aunque encontrásemos a alguien que pudiera replicar las muestras de la vacuna, no estaba nada segura de que eso fuera a arreglar nada. El mundo tal como era antes, el mundo que yo quería recuperar, me parecía cada vez más un sueño; llevaba ya mucho tiempo sin verlo.

Aunque lográramos derrotar el virus en aquel momento, Leo no podría dejar de haber hecho las cosas que había hecho. Yo no podría volver a ser la persona que nunca había visto morir a nadie, que nunca había robado comida ni ropa, ni había

cogido coches que no eran míos. Todos los que seguíamos vivos habíamos cambiado: sobrevivir y seguir siendo la misma persona era imposible. Pero es que aunque nosotros pudiéramos volver a parecernos a las personas que fuimos, no había forma de reparar todos los males que el virus había causado. ¿Quién iba a hacer funcionar las centrales eléctricas? ¿Quién iba a abastecer las tiendas ahora que las fábricas habían cerrado, los campos de cultivo estaban en barbecho y los camiones de transporte habían quedado atascados y con los depósitos vacíos?

Mientras aún estábamos en nuestra pequeña isla y más o menos íbamos tirando, todavía me había podido convencer de que el problema era pequeño. Pero no era solo la isla. Era todo el mundo.

Cuando llegamos al ayuntamiento, aparté todos aquellos pensamientos de mi cabeza. La temperatura había subido por encima de los cero grados y los carámbanos de encima de las puertas goteaban regularmente. Nos dividimos y empezamos a llamar a las puertas para atraer la atención de las personas que sospechábamos que aún estaban ahí dentro, sanas y salvas, y a continuación nos turnamos para intentar arrancar a golpes las tablas sueltas de una ventana. Al cabo de una hora aún no habíamos obtenido respuesta y la madera no había cedido. Finalmente Tobias dio un paso hacia atrás, meneando la cabeza.

Los montones de nieve menguantes del patio revelaban más de lo que, sinceramente, habría querido ver: el brillo verde de un abrigo que cubría una espalda encorvada; una mano cianótica y el puño de una manga; dos pies con calcetines, inclinados en ángulos extraños... ¿Tal vez porque alguien les había arrancado las botas a tirones?

Me estremecí y di media vuelta.

—Larguémonos de aquí antes de atraer a más carroñeros —dije.

Dos días antes, un par de siluetas nos habían empezado a seguir durante el camino de vuelta a «casa». Seguramente se preguntarían dónde vivíamos y qué provisiones teníamos. Y si nos las podían robar. Logramos dejarlos atrás cruzando a través de varios bloques de pisos y aparcamientos, pero no tenía ganas de volverme a topar con un grupo parecido.

Habíamos cruzado ya la mitad del patio cuando oímos un motor que se acercaba por la calle. Estaba muy cerca.

Leo se quedó helado y yo me acordé de su reacción la última vez que habíamos visto un coche. Tobias desenfundó la pistola. Justin dio un paso al frente, casi con impaciencia, pero yo lo cogí por el abrigo.

—Es mejor no llamar la atención —le recordé.

Sería mucho más difícil dejar atrás un coche que a un grupo de personas a pie. Me giré y me puse a buscar un lugar donde escondernos. Pero el auto iba demasiado deprisa, el sonido del motor retumbaba en el silencio reinante. De pronto vi uno de

los cuerpos medio enterrados y comprendí que estaba ante la respuesta que andaba buscando.

—¡Haceos los muertos! —grité.

Me abalancé encima de uno de los montones más altos, me cubrí la espalda de nieve para que pareciera que llevaba tiempo allí y me quedé muy quieta. Oí un jaleo momentáneo a mi alrededor y esperé que fueran los demás, que me imitaban. Contuve el aliento y noté el frío de la nieve a través de la bufanda.

Las zarigüeyas eran capaces de quedarse inmóviles durante horas, y había otros animales que tenían también esa habilidad. Mi abuela por parte de padre nos contaba a menudo una historia que había tenido lugar durante un viaje familiar a Sudáfrica, cuando ella tenía nueve años; recuerdo que mientras hablaba se frotaba la cicatriz del dorso de la mano. Mi abuela había visto una serpiente sobre la hierba, con la lengua fuera, y la había tocado unas cuantas veces con la punta del pie; el animal parecía muerto, pero en cuanto mi abuela se había agachado y había alargado la mano para acariciarle las escamas, había dejado de parecerlo.

Yo no estaba segura de ser capaz de ofrecer una actuación tan convincente, aunque confiaba en que nadie se acercara a tocarme con la punta del pie.

El suelo vibró ligeramente y el coche pasó junto a nosotros. Redujo la velocidad. En ese momento, casi me da un síncope. Sin embargo, debía de haber frenado para tomar otra calle, porque de inmediato el motor volvió a rugir y el ruido se fue alejando poco a poco.

Cuando ya no se oía, me levanté. Los demás hicieron lo mismo y empezaron a sacudirse la nieve de la ropa. Justin estaba refunfuñando. Me entraron ganas de reír: por primera vez me había hecho caso, habíamos conseguido salvarnos otra vez sin tener que pelear, sin que nadie resultara herido. Y eso era casi una victoria.

Pero entonces me acordé de Gav, que nos esperaba en el piso, y mi alegría se diluyó. A pesar de la victoria, no estaba más cerca que antes de poder salvarlo.

—¿Aún no habéis encontrado ninguna guía telefónica en los pisos? —le pregunté a Tobias en cuanto nos pusimos en marcha.

—Imagino que dejarían de enviar las guías impresas —dijo—. Todo el mundo utilizaba Internet...

«Y ya ves de qué nos sirvió», pensé.

—Pues tenemos que encontrar una —insistí—. Necesitamos las direcciones de los laboratorios privados de la ciudad.

—¿Aún crees que vamos a encontrar médicos en alguna parte? —preguntó Justin, que le pegó un puntapié a un trozo de hielo.

—Aquí hay gente —dije—. Mucha gente, teniendo en cuenta las circunstancias. Digo yo que alguien con conocimientos científicos encontraremos.

Pero se nos estaba acabando el tiempo, sobre todo a Gav. Aceleré la marcha.

—En cuanto lleguemos voy a registrar el edificio entero yo misma.

Con las prisas, no vi que algo se movía a nuestras espaldas hasta que estuvimos en el segundo piso del bloque de apartamentos. Se oyó el frotar de una tela en la barandilla en el piso de abajo. Me detuve en seco. Se me pusieron los pelos de punta.

Nos estaban siguiendo.

Me obligué a seguir caminando. Cuando llegamos a nuestra planta, le di un golpecito en el hombro a Tobias y continué escaleras arriba. Los demás me dirigieron una mirada confusa, pero me siguieron. Al llegar al rellano de la quinta planta, cerré las puertas, retrocedí unos pasos por el vestíbulo y me quedé quieta.

—Pero ¿qué...? —empezó a protestar Justin, pero yo me llevé un dedo a la boca.

—Nos están siguiendo —susurré—. Mira.

Nos quedamos en fila, aguardando en silencio. Unos segundos más tarde, la puerta de las escaleras se abrió un dedo. Quienquiera que hubiera al otro lado debió de vernos, pues también se detuvo.

No teníamos dónde escondernos ni forma de despistarlos. Solo nos quedaba esperar que fueran pacíficos.

—¿Buscáis algo? —pregunté—. ¿Por qué no salís y hablamos?

La puerta se abrió con un chirrido, primero unos dedos más, y finalmente del todo. Detrás apareció una figura encapuchada, vestida con un largo abrigo negro.

—No os enfadéis conmigo. Solo quería ver qué hacíais.

Era una voz de chica, débil y aguda. Se nos acercó con paso sigiloso, sus botas militares no hacían nada de ruido. Entonces se quitó la capucha.

Era mayor de lo que su voz parecía indicar; seguramente tenía más años que yo. Su nariz era pequeña y respingona, como de ratoncito, aunque el efecto quedaba mitigado por la sombra de ojos negra y el pintalabios marrón brillante. Tenía el pelo castaño claro con destellos desteñidos. Su cara era estrecha. Con aquella pinta, habría encajado mucho más en la cola de una discoteca que siguiéndonos de puntillas a través de un edificio abandonado.

—Os he visto en la clínica Mount Sinai —dijo—. Y me habéis parecido... legales. A diferencia de la mayoría de la gente que queda por aquí.

El nombre Mount Sinai me sonaba, pero la verdad era que no había estado prestando mucha atención a esos detalles y no sabía cuánto hacía que habíamos estado en esa clínica.

—Hay mucho capullo suelto —dijo Justin, que la miró como si en cualquier momento fuéramos a enzarzarnos en un combate a muerte—. No queremos saber nada de esa gentuza.

La chica esbozó una sonrisa divertida, o tal vez de complicidad, no era fácil decirlo.

—Me llamo Anika —dijo, y extendió las manos en gesto de súplica. Llevaba las

uñas pintadas del mismo color que los labios—. No os quiero agobiar ni nada, pero es que ahora mismo la ciudad es brutal. Llevo semanas viviendo sola. Parece que vosotros tenéis un buen grupo. Y pensaba, no sé, que a lo mejor podía estar con vosotros. Durante unos días, tal vez.

Agachó la cabeza con un gesto temeroso que me pareció más coqueto que auténtico. Tobias abrió la boca y me miró. Justin frunció el ceño.

—¿Llevas armas? —le preguntó Leo.

Anika parpadeó con lo que pareció sorpresa sincera. Entonces volvió los bolsillos del revés, se bajó la cremallera del abrigo y lo abrió para que viéramos que debajo llevaba tan solo un jersey morado de cuello alto y unos vaqueros tan ceñidos que si hubiera llevado una pistola o un cuchillo se le habría notado.

—A lo mejor os puedo ayudar un poco —sugirió, mientras volvía a cerrarse la cremallera—. He estado aquí desde el principio... Bueno, en realidad he vivido toda mi vida en la ciudad. Si buscáis algo, a lo mejor sé dónde encontrarlo.

Se me aceleró el pulso. Tal vez aquella chica fuera justo lo que necesitábamos; aunque no nos estuviera contando toda la verdad, no parecía peligrosa. Además, ella era una y nosotros éramos cuatro, íbamos armados, éramos más altos y seguramente también más fuertes.

Valía la pena arriesgarse.

—De acuerdo —le dije—. Estamos en la planta de abajo.

Al entrar en el apartamento, Anika puso unos ojos como platos al ver el sofá de piel, la cocina de granito y la chimenea encendida. Comprobé aliviada que toda la comida que habíamos encontrado seguía escondida en los armarios. La nevera estaba en el dormitorio de Gav, así nos asegurábamos de que a Justin no le dieran tentaciones.

Iba a sugerir que nos sentáramos todos cuando se oyó una tos al otro lado de la puerta. Anika se puso muy tensa y giró la cabeza hacia el dormitorio.

—Tenéis a un enfermo —dijo.

—Sí —respondí yo fríamente.

—No pasa nada —aclaró Tobias—. No sale del dormitorio. Somos muy precavidos.

—Vuelvo dentro de un momento —dije, y cogí una de las botellas de agua hervida que habíamos dejado enfriándose en el alféizar de la ventana.

Cuando entré, Gav estaba sentado encima de la cama, con las piernas cruzadas. Se bebió la mitad de la botella de un trago, apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos. Aunque el calor que se filtraba a través de la pared que comunicaba con la sala de estar era muy escaso, tenía tanta fiebre que incluso se había quitado el abrigo. No solo eso, sino que desde que lo había visto a la hora de comer se había desprendido también del jersey, que ahora llevaba atado a los hombros, encima de la camiseta de

manga corta. Tenía la sensación de que estaba más delgado de lo habitual, y no era porque se hubiera quitado la ropa.

Se incorporó, respirando entrecortadamente, y se sonó con el trozo de tela que utilizaba de pañuelo. Se oyó la aguda voz de Anika al otro lado de la puerta.

—¿Habéis traído a alguien? —preguntó.

Me cambié la ropa por la que usaba dentro del cuarto, que había dejado encima del tocador, y me senté en la cama, junto a él. Gav me abrazó automáticamente.

—Una chica nos ha seguido hasta aquí —respondí en tono ligero, como si no fuera nada—. Dice que quiere unirse al club. ¿Crees que deberíamos hacerle un *casting*?

Gav esbozó una sonrisa.

—Seguramente debemos confiar en su palabra. Al parecer hay mucho movimiento y cambio de personal en el negocio de los que quieren salvar el mundo.

Imaginé que se refería a Tessa y a Meredith. No podía ser de otro modo, pues aún no habíamos mencionado ni una sola vez el hecho de que, si no lograba encontrar ayuda antes, dentro de unos días iba a dejar de ser él mismo. Y, sin embargo, durante unos segundos se me hizo un nudo en la garganta y no pude hablar.

Lo rodeé con los brazos y lo abracé con fuerza. Él me devolvió el abrazo, pero al cabo de un momento bajó los brazos. La tos y la fiebre lo habían dejado sin fuerzas.

—Entonces, ¿crees que es de fiar? —preguntó, hablando ya más seriamente.

—Puede tener información útil —respondí.

—En ese caso será mejor que salgas ahí fuera antes de que termine de contar su historia —dijo—. Y así me la podrás relatar más tarde, no me quiero quedar fuera de órbita.

—Cuenta con ello —contesté, y le di un beso en la mejilla—. Te traeré un informe completo con la cena.

Noté cómo me seguía con la mirada cuando salí de la habitación, su deseo de participar en lo que estaba pasando me pesó sobre los hombros.

Anika estaba sentada en el sofá, flanqueada por Justin y Tobias. Justin parecía montar guardia, mientras que Tobias la miraba como si temiera que fuera a desvanecerse si apartaba los ojos. La chica gesticulaba con las manos mientras hablaba.

—Para cuando mamá fue al hospital ya no aceptaban visitantes. Eso fue cuando aún quedaba gente que trabajara en los hospitales, claro. Habían cancelado las clases en el instituto y la mayoría de mis amigos se habían puesto enfermos o se habían marchado de la ciudad. Pero yo no la quería abandonar, aun sabiendo que no iba a poder ir a visitarla.

Cogí una silla del comedor y me senté junto a uno de los altavoces de la sala, tan grandes como inútiles. Anika me miró un instante y luego se volvió hacia el resto de

su público.

—Debió de ser duro —comentó Tobias, que se ruborizó cuando ella le sonrió.

—Sí —dijo la chica—. Al cabo de unos días, la gente empezó a asaltar los hospitales y, poco a poco, todos los médicos se asustaron y desaparecieron. Ni siquiera sé qué le pasó a mi madre. Estaba en la Mount Sinai, pero cuando fui a buscarla no la encontré. Desde entonces me las he tenido que apañar yo solita.

—Parece que no te ha ido tan mal —dijo Leo.

—Supongo que podría haber sido peor —admitió Anika—. Encontré un sitio más o menos como este, y de momento me han dejado tranquila. Además, mi padre era un poco paranoico y antes de que el pánico se apoderara de la ciudad compró un hornillo de camping y un montón de combustible, o sea, que más o menos he podido cocinar. Que no he pasado hambre, vamos. Pero la gente de por aquí, o por lo menos la mayoría, está loca. Da miedo. Por eso me he alegrado tanto al veros.

—¿Para quién es el maquillaje? —preguntó Justin—. Es un poco raro que vayas así, ¿no?

—Es para mí —dijo Anika, que entrecerró los ojos un momento, pero rápidamente recuperó su gesto jovial y agitó el pelo con una carcajada—. Si pareces mayor y capaz, la gente no se mete tanto contigo. Prefieren las víctimas más débiles.

Me pregunté qué aspecto debíamos de tener nosotros a sus ojos.

—Has dicho que los médicos empezaron a desaparecer —intervine—. ¿Sabes si queda alguno en alguna parte? ¿Tal vez en alguna clínica menor, o en alguna oficina que se les haya pasado por alto a los saqueadores?

—Si queda alguno, disimula muy bien. Pero puedo preguntar por ahí —dijo, y señaló el dormitorio con la cabeza—. ¿Ese es el motivo por el que habéis venido hasta aquí desde la costa? —preguntó, e imaginé que los chicos se lo habían contado mientras estaba en el dormitorio—. ¿Por él? Es un largo camino...

—Supusimos que teníamos más probabilidades de encontrar a algún médico que aún trabajara en la ciudad —respondí.

Anika se removió y su rodilla frotó la de Tobias, que se puso aún más colorado.

—Hace una semana oí a unos tipos que decían que alguien había encontrado una vacuna, o algo así —dijo—. No sé si es verdad, pero sonaban bastante emocionados.

Nos miró uno a uno, con expresión esperanzada. Justin se la quedó mirando con una cara aún más sospechosa que antes; casi habría preferido que le dijera que estábamos al corriente de la vacuna. Leo frunció los labios, que quedaron convertidos en una fina raya, y Tobias se miró las manos. Yo hice lo posible por conservar la calma, aunque tenía un nudo en la garganta.

Si alguien había estado hablando de la vacuna hacía una semana, mientras nosotros estábamos encerrados en la granja, solo podía significar una cosa: el grupo que había enviado a los de la furgoneta verde y que nos había mentado por la radio

tenían también aliados en la ciudad.

—Si existe una vacuna, sería fantástico —dije, intentando que pareciera que era la primera vez que oía hablar de ello—. ¿Quién era esa gente? ¿Dónde los viste? A lo mejor podríamos encontrarlos y preguntarles qué saben...

—Pues no sé —contestó. Levantó un hombro y lo dejó caer torpemente—. No los conozco. Estaban echando un vistazo en una tienda, cerca del lugar donde vivo. Solo les presté algo de atención porque les oí comentar lo de la vacuna...

—¿Y sabían dónde estaba esa vacuna? —preguntó Leo.

Anika negó con la cabeza.

—Creo que no lo sabían. Por lo que dijeron, era como si esperaran que alguien fuera a traerla a la ciudad. Pero, como ya he dicho, también es posible que estuvieran especulando. Tal vez solo sea un rumor.

Mis ojos se toparon con los de Leo y vi la preocupación que reflejaban.

No habíamos dejado atrás a nuestros enemigos, sino que, más bien, nos habíamos metido en la boca del lobo.

VEINTITRÉS

Había estado pasando las noches en el dormitorio, con Gav. Los demás habían acampado en la sala de estar, calentitos junto al fuego, y él había intentado convencerme para que fuera a dormir con ellos, pero yo no quería dejarlo solo en aquella habitación oscura y fría, mientras el virus se iba apoderando de su cerebro.

—Quiero estar contigo —le había dicho, y al ver que se disponía a protestar, lo había fulminado con la mirada—. Cállate.

Se había quedado descolocado un momento y finalmente se había echado a reír, tal como yo esperaba. Entonces me había abrazado y me había dado un beso.

—Yo también te quiero aquí —había admitido, y no había vuelto a intentar convencerme de que me fuera.

La noche del día en que encontramos a Anika, Gav se durmió enseguida, pero tenía tics constantes en los brazos y las piernas a causa de los picores, que ya no lo abandonaban nunca. Me eché a su lado y cerré los ojos, pero el cerebro me iba a mil por hora. Era plenamente consciente de la presencia de Anika al otro lado de la pared, una intrusa entre nosotros. Me había parecido una crueldad echarla del piso por la noche, y además se había ofrecido a acompañarnos por la mañana a un par de edificios del Gobierno que podían tener laboratorios, pero aún no estaba segura de cómo iba a encajar con nosotros.

Pero sobre todo pensaba en Gav. En las pocas noches que nos quedaban antes de que el virus se apoderara de la parte de su cerebro que controlaba las cosas que decía y hacía, antes de que empezara a soltar cada impertinencia que se le pasara por la cabeza, de forma indiscriminada.

En cuanto mamá había llegado a esa fase, papá no había podido pasar más noches con ella. ¿Sería más fácil para mí porque Gav y yo no nos conocíamos desde hacía tanto tiempo? Pensé que a lo mejor nada de lo que dijera podría herirme demasiado...

A lo mejor al día siguiente encontraríamos a alguien que pudiera ayudarnos y ya no tendría que preocuparme por ello.

Me había empezado a calmar cuando, de repente, oí un débil chirrido y noté una leve corriente de aire sobre las mantas. Alguien había abierto la puerta del dormitorio.

Estaba debajo de las sábanas, de modo que no vi nada ni siquiera cuando abrí los ojos. Me quedé en silencio y agucé el oído. Se oyeron pasos y un chasquido, y los contornos de las mantas adquirieron un brillo luminoso. ¿Una linterna?

Se oyó un crujido de plástico mientras alguien examinaba nuestras bolsas. Los pasos dieron la vuelta a la cama; me puse tensa.

Tenía la nevera con las vacunas a los pies de la cama.

Habría podido apartar las mantas y encararme con quienquiera que estuviera allí, pero quería saber exactamente qué se proponía y hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

Entonces se oyó un ruido, cuando levantó la tapadera, y oí que se le cortaba la respiración. Volvieron a cerrar la tapa y se apagó la luz. La nevera golpeó en la pared, señal de que la habían levantado del suelo.

No necesitaba más pruebas. Aparté las sábanas y salí de la cama de un brinco. La figura dio media vuelta con la nevera en las manos y echó a correr hacia la puerta. La agarré por la manga del abrigo, pero no con suficiente fuerza, y logró zafarse.

—¡No te muevas! —grité.

Las botas de Anika resonaron sobre el suelo del apartamento y me lancé sobre ella. Se oyó un crujir de sacos de dormir procedente de la sala, y los demás se despertaron con una confusión de voces:

—Pero ¿qué...?

—¿Qué pasa?

—Diría que...

Anika empezó a manosear el cerrojo de seguridad. Cogí el asa de la nevera y se la intenté arrebatar de las manos, pero ella echó el brazo hacia atrás y me pegó un codazo en la frente. La cabeza empezó a darme vueltas y noté cómo la nevera se me escurría entre los dedos. Anika agarró el contenedor con más fuerza y accionó el pomo de la puerta.

Pero antes de que tuviera tiempo de abrirla un centímetro, otro brazo la cerró de golpe. Anika dio un respingo, se giró y se quedó helada.

Una figura alta, que al cabo de un instante reconocí como Tobias, levantó la mano. La débil luz de la chimenea iluminó la forma negra de su pistola. Levantó el dedo y quitó el seguro con un chasquido que sonó fortísimo en el silencio que, de repente, se había hecho en el apartamento. Cuando habló, lo hizo con voz crispada pero firme.

—Creo que será mejor que le devuelvas eso a Kaelyn.

Anika dejó la nevera en el suelo y soltó el asa. Leo y Justin aparecieron detrás de Tobias, con el ceño fruncido y cara de dormidos. Me toqué el lugar donde Anika me había dado con el codo e hice una mueca. Me acerqué lo justo para recuperar la nevera, me la llevé a un lado y la abrí.

A pesar de la refriega, los frascos seguían intactos.

—¿Kae? —preguntó Gav desde el dormitorio con voz vacilante—. ¿Va todo bien?

Suspiré y volví a poner la tapa.

—Sí, ahora sí.

—Os van a terminar encontrando —dijo Anika—. Lo mejor que podéis hacer es entregarme la vacuna ahora mismo; así dejarán de perseguiros.

—¿Qué dices? —le preguntó Justin—. ¿De quién hablas?

—De los guardianes —contestó Anika—. Los guardianes de Michael —añadió. Nos miró uno a uno y enarcó las cejas—. Ni siquiera sabéis quién es Michael, ¿verdad?

—Si nos lo cuentas lo sabremos —dije.

Al ver que no respondía, Tobias dio un paso al frente sin dejar de apuntarla a la cara. La chica cerró los puños dentro de las mangas del abrigo y levantó la barbilla.

—Yo no lo he visto nunca —respondió finalmente—. Al parecer, el tal Michael vino desde la Columbia Británica cuando el virus empezó a atacar el país y se dedicó a conquistar todos los lugares por donde pasaba, lo mismo que hizo con la ciudad.

—¿Y cómo se lo monta un tío solo para conquistar una ciudad? —preguntó Justin.

Anika se encogió de hombros.

—Tiene comida, generadores y material sanitario, y lo reparte entre quienes le son fieles. A los que lo ayudan lo suficiente los nombra «guardianes» y, cuando se marcha, estos guardianes se dedican a vigilar los lugares por los que ha pasado.

—¿Y está en Toronto? —preguntó Leo.

—Creo que ahora mismo no. Yo no lo sé todo, no los tengo tan controlados, pero, por lo que he oído, diría que se ha ido a Estados Unidos. Eso sí, los guardianes se comunican con él por radio. Son muchos, y tienen coches y pistolas; no os conviene meteros en líos con esa gente, creedme. Os están buscando, a vosotros y a la vacuna.

—Y tú pensaste que si les llevabas lo que buscaban te ganarías una buena recompensa, ¿verdad? —le solté, escrutándola. Vi un brillo de desesperación en su mirada.

—¡Pues sí! —exclamó—. Habría tenido la vida resuelta. Es importante asegurarte de que vas a tener suficiente comida, un edificio con calefacción y una de esas mascarillas para no ponerte enfermo, y ellos son los únicos que tienen todas esas cosas. ¡Naturalmente que quiero estar a buenas con ellos!

Me recorrió un escalofrío. El tipo que nos había preguntado qué hacíamos el primer día, cuando habíamos salido a por leña, llevaba mascarilla. Habíamos estado a unos pocos pasos de uno de esos guardianes, una de esas personas que habrían matado para conseguir la vacuna, y ni siquiera nos habíamos dado cuenta. Si Justin llega a hablar un poco más, aquel tipo se habría dado cuenta de quiénes éramos.

—Sois muy estúpidos si creéis que aquí estáis a salvo —dijo Anika—. Habéis tenido suerte de que os haya encontrado yo primero. Hacer la ronda de los hospitales, ponerse a gritar delante del ayuntamiento... Supuse que seríais vosotros, la verdad es que no hacía falta mucha imaginación. En cuanto se enteren de que estáis en la

ciudad, lo tenéis jodido.

—¿Se lo vas a decir tú? —preguntó Justin.

—No sé —respondió Anika, que no se andaba con rodeos, y sus ojos fueron de la pistola a la cara de Tobias—. ¿Voy a tener la oportunidad?

Tobias palideció, pero no le tembló el pulso. Me miró. ¿Era así de fácil? ¿Bastaba con que yo diera la orden para que la matara?

Se me volvió el estómago del revés. No me gustaba nada lo que había hecho, pero comprendía perfectamente lo que era estar desesperado por sobrevivir. No merecía morir por ello.

Pero, al mismo tiempo, nosotros teníamos que asegurarnos nuestra supervivencia.

—No te vamos a hacer daño —dijo. Justin ya iba a protestar, pero le clavé la mirada y se calló—. No le vamos a hacer daño —insistí, y me volví de nuevo hacia Anika—. Pero tampoco podemos dejar que te vayas.

Tobias bajó la pistola.

—La podríamos encerrar en otro de los apartamentos —dijo.

Leo asintió con la cabeza.

—Eso nos daría tiempo para decidir qué hacemos a continuación.

—¿Y vais a dejar que me muera de hambre? —preguntó Anika con los labios apretados—. Porque prefiero que me disparéis directamente.

—No —dije—. Dejaremos que te vayas, pero solo cuando nos parezca prudente.

Justin soltó un suspiro.

—Necesitaremos un sofá, o algo pesado —empezó a decir Tobias, que apartó los ojos de Anika un instante.

La chica aprovechó la distracción, estiró el brazo y volvió la cara. Se oyó un siseo y de pronto empezó a salir una nube de vapor de un botecito que llevaba en la mano. Justin pegó un brinco hacia atrás y se llevó las manos a la cara; yo me hice a un lado, abrazada a la neverita, y solo me llegaron unas gotitas a los ojos. Era gas pimienta, debía de haberlo llevado escondido en la manga. A través de las lágrimas, vi que Tobias empezaba a toser, con la mano encima de los ojos. Anika abrió la puerta y su figura delgada salió corriendo por el pasillo. Empujé la nevera hacia el dormitorio y salí corriendo tras ella.

El pasillo oscuro estaba iluminado apenas por el débil resplandor que salía de nuestra puerta abierta. Además, yo tenía la vista borrosa y no veía nada. Las botas de la chica resonaron sobre el suelo; ya estaba demasiado lejos. Di unos pasos dubitativos y oí cómo se cerraba la puerta del hueco de las escaleras. Entonces me apoyé en la pared y me froté los ojos con la manga, una y otra vez. Dentro del apartamento, Justin estaba gimiendo.

Leo apareció en la puerta.

—¿Kae?

—Se ha ido —dije.

—¿Estás bien?

—Sí —contesté. Aún me escocían los ojos, pero ya no me lloraban tanto—. Solo me ha dado de refilón. ¿Y a ti?

—A mí no me ha dado —dijo Leo—. Creo que el que se ha llevado la peor parte es Justin, aunque Tobias tampoco se queda corto. Dice que el agua no sirve de nada, de modo que están ahí sentados, llorando. —Leo dudó un instante—. Será mejor que nos vayamos a otra parte. Seguramente lo primero que hará será ir a buscar a los guardianes y traerlos aquí.

—Sí, tienes razón. Mierda —dije, y volví a entrar.

Encontramos a Justin acucillado junto al sofá, y a Tobias sentado en el sillón.

—La voy a matar —murmuraba Justin, balanceándose levemente—. Y luego la mataré otra vez.

—Vale, pero de momento sigue parpadeando —le dijo Tobias—. Cuantas más lágrimas segregues, antes lo expulsarás de tu organismo.

—Coge los sacos de dormir y las mantas —le indiqué a Leo—. Yo empezaré a empaquetar la comida.

—Nos largamos de esta mierda de ciudad, ¿no? —preguntó Justin—. Estoy hasta las narices de este sitio.

Me lo quedé mirando. Ni siquiera me había planteado adónde iríamos, solo que teníamos que salir de aquel edificio.

—No nos podemos ir —dije—. Encontraremos otro apartamento que no esté cerca de este.

—Pero ¿por qué? —preguntó Justin—. En esta ciudad no hay nada.

Se me hizo un nudo en la garganta. El dormitorio estaba en silencio, a lo mejor Gav se había vuelto a dormir, pero la puerta estaba abierta de par en par. No le podía quedar mucho tiempo. Mientras estuviéramos en la ciudad, teníamos muchas más probabilidades de toparnos con una persona con los medios necesarios para hacerle una transfusión. Marcharnos ahora equivalía a rendirnos para siempre; marcharnos era lo mismo que condenarlo a muerte.

—Si todavía quedan médicos y científicos, seguir en la ciudad es nuestra mejor opción de encontrarlos —dije, bajando la voz—. Tenemos que cambiar de aspecto, intentar otras estrategias, ser aún más cuidadosos que antes, pero no tenemos ningún otro sitio adonde ir. A menos que quieras volver a la colonia a echar una mano con las plantas, claro.

Justin hizo una mueca.

—No debería haber bajado la guardia —murmuró Tobias—. No debería haberle dado esa oportunidad.

Leo vaciló un instante, pero finalmente dijo:

—Es medianoche, estamos cansados y un poco descolocados. Podemos tomar la decisión definitiva más adelante, ¿no? De momento, larguémonos de aquí.

Tuvimos que abandonar el camión. Mientras nos acercábamos a las puertas del garaje, Justin se detuvo, con los ojos aún enrojecidos, y dijo:

—Se lo hemos contado a Anika. Le hemos dicho que llegamos hasta aquí usando el camión quitanieves.

—Entonces lo estarán buscando —respondí—. Por mucho que lo escondamos...

Tobias iluminó la calle con la linterna. La mayor parte de la nieve se había derretido durante el día y ahora las calles estaban despejadas.

—No dejaríamos huellas —dijo—. Podemos marcharnos ahora mismo, y, después de encontrar otro sitio, uno de nosotros se lo lleva y lo abandona bien lejos.

Pusimos unos dos kilómetros entre nosotros y el edificio, dejamos atrás los relucientes apartamentos del centro de la ciudad y llegamos a un barrio con bloques bajos de hormigón y balcones oxidados. Tobias montó guardia junto al camión, con el rifle y la pistola. Gav permaneció echado en la parte trasera, tosiendo bajo varias capas de bufanda. Leo, Justin y yo nos dividimos, y nos metimos por separado en los edificios próximos para poder comprobar tres sitios al mismo tiempo.

Hicieron falta siete intentos antes de que Leo volviera con una sonrisa de medio lado dibujada en los labios.

—No es el edificio más bonito del mundo —dijo—, pero por lo menos tiene chimenea.

Trasladamos nuestras cosas tan rápida y sigilosamente como pudimos. La entrada del edificio y la primera planta apestaban a orina de gato, aunque no se veía ninguno por ahí. Para cuando llegamos a la sexta planta del edificio, el olor ya casi no se notaba. Nos metimos en el primer apartamento que encontramos con la puerta abierta. Era un piso con dos dormitorios, había un futón cutre con tapizado de puntos que hacía las veces de sofá y una alfombra llena de manchas. Gav se metió directamente en el primer dormitorio y se dejó caer encima de la cama, respirando con pesadez, mientras Tobias volvía atrás para deshacerse del camión. Los demás rompimos una de las sillas del comedor, y mezclamos la madera barnizada y las ramitas que nos quedaban para empezar una hoguera.

—Mientras sigamos en la ciudad tendremos que ser más cautelosos todavía —dijo Leo al tiempo que las llamas se iban esparciendo por la madera—. Alguien deberá vigilar la calle todo el tiempo. Por otro lado, si esos energúmenos se presentan por aquí, vamos a necesitar una ruta de escape.

Se frotó la cara y los párpados, hinchados, y de repente me di cuenta de lo tarde que era. Lo único que nos había permitido seguir adelante era la adrenalina, pero ya había empezado a pasarse el efecto.

—Buscaremos una ruta de escape por la mañana —dije—. Ahora mismo no nos podríamos concentrar.

—Pero, aun así, tenemos que montar guardia —soltó Justin—. Yo haré la primera. Más les vale a esos capullos no toparse conmigo.

Entonces se marchó, y yo me fui al dormitorio. Gav parecía estar dormido, pero en cuanto me eché junto a él me rodeó con un brazo. Me tiró de la cintura y yo me volví hacia él. Los dedos seguían en mi costado y noté que trazaban un ocho a través de las diversas capas de ropa.

—¿Estamos seguros ahora? —preguntó.

Cuando lo había despertado para que bajara al camión le había dado tan solo una explicación vaga de lo que había sucedido. Me habría gustado decirle que sí, que estábamos a salvo, pero me miraba fijamente y fui incapaz de mentirle.

—No lo sé —dije.

El resto de las palabras se me atragantaron. ¿Se habría dado cuenta de que nos habíamos planteado la posibilidad de abandonar la ciudad?

Llevaba días esforzándome conscientemente por no pensar en qué sucedería si no lograba encontrar a nadie capaz de replicar la vacuna allí mismo, si al final resultaba que Gav había enfermado por nada, y no podía ni siquiera salvarlo a él. Tragué saliva.

—A lo mejor no deberíamos haber venido.

Los dedos de Gav se detuvieron.

—¿Cómo?

—Tú ya sabías que pasaría esto —dije—. Que no encontraríamos a nadie que nos pudiera ayudar. Siempre creíste que... Y ahora...

—Kaelyn —me cortó, y me acarició la mejilla con los dedos.

Entonces abrió la boca para añadir algo más, pero inmediatamente tuvo que apartar la cara para toser contra el hombro. Le tembló el brazo. Quise levantarme para ir a por un poco de agua, pero él me agarró de la mano y negó con la cabeza mientras seguía tosiendo.

Al cabo de un minuto, el ataque se le pasó. Se volvió a acercar a mí, me acarició de nuevo la mejilla y me apartó los mechones de pelo que me caían sobre los ojos. Cada vez que me tocaba, notaba un cosquilleo en la piel.

—Lo siento —dijo.

—Tú no tienes la culpa —respondí.

Se quedó momentáneamente sin aliento.

—No, me refiero a lo que has dicho antes. Lo siento... No creía que fueras a lograrlo. Y también siento no haberlo sabido disimular tan bien como quería. Supongo que, en realidad, no quería fingir, porque creía que tenía razón.

—Gav —dije, pero no me dejó hablar.

—Pero no tenía razón, ¿vale? O sea, que no te quiero oír decir que te equivocaste

haciendo esto. Estos últimos días he tenido mucho tiempo para pensar. Todo se estaba yendo a la mierda también en la isla, por mucho que no lo quisiéramos admitir: nos teníamos que ir. Y realmente creo que si hay alguien que nos pueda ayudar, tú lo encontrarás antes que nadie. Yo me enamoré de una chica que no se rinde nunca, de modo que me tienes que hacer una promesa: prométeme que no vas a dejar de intentarlo, pase lo que pase.

Me lo quedé mirando fijamente, incapaz de hablar.

—Dilo —insistió Gav.

Le cogí la cabeza y me le acerqué hasta que mis labios tocaran los suyos. Gav me devolvió el beso, pero noté la tensión en el brazo con el que me rodeaba. Incliné la cabeza hacia delante y froté la nariz en su mejilla.

Gav no sabía lo cerca que había estado de rendirme del todo cuando Meredith había enfermado. Nunca le había contado que había llegado hasta el borde del acantilado, a tan solo un paso del vacío. Pero al final no me había rendido y habíamos logrado salir adelante. Tenía que acordarme de eso.

—No dejaré de intentarlo —dije a la oscuridad que se abría entre los dos—. Te lo prometo.

Solo entonces se relajó. Me dio otro beso, subió un poco las mantas y nos quedamos dormidos cara a cara, nuestros alientos entremezclados.

VEINTICUATRO

Por la mañana, imbuida de una nueva determinación, me puse a montar guardia y mandé a los chicos a que registraran todo el edificio en busca de una guía telefónica. Cuando Tobias vino a relevarme, llevaban en la mano una gruesa guía de tapas blandas.

—Creo que son unas páginas amarillas o algo así —dijo—. He pensado que a lo mejor nos serían útiles.

Aquella guía resultó ser un verdadero hallazgo: contenía varios apartados dedicados a diferentes tipos de laboratorios. La hojeé al tiempo que iba marcando los lugares más prometedores en el mapa. En cuanto Leo regresó, lo agarré del brazo.

—Tenemos que ir a echar un vistazo a estos dos sitios ahora mismo —le dije, señalando los dos puntos que quedaban más cerca—. Podemos volver antes de que anochezca.

Caminamos en silencio, pegados a los edificios, atentos a si oíamos algún coche. Uno de nuestros objetivos, un centro de pruebas médicas, había sido saqueado: encontramos las puertas abiertas de par en par y las oficinas desvencijadas. El otro era un laboratorio de investigaciones neurológicas situado en un estrecho edificio de estuco que parecía intacto, pero tenía todas las ventanas a oscuras. Cuando llamé a la puerta, no respondió nadie.

—Solo tenemos que encontrar uno —dijo Leo mientras volvíamos al apartamento.

Después de cenar me senté en el sofá a planear lo que haríamos el día siguiente, y Tobias se instaló con la radio en la mesita del café, junto a la puerta corredera de cristal que daba al balcón. Leo y Justin descompusieron un par de sillas más y empezaron a alimentar el fuego. Tobias seguía su sistema habitual: preguntaba si había alguien al otro lado, cambiaba de canal, repetía la pregunta, y así sucesivamente. Leo acababa de tirar el último trozo de madera al fuego cuando Tobias hizo girar el dial y por los altavoces salió una voz a mitad de frase.

—¿... ahí? Responded, por favor.

Dejé caer el mapa y me eché hacia delante. Tobias vaciló un momento, con el micrófono en la mano, y finalmente dijo:

—Sí, te oímos. ¿Quién habla? Cambio.

La voz que contestó era la de Drew:

—Busco a Kaelyn Weber. ¿Con quién hablo?

Tobias me pasó el micrófono. Lo cogí con el corazón desbocado: había estado

esperando aquel momento desde la última vez que habíamos hablado, pero de pronto no sabía si realmente quería saber la respuesta a todas mis preguntas.

—Drew —dije—. Estoy aquí. Llevamos toda la semana intentando dar contigo.

—Lo siento —contestó él—. Es que casi siempre hay alguien monitorizando los radios al mismo tiempo que yo. Carmen ha salido un momento a fumar, pero seguramente dispondré tan solo de unos minutos. No sigues en la ciudad, ¿verdad? Dime que te has ido.

Iba a preguntarle cómo sabía que estábamos en la ciudad, pero entonces comprendí que Anika debía de haber ido directamente a hablar con los guardianes, tal como habíamos supuesto que haría. Y que Drew también estaba ahí, con ellos.

Había otras mil cosas que quería saber, pero las palabras se me escaparon casi sin querer:

—¿Qué haces con esa gente, Drew? ¿Qué demonios estás haciendo?

Durante unos segundos se oyó solo un débil silbido, pero finalmente Drew dijo:

—Intento encontrar una forma de ayudar. A eso vine. Y si quieres lograr algo, debes estar del lado de la gente que tiene el poder.

Hablaba casi como Anika. Noté un sabor amargo en la garganta, pero antes de que pudiera responder, Drew siguió hablando.

—¿Y tú qué? La gente que enviaron a buscaros a New Brunswick... Encontraron los cuerpos, Kae.

—Yo no quería que sucediera eso —dije en voz baja.

—Aquí van todos a por vosotros. Están cabreados. Dios, no sabes cuánto me alegro de que estés bien, pero no sé si... —empezó a decir, pero se calló en seco—. Aún no me has dicho dónde está Kaelyn. Te has marchado de Toronto, ¿verdad?

—No podemos ir de un lado para otro con la vacuna —le dije—. Tenemos que encontrar a alguien capaz de replicarla.

—O sea, que seguís aquí —dedujo—. Kaelyn, os están buscando en este preciso instante. Aunque encontraras a alguien capaz de reproducir la vacuna, aquí, en la ciudad, nos la terminaría entregando a nosotros igualmente. Cuando Michael llegó, las primeras personas a las que buscó fueron a las que tenían experiencia médica, y ya no queda nadie más. Llevo aquí casi dos meses, si hubiera alguien, lo sabría.

Sacudí la cabeza. Quería borrar sus palabras, pero no pude.

—¿Y adónde se supone que tengo que ir? —pregunté con voz entrecortada.

—No lo sé —contestó Drew—. Podrías probar... Hasta que se cortaron las comunicaciones, todo el mundo comentaba que el CCE estaba trabajando con el virus, intentando encontrar algún tipo de tratamiento. Michael creía que aún podían estar operativos, y antes de oír hablar de vosotros y la vacuna tenía planeado trasladarse hasta allí. Creo que... —dijo, bajando la voz—. Carmen está en el vestíbulo. Lo siento, lo volveré a intentar mañana.

La transmisión se cortó, y en su lugar quedó tan solo un débil zumbido de estática. Me sentí tan vacía como la señal.

Tobias apagó la radio y se pasó los dedos por su pelo rubio.

—El CCE —dijo.

—¿Qué es eso? —preguntó Justin.

—El Centro para el Control de Enfermedades —respondió Leo—. Cuando vivía en Nueva York, los científicos que trabajaban allí salían cada dos por tres en las noticias. Está en Atlanta.

Atlanta. Se me cayó el alma a los pies. Así era cómo debía de haberse sentido Gav cuando había sugerido que siguiéramos adelante hasta Toronto. ¿Cuántos cientos de kilómetros más teníamos por delante?

—Pues es evidente que no consiguieron gran cosa —apuntó Justin.

—Por lo menos lo intentaban —replicó Leo—. Además, disponen de la mejor seguridad, necesariamente. Tienen muestras de todo tipo de enfermedades mortales: ébola..., ántrax..., esas cosas. O sea, que es posible que el centro no haya caído, como los hospitales de aquí.

—Pero ¿podemos fiarnos de este tío? —me preguntó Tobias—. O sea, ya sé que es tu hermano y todo eso, pero ¿crees que tiene razón? ¿Es posible que no quede nadie en toda la ciudad?

Los ojos se me fueron hacia Leo, que me devolvió la mirada con un mohín. Seguramente los dos estábamos recordando nuestra conversación sobre cómo cambia la gente.

Leo había cambiado. Drew había cambiado. Y en algunos casos seguramente para peor. Pero pensara lo que pensara Leo, eso no significaba que ninguno de los dos se hubiera vuelto mala persona. Drew había arriesgado la vida para salir de la isla y encontrar un remedio para mamá y para mí. Las dos veces que habíamos hablado por la radio, su objetivo había sido protegerme.

—Sí —dije—. Yo le creo.

Y no quería abandonarlo. Si esperábamos, si podíamos volver a hablar con él al día siguiente, ¿querría venir con nosotros?

Solté un suspiro. No tenía ni idea de cuánto había hasta Atlanta, pero no podía ser menos que lo que ya habíamos recorrido. Un viaje que podríamos haber hecho en dos días nos había llevado un par de semanas. Disponíamos de comida, pero íbamos a tener que encontrar gasolina, evitar a Michael y a sus secuaces, y mantener la vacuna refrigerada mientras avanzábamos hacia el sur.

Y luego estaba Gav.

No le quedaban dos semanas; ni siquiera le quedaba una. Dentro de apenas unos días empezarían las alucinaciones y no tendríamos forma de calmarlo ni de contenerlo. Pero le había prometido que no me rendiría.

No podíamos esperar a Drew.

—El camión —dije—. Si nos vamos, necesitaremos un vehículo. No podemos llegar a Atlanta a pie.

Tobias frunció el ceño.

—Está como a media hora de aquí. Eso contando con que siga donde lo dejé. Me llevé las llaves, pero...

Pero si Anika había hablado con los guardianes, seguramente se lo habría contado todo. O sea, que también buscarían el camión.

—Bueno, no tiene ningún sentido ir a por él esta noche —afirmé—. Drew ha dicho que los guardianes están patrullando la ciudad, y verían los faros a varios bloques de distancia. Pasaremos un poco más desapercibidos si viajamos de día. Mañana por la mañana iremos a por el camión y, si no lo podemos utilizar, buscaremos otro vehículo.

Gav me despertó muy pronto; a través de la ventana del dormitorio entraba apenas una vaga claridad. Se revolvió en la cama, me abrazó y me arrimó más a él. Durante un momento me sentí feliz de disponer de un rato más para que pudiéramos estar juntos.

Después de estornudar por encima del hombro, hundió la cara en mi cuello.

—Eres tan... tan guapa —dijo—. Y cariñosa. Y suave. Me encantas. ¿Te lo había dicho alguna vez?

Empecé a reírme, pero de pronto se me atragantó la risa. Todo aquello no era propio de Gav.

—La única otra chica con la que estuve así —añadió, susurrándome al oído— era muy flaca, todo huesos y ángulos. Era muy incómodo.

Me dio un ataque de celos: ¿qué significaba exactamente eso de «con la que estuve así»? ¿Había estado en la cama con otra? ¿Y qué más había hecho en esa cama? Pero muy pronto aquella sensación quedó aplastada por una oleada de puro terror.

—Gav —dije, bajito.

—Pero no era lo mismo —continuó contando él, como si yo no hubiera dicho nada, y soltó un bostezo. A continuación le dio un breve acceso de tos que le estremeció el pecho—. Era mona y yo creía que me gustaba, pero siempre estaba hablando de tonterías, y al final resultó que prefería a Vincent. El primer día que fui a tu casa, tú no me querías ni dejar entrar, estabas cabreadísima, pero me escuchaste de todos modos e incluso me sonreíste, y entonces lo supe. «Esta es la chica —me dije—. La chica que quiero».

Me giré y le di un beso en la mejilla. Él me observó, pero tenía la mirada perdida, como si el que había detrás de aquellos ojos no fuera exactamente Gav.

Y es que era así, en realidad ya no era él.

En algún momento durante la noche, el virus se había apoderado de la parte de Gav que le permitía decidir qué decía y qué no, qué era real y qué era simplemente un impulso. Hundí la cara en su abrigo y cerré los ojos con fuerza, para que no se me saltaran las lágrimas.

—No lo sabía —dije.

En su momento ni siquiera se me había ocurrido pensar en Gav en aquellos términos. Tenía la cabeza demasiado ocupada pensando en el virus y aún no había conseguido liberarme de mis sentimientos por Leo. ¿Cuánto tiempo había necesitado para verlo tal como era de verdad?

—Ni siquiera mis padres tuvieron nunca demasiado interés en escucharme —dijo Gav—. No sonreían casi nunca. Y ahora también se han marchado. Tú no me vas a dejar, ¿verdad? Cada día, cuando te vas, pienso que ni siquiera sé si vas a regresar, y es horrible. Quiero que te quedes conmigo, Kae. No me gusta estar solo.

Se me escapó un sollozo que no logré contener. Se me tensó la mandíbula. Tragué saliva con fuerza y respiré hondo; se me saltaron las lágrimas y noté un sabor salado en la garganta.

—No estarás solo —logré decir—. Yo me quedaré contigo, no te preocupes.

—Es que no es justo —me contestó—. Los demás, Leo y Tobias y eso, te ven todo el tiempo, y yo, en cambio, me paso el día aquí encerrado. No me gusta ni siquiera que pienses en ellos.

—No pienso en ellos. Solo pienso en ti.

—Leo dice que solo es tu amigo, pero también él piensa. Sé que piensa todo el tiempo. Te mira y... —Gav se estremeció, de pronto estaba muy agitado—. Aún no hemos terminado, no hemos encontrado ningún médico, no les hemos entregado la vacuna. En lugar de pasarme el día en la cama, tendría que estar ayudando. Tengo que...

Dejó de hablar y apartó la cara para toser. Cogí la botella de agua del suelo, y cuando me volví a girar me lo encontré incorporado. Gav bebió un trago, tosió y volvió a beber, y entonces se sentó en el borde de la cama. Le costaba tanto mantenerse erguido que le temblaban los brazos.

—Podemos salir juntos hoy —dijo—. Dijiste que tenías que encontrar un vehículo. Yo te puedo ayudar. Te he seguido hasta aquí para ayudarte. A lo mejor, si no hubiera sido tan vago, ya habríamos encontrado uno.

Me sequé las lágrimas con la manga y lo cogí por el hombro. Notaba su calor febril a través de la camiseta.

—Gav —le dije con voz firme—, no has sido nada vago. Tenías que descansar y aún lo necesitas, ¿vale? Cuando..., cuando estés mejor saldremos todos juntos.

Gav vaciló un momento, tembloroso, y finalmente se desplomó de nuevo entre las

mantas.

—De todos modos no vamos a encontrar a nadie —murmuró—. Estos capullos del Gobierno nos han dejado tirados. No son de fiar, ya te lo dije. Sabía que no tenía ningún sentido, nos podríamos haber quedado en un lugar seguro.

Aquellas palabras me dolieron. ¿Era eso lo que pensaba realmente, y no lo que me había dicho el día antes, cuando me había asegurado que entendía que hubiéramos ido hasta allí?

Seguramente ya no lo sabría nunca.

—Intenta dormir un poco más —le dije, y cogí la botella vacía—. Voy a buscar más agua, por si la necesitas, ¿vale? Vuelvo enseguida.

Gav bajó la cabeza y se le cerraron los ojos. Salí de la cama, me cambié de ropa y abandoné el dormitorio.

El fuego se había apagado casi por completo, quedaban apenas unas llamitas que bailaban entre las ascuas. En la sala hacía frío. Justin y Tobias dormían junto a la chimenea, debajo de los sacos. Los rodeé y me acerqué a la ventana, donde teníamos las botellas de agua. Al pasar junto a la pared que comunicaba con el dormitorio me di cuenta de que estaba examinando el mobiliario del piso.

El futón. Si Gav se empeñaba en salir del apartamento para ayudarnos, podíamos atrancar la puerta del cuarto con el futón. Parecía pesado y, de todos modos, no creía que Gav tuviera fuerzas para moverlo.

Y entonces pensé: «Estoy buscando la forma de encerrar a mi novio en la habitación y dejar que se muera».

La puerta del apartamento se abrió y entró Leo, que, al verme, se detuvo.

—Está saliendo el sol —dijo—. Iba a despertar a Tobias para ir a por el camión. Ese era el plan, ¿no?

Asentí con la cabeza, pues no me atrevía a hablar. Me temblaron las manos y estuvo a punto de caérseme la botella. Leo bajó un momento los ojos y luego volvió a mirarme a la cara, con el ceño fruncido.

—¿Kae? —dijo. Y no sé por qué, pero al oír mi nombre perdí el control sobre mí misma.

Me dejé caer al suelo, con la botella entre las manos. Me abracé las piernas y hundí la cara entre las rodillas. Me ardían los ojos y me asaltó otra oleada de lágrimas, calientes e irrefrenables. Se me escapó un jadeo e intenté tragarme los sollozos: no quería que los demás se despertaran y me vieran de aquella manera.

Sin decir nada, Leo cruzó la sala, se arrodilló ante mí y me abrazó. Yo me resistí durante un segundo, pero al final terminé cediendo y apoyé la cabeza en su hombro, que pronto terminó empapado de lágrimas. Si en algún momento había necesitado a mi mejor amigo, era justo entonces.

—Si puedo hacer algo —dijo al cabo de un minuto, con voz cargada de emoción

—, lo que sea, Kae, dímelo y lo haré.

Pero no podía hacer nada. Ni él ni yo podíamos hacer nada más que quedarnos allí sentados, impotentes.

VEINTICINCO

Una hora más tarde, mientras Gav dormitaba y yo esperaba a que Tobias volviera, se me ocurrió que había una última cosa que podía intentar, y cogí la cajita de jeringuillas que me había llevado del laboratorio de papá. No íbamos a encontrar a ningún médico que pudiera ayudar a Gav, eso era evidente, pero aún podía darle mi sangre y, con ella, los anticuerpos que contenía.

No me lo pensé dos veces. Me remangué y me limpié la piel de la parte interior del codo. Entonces me senté con una de las jeringuillas, cerré el puño y estudié las venas.

Me acordé de cómo Nell me había clavado la aguja cuando me había sacado sangre para dársela a Meredith. Había parecido facilísimo. Pero, claro, ella era médica; por supuesto que le resultaba sencillo. Apreté los dientes, reseguí una vena con la punta de la aguja y finalmente me la clavé.

Lo único que quedó tras el primer pinchazo de dolor fue una vaga sensación de incomodidad. El denso líquido rojizo empezó a llenar el tubo de la jeringuilla. Me sacaría solo veinticinco mililitros; una transfusión corriente consistía en prácticamente veinte veces esa cantidad. Ni siquiera lo iba a notar. Me habría encantado darle más, pero bastante me iba a costar ya convencer a Gav de que aceptara una dosis.

Al retirar la aguja de la vena me estremecí. Gav se revolvió en la cama. Rápidamente, me cubrí la pequeña herida con una de las tiritas del botiquín de primeros auxilios y me bajé la manga.

—Eh —dije entonces, y me senté en la cama. Gav parpadeó y me dirigió aquella nueva mirada que me oprimía el pecho—. ¿Te acuerdas de cuando ayudé a Meredith cuando se puso enferma? —dije rápidamente—. ¿Recuerdas que le di parte de mi sangre para que los anticuerpos pudieran combatir el virus? Pues voy a hacer lo mismo contigo, ¿vale?

Su sonrisa se desvaneció.

—No —contestó—. No voy a dejar que te hagas daño, Kae. Ni hablar.

—Casi no me ha dolido —le dije—. Ya me la he sacado y te la tengo que inyectar de inmediato.

Pero Gav negó con la cabeza y se echó hacia atrás.

—¿Qué especie de cretino egoísta acepta la sangre de su novia? Yo no soy ese tío. Lo siento pero no lo soy.

—No, no lo eres —dije yo—. Tú eres un tío que entiende que su novia tiene que

intentarlo todo para salvarle, porque si no lo hace se va a sentir culpable durante el resto de su vida. ¿Vale?

Su expresión se suavizó un poco.

—¿Culpable? —preguntó—. La culpa no es tuya, sino de la mierda de virus este. Joder, de todas las cosas que podrían haber acabado con nosotros...

—Gav —le dije, y le cogí la mano—. Lo tengo que hacer. Por mí. Por favor.

Me observó, y su mirada volvió a extraviarse.

—Por favor —insistí.

—Tienes que intentarlo todo —dijo, en tono resignado.

—Te enamoraste de una chica que no se rinde nunca —respondí en voz baja.

Esbozó una media sonrisa. Me pregunté si, a pesar de que el virus le afectaba el cerebro, se acordaría aún de lo que me había dicho.

—Sí, supongo que es así —dijo finalmente con un suspiro—. Vale, adelante. Pero solo por esta vez, ¿eh? No quiero que te vuelvas a hacer daño nunca más.

—De acuerdo —dije.

Entonces apartó la cabeza y cerró los ojos, y le di la inyección. Vi cómo mi sangre se iba introduciendo en su brazo y se me revolvió el estómago. Era muy poca sangre, costaba creer que pudiera bastar. Y a lo mejor practicar la transfusión de aquella forma, en lugar de utilizar el suero que Nell había creado antes, no serviría de nada.

Pero lo había intentado, por lo menos lo había intentado.

Estaba tan concentrada en Gav que no oí las voces que sonaban fuera del dormitorio hasta que terminé y él se desplomó sobre la cama. Tobias había vuelto. Las pocas esperanzas que aún tenía se desmoronaron: no había anunciado inmediatamente que era hora de ponerse en marcha, y eso significaba que no había encontrado el camión, o por lo menos que este no funcionaba.

Al cabo de unos minutos, Leo llamó a la puerta del dormitorio.

—Tobias va a montar guardia, y Justin y yo saldremos a ver si encontramos un coche —dijo—. El camión ha desaparecido.

Su voz tenía un tono de pregunta: ¿cómo íbamos de tiempo? De pronto me vino una imagen a la mente: los demás y yo atrancando la puerta del dormitorio, y Gav gritando por la ventana que lo dejaran salir de allí, que quería ir a buscarme. Me la quité de la cabeza.

—Yo también voy —dijo Gav, que intentó levantarse. Lo cogí por la cintura—. Estoy bien —dijo, aunque apenas se tenía en pie—. Y puedo ayudar.

—No, nos quedaremos aquí —le dije, y lo obligué a tumbarse de nuevo en la cama—. Echaremos un vistazo al mapa para ver cuál es la mejor ruta de salida de la ciudad. Estoy demasiado cansada como para caminar —añadí.

Esa última parte pareció que lo convencía. Se apoyó contra la pared y estornudó.

—Vamos a Atlanta, ¿no? —dijo—. Bueno, siempre pensé que si alguna vez viajaba a Estados Unidos sería a California. Suena más guay. Pero a lo mejor podemos ir después de Atlanta. ¿Por qué no?

—Sí, claro —respondí—. Te prepararé alguna cosa para desayunar.

—Puaj —dijo Gav—. Estoy hasta el gorro de la comida enlatada. Tengo el estómago todo... revuelto.

—Veré qué encuentro —contesté, y mientras me levantaba sonreí para que no se notara cómo me temblaba la mandíbula.

No quiso la sopa que le llevé, ni siquiera se tomó una taza de té. Se fue quedando afónico de tanto hablar y hablar, y al final se volvió a adormilar, hundido entre las almohadas. Me quedé a su lado hasta que estuve segura de que dormía, y entonces lo cubrí con la manta y salí del dormitorio. Estaba en la cocina, contemplando una hilera de latas y cajas, y preguntándome qué le podía dar que le gustara, cuando llegaron los otros.

Hablaban entre susurros, pero sus voces tenían un fondo inflamado. En cuanto me vieron se callaron en seco y yo me preparé para lo que se avecinaba.

—¿Qué tal ha ido? —pregunté.

—Mal, no hemos encontrado ningún coche que nos sirva —dijo Leo—. Pero Justin cree que, de todos modos, nos tenemos que marchar ahora mismo.

—¡No nos queda otra! —dijo Justin, que volvió la mirada hacia la puerta del dormitorio. Me crucé de brazos y esperé a que continuara, y a él se le tensó la mandíbula—. Sé perfectamente lo que le pasa a la gente que lo pilla —murmuró—. Pronto se le irá la cabeza y entonces se pondrá a gritar y a bramar, ¿no? ¿Cómo vamos a impedir que el tal Michael nos encuentre?

—Siguen patrullando —añadió Tobias—. Mientras montaba guardia, he ido un momento al callejón a mear; al volver he visto un cuatro por cuatro que se acercaba por la calle: negro, con cristales tintados. El conductor ha bajado la ventanilla y me ha preguntado si estaba solo. Le he dicho que sí y he actuado de forma cordial. No me ha parecido que sospechara, pero como vuelvan por la zona y oigan algo...

—¿Y qué proponéis? ¿Que vayamos a pie? —pregunté. Estaba aterida y no sabía si Gav podría caminar, por lo menos no lo bastante lejos—. ¿No creéis que cantará a la legua, cinco chavales deambulando por la ciudad con los trineos llenos de provisiones? Aunque no pasen en coche junto a nosotros, vamos a dejar un rastro bastante evidente. Además, nos llevará medio día salir de la ciudad, por lo menos.

—Ahora mismo no hay demasiada nieve en las aceras —dijo Leo—. A lo mejor lo logramos. Si crees que Gav puede, claro...

—No lo sé —contesté. Pero sí lo sabía: apenas se tenía en pie. Aunque lograra que comiera algo, y aunque lo sujetara durante todo el camino, tenía serias dudas—. Está bastante débil. Y es posible que nos cueste obligarlo a mantenerse callado...

—En ese caso, tal vez sea mejor que no nos lo llevemos —dijo Justin, y se le pusieron las orejas coloradas.

—Yo ya le he dicho que eso no era una opción —intervino Leo, y le puso la mano en el hombro, pero el otro chico se lo quitó de encima.

—¿Se puede saber qué ha pasado con eso de que lo más importante es la vacuna? —preguntó, con una voz que estaba a medio camino de un gemido—. Sabemos que si queremos encontrar a alguien que produzca más cantidad de vacuna nos tenemos que ir, ¿no? Y también sabemos —añadió dando un paso hacia la puerta del dormitorio— que no va a mejorar. La gente que coge el virus no mejora. Lo estamos arriesgando todo cuando... Gav podría morir ahora mismo y no cambiaría nada.

En un momento estaba ahí, con sus palabras resonándome dentro de la cabeza, y al siguiente había cruzado la sala con cuatro pasos y me había abalanzando encima de él, cegada por la ira. Tobias dio un paso hacia el frente y me agarró del brazo. Me quedé a pocos centímetros de Justin, que retrocedió, aterrorizado.

—Kae... —dijo Leo.

Me fallaron los brazos y Tobias me soltó. Tenía razón. Por eso me dolía tanto oírlo. Pero Gav aún no estaba muerto.

—¿Dirías lo mismo si fuera tu madre? —le pregunté—. ¿O tu padre?

Pero antes de que Justin pudiera responder llamaron a la puerta.

Nos quedamos todos helados. Tobias se llevó la mano al bolsillo interior del abrigo y sacó la pistola. ¿Nos habrían oído? ¿O simplemente estaban llamando a todas las puertas y, si no contestaba nadie, pasaban a la siguiente?

Volvieron a llamar y una voz femenina, conocida, dijo:

—Abrid de una vez. Soy Anika.

Mierda.

Tobias se acercó a la puerta y yo miré a mi alrededor, buscando algo que me pudiera servir de arma.

—No me pienso ir —dijo Anika—. Vais a tener que hablar conmigo, os guste o no. Además, he traído algunas cosas que seguramente querréis tener, mejor antes que después.

No parecía que se estuviera tirando un farol: sabía que estábamos ahí. De los dos cuchillos que había en la cocina cogí el más afilado y di un paso hacia la puerta.

—¿Quién más hay contigo? —pregunté.

—Nadie más, estoy sola —respondió—. Antes, fuera, vi a Tobias.

—¿A mí? ¿Cuándo? —preguntó este, y de pronto comprendí lo que aquello implicaba: Tobias había salido tan solo unos minutos a hacer pis. ¿Qué probabilidades había de que hubiera estado ahí por casualidad en el mismo momento que el cuatro por cuatro?

—Iba en el coche —dijo Anika con voz de frustración—. En la parte trasera. Se

suponía que si reconocía a alguien o si veía algo que me hiciera sospechar que podíais estar cerca se lo tenía que decir. Pero no lo he hecho, ¿vale? ¿Has visto que el conductor ha mirado hacia atrás después de hablar contigo? Era para que le dijera si te reconocía, pero yo le he dicho que no. Por eso ha seguido adelante.

Tobias hizo una pausa y relajó el semblante. Yo pasé a su lado y acerqué un ojo a la mirilla de la puerta. Solo veía a Anika, con la capucha puesta, pero podría haber habido alguien más pegado a la pared. Pegué la oreja a la rendija que quedaba entre la puerta y el marco. Se oyó un crujido de tela cuando la chica cambió de posición, pero nada más.

—¿Y por qué no se lo has dicho? —le pregunté—. Les contaste todo lo demás, ¿no?

—No lo entendéis —dijo Anika—. Hace unas semanas, un niño, ¡un niño!, intentó atracarme y robarme la comida que llevaba encima con una pistola que había sacado vete tú a saber de dónde. No tengo sensibilidad en las puntas de los dedos de la mano izquierda porque una noche fui tan idiota que me quedé dormida sin mitón encima de los guantes, y hacía demasiado frío. Cada vez que salgo a la calle hay gente tosiendo, estornudando y gritando, y sé que la próxima podría ser yo. Sabía que si podía unirme a los guardianes, volvería a estar bien. Yo solo quería volver a estar bien.

Su voz se desvaneció.

—Pero ¿por qué no has delatado a Tobias? —insistió Leo.

—Porque no estaba bien —respondió en voz baja—. Cuando llegamos al apartamento y descubrimos que os habíais marchado, uno de los tipos me dijo que tendría que haberlos informado antes. Me pegó un empujón y me tiró contra la pared. Aún me duele el hombro cuando lo muevo. Y luego me obligaron a acompañarlos mientras os buscaban por toda la ciudad, día y noche, y el día siguiente otra vez, y hoy también. Solo me dejaron dormir unas horas en mi casa, anoche, y por la mañana pasaron otra vez a buscarme.

—Sí, nos das mucha pena —dijo Justin con un sarcasmo nada disimulado.

Pero Anika siguió hablando como si no lo hubiera oído.

—Empecé a pensar que no estoy más segura con ellos que con vosotros. Tenéis pistolas, tenéis comida, tenéis la vacuna... Además, me aceptasteis sin pedirme nada a cambio. No me hicisteis daño ni siquiera cuando os intenté fastidiar. —Hizo una pausa—. Siento lo del gas pimienta.

Justin resopló.

—Sí, también tenemos a un montón de gente que nos quiere hacer daño pisándonos los talones —dije—. No estamos ni mucho menos seguros.

—Sí —admitió Anika—, pero si Michael consigue la vacuna, no estoy segura de que vaya a dejar que se use. Vosotros pretendéis que la pueda utilizar todo el mundo,

y yo no quiero seguir sufriendo por si me contagio.

—No vas a disponer de la vacuna a menos que encontremos a alguien que sepa producir más —advertí—. Y, la verdad, no sé cuánto falta para eso.

—Me parece bien —aseguró Anika—. Mejor eso que nunca.

«Podría ser que fuera nunca», pensé, pero no lo dije. No me fiaba de ella. No me imaginaba perdiendo la nevera de vista mientras aquella chica estuviera cerca. Pero la verdad era que, por cómo hablaba, parecía que por lo menos ella misma se creía lo que decía.

Creía más en nuestra manera de hacer las cosas que en la de Michael y su gente. Creía en mí.

Tobias vaciló un instante. No había bajado la pistola, pero se notaba que no estaba seguro. Justin meneó la cabeza y Leo me miró fijamente, como si confiara en que la decisión que tomara sería la correcta.

A lo mejor nos podía ayudar, pero también nos podía volver a traicionar. No había forma de saberlo. En cualquier caso estaban todos esperando a que yo tomara una decisión.

Tal vez Anika sabría cuándo sería la siguiente patrulla de los guardianes. Si conocía sus hábitos nos podía ayudar a diseñar una ruta a través de la ciudad que nos permitiera evitarlos. Incluso podía ser que supiera dónde podíamos encontrar un coche.

De pronto me acordé del día en que nos habíamos topado con Tobias y su camión, en el puerto al otro lado del estrecho. Tampoco nos habíamos fiado de él. Tobias había tomado parte en una catástrofe mucho peor que cualquier cosa que hubiera hecho Anika, pero sin él no habríamos logrado ni siquiera acercarnos a Toronto. De hecho, era muy posible que a aquellas alturas, sin él, todos estuviéramos muertos.

Alargué el brazo y, haciendo caso omiso del gemido de protesta de Justin, abrí la puerta. No se nos echó nadie encima apuntándonos con pistolas. Ahí afuera solo estaba Anika. Llevaba varios botellines en los brazos, y tenía la cara pálida y demacrada bajo la capucha oscura.

—Gracias —dijo, y me tendió los botellines—. Te he traído esto. Ya sé que no compensa lo que os hice, pero me ha parecido que por lo menos tenía que intentarlo. Son medicinas. Para tu novio, Kaelyn.

Leo dirigió una mirada suspicaz a los botellines y se los quitó de las manos.

—¿Medicinas? ¿De dónde las has sacado?

—De una clínica veterinaria —contestó Anika—. No se le ocurrió a mucha gente buscar ahí. La primera en la que eché un vistazo aún estaba bien surtida. Mi abuelo fue veterinario y estuve estudiando sus viejos almanaques. No encontré nada que pudiera matar un virus, pero sí hallé sedantes. Si pueden tranquilizar a un perro o a un gato, digo yo que también servirán con una persona, si le das una dosis suficiente.

Un sedante animal. ¿Cómo era posible que no se me hubiera ocurrido a mí? Si nos podíamos asegurar de que Gav estuviera calmado, tal vez no podría caminar, pero sí viajar en coche.

Si es que encontrábamos uno.

Anika me dirigió una mirada esperanzada y me chocó pensar que, debajo de todas aquellas capas de maquillaje, había una chica tan solo uno o dos años mayor que yo. En las vidas que habíamos perdido, las dos habríamos pasado el día en cafés, con amigos, o discutiendo con nuestros padres, que aún estarían vivos, en lugar de preocupándonos por si moríamos al día siguiente. Pero era lo que había.

—Gracias —dije—. Pero aún puedes hacer algo más, algo que compensaría por todo. ¿Nos puedes conseguir un coche?

Lentamente se le fue dibujando una sonrisa en los labios.

—Sí —dijo, y se le iluminó la mirada—. Ya lo creo.

VEINTISÉIS

Anika prometió que nos traería el coche «en algún momento» a lo largo del día siguiente. A última hora de la mañana estábamos todos con los nervios de punta. En cuanto Tobias volvió de montar guardia, Justin empezó a protestar, diciendo que Anika ya llegaba tarde. Yo lo oí desde el dormitorio y salí para intentar controlar la situación.

—Es importante para nosotros que tenga cuidado —le recordé a Justin—. Si no, estamos vendidos.

—Vendrá —dijo Tobias.

—Tú solo quieres que venga porque crees que está buena —le espetó Justin, y Tobias se ruborizó. Estaba raro, con los hombros tensos y las manos en los bolsillos.

—Si tan preocupado estás —le solté a Justin—, ¿por qué no sales a montar guardia? De hecho, te toca.

Ahora quien se puso colorado fue Justin, que se dirigió hacia la puerta con paso presuroso. Yo ya iba a volver al dormitorio cuando Tobias dijo:

—Kaelyn, ¿puedo hablar contigo un segundo?

—Claro —contesté.

Él dio media vuelta y se metió en el otro cuarto.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Quiero que me digas qué piensas, con toda sinceridad —dijo Tobias. Sacó las manos de los bolsillos y las pegó a los costados, con los puños apretados—. Mientras estaba ahí fuera me ha empezado a... Tengo un punto aquí que...

Entonces perdió el control de sí mismo, se llevó la mano derecha a la nuca, cerró los ojos y se rascó un picor que lo debía de estar volviendo loco. Se me cayó el alma a los pies.

—Tobias... —dije, pero luego no supe qué añadir.

Él se obligó a bajar la mano e hizo una mueca.

—Lleva picándome una media hora —aclaró, y se le crispó la boca con un tic nervioso—. ¿Tú crees... que lo he pillado?

—Hemos tenido mucho cuidado —dije—. No has estado cerca de Gav en ningún momento —añadí, pero entonces me callé en seco.

Porque sí que lo había estado. Al principio, en el coche. Al volver del ayuntamiento, Gav había estornudado y había tosido antes de salir, sin nada que le cubriera la cara.

—Pero Leo también estaba ahí —dije. Leo parecía estar perfectamente sano y no

me daba la sensación de que ocultara ningún picor secreto—. Leo está bien. Es posible que no sea nada.

—Pero Leo se puso la vacuna.

—Pero si ni siquiera sabemos si... —empecé a decir, pero no pude terminar: si Tobias estaba enfermo y Leo no, a lo mejor ya lo sabíamos. Sin la posibilidad de probarlo a gran escala, tal vez aquella fuera la prueba más clara que tendríamos de que la vacuna funcionaba.

Tobias tragó saliva con dificultad y a mí me vino un acceso de culpa: él estaba muerto de miedo y, mientras tanto, yo estaba pensando en él como si fuera un sujeto de estudio.

—A lo mejor tendría que quedarme atrás —dijo—. Os estoy poniendo a todos en peligro...

—No digas tonterías —lo corté—. Gav va a venir y sabemos seguro que está enfermo. Asegúrate de que llevas la boca y la nariz bien cubiertas con la bufanda mientras estés en el coche. Y si sigues notando la comezón, ponte un poco de nieve; es posible que el frío ayude.

—¿Estás segura? —preguntó—. Quiero decir, lo entendería... Gav es tu novio y yo no soy nadie.

—Tobias —dije con voz firme—, no te vamos a dejar atrás. Hemos llegado hasta aquí y seguiremos adelante juntos, ¿de acuerdo?

Creí detectar una mirada de alivio en sus ojos.

—De acuerdo —dijo, y se puso la bufanda encima de la nariz.

Al verme aparecer en el pasillo, Leo me miró. Me detuve un segundo delante de la puerta del dormitorio de Gav e intenté estudiarlo sin que se me notara demasiado. Se le veía un poco tenso, pero estaba sentado junto a la ventana, con las manos abiertas encima de las piernas y la expresión tranquila.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Sí, creo que sí —dije, pero no me pude contener—. Tú te encuentras bien, ¿verdad?

Su mirada de perplejidad disolvió todas mis dudas. Al cabo de un momento tomó conciencia de lo que le estaba preguntando.

—Sí —respondió—. Estoy bien, no te preocupes.

A pesar de que me sentía fatal por Tobias, experimenté una oleada de excitación. Durante mucho tiempo no habíamos podido estar seguros. Yo vivía con la duda permanente de si los peligros a los que nos exponíamos para traer la vacuna desde la isla valían la pena. Pero finalmente tenía la prueba que necesitaba.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Gav cuando entré en el dormitorio.

Se había incorporado y estaba apoyado contra la pared, pero tenía la cara pálida e incluso cuando tosía lo hacía débilmente. Seguía negándose a comer y no había

ninguna señal de que mi intento de transfusión sanguínea lo hubiera beneficiado. Mi breve acceso de excitación se desvaneció tan rápidamente como había aparecido.

—Aún no ha llegado el coche —dije.

Él se rascó la rodilla con gesto ausente.

—Pero ¿estás segura que nos tenemos que ir? Este sitio no me gusta demasiado, huele mal y es frío, pero es mejor que andar por ahí perdidos, ¿no? A menos que volvamos a la isla...

—Ya hemos hablado de eso —dije, y me senté a su lado—. La isla no es un lugar seguro. Además, aún tenemos que encargarnos de la vacuna.

—Primero íbamos a llevarla a Ottawa, pero no funcionó. Luego decidimos traerla aquí y tampoco sirvió de nada —continuó—. En Atlanta nos va a pasar lo mismo, ¿no? Y además estaremos más lejos de casa.

«Yo ya no tengo casa», quise decirle. El mundo de antaño había desaparecido. Pero no creía que aquella versión de Gav afectada por el virus me fuera a entender.

—Tienes razón —respondí—. Nuestros planes no han dado resultado. Pero yo creo... Creo sinceramente que Atlanta puede ser el lugar apropiado. Lo tenemos que intentar.

Le acaricié la mejilla; estaba ardiendo.

—Yo no quiero ir a ninguna parte —dijo—. Estoy cansado. Me has arrastrado hasta aquí, Kaelyn, ¿no crees que es suficiente? Esto es una locura. Es probable que la vacuna ni siquiera funcione, no hay médicos que nos puedan ayudar, se han largado todos. Y nosotros deberíamos hacer lo mismo, tendríamos que irnos a casa. Allí fuimos felices. Por lo menos, yo lo fui.

Me empezaron a escocer los ojos.

—Sí, yo también —dije.

Gav se volvió y echó a toser. Se le convulsionó todo el cuerpo. Yo le puse una mano encima de la espalda y deseé poder transmitirle toda mi energía. De repente sonaron unos pasos al otro lado de la puerta.

—¡He oído algo! —exclamó Tobias.

Gav se incorporó de nuevo y se me echó encima. Me abrazó y tiró de mí.

—Podríamos dejar que se fueran, y tú y yo nos quedaríamos aquí —murmuró—. Tú no tienes por qué ir, que se encarguen ellos de la vacuna. Entonces estaríamos solos, tú y yo, como teníamos planeado. Me dijiste... Un día me dijiste...

La puerta del piso se abrió de golpe.

—¡Ya ha llegado! —exclamó Justin—. ¡Larguémonos de aquí!

Gav me frotó la nariz con la suya y noté un dolor en el pecho.

Podía hacerlo. En aquel momento lo supe. Les podía decir a los chicos que se llevaran la neverita; yo me quedaría con Gav hasta el final, tal como él quería.

Flirteé con aquella idea durante medio segundo y entonces me la quité de la

cabeza.

Lo que Gav había dicho acerca de la vacuna no era cierto: ahora sabía mejor que nunca que probablemente funcionaba. Y lo que le había dicho a Justin aquel primer día en la ciudad también era verdad: era la vacuna de papá y, por lo tanto, era una misión que me correspondía a mí. Mi responsabilidad era llegar hasta el final, tal como Gav había esperado que hiciera antes de caer enfermo.

—Nos tenemos que ir, Gav —dije, le cogí las manos y entrelazamos los dedos.

—No —contestó él cuando me levanté, y se me quedó mirando como si fuera un niño repelente. Se me hizo un nudo en el estómago, pero no había tiempo para aquello. Tenía que conseguir que viniera conmigo, inmediatamente.

Aunque para ello tuviera que ser cruel.

Le solté la mano.

—Pues yo me voy —dije—. Quiero que vengas conmigo, pero, si prefieres no hacerlo, me las tendré que arreglar sin ti. Y tú te quedarás aquí solo.

No estoy segura de hasta dónde habría llegado si no se hubiera tragado mi farol. ¿Hasta la puerta del apartamento? ¿Hasta el pasillo? Lo que es seguro es que en algún momento habría dado media vuelta. Pero Gav no me obligó a comprobarlo. Puso cara de pánico y salió de la cama, tambaleándose.

Le coloqué bien la bufanda, de modo que le cubriera la parte inferior de la cara, y le puse también la segunda que había encontrado, para que llevara cuatro capas de tejido entre su aliento y el aire. Entonces me colgué la bolsa del hombro y cogí la nevera. Leo abrió la puerta del dormitorio.

—¿Va todo bien? —preguntó—. Justin y Tobias lo han traído todo. Estamos a punto para marcharnos.

—Tengo que sentarme un momento —dijo Gav, con la voz apagada por el grueso de las bufandas; yo hice que me pasara el brazo por encima del hombro y me lo llevé hasta el salón.

—No, date prisa —le dije—. Ya te sentarás en el coche.

—Qué mandona estás hoy —murmuró Gav.

Leo se mordió el labio para no reírse.

—Ven —le dije, y le cogí el otro brazo—. Si quieres, te puedes apoyar en mí.

Bajamos por las escaleras a trancas y barrancas, deteniéndonos en cada rellano para que Gav se apoyara en la pared a recuperar el aliento. Para cuando llegamos a la planta baja, tosía con cada paso que daba.

En el exterior, al otro lado de las puertas del vestíbulo, caían cuatro copos de nieve. Tobias nos esperaba en la acera, junto a un todoterreno negro con los cristales tintados.

—¿Y qué creíais que os iba a traer? —preguntó Anika desde el asiento del conductor—. Sabía dónde guardaban las llaves. Creerán que se lo ha llevado alguno

de los guardianes. Si subís ahora mismo, habremos salido de la ciudad antes de que se den cuenta de que sucede algo raro.

Tobias iba a protestar, pero yo lo corté antes de que pudiera pronunciar ni una palabra.

—Está bien —dije—. Es lo que hay, ahora ya no lo podemos cambiar.

Ni siquiera me sorprendió. Me parecía muy normal que le hubiera robado a los guardianes lo que nosotros necesitábamos, tal como en su día nos había intentado robar a nosotros.

Mientras los demás cargaban nuestros pertrechos en la parte de atrás, llevé a Gav hasta la puerta trasera y le tendí la botella de agua en la que había disuelto cuatro de los calmantes de Anika. Le había añadido también unos polvos de zumo de naranja que habíamos encontrado, para intentar disimular el sabor. Gav le dirigió una mirada suspicaz.

—Te vendrá bien para la tos —le dije—. Debes de tener la garganta irritada. —Él frunció la nariz, pero se bajó las bufandas y se bebió un sorbito—. Bebe tanto como puedas.

Se tomó varios tragos y entonces se detuvo, jadeando.

—Puaj —dijo—. Es asqueroso.

—Sí, bueno, los medicamentos nunca saben demasiado bien. Subamos al coche, puedes sentarte junto a la ventana.

Lo ayudé a subirse al asiento justo en el momento en que se cerró el maletero. Justin y Tobias se sentaron a mi lado, mientras que Leo se instaló en el asiento del acompañante, con el mapa. Cabíamos a duras penas. Gav, que había terminado casi encima de mi falda, apoyó la cabeza en el respaldo y se estremeció. Una de las piezas del cinturón de seguridad se me clavaba en el culo, pero lo único que me importaba era salir de ahí cuanto antes.

—¡Vale! —dije—. ¡Ya estamos todos!

Avanzamos por la calle, entre la nieve. Tobias volvió la cabeza y echó un vistazo, primero a través de la ventana lateral y luego de la luneta trasera. No se quitaba las manos de los bolsillos. Tenía una mancha oscura en la parte de atrás de la bufanda; supuse que se trataba de hielo fundido.

Pasamos tiendas, bancos y una iglesia con las ventanas rotas. Gav se retorció junto a mí. Se le estaban cerrando los ojos.

—Me siento raro —dijo, y luego añadió algo más que no entendí; lo cogí de la mano.

Anika redujo la marcha para sortear un tranvía que había quedado parado en medio de la calle. Apreté los dientes con impaciencia. En cuanto volvió a pisar el acelerador, Tobias se puso tenso.

—Un coche acaba de doblar una esquina unas calles más atrás —dijo—. Viene

hacia aquí.

—Seguramente no tenga nada que ver con nosotros, será otro guardián en alguna misión —opinó Anika—. Mientras no vean quién conduce no nos pasará nada. Giraremos por aquí y ya veréis como pasa de largo.

El cuatro por cuatro derrapó sobre la nieve cuando tomamos la curva hacia la izquierda, pero Anika logró mantener el control. Justin y yo nos volvimos hacia la ventana trasera y estiramos el cuello. Clavé la mirada en la calle, esperando ver al otro coche pasando de largo en cualquier momento. Tan solo se oía el rugir de nuestro motor.

Entonces lo vimos, era un camión azul oscuro; sin embargo, en lugar de pasar de largo giró y se metió en nuestra calle. El corazón me dio un vuelco.

—Nos siguen —anunció Tobias.

—¡Mierda! —exclamó Justin—. Estamos jodidos.

—No —dije yo, por encima del latido de mi corazón—. Solo estaremos jodidos si nos pillan. Y no se lo vamos a permitir.

—Pero ¿cómo lo vamos a evitar? —preguntó Justin.

Anika dio gas a fondo y el motor bramó. Cogió otra curva a toda velocidad, el coche derrapó y nos faltó muy poco para estamparnos contra una farola. Gav se dio un cabezazo conmigo. Tosió débilmente y murmuró algo, pero se le cerraban los ojos.

—No entiendo cómo lo han descubierto —dijo Anika—. Os juro que tuve muchísimo cuidado.

—Eso ahora da igual —intervino Tobias—. A lo mejor los podemos dejar atrás. Creo que solo nos persigue un vehículo.

—Si tienen radio, estarán avisando a los demás —dijo Leo.

Miré hacia atrás. El camión estaba ya a solo dos calles. Logré distinguir un par de figuras al otro lado del parabrisas. El acompañante se asomó por la ventana y nos apuntó con algo.

—¡Tienen una pistola! —grité.

Se oyó un disparo fortísimo y la bala se incrustó con un sonido metálico en la parte de atrás del cuatro por cuatro. Anika soltó un alarido. Los cuatro que íbamos en el asiento de atrás nos agachamos y le puse a Gav una mano encima de la espalda para impedir que se levantara.

—¡Nos van a matar! —exclamó Justin.

Era una posibilidad. Se oyó otro disparo, que agujereó la señal de «stop» junto a la que pasamos a toda velocidad. No podían apuntar con precisión desde el coche en marcha, pero, a medida que se fueran acercando a nosotros, sus disparos serían cada vez más certeros. Dudaba mucho que les preocupara atraparnos con vida.

—¿Qué hago? —preguntó Anika, histérica—. ¿Qué hacemos?

No tenía ni idea. Oímos que el camión aceleraba y comprendí que aquello no se

terminaría hasta que, o nosotros muriéramos, o lo hicieron ellos. La pregunta era a quiénes les iba a tocar. Y aunque sabía que no quería que fuéramos nosotros, no estaba segura de cómo hacerlo para salvarnos.

Giramos y volvimos a derrapar. Me abracé a Gav y entonces me acordé: hacía unos días habíamos esquivado uno de los coches de los guardianes fingiendo estar muertos. Muertos como una zarigüeya.

Muertos como una serpiente que en realidad no estaba muerta.

Me quedé sin aliento. Tobias había guardado el rifle en el maletero, pero estaba segura de que aún llevaba la pistola. Mientras estuviéramos en marcha no iba a poder apuntar mucho mejor que los tipos del camión, pero podíamos detenernos, fingir que nos rendíamos, dejar que se acercaran y atacar cuando menos se lo esperaban.

En aquel momento podía dar la orden de que se cargaran a dos desconocidos que, en el fondo, solo intentaban sobrevivir. Lo mismo que nosotros.

Le había dicho a Anika que no éramos como los hombres de Michael, pero, tal vez, en el fondo tampoco había tanta diferencia.

Una bala pasó muy cerca del techo del coche y me estremecí. Pensé en un pulgar que frotaba una cicatriz en el dorso de una mano. Y entonces comprendí algo.

No todos los mordiscos tienen que ser mortales.

—Tobias —dije—, si paráramos, ellos también tendrían que parar, y salir. ¿Crees que les podrías disparar a los dos antes de que tengan tiempo de reaccionar?

—¿Parar? —preguntó Anika, pero Tobias ya había empezado a asentir con la cabeza, con la mandíbula apretada.

—Sí, podría hacerlo.

Lo miré fijamente.

—Pero no para matarlos —dije—. Solo... Solo para que no nos puedan disparar a nosotros ni seguirnos. ¿Puedes hacerlo?

—¿Cómo? —graznó Justin—. Pero...

Le pegué un codazo antes de que pudiera añadir nada más. Tobias dudó un momento y pestañeó, sin apartar la mirada, pero finalmente sus ojos adaptaron una expresión risueña.

—Sí —dijo—. Ya lo creo que puedo. Para el coche —añadió entonces, haciéndole un gesto con la cabeza a Anika.

—¿En serio? —preguntó la chica.

—Para el coche, Anika —le dije, y ella pisó el freno.

El coche derrapó y se detuvo al topar contra un montón de nieve que había en la acera. Los copos caían con más fuerza que antes, pero, aun así, todavía podíamos distinguir el camión que llevábamos detrás. Esperaba que Tobias tuviera la visibilidad necesaria para hacer lo que tenía que hacer.

Bajó la ventanilla y entró una bocanada de aire frío. El camión azul frenó seis o

siete metros más atrás. Tobias cambió de postura y se acercó más a la puerta.

—Deja el motor en marcha —dijo, al tiempo que desenfundaba la pistola—. Quiero que arranques en cuanto te lo diga.

Apoyó el brazo en la ventanilla abierta. Fuera, los dos hombres habían salido del camión. Uno aún llevaba la pistola con la que nos había disparado, pero los dos sonreían, satisfechos.

Creían que nos habíamos detenido porque teníamos miedo. Seguramente pensaban también que si hubiéramos querido plantar cara, a aquellas alturas ya lo habríamos hecho. Y para que bajaran la guardia y Tobias pudiera hacer lo que tenía que hacer era fundamental que creyeran que estábamos indefensos.

—¡No nos hagáis daño, por favor! —dije gritando por la ventanilla—. Decidnos qué queréis y os lo daremos.

—Vale —contestó el conductor, mientras se acercaban con calma e inspeccionaban el coche—. De momento salid todos aquí fuera y hablemos del tema.

La última sílaba apenas había llegado a nuestros oídos cuando Tobias se asomó a la ventana y disparó.

El hombre de la pistola salió despedido hacia atrás, soltó el arma y se llevó la mano al hombro. El conductor apenas tuvo tiempo de dar un respingo antes de que la pistola de Tobias volviera a disparar. Se tambaleó. Los vaqueros, a la altura de una de sus rodillas, se le tiñeron de sangre al instante.

Tobias se volvió a meter dentro del coche.

—¡En marcha! —le gritó a Anika—. ¡Dale gas!

No se lo tuvo que decir dos veces: ella pisó el acelerador y el cuatro por cuatro salió pitando por la calle. Volví la vista hacia atrás a medida que cogíamos velocidad; el conductor intentó agarrar la pistola, arrastrándose con la pierna herida, pero para cuando lo logró ya habíamos doblado la esquina y los habíamos dejado atrás.

—No nos van a poder seguir en ese estado —dijo Tobias—. Y con un poco de suerte, si han llamado a alguien, aún estará lejos de aquí.

La detonación de los disparos aún me resonaba en los oídos. Pensaba que saber que los habíamos dejado con vida no cambiaría demasiado las cosas, pero el corazón me latía con fuerza y tenía un nudo en el estómago.

Había hecho lo que había podido.

—Gracias —le dije a Tobias.

La bufanda que le cubría la boca se movió como si estuviera sonriendo.

El cuatro por cuatro pasó a toda velocidad por encima de una caja de cartón medio aplastada y nos metimos en la autovía. Ahora nevaba con más fuerza. Los copos cubrían el parabrisas apenas un segundo después de que el limpiaparabrisas los apartara.

—No veo nada —dijo Anika.

—Da igual —señaló Leo—. Tú tira, que no hay tráfico.

Abracé a Gav, que seguía dormido, y le di las gracias a la Madre Naturaleza por haberse puesto por una vez de nuestro lado.

A Tobias se le escapó un acceso de tos. Lo disimuló carraspeando, pero, aun así, se puso pálido. Le eché un vistazo a Leo en el asiento delantero: aún no presentaba ningún síntoma.

—Así pues, ¿nos vamos a Atlanta? —preguntó Justin.

Me recliné en el asiento y pensé en nuestra situación. Estábamos todos vivos. Leo aún podía bailar. Todavía era posible que Justin se reuniera un día con su madre, y yo con Meredith. A lo mejor incluso volvería a ver a Nell y a todos los de la isla. Seguramente no había encontrado lo que esperaba, tal vez el mundo estaba hecho una mierda y nunca volvería a ser como antes, pero aún valía la pena luchar por quienes vivíamos en él.

—Hacia atrás no podemos volver, ¿no? —dije.

Leo me miró a través del retrovisor interior.

—No —respondió, como si fuera consciente de que no me refería solo a la ciudad—. No creo.

—Vale —dije—. Pues entonces iremos hacia delante.

AGRADECIMIENTOS

Quiero darles las gracias a muchas personas.

A Cyn Balog, Amanda Coppedge, Saundra Mitchell, Mahtab Narsimhan y Robin Prehn, por tener tanta vista y por indicarme lo que estaba haciendo mal en los primeros borradores, pero también lo que estaba haciendo bien, que también cuenta.

A mi editora, Catherine Onder, por su inteligencia a la hora de transformar los últimos borradores en una historia que me enorgullezco de compartir con el mundo.

A Deborah Bass, Ann Dye, Tanya Ross-Hughes, Dina Sherman, Hayley R. Wagreich y el resto de los miembros del equipo de Hyperion por su habilidad a la hora de convertir simples documentos en unos libros preciosos, y de hacerlos llegar a las manos de los lectores.

A Melanie Storoschuk y al resto de las personas del Hachette Book Group Canada por la perseverancia con la que trabajaron para que el libro llegara a su público en mi país.

A mi agente, Josh Adams, por su increíble entrega para que esta serie siguiera creciendo y por tener siempre controlados todos los detalles importantes que a mí se me olvidan.

A Jacqueline Houtman, por cederme generosamente su tiempo y sabiduría para que yo me pudiera asegurar de que la parte científica de la historia tenía cierto sentido.

A los lectores de *Aislados* por compartir su entusiasmo por el libro y por darme aún más ganas de publicar la siguiente parte de la historia.

A mi familia y amigos por todo el amor y el apoyo que me han brindado a lo largo de los años.

Y a mi marido, Chris, por estar ahí tanto en los buenos momentos como en los malos, y por no permitir nunca que pierda de vista por qué emprendí este viaje.



MEGAN CREWE (Toronto, Canadá, 1980). Escritora y psicóloga canadiense, es conocida por sus novelas dedicadas a un público de jóvenes adultos. Vive en Toronto con su marido y tres gatos. Trabaja como terapeuta para niños y adolescentes con necesidades especiales.

Al igual que muchos autores, Megan Crewe encuentra que escribir sobre sí misma es la manera más difícil de hacer las cosas. Lleva inventando historias sobre magia y espíritus desde antes de que supiera escribir.

Su primera novela, *Give up the ghost*, fue publicada en 2009 y también ha publicado cuentos en diversas revistas.